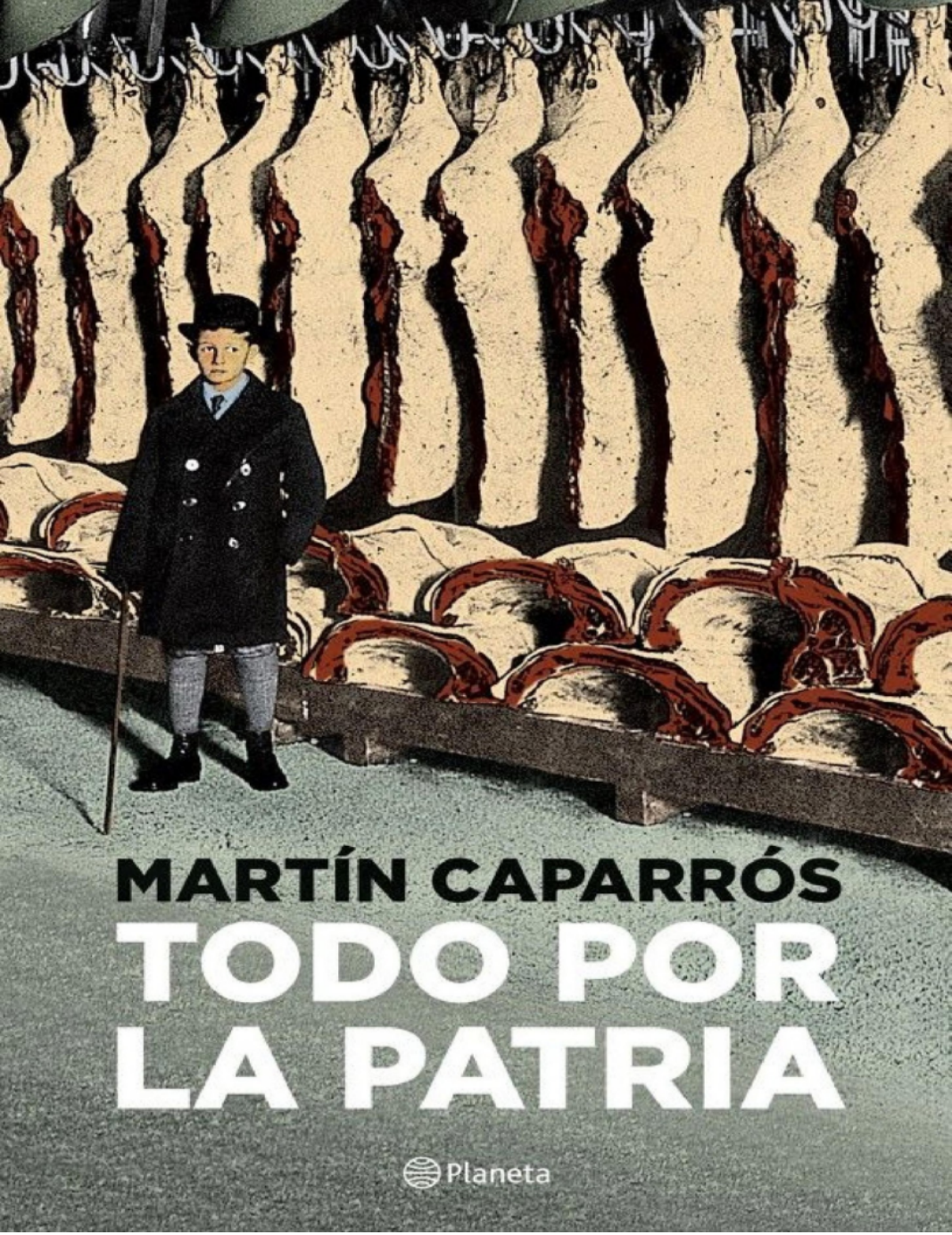
MARTÍN CAPARRÓS
TODO POR LA PATRIA
Planeta

1

Y justo entonces se me cruza San Martín. No Martín Fierro, no Sarmiento, no el Peludo Yrigoyen, no la Pulpera de Santa Lucía; San Martín. Se me cruza por la cabeza y me la deja titilando y vaya a saber por qué le digo al Gorrión que qué diría el prócer si viera cómo estamos: que nos fuimos al carajo, hermano, mirá que pintábamos bien, íbamos para campeones y ahora nos la pasamos arañando el empate, le digo; esto se derrumba, estamos en el sálvese quien pueda, si querés morfar vas a dejar a alguien sin pan, si tenés un laburo disimulás para que no te lo choreen. Y si nos duele así a nosotros, le digo, imaginate lo que sería para el pobre San Martín, con el laburo que le costó esa guerra, con todas las ilusiones que se hizo. O lo que será para esos millones de pobres diablos que se vinieron de tan lejos: mi vieja, pobre, tanto trabajo, tanto esfuerzo, tantas ilusiones y ahora esto; mi pobre viejo, que menos mal que ya no está. Aunque también imaginate si se hubieran quedado en Italia, le digo, el hambre que estarían pasando, el miedo que estarían pasando con ese turro cara de torta, el del gorrito de mozo del Copacabana. O no, quién sabe: capaz que estarían entusiasmados, cantándole al Duce como todos esos giles. Así que al final en una de esas fue mejor que se vinieran, le digo, aunque sea para esto. Pero imaginate si alguien les hubiera dicho que en la tierra de los sueños y las grandes ilusiones, en la famosa Aryentina, iban a tener que pelear por un cacho de pan, le digo, y respiro para seguir la perorata y el Gorrión Ayala, entonces, aprovecha para decirme que me calle y tire, que ya está harto de escucharme. Dale, Pibe, pegale de una vez, que se nos va la noche. O se nos viene.

Suelen llamarlo pif. Pero hay quienes le dicen tsssss y fiu y otras pavadas de esas: ruidos, cuando no alcanzan las palabras. Son casi las tres de la mañana, los pif se multiplican. El taco ya no sabe cómo, dónde golpear para que la bola cumpla su destino de bola y recorra, obediente, el tapete verde, rebote en las tres bandas, golpee la que debe; el dueño del taco sabe menos. El pif es estentóreo.

—Carajo, Gorrión, ¿y si paramos?

—¿Por qué, tenés algo mejor que hacer?

—No, pero tampoco tengo con qué pagarte lo que me estás ganando.

Soy el gran maestro de los pif; cansado, me seco la frente con la manga arremangada de mi camisa blanca. Suelo llevarla abierta, sin arrugas; de la mesita de mármol junto a la pared agarro el tanque de cerveza a media asta.

—No te preocupes, Pibe. Ya sabés que a mí me encanta que me debas.

El Gorrión Ayala me dedica una sonrisa de dientes picados, yo intento concentrarme en mi próximo golpe. En el sótano de Los 36 Billares hace un calor de perros: los ventiladores apenas mueven el aire ahumado, húmedo, módico. Las lámparas bajas convierten cada mesa en una isla perdida en un mar de sombras. Muchas están ocupadas: hombres y más hombres, sus cigarrillos, sus sudores, sus puteadas.

—No puedo creer que ya llevo dos horas perdiendo el tiempo y la guita con esta estupidez.

—¿Dos horas?

Me pregunta Ayala, y trato de mirar mi reloj de muñeca; entonces me acuerdo de que lo empeñé la semana pasada. Al fondo, en la pared, uno de pared —gentileza de Licor de las Hermanas— marca las 3 y 17.

—Sí, Gorrión, dos horas, dos horas y media.

—¿Y los diez años anteriores?

Lo miro, resoplo, me paso la mano derecha por el pelo: el alivio de los dedos enredándose en la mata oscura. Todavía tengo pelo.

—Bueno, hubo unos años que la pasé debute.

—Cuando tu mamá te daba la teta.

—No seas gil, Gorrión. De veras tuve mi momento.

Busco una tiza para el taco y topo con el espejo —comido por el azogue, la propaganda de Cynar medio borrada— que cuelga de la pared: lo que veo no me gusta.

—Y después te despertaste.

En el espejo tengo treinta mal llevados, ojeras, la barba de dos días; también tengo un cuerpo flaco, cara de rasgos fuertes, los ojos color miel, una sonrisa que podría ser seductora si no fuera la mía.

—Después se despertaron ellas, Gorrión, ese fue el problema. Y encima se nos vino la marabunta encima, la malaria. Qué hijos de puta. Ahora el Gordo Justo dice que la crisis se acabó. A él se le habrá acabado, hijo de una gran puta. Yo sigo corriendo la coneja como el mejor…

Ayala lleva cuatro carambolas seguidas: juega cómodo, seguro. Lo miro con envidia: intentando el homenaje o el cariño de la envidia. No es fácil. Ayala es flaco como un poste, el pelo ralo, la espalda encorvada, la nariz encorvada: el tipo de hombre al que las mujeres le

preguntan si tiene un buen trabajo —o ni se lo preguntan. Asomado a la mesa de billar, las manos en su taco, ladea la cabeza para mirarme:

—¿Y no probaste laburar, Pibe?

—Gorrión y la concha de tu hermana. Si te vas a poner así me voy a apoliyar.

—Como si alguien pudiera dormir con el calor que hace…

Ayala pone las bolas en posición para empezar otra partida; le pido un cigarrillo, me pasa su paquete: Laponia, Refrescados con Mentol.

—Gorrión, no podés fumar esta porquería.

—¿No? Algunos no necesitamos simular que somos hombres.

Al fondo del salón, un canillita baja por la escalera voceando los diarios de la mañana: *Nación*, *Crítica*, *Prensa*, *El Mundo*. Le pego el grito:

—¡Bartolo, acá!

El canilla se acerca. Tiene todos los años, la gorra ladeada, pantalones a media pantorrilla, los zapatos más gastados de una ciudad de zapatos gastados; tiene, también, bruto acento italiano:

—¿Cuánta veche le devo dire que non me quiamo Bartolo, quefe?

—Tranquilo, Bartolo, no te lo digo más.

El canilla me ofrece *La Nación* y yo lo miro con mi mejor sonrisa:

—¿Qué me viste, cara de galerita, a mí? Dame *Crítica*, que me quiero divertir un rato.

—Lo que usté dica, quefe. Si un hombre non puede elequir il suo veneno…

La tapa de *Crítica* está cruzada por una pregunta: «¿Dónde está La Fiera?» —y la foto de un muchacho vestido de jugador de fútbol. Lo miro sin mucho interés; Ayala me lo saca de las manos:

—¡Bernabé!

—Y sí, Bernabé. ¿Qué te pasa ahora, te volviste fanático de esta gilada?

—¿Qué gilada, hermano?

—El fútbol, qué va a ser.

Ayala resopla, abre grandes los ojos, lee en voz alta: «Cunde la preocupación. En las altas esferas del Club Atlético River Plate se ha sabido que su footballer más destacado, el centroforward Bernabé Ferreyra, no ha hecho acto de presencia en las instalaciones del club tras la pausa vacacional debida a las fiestas de Navidad y Fin de Año…»

—¿Vas a tirar, Gorrión, o te convertiste en una radio?

—No, Pibe, esto es serio. Aunque no me creas, es muy serio. Si este se pianta yo termino en Pampa y la vía. Con suerte, en Pampa y la vía.

Ayala sabía todo sobre Bernabé. Nos pedimos otras dos cervezas, nos sentamos a fumar tranquilos, me lo cuenta. Yo algo sé, por supuesto: el tipo es tan famoso que, hace unas semanas, un diario dijo que era «el primer ciudadano del país», el tipo más popular de la Argentina. En medio del golpe militar, la crisis, la penuria, Bernabé Ferreyra fue la buena noticia: un crack sin la menor comparación.

Dos años antes, en el verano de 1931, el fútbol se había sincerado. Ya era demasiado popular como para seguir simulando que se jugaba por el honor de unas camisetas desteñidas. Los jugadores de primera división llevaban años cobrando: ninguno mucho, nada para volverse rico, pero sueldos decentes, que hacían que los mejores no tuvieran que trabajar para vivir y pudieran dedicar todo su tiempo a prepararse —o a rascarse las bolas, dice Ayala. Y que era justo: las canchas se llenaban, los hinchas pagaban sus entradas, los clubes recaudaban; no podía ser que los jugadores fueran los únicos que no sacaran sus tajadas.

—Parece que el que mejor pagaba era Boca, unos cien mangos por domingo a cada jugador, y que los otros grandes andaban por los setenta, ochenta. Pero eso no era nada.

Yo trato de decirle que cómo que nada, que con cien mangos yo pago la pensión y vivo un mes; Ayala me dice que bueno, nada para ellos, y que entonces algunos dirigentes les conseguían empleos en sus empresas, en la municipalidad de algún político amigo: esos laburos finos que lo único que tenés que hacer es ir a cobrar a fin de mes. Una bicoca.

Dice, y yo le digo que lo más gracioso es que nadie lo decía:

—Como si con no decirlo alcanzara para algo. Argentinos, tenían que ser.

—Argentinos, sí, por eso querían más y más y terminaron por cagarla.

Dice el Gorrión: que a cambio de esa plata los jugadores se comprometían a no cambiar de equipo y que al final se hartaron. Se declararon en huelga: zafarrancho. Entonces los clubes grandes ofrecieron armar una liga profesional: los jugadores seguirían sin tener libertad de pase pero, a cambio, tendrían contratos legales y cobrarían abiertamente. Clubes más chicos se opusieron, defendieron los restos del amateurismo; los milicos del gobierno, preocupados por los problemas que les podía traer una temporada sin fútbol, presionaron y, en abril, empezó el primer campeonato profesional argentino. Para afrontarlo, los clubes poderosos compraron jugadores. Ninguno buscó a Bernabé Ferreyra.

—Si serían giles, Pibe. Lo tenían ahí, debajo de la nariz, y no se daban cuenta.

El Gorrión Ayala me lo explica como si fuera necesario: Ferreyra

era un muchacho morocho, retaco y cabezón, las cejas importantes, nacido en Rufino, un pueblo de la pampa gringa; ya de chico daba que hablar en la liga local porque le pegaba muy fuerte a la pelota. A sus 15 años, en 1924, debutó en el equipo ferroviario de Junín, la ciudad más cercana —donde le dieron, también, un puesto de pintor en los talleres del Ferrocarril Pacífico. A sus 17 se fue a Rosario: jugó tres partidos en la primera de Newell's Old Boys pero el técnico no le vio condiciones; a fin de año se volvió a Junín. A fines del '29 un dirigente del Club Atlético Tigre le propuso irse con él: Ferreyra, con 20 años, ya estaba un poco grande para esas aventuras y prefirió pasar. Su hermano Paulino tuvo que insistir mucho para convencerlo.

Tigre le pagaba 200 pesos por mes; en su primer partido, Bernabé Ferreyra hizo cuatro goles. Después el campeonato se suspendió porque se venía el primer Mundial, ese que casi lo ganamos, el de Montevideo. Algunos clubes aprovecharon el receso para salir de gira y hacer caja: Ferreyra se fue, prestado por Tigre, con Vélez Sarsfield, en un viaje por toda América que duró cinco meses, 25 partidos. Vélez perdió uno solo y metió 84 goles; Ferreyra hizo 38. Cuando volvió ya era casi famoso.

Es raro verlo así: el Gorrión Ayala enardecido. Los inicios heroicos del crack lo transportan. Me cuenta que en aquel primer campeonato profesional Bernabé Ferreyra no jugó mucho —pero en sus 13 partidos con Tigre metió 19 goles. A fin de año el presidente de River Plate, Antonio Liberti, decidió que quería comprarlo a toda costa. Boca Juniors había ganado el primer torneo; Liberti debía impedir que ganara también el segundo. No se imaginaba que Tigre le iba a pedir una cantidad exuberante.

—Treinta y cinco lucas, Pibe, te das cuenta. Treinta y cinco mil pesitos moneda nacional. Diez coches te podés comprar con esa guita. Una locura.

Que era una locura, dice: nunca un club, en ningún lugar del mundo, había pagado tanta plata por un futbolista. Pero River la consiguió, y entonces se encontró con que Ferreyra también quería lo suyo: 10.000 pesos. River, entregado, aceptó, y aceptó también comprarle un abono de tren para que pudiera irse a Junín a pasar un par de días después de cada partido. Era increíble. Ahí todos se dieron cuenta, dice, de que River era el club de los ricos.

—Por eso los llaman así, los millonarios. Y lo peor es que Bernabé les pagó cada mango con goles y más goles. Tremenda bestia, el chacarero.

En su primer partido, marzo del '32, le metió dos a Chacarita —y nunca más paró. No era particularmente habilidoso, pero sus pelotazos

desde 30 o 40 metros resultaban imparables. Al cuarto partido River anunció orgulloso que ya había recuperado, con las entradas, los 10.000 pesos de la prima, y que esto recién empezaba. Miles y miles iban a la cancha para verlo: nunca un jugador de fútbol había despertado tanto fervor. Buenos Aires enloquecía por Bernabé.

Yo me acordaba: el diario *Crítica* empezó a llamarlo La Fiera y ofreció un premio especial —una medalla de oro macizo— al arquero que le aguantara un partido entero sin goles. Lo ganó en la fecha doce un muchacho de Huracán, un tal De Nicola. Pero Bernabé la siguió metiendo.

—A mí me dijo un amigo que sabe que el tipo se prepara una pelota especial, con dos cámaras, y la deja que se empape dos o tres días en un balde de agua: la convierte en una bala de cañón, y así le da.

En el partido decisivo, contra Boca, Bernabé pateó desde la medialuna, el arquero xeneize la paró con la panza y se desmayó; Bernabé se acercó y la tocó para adentro despacito. River salió campeón; en los 34 partidos del torneo, Bernabé había metido 43 goles. Y después llegó el verano y ahora, con el calor horrible de febrero, la noticia: Bernabé se había ido a Junín y no pensaba volver si River no le pagaba 30.000 pesos al contado.

—Y yo me hundo.

Dice el Gorrión Ayala, zarandeando el diario como si un buen sacudón fuera a cambiar lo que está escrito.

—Me hundo, me tengo que tirar al río. Y te juro que no sé nadar.

—¿Vos conocés algún tango de Discepolín, Gorrión?

—Y yo qué sé, Pibe. No sé, no creo.

—Sí que escuchaste. Yira yira, por ejemplo, no me digas que nunca lo cantaste. Verás que todo es mentira…

El Gorrión Ayala me dice que sí claro, cómo no, y yo no le digo que eso sí me parece increíble: que alguien cante una letra sin saber de quién es, como si hubiera crecido en un árbol. Que alguien repita las ideas de otro, las haga suyas, las proclame, y ni siquiera sepa quién es el tipo.

—Sí, claro: cuando la suerte que es grela, todo eso. Más grela que la puta que la parió, mi suerte. Ni suerte tendría que llamarse.

Le había dicho que saliéramos del billar, que estaba harto, que si nos quedábamos cinco minutos más nos iba a amanecer y nos íbamos a encontrar en la calle con la gente que salía a laburar y que no había nada más deprimente, que rajáramos —así que ahora caminamos por la Avenida de Mayo hacia la plaza, los faroles prendidos todavía, la

luz incierta de la madrugada. Una garúa finita nos refresca: alzo la cara, abro la boca para pescar alguna gota. Después le pongo una mano en el hombro.

—¿Me vas a decir qué carajo te pasó ahí adentro?

—¿Vos no me creés, hermano, no?

—¿Qué querés que te crea, Gorrión, si no me decís nada?

—Ya te lo dije cuatro veces, Pibe, te lo puedo decir cinco: si Bernabé no vuelve yo me hundo.

Rebusco en los bolsillos el cigarrillo que sé que no tengo; Ayala me ofrece uno de sus mentolados y nos paramos en una esquina de Florida, bajo el techo de la entrada de Gath & Chaves, a prenderlo. Lo intenta dos o tres veces pero no consigue raspar el fósforo en la cajita de Ranchera: está nervioso en serio.

—Pero si ni siquiera sos hincha de River, Gorrión. ¿No te habrás hecho, no?

—No, che, cómo me voy a cambiar.

—¿Y entonces qué tiene que ver que este muchacho se vaya o se quede? ¿No te estarás volviendo loco?

—Ojalá, hermano, quién pudiera. Pero el que se debe estar volviendo loco es él. Demasiada merca, Pibe, demasiada.

Le saco la cajita, prendo el fósforo, prendo mi cigarrillo y me quedo con el fósforo en la mano: acabo de entender.

—¿Y no me digas que vos se la vendías?

Caminamos por Florida entre carros lecheros, la basura, repartidores de frutas y verduras, atorrantes que la lluvia despertó. El olor a bosta de caballo se hace fuerte y Ayala me dice que sí, que le vendía y que ya llevaba semanas sin cobrarle, que el tipo se hacía el gil y él le seguía dando crédito porque era el gran Bernabé y que además le caía bien, era un muchacho rana.

—Y no podías dejar que le comprara al canillita de Corrientes y Esmeralda, como todo el mundo.

—Pibe, es Bernabé.

—Sí, es Bernabé. Y además te conviene que él te compre porque te da chapa en el negocio.

—Y sí, también.

Dice Ayala, acepta.

—Te querías poner un escudito como esos cigarros que dicen que son proveedores del rey de Inglaterra, me imagino.

—No te rías, hermano, no te rías.

—¿Cómo no me voy a reír, querido? No pasa nada, te cagó unos mangos. Ya te los va a devolver, o no te los va a devolver, no pasa

nada. No va a ser la primera vez; no va a ser la última.

—No son unos mangos, Pibe. Son más de quinientos.

—¿Quinientos pesos?

Sin querer —sin pensarlo— me paro en seco, me le cruzo, lo agarro por los hombros. Una yegua nos relincha cerca, el lechero nos grita, sus perros nos ladran.

—¿Quinientos sopes, Gorrión? ¿Estás seguro?

—¿Cómo no voy a estar seguro? Y ni siquiera son míos, imaginate. Yo no tengo esa guita. Le tuve que pedir la merca fiada a don Caloggero y si no le pago…

Ayala no termina su frase porque está claro cómo debería terminar: no la termina porque los dos sabemos.

Nos callamos; caminamos, las cabezas bajas, los pasos arrastrados, hasta La Martona de Viamonte y San Martín: entramos, nos sentamos, pedimos dos vasos de leche tibia con vainillas, veinte centavos cada uno, y entonces respiro hondo y encaro la cuestión. Hay días en que me creo que puedo solucionar muchos problemas, que mi única habilidad consiste en solucionar problemas; hoy no es uno de esos días, pero algo tengo que intentar:

—¿Hermano, te puedo hacer una pregunta?

—Hacé lo que quieras.

—No quiero joder pero, decime: ¿cómo pudiste dejar que se te juntara semejante deuda?

—Era Bernabé, Andrea. Es Bernabé.

Es raro, muy raro que me llame Andrea. Nadie me llama Andrea; mi mamá. Nadie —o casi nadie— sabe que me llamo Andrea. Ayala, por supuesto, lo sabe: en la escuela, cuando íbamos a la número 4 de Barracas, algunas maestras más cargosas que otras en lugar de llamarme Rivarola me llamaban por mi nombre. Pero él debe estar muy desesperado si me llama Andrea. Trato de parecer paciente, mostrarme delicado; hubo tiempos en que me salía.

—Ya sé, eso ya lo entendí. Lo que te pregunto es otra cosa. ¿Cómo es que le dejaste pasar tanto tiempo sin cobrarle?

—Qué tanto tiempo. Un mes, habrá sido, mes y medio.

—No jodas, Gorrión.

—¿Vos me ves pinta de estar jodiendo?

La sonrisa me sale berreta: como quien le sonríe a una vecina a la que acaba de morírsele el canario.

—No, Gorrión, ya sé. Pero el tipo no puede haberte consumido quinientos mangos de cocaína en un mes. No podría ni jugar. Ni pararse, podría.

—¿Y quién te dice que el tipo la consume? Capaz que ni toma.

Bueno, sí, algo toma, yo lo vi. Pero no compra para él. Compra para tener, para convidar a los amigos, a las bataclanas, compra porque el gran Bernabé siempre tiene que tener para darle a todo el mundo. Pero ahora a quién le importa, Andrea, a quién le importa. ¿Vos sabés lo que me pueden hacer esos muchachos si no les pago en estos días?

—Claro que sé, Clemente. Claro que lo sé. Pero no los vamos a dejar, ¿no, hermano?

—¿Y quién se lo va a impedir? ¿Vos?

—Quién te dice.

Le digo, sin pensarlo mucho, y respiro hondo, me callo unos segundos. La Martona está empezando a llenarse de oficinistas que se toman un café con leche o un submarino antes de entrar a trabajar: ya deben ser las siete y media, ocho. Se me escapa un bostezo, le sonrío. Ayala me pregunta por qué carajo.

—Nada, tonterías. Pensaba que ahora sí me vendrían bien diez guitas de esa merca que te cagó el gran hombre. Pero no te preocupes, Gorri. Te apuesto cincuenta mangos a que se los cobrás.

—No digas tonterías, che. ¿Cómo vas a seguir apostando después de todo lo que te pasó?

—Lo del juego fue lo de menos, vos ya sabés. La muy turra me dejó porque me había quedado sin trabajo.

—Nunca quise preguntarte por qué te echó el pituco ese, Andrés. ¿Le metiste la mano en la lata?

—¿Vos estás loco, Gorrión? ¿Qué le voy a meter, yo, para qué? Si estaba tranquilo, le escribía las instancias, me ganaba mi viyuya, él me pagaba bien y encima algún cliente alguna vez me daba alguna yapa, en guita o en especies. ¿Yo para qué, Gorrión? Soy gil pero no tanto.

—¿Y entonces por qué fue?

—¿Por qué hay millones de ñatos en la calle, hermano? Porque todo se cae, porque este país se fue a la mierda. Qué sé yo por qué. Porque nos engañaron como a ratas.

—Tranquilo, Pibe, no te sulfurés. Y por la mina, tranqui. Como dice el tango: se fue, mala suerte, paciencia y pan criollo. Y capaz que la suerte no fue tan mala. De últimas te hizo un favor: te dejó tranquilo, ahora podés hacer lo que querés.

—Yo estoy tranquilo, Gorrión, no te confundás. Ella que haga lo que se le cante el quetejedi; lo que no aguanto es no ver a la nena.

—Ahí sí que no te puedo decir nada. Pero vas a ver que al final la sangre tira.

Dice Ayala y me dedica un guiño que le tuerce la cara. Yo le digo que sí, que se los voy a apostar. Sueno forzado, como quien quiere convencerse:

—Te apuesto los cincuenta, Gorrión. Yo te lo voy a arreglar y vas a

estar contento de pagármelos. Vos teneme fe.

—¿A vos, hermano?

—A mí, la concha de tu madre.

2

Otra vez ese ruido, los chillidos de ratón violado por el tigre. Ya sé que taparme la cabeza con la almohada no funciona: los chillidos siguen taladrándome. Por un momento evalúo seriamente —todo lo seriamente que puedo evaluar algo en ese estado— la posibilidad de asesinar al francesito. O quizás a su madre: seguramente el pobre chico nunca eligió estudiar violín, todo es culpa de esa retardada que quiere volverlo un fracasado antes de los diez años. Pero cómo puede ser que le permitan este batifondo a estas horas: de verdad tengo que hablar con doña Norma, o pone orden o me voy. Aunque quizá mi amenaza debiera ser otra, una que pueda preocuparla. Mientras, la luz que entra por la ventana me molesta: me pica en los ojos, pero lo peor es que debe querer decirme que ya no es tan temprano. Igual ni pienso despertarme: ¿para qué?

—¡Silencio, carajo!

Me oigo gritar de pronto: los chillidos no paran. Y este calor y la sábana empapada y la noche anterior que empieza a dibujarse: ¿por qué corno le dije a Ayala que le iba a arreglar su asunto con ese jugador de fútbol? Si no puedo arreglar ni mi comida de esta noche. Me revuelvo en la cama, pero ya no hay esperanzas: no me voy a dormir. Pastoso me levanto, descubro que la cabeza me pesa toneladas, me acerco a la mesita donde está la palangana con su jarra de agua, me echo lo que queda. Se ve que el vaso de leche de la madrugada no fue suficiente, ni el descanso. En la mesa de luz el despertador, recuerdo de otros tiempos, dice que son casi las siete, pronto va a empezar a oscurecer. Necesito salir antes de que se haga de noche.

—…soy desconfiao en amores, y soy confiao en el juego, donde me invitan me quedo…

Ya sé que desafino como un perro, pero, en la soledad de la pieza, algo de música me anima. Y tapa —casi tapa— los chillidos del violín asesinado en el cuarto de enfrente.

—…y donde sobro también. Soy del partido de todos y con todos…

Por más que digan, últimamente Gardel le está pasando el trapo al manfloro de Corsini; en cuanto pueda voy a volver a ver *Luces de Buenos Aires*, antes de que la saquen de los cines. Se me ocurre que quizá si me comprara una radio; son pensamientos clásicos de la resaca, la derrota: las radios son para los que tiraron la toalla, amas de

casa sin cabeza, viejos matrimonios. En cambio sí querría una vitrola para pasar la música que me gusta, pero eso cuesta demasiado —o, por lo menos, mucho más que lo que tengo. Cinco mangos un disco: están chiflados. Y yo, harto de esta racha que ya lleva demasiados meses. Y encima los espejos, demasiados espejos: ahora el que está en mi pared, sobre mi palangana, yo ahí, un susto a medianoche. Las ojeras, la sombra de la barba, los huesos asomando; por lo menos tengo todos mis dientes todavía. Cuando empiecen a aparecer los agujeros negros o, peor, el brillo dorado de las fundas, será el momento de empezar a organizar mi segundo suicidio.

—…No me gusta el empedrao, ni me doy con lo moderno; descanso cuando ando enfermo…

Afilo la navaja en la lonja de cuero. Mataría por ir a hacerme la barba a cualquier peluquería del barrio, unos masajes —pero el horno no está para bollos, y el bolsillo menos: ya ninguno me fía. Saco la brocha, suspiro, hago la espuma con el jabón Gran Federal, amarillo, olor a pobre limpio. Me agarro la base del cuello con la mano izquierda, me acuerdo de mi viejo y sus lecciones de afeitado, armo una sonrisa de payaso para estirar la piel, alzo el mentón, con la navaja en la derecha me empecino en rasparme la papada. Ya no canto.

Cuando termino me limpio la cara con el agua sucia de la palangana, me seco con la toalla que fue blanca. También mataría por una toalla seca, sin olorcito a rancio: mataría mucho, si supiera a quién. Me la enrollo en la cintura, me calzo las chancletas, salgo al pasillo y camino hacia el baño: casi seguro que a esta hora no habrá nadie. Mientras voy, chancleteando, sosteniendo la toalla por si acaso, trato de recordar o entender cómo se me ocurrió que podía arreglarle el entuerto al Gorrión. Seguro que anoche, entre Los 36 Billares, la Avenida de Mayo, La Martona, pensé algo.

Es curioso cuando una idea vuelve a la cabeza: algunas vuelven como bombas, estallan y se quedan con todo; otras, como una rata tímida, te muestran primero la nariz, después la cola, hay que irlas intuyendo. Esta es más bien rata pero termino por reconstruirla. Claro que lo puedo ayudar y, de paso, hacerme una moneda. Ese es el tema: hacerme una moneda.

Oscurece cuando entro, por fin, en el Tortoni: mi camisa blanca, mi sombrero de paja con su cinta roja, mi sonrisa confiada. Qué va a ser de mí cuando ya no me salga esa sonrisa.

—Buenas tardes, Manolo.

—Buenas, Rivarola. Tu amigo está ahí al fondo.

El Gran Café Tortoni es un mundo distinto: bohemia casi distinguida. Alcanza con entrar al baño de hombres, justo detrás de la barra con la caja registradora de teclas brillosas, y ver, mientras te desabrochás la bragueta, las tuberías de bronce de los mingitorios, para recordar que el Tortoni tiene esa pretensión que algunos todavía llaman clase.

—Sos un otario, Rivarola. Acá la única clase es la clase obrera. Y los renegados como vos van a terminar por entenderlo… si es que antes no los colgamos de un farol.

Me dice Jordi Señorans con un guiño y una sonrisa. Señorans es rubio como son rubios los que no son rubios: color a nada en la cabeza. Además tiene una cara redonda y lechosa, un bigote tan ralo que no merece el santo nombre, una papada que promete:

—Hablando de faroles: ¿supiste que lo han vuelto a meter preso al Peludo?

—Bueno, preso… Arrestado en su casa, ¿no?

—Sí, Riva, pero es un hombre grande. Pobre don Hipólito, quién le hubiera dicho. Hace menos de tres años era el presidente y ahora todo esto…

—Quién hubiera dicho que vos lo ibas a estar defendiendo, Catalán.

Le digo, y Señorans se enreda en una explicación demasiado larga que intenta justificar por qué él y el partido lo atacaron sin cesar durante todo su gobierno y ahora lo defienden. Yo lo espero a la vuelta:

—En cambio tu diario no cambió nada: le sigue tirando con cañones.

—No es mi diario, chaval. Es el diario del señor Botana, tremendo hijo de puta. Yo soy un…

—¿Un mercenario?

—Un infiltrado, digamos, un topo de la lucha de clases…

—…escribiendo para el enemigo.

Nos reímos, bajamos el volumen para hablar de los rumores: que los radicales preparan levantamientos por aquí y por allá, que hace tres días en Corrientes la policía detuvo a más de cien, que en Córdoba seguro que va a pasar algo, que quién sabe en Rosario. Señorans es de esos periodistas que la cuentan como si todo lo importante les pasara a ellos: como si nadie supiera más, como si estuvieran en el centro del centro. A veces los envidio, a veces los detesto.

—Me dicen que los oligarcas están muertos de miedo.

—Sí, aterrados. Se los ve tiritando por la calle.

—¿Cuándo vas a abrir los ojos, Rivarola?

—Cuando vos me cantes una canción de cuna. Hablando de cantar: ¿ya lo escuchaste a Gardel cantando la «Milonga del 900»?

—No me digas que te dejas engañar por ese tirifilo. Pura máquina,

Riva, puro cartón pintado. El tío se va a París a que le armen unas peliculitas como si estuviera acá, mucho gaucho con sombrero, pampas exóticas para franceses, pura espuma. Nada, un petimetre que como no sabe cantar se esconde en las películas. Pobre muchacho, ese sí que se vendió por unos pesos, y ahora es más falso que dulce de leche polaco.

—Hablando de dulces y de leche polaca…

—No me busques, Rivarola.

Hay veces en que no sé si Señorans me habla muy en serio o muy en joda: esta es una de ellas. Pero me da lo mismo —y el catalán se lo merece. No tenía por qué decir esas gansadas de Gardel:

—¿La has visto, che, últimamente?

—Pero qué la voy a ver…

El tono de Señorans se hace bajo, casi irrespirable. Quizá no fue una buena idea mentarle a la Rusa. Hay un silencio: en el silencio hay una sombra de pelo casi rojo, ojos verdosos, pecas. En el silencio hay una historia que yo no recuerdo bien y él recuerda demasiado. En el silencio hay amenazas.

—¿Te tomas otro vermú, Rivarola?

—¿Vos invitás?

—Por ser hoy te invito. Me acaban de proponer un yeite…

Dice Señorans, y no dice más nada. Yo lo espero, lo invito con los ojos, pero él no sigue. Siempre le ha gustado crear esos misterios, mostrarme quién maneja los tiempos y los temas. Siempre le ha gustado usar palabras muy porteñas; a veces me parece que la pifia, que no termina de decir lo que quiere.

—¿Y? ¿Me vas a contar qué es ese yeite?

—No, che, ahora no puedo. Ya te contaré, vas a ver, una papa. Una perita en dulce.

Señorans lleva veinte de sus cuarenta y tantos años en Argentina pero mantiene un acento catalán que parece de chiste. Igual que la mayoría de los habitantes de la ciudad, sigue siendo un extranjero. O, por decirlo de otro modo: uno que aprendió a hablar en otra lengua, en otra parte.

—¿Y vos?

—¿Y yo qué?

—¿Has conseguido algo?

—No, Catalán, qué voy a conseguir, con esta crisis…

—Sí, sí, la crisis. Menos mal que hay crisis; si no, dónde te esconderías, Pibe.

Me dice, por decimoquinta vez, y debe ver mi cara porque me dice que no va a decírmelo nunca más, que esta vez es la última: que tengo que hacerme periodista.

—Yo te ayudo a encontrar algo. Yo puedo encontrarte algo, che, en

tres días estás trabajando.

—Te agradezco, Talanca, pero yo no soy periodista. ¿Cómo tengo que decírtelo? Yo no soy periodista. Yo no sé.

—¿Y te creés que yo sí? Ser periodista es una tontería. No tiene ninguna ciencia: te enteras de una cosa, la escribes en castellano o algún idioma que se parezca un poco. Un poco, casi nada. Ningún misterio, Andrés. En tres días ya estás trabajando como un señor.

—¿Y un trabajo decente no sería mejor?

Nos reímos, pero yo sé que es miedo, sobre todo: quizás el Catalán tenga razón. Pero quizá no, y no quiero meterme en un camino que me lleve de vuelta a ningún lado. No quiero —no soportaría— fracasar otra vez.

—No te conviene, Jordi. Si yo me hago periodista, ¿quién te va a conseguir las historias?

—¿Quién me las va a inventar, quieres decir?

En la mesa de al lado dos mujeres de treinta y tantos, el pelo lacio cortado en melenita, el rojo de los labios demasiado rojo, nos miran y se ríen. Señorans las mira, yo lo miro, Señorans niega con la mirada. Entonces me pregunta si de verdad le conseguí algo interesante y le pregunto que cuándo le fallé, y él que tantas veces y yo que no me rompa las pelotas.

—Vamos, Riva, habla, no le des más vueltas.

La voy a hacer durar: tengo el poder por un momento. Me trago el fondo rojo del cinzano, chasqueo los labios, miro al infinito, sonrío a la melenita más cercana; cuando ya no se me ocurre más nada para hacer, entrego:

—Vos sabés quién es Bernabé Ferreyra.

—Rivarola, seré catalán pero no soy completamente idiota.

—Y sabés que se rajó a Junín, que anda escapado por ahí.

—Leo los diarios. Incluso el mío: llámalo deformación profesional. Y a veces hasta los escribo.

—Se nota, Catalán. Bueno, lo que no sabés es que el muchacho acá dejó un tendal.

—¿Un tendal de qué? ¿Más naifas todavía?

—No. O no lo sé, no es mi tema. Lo que dejó es un tendal de deudas.

—¿Con todo lo que le pagan?

—Con todo lo que gasta. Y se lo gasta en cocaína. Esa es la historia. ¿Te interesa? Yo conozco al tipo que le vende, te la puedo contar con todos los detalles.

Señorans me mira con sorna, como desde arriba. Me preocupo, sospecho que me está gozando de antemano:

—Así que Bernabé se droga.

—Sí, Talanca, como si fuera Rodolfo Valentino.

—¿Y ahora te enteras, Rivarola? Eso lo sabe todo el mundo.

—¿Qué todo el mundo? Yo nunca lo leí.

—Que lo saben, te dije, no que lo escriben. Mirá si lo van a escribir: eso sí que no lo escribe nadie. Algunos porque viven de él, otros porque le tienen miedo, la cuestión es que nadie lo escribe. Y, además, ¿sabes lo que te puede hacer el gobierno este si llegas a publicarlo?

—¿El gobierno? ¿Qué tiene que ver el gobierno con todo esto? Ahora no me vas a decir que si Bernabé Ferreyra se droga también es culpa del gobierno. Ustedes sí que ya no saben qué inventar…

Trato de sonreírle a la otra, la más veterana; la mujer me da vuelta la cara como quien se sorprende.

—No, Rivarola, no te pases. Lo que te digo es que el gobierno necesita tener entretenida a la muchachada, si les pinchas el globo puede que se pongan pesados.

—¿Eso es lo que dice el viejo Marx del fútbol? No seas otario, Catalán. Vos siempre viendo fantasmas por todas partes.

—Otro día discutimos mis fantasmas, o los tuyos, si te parece. Pero igual te digo que esto no sirve para nada. Te invito los vermús, no te preocupes. Y vuelve cuando tengas carne fresca, Rivarola.

Me jodió: me dejó panza arriba. Por decir algo, le pregunto qué carne quiere: gesto de mozo atento, qué se va a servir el caballero. Me dice que algo del gobernador Fresco, algo del hijo de Roca, algo de Tita Merello, incluso algo de Gardel, pero que no le haga perder más el tiempo con pescado podrido.

—¡Bernabé Ferreyra!

Dice, y resopla. Yo pongo mi mejor cara de carnero degollado; no me resulta difícil: me siento un carnero degollado.

—Yo creí que era buena. Y la necesitaba, Catalán, la necesito.

Señorans saca un paquete de Particulares, convida, los enciende. Está pensando. De pronto dice que quizás a Cuitiño.

—¿Qué decís, Talanca?

—Digo que quizás a Cuitiño, que puede que a Cuitiño le interese.

Me explica: Manuel Cuitiño es un dirigente de River Plate, como un segundo de Américo Liberti. Y los dos y todos sus colegas están desesperados por traer de vuelta al fugitivo, y quizá les sirvan un par de datos fuertes con los que puedan presionarlo, tipo si no volvés mañana le cuento tal o cual a todo el mundo.

—¿Pero no era que nadie lo quería publicar?

—Sí, pero eso Bernabé no lo sabe. Si hay datos concretos, nombres, direcciones, el tipo puede llegar a asustarse y aceptar lo que le ofrecen.

—Ya veo, Catalán. ¿Y dónde lo encuentro a este Cuitiño?

Señorans mira su reloj —es cuadrado y chiquito, de marxista coqueto— y dice que hoy no, que hoy ya es muy tarde, pero que mañana bien temprano seguro que en el Matadero.

—¿Dónde?

—Donde te hacen los bifes, Pibe, en el Matadero municipal, en la avenida de los Corrales. Ahora es comisionista de carne, compra y vende vacas. Ahí está, todas las madrugadas. El tío me conoce, puedes ir de mi parte.

Nunca fui al Matadero: nunca había pensado en ir. La carne toda arrejuntada en un animal, encerrada en una bolsa de cuero, me parece obscena. Respiro hondo, me compadezco de mi suerte. Miro al cielo y sólo veo el techo decorado del Tortoni, las arañas.

—¿Y qué le voy a sacar a este Cuitiño?

—No sé, Rivarola. ¿Esa no era tu especialidad?

Yo trato de mirarlo como quien perdona —pero no sé qué le estoy perdonando. Ya anocheció, y el pescado sin vender. Si quiero comer algo me quedan dos opciones: o me compro una muzza con fainá con dos vasitos de moscato en Las Cuartetas, todo por treinta guitas, o me voy hasta la casa de la vieja.

3

—Vieja, ¿está ahí?

Tenía media noche por delante: hacer tiempo —perder el tiempo— hasta las cuatro. Señorans me había dicho que la mejor hora para encontrar a Cuitiño eran las cinco o cinco y media, cuando empezaba a amanecer; el viaje hasta los Mataderos me tomaría una hora. No me daba el bolsillo ni el físico para otra noche de tragos o billares o palabras al viento; después pensé en salir a buscar a la Rusa por la Ideal, la Richmond o el teatro de Hebraica, pero seguramente si la encontraba sería peor. Después pensé en un buen plato de puchero o, quién sabe, unos fideos con ese tuco mágico.

—¡Abramé la puerta, vieja!

—Ya va, nene, ya va.

Pararme en ese zaguán es droga dura: la puerta de mi casa, la casa de mi infancia. La vereda tiene baldosas pero están muy rotas; la calle ahora está empedrada. Hay un farol, enfrente, que ilumina amarillo; la puerta es madera pintada de blanco, sus herrajes de bronce un poco opacos.

—Nene, qué milagro.

Mi vieja, la señora Gaetana Pollini viuda de Rivarola, tiene un vestido negro que podría ser siempre el mismo y quizá sea, el pelo blanco, la cara pura arruga, los ojos empañados muy azules. Mi vieja es bajita y está más bajita: cada vez lo olvido, cada vez lo recuerdo. Cuando me abraza la cara le queda casi a la altura de mi ombligo —pero no le gusta que me agache.

—¿Cómo está, mama?

—¿Y cómo querés que esté, nene? Hecha un escracho estoy, cansada. Esta casa es demasiado grande para mí, me da mucho trabajo. Y encima tu hermano que me deja a sus hijos como si esto fuera la perrera municipal y…

Yo conozco la música: no cambia. Suspiro, empiezo a preguntarme —como cada vez— si no fue un error. Pero mi vieja me demuestra que no:

—Nene, si viniste hasta acá debés tener hambre. Tengo unos restos de estofado acá en la cocina.

—Pero vieja, no será mucho laburo…

—Nene, no te hagás.

—Tiene razón, no me hago.

Le digo, y le sonrío. Entramos: primero el patio largo, baldosas rojas, plantas descontroladas; a la derecha, bajo un alero, las habitaciones, y al fondo la cocina.

—Acompañame mientras lo caliento.

La cocina está iluminada por la misma lamparita que cuelga del techo muy desnuda sobre la misma mesa, mismo mantel de hule, sus mismos cuadros rojiblancos; a los lados, las mismas cuatro sillas. A un costado, la económica de hierro fundido a carbón de leña; enfrente, sobre una repisa, la radio está prendida. Mi vieja se agacha para encender el carbón con una astilla y un papel de diario, y pone una cacerola sobre el fuego; la revuelve.

—Lo que yo no entiendo es por qué no te quedás acá. ¿Qué tenés que andar viviendo en esos lugares de mala muerte? Con todos estos cuartos vacíos que tenemos… Ya te lo dije mil veces: hasta podés usar tu propio cuarto si querés. Y estamos bien y me hacés compañía. Qué pena, nene. Si le hacías caso a tu padre y terminabas la carrera, ahora serías doctor.

—Si le hubiera hecho caso y hubiera terminado la carrera, ahora sería un oficinista sentado en un escritorio del gobierno, ayudando a estos gordos ladrones a robarle a la gente. O un oficinista sentado en un escritorio de un frigorífico ayudando a estos ingleses ladrones…

—¡Andrea!

No tengo que dejarme llevar a las mismas peleas: cada vez lo olvido, cada vez lo recuerdo. Suspiro largo, me callo la boca; mi vieja aprovecha para preguntarme qué novedades de Estelita.

—Nada, vieja, hace como un mes que nada. Usté sabe, Estela jode todo lo posible.

—Yo la vi el sábado pasado. Está tan linda pero un poco flaca, nene, un poco flaca. ¿No será que la madre no le da suficiente de comer? Yo siempre le dije que…

—Ay, mama.

Una cosa es que yo la deteste; otra, muy otra, que mi madre aproveche lo mal que salió todo para insistir con que ella ya sabía —y ya me lo había dicho. Otra vez me pregunto si hice bien; desesperado, recurro al antídoto infalible:

—¿Y, ya se enganchó la Pulpera con el Mazorquero?

—Ay, no, nene, no sabés las vueltas que da. Esa chica lo que necesita es alguien que le cante tres frescas. Quién sabe hoy, esta noche, pero con vos acá me lo voy a perder…

Funcionó, o casi. Mi vieja sonríe y revuelve la cacerola con una cuchara de madera. En la radio suena un payador diciendo que gloria al Restaurador/ de las Leyes de esta tierra/ que siempre ha sido el mejor/ en la paz como en la guerra, y se acompaña con un rasguido de guitarra.

—¿Y a usté qué le importan, vieja, esos criollos? Como si tuvieran algo que ver con usté…

—Y claro que tienen que ver, m'hijo. ¿O no somos todos argentinos?

Mi vieja pone sobre la mesa una frasca con vino y un sifón de soda, me dice que me siente.

—La verdad, me habría gustado ser uno de esos que actúan en la radio…

—¿Y por qué no lo hacés, nene?

—Estoy viejo, vieja.

—Qué vas a estar, Andrea.

—No voy a empezar a los treinta años.

—Mirá, para empezar vos todavía no cumpliste los treinta, si lo sabré yo. Y, para seguir, vos no tenés la culpa si esto no existía cuando eras chico.

—Ay, vieja, usté no se da cuenta. Esa es la historia de mi vida. Yo llego siempre tarde. O capaz muy temprano.

Digo, y enseguida me callo: no es a ella a quien debo decirle estas cosas.

El asiento de madera del tranvía no es lo mejor para dormir, pero el traqueteo es cariñoso y me adormece. Va amaneciendo: las calles de casas bajas y arbolitos resucitan poco a poco. Intento no pensar y no me sale; intento pensar algo interesante y tampoco: me pierdo en vericuetos y rencores. En las calles hay personas que duermen, tirados en zaguanes o en baldíos; pasando la Avenida Lacarra hay docenas de chozas de latas y cartón, una de esas cosas nuevas que alguien llamó villas miseria: parece que algunos ya no tienen ni para el conventillo. Cada tanto el tranvía tiene que frenar porque se le cruza el carro de un lechero, su tintinear de latas, los gritos de su dueño, los perros callejeros que le ladran. La ciudad es una selva monótona: perros y perros y más perros. A fin del año pasado la Municipalidad decidió que todos los dueños de perros tenían que inscribirlos —y pagar cinco pesos por hocico. Muchos no quisieron o pudieron pagarlo, y las calles se llenaron de esos animales que sus dueños fueron abandonando. La ciudad, ahora, en plena madrugada, es de esos perros. Nosotros, digo, esos.

El olor debe ser de la sangre o de la carne exangüe. O quizá sea la mezcla de esa carne y la sangre y la bosta y el miedo de las vacas y el chivo de los matarifes; en cualquier caso, es casi insoportable —y los mugidos, como gritos de muertos en el velorio de ellos mismos. Voy

levemente zombi, camino de un lado a otro cual bola sin manija. El Matadero Municipal son casi cuarenta manzanas de edificios, corrales, mataderos, frigoríficos, ratas, moscas. Debe ser fácil perderse entre estos ríos de vacas, tormentas de bramidos, olor tremendo; debe ser fácil creer que uno se ha hundido en el pantano de la patria. Pregunto por el tal Cuitiño y media docena de peones, gauchos con mostachos y bombachos, sus sombreros, el facón en la mano, me miran como si acabara de llegar del polo, y después no me miran. Sigo buscando; el suelo es un barro que parece mierda. Nunca caminé sobre mierda; al pisar esta mugre, me parece tan obvio que debe ser así. Quizá ya la conozco y me olvidé. Al fin un matarife viejo se me apiada:

—¿A quién anda buscando, este muchacho?

—A don Manuel Cuitiño, ¿lo conoce?

—Cómo no lo voy a conocer, mire vea. ¿Qué se cree que soy, yo, un desconocido? Mire, vaya hasta ese edificio ahí al fondo, el de los arcos, y pregunte ahí, que ahí va a estar su oficina.

—¿Cómo que va a estar?

—Bueno, doctorcito, ayer estaba.

En la puerta del edificio falso colonial, en medio de una nube de moscas, tres peones hablan de la Franchuta, sus manos mágicas, su culo. Gritan, para poder oírse en el zumbido:

—Vos qué vas a saber, farabute, si nunca lo agarraste.

—¿Yo, que nunca lo agarré? Si la Franchuta me pide por favor.

—¿Así que ahora tu oveja se llama Franchuta?

El así llamado farabute escupe a un costado y avanza contra el ofensor: no debe ser grave, porque blande el facón envainado; el otro se interpone. Mi pregunta los distrae:

—Perdonen, ¿dónde encuentro a Cuitiño?

El tercero en discordia se saca el sombrero, se acomoda las crenchas, espanta algunas moscas:

—Con todo respeto, patrón, más le conviene perderlo que encontrarlo.

—Si yo pudiera hacer siempre lo que me conviene…

—Bueno, si no tiene más remedio siga por este pasillo, la última puerta a la derecha. Y después no diga que este criollo no le hizo la advertencia.

El olor, la sangre, carne exangüe.

Don Manuel Cuitiño está sentado detrás de un escritorio de madera maciza, mate, pava, un plato, unos papeles, al fondo de un cuarto grande y muy vacío. Dos ventanas lo iluminan apenas: recién está clareando.

—Sí, pase. ¿Quién me busca?

—Mi nombre es Rivarola Andrés, para servirlo.

—Ese será su nombre y su apellido, o viceversa. Servirme ya empieza a ser otra cuestión, más peliaguda.

Don Manuel es una mole gorda, saco y chaleco y su corbata en el calor infame, la papada sudando a chorro limpio, la cadena de oro del reloj cruzándole la panza.

—Pero si quiere siéntese y me cuenta. A estas horas me aburro, ya vendí todo. Si quería una ternera, llegó tarde.

Detrás de las paredes, más allá, los vendidos siguen aullando: hay muertes más calladas. Sobre la mesa de quebracho, al lado de la pava, el plato de porcelana blanca con dibujos azules exhibe unos trozos de molleja. La mole pincha uno con su facón de plata, se lo lleva a la boca; tiene la cara tan lampiña como la papada.

—Lo invitaría con una mollejita, mi querido. Pero me parece que usted viene con ganas de negocio, así que hable. O se calle y se raje y me deje tranquilo.

—Disculpe, don Manuel, no quiero molestarlo. Es sólo que me han dicho que usted es la persona indicada: Señorans me dijo.

—Ah, el señor Ans. Alemán, el hombre.

Dice la mole y se ríe como un eructo y se atraganta. Tose, ruge, escupe hacia un costado. Después dice disculpe, claro, Señorans, como quien dice llueve —en un día de sol resplandeciente. Yo trato de no desanimarme:

—Él me dijo que viniera a verlo, que le podría interesar lo que le traigo.

—Así que usted me trae. ¿Y qué me trae, usted? Disculpe que me ría.

Dice la mole, pero ahora no se ríe. Sus manazas juegan con el facón: lo convierten en un escarbadiente. Después pincha otro trozo de molleja, lo enarbola.

—O, aguante, mejor, si le parece: le voy a decir yo lo que me trae. Son tres opciones: o me va a contar que tiene un pibe que la mete mejor que Bernabé, o me quiere vender doscientas vacas que se encontró en la calle Florida, o es un gil a cuerda y ahora mismo está tratando de inventarse algún cuento para conseguir vaya a saber qué confusos designios. Le aclaro: yo no compro pataduras ni buzones ni vacas robadas ni designios confusos. Así que si quiere lo invito a mollejita y hablamos de mujeres. O, mejor dicho: usted habla de mujeres y yo simulo que lo escucho, y después usted se vuelve y le dice a su amigo Señorás que la próxima vez que me mande…

La mole no puede parar, habla y habla, se escucha, se regodea en sus palabras. Yo hago como que lo escucho: parece que no hay nada que les guste más. Al fin se queda sin aliento, para, se sirve vino de

una jarra de loza en un vaso de vidrio, se refresca. Aprovecho la brecha:

—Si me permite, don Manuel. Por lo que sé, usted se dedica a los temas del fútbol…

La mole tose —truena— para que me calle.

—No, mi querido: no me dedico a los temas del football. Soy el vicepresidente segundo del glorioso Club Atlético River Plate, que es otra cosa. ¿Y sabe por qué lo hago? No, claro que no sabe. ¿Qué va a saber, usted? Porque soy un patriota. A mí me gusta el football, me entretiene el football, pero no estoy loco por el football. Yo podría ir a ver los partidos, tranquilo, los domingos, en mi platea con mi sobrino Alberto. Sí señor, tengo un sobrino Alberto, ¿tiene algo que decir? Tengo un sobrino Alberto y los domingos yo podría ir tranquilo con él a ver los partidos en mi platea pero resulta que yo soy un patriota. ¿Ya le dije que soy un patriota?

Otra vez sin aliento, la mole traga vino; yo ni siquiera hago el intento: callo. La mole mastica otra molleja y algún jugo le rueda por el mentón camino a la papada.

—…soy, ya se lo dije. Por eso, también, me dedico al negocio más noble y más criollo: compro y engordo vacas, las sacrifico en el altar de la Nación, que viene a ser acá. Así colaboro a mantener más limpias las esencias, las estancias, los cimientos de la patria. La patria verdadera son las vacas, m'hijo. ¿O usted todavía no entendió por qué acá el ministerio de Economía se llama ministerio de Hacienda? ¿Y sabe qué? No, qué va a saber. Mi trabajo me permite conversar con muchos de los prohombres que han hecho nuestra patria o, si quiere, sus hijos, los que la despilfarran. Nuestros hombres de campo, digo, nuestros patricios, que le dicen. ¿Y sabe qué? No, eso ya lo dijimos: usted no sabe. Por eso se lo digo: a ellos el football no les gusta.

La mole se revuelve en su silla, puro quebracho frailero con una cabeza de toro culminando el respaldo —su hociquito, sus cuernos—, y se zampa otro vaso; trato de no mirarlo. Debo escucharlo y para eso, debo tratar de no mirarlo. La mole avanza, firme en su soliloquio: que ahora a esos cajetillas el football les da un poco de asco, que antes, en los tiempos del Alumni y los hermanos Brown y el Racing Club y todas esas cosas sí que les gustaba pero que ahora que ya es profesional les parece una porquería, que dicen que se volvió cosa de tanos brutos.

—De gallegos no, dicen, porque dicen que son tan brutos que ni eso. Pero a mí me gusta. Aunque, como le dije, no me enloquece: me gusta, nomás, como para ir con mi sobrino Alberto. Pero entonces, se preguntará usted, si todavía es capaz de preguntarse algo: ¿por qué cuernos se metió este hombre a directivo de River Plate, en lugar de quedarse tranquilo con sus sobrinos y sus vacas? Porque soy un patriota.

—Disculpe, don Manuel, si…

—No, m'hijo, no lo disculpo. Si quiere que le hable escuchemé. Como le iba diciendo: ¿usted sabe por qué, yo, el football y la patria? No, usted no sabe, eso ya lo sabíamos. Mire, usted tampoco sabe que yo tengo seis generaciones de argentino: mi tata anduvo por ahí luchando por la patria cuando todos estos patasucias se revolcaban en Italia o en Rusia. Quisimos educarlos, enseñarles a respetar las tradiciones. No pudimos, van a echar a perder nuestro país. Lo que nos queda es distraerlos, para que por lo menos no nos jodan, nos dejen vivir como argentinos a los verdaderos argentinos. Yo los entiendo, no se vaya a creer, hasta los compadezco.

Dice y yo trato de escucharlo sin mirarlo pero de pronto lo miro, pienso qué pasaría si le metiera media molleja en cada narina y con el faconcito le abriera como un degüello la papada: si chorrearía sangre o grasa. Lo pienso e intento no pensarlo: a ver si el Buda me lo ve en la cara. Por ahora no ha notado nada.

—Pero yo sé, yo sí sé, que si queremos que no nos rompan la patria en pedacitos tenemos que hacer algo para distraerlos. Y eso, hasta usted lo sabe, tiene que ser el football. Por eso yo me sacrifico: por la patria. El football es mi deber, mi batalla de Tucumán, mi Vuelta de Obligado.

—Precisamente, don Manuel, de eso le quería hablar.

—¿De la Vuelta o de Tucumán, me dice? ¿O me va a venir a hablar de mis deberes?

Se ha quedado callado; yo debería aprovechar pero no sé bien cómo. Me estoy muriendo por un cigarrillo y un vaso de vino. Cigarrillos no tengo; el vino parece ser sólo para su dueño. Un silencio, los mugidos distantes, los olores. Resoplo, tomo aire.

—Sé que tienen problemas con este muchacho Bernabé. Y creo que yo puedo hacer algo para ayudarlos a solucionarlos.

El Buda amaga carcajada y, en cambio, pincha otra molleja:

—Usted se creyó que yo me iba a reír. Bueno, aquí estamos, deme por reído. ¿Y usted por qué se cree que puede ayudarnos a algo?

—Es simple, don Manuel.

Le digo, como cada vez que algo me parece demasiado complicado, más allá de mis posibilidades:

—Es simple: Bernabé tiene deudas con un muchacho que le pasa droga, cocó, esas porquerías. Y a mí me parece que si…

—M'hijo, lo hacía un poquito más inteligente. No muy inteligente, no se crea, pero un poquito más sí que lo hacía. Punto uno: ¿usted se cree, de verdad se cree, que nosotros, sus patrones, no sabemos lo que

hace este muchacho con la nariz, y con sus otras partes prominentes? ¿Usted se cree, de verdad, que yo me chupo el dedo? Y después, punto dos: ¿usted se cree, de verdad se cree, que si esta información se difundiera nosotros no quedaríamos como unos auténticos salames? De Milán, le digo, o cantimpalos. Picado grueso, se lo digo.

—No, pero ustedes…

—Sí, nosotros. Nosotros quedaríamos como los sotretas que hicimos oídos sordos, ojos ciegos al vicio de nuestro jugador más principal, del paladín de la negrada. Nos crucifican, m'hijo, nos entierran. Y yo que lo hacía…

Ya es tiempo de levantarme de la silla: está visto que no voy a conseguir nada y no tengo ganas de seguir soportando el desprecio de la mole mollejera.

—Le agradezco el…

—No me agradezca nada, m'hijo, qué me va a agradecer si no se lleva ni un kilito de entraña. Se va de acá peor que cuando llegó: cuando llegó por lo menos tenía la esperanza. Ustedes los giles se creen que somos todos giles: no, mi amigo, algunos no. Así que no me agradezca, a menos que…

Me congelo a medio levantar: a menos que qué, le pregunto, y enseguida me arrepiento de ese despliegue de ansiedad. Pero no estoy para lujos.

—¿A menos que qué, don Manuel?

—Quizá, quizá… A ver, siéntese, m'hijo.

Me dice la mole y me ofrece un vasito de vino: los anillos de piedras gordas de su mano gorda chocando con el vidrio. Después me dice que no me ofenda, o que si quiero sí me ofenda, que a él le da lo mismo, pero que al escucharme le pareció que yo podía estar a la altura de ese idiota de Bernabé Ferreyra y que, como se ve que ando buscando algún conchabo, cualquiera, lo que sea, me puede ofrecer uno:

—El pelandrún ahora dice que no va a hablar con nosotros. La verdad, ya no quiere ni vernos. Nos pidió una carrada de plata, le dijimos que no, se ofendió. Es un gil: así son los negocios. Vos pedís, yo te niego, vos te plantás, yo te doy algo, pero el pibe este no la entiende, chacarero bruto, se ofendió y se fue y ahora no nos quiere ni ver, dice que no va a volver más. Entonces usted…

—Sí, yo podría hablar con él.

Lo corto, y don Manuel Cuitiño me sonríe: bien, el niño bobo está aprendiendo.

—Usted podría viajar a hablar con él. Y le dice que no sea gilastrún, pero se lo dice de otro modo, no como si fuera yo, se lo dice como si fuera usted, le dice que nosotros estamos dispuestos a darle algún dinero y que también estamos dispuestos a hundirlo para

siempre.

—¿A hundirlo, don Manuel?

—Bueno, usted sabe que no, que no podemos. Pero ya le expliqué cómo es esto de las negociaciones. Usted le dice que estamos dispuestos a hacerlo papilla, a dejarlo peor que una molleja. Y quizá sea cierto: si nos ponemos, seguro que encontramos la manera de hacerlo sin drogas, sin tonterías, sin que nos arrastre a nosotros por el barro. Pero que también podemos arreglarlo…

La mole pincha con su facón la última molleja, la atrapa con los dientes turbios de tabaco, la deglute sin pérdida de líquidos. Después se limpia la boca con la manga de la camisa blanca y me pregunta cuánto tiempo preciso. Lo estoy pensando cuando le oigo decir que no lo piense tanto, que tiempo es lo que no tienen, que me vaya ya. Me vuelvo a parar; ahora mi cabeza es un concierto de mugidos. Ya estoy en la puerta cuando me doy cuenta:

—Disculpe, don Manuel, que se lo pregunte así: ¿cuánto me va a pagar por el mandado?

—No lo disculpo, m'hijo: así es como se preguntan estas cosas. Pero así no siempre se contestan. Le voy a pagar bien. Y no sólo pagarle: si me hace el mandado, se va a poder quedar tranquilo por un tiempo. Acá hay mucho que hacer, y siempre se necesita un tipo rápido.

—¿Acá, adónde?

—Acá, m'hijo, no me sulfure la paciencia.

Dice el Buda y saca un billete de algún lado, lo enarbola en la mano, brazo en alto. Yo tengo que volver hasta su escritorio: el billete es de cien, irradia una luz mágica.

—Me olvidaba, llevesé esta moneda. Con esto se va a pagar los gastos. Puede quedarse con el vuelto.

4

Siempre es raro subirse a un tren: encerrarse en un bólido que te mueve a cincuenta, sesenta kilómetros por hora, lanzado como bala sobre unos trozos de metal gastado. Ya sé que no tengo que ser cobarde: que vivo en la era de la velocidad y que está bien, de vez en cuando, pasar por esa rara sensación de que todo pasa demasiado rápido. Y sé que el Ferrocarril Pacífico lo manejan los ingleses y que los ingleses hacen bien las cosas —pero, por momentos, cuando el traqueteo se hace más fuerte, no puedo dejar de agarrarme del apoyabrazos, como si eso fuera a cambiar algo.

Y más hoy, en medio de este disparate. Se me ocurre una palabra casi idiota: la palabra aventura. Por más que trate de no darle importancia, es raro y atractivo: estoy en un tren lanzado a toda máquina hacia un poblacho chacarero para hablar con el tipo más famoso del país. Así que mejor tranquilizarse: mirá el paisaje, Rivarola, disfrutá del paisaje, vos que sos un bicho de ciudad, aprovechá el paseo; capaz que te sugiere algo, Rivarola, un par de frases. Rivarola trata de hacerme caso: veo ese gran terreno baldío que llaman la pampa, vacas, vacas y más vacas, aquel olor de carne muerta que regresa. Pero dormí muy poco —dos o tres horas cuando pasé por la pensión a buscar una camisa limpia y para mi sorpresa la encontré— y el miedo a la velocidad pierde poder, el traqueteo del tren me va durmiendo y sólo me despierta, cada tanto, el chiflido cuando para en alguna estación. Entonces suben y bajan esos señores y señoras con valijas de cartón atadas con piolines, bultos envueltos en tela de arpillera atados con piolines, algún bolso. Todavía me deben faltar como dos horas para llegar hasta Junín: el refugio del fugitivo Bernabé Ferreyra. Me molesta el recuerdo del Gorrión: cómo hacer la gestión que me encargó Cuitiño sin traicionarlo. O por lo menos sin traicionarlo mucho.

—¿A que usted no sabe de dónde viene la palabra cana?

Me pregunta, de pronto, un hombre flaco de 35 o 40 sentado al lado mío. El hombre tiene un bigote fino y la madre de todos los anteojos pintándole la cara. Medio dormido, sacudo la cabeza:

—¿Cana?

—Sí, cana, como en ahí viene la cana, en araca la cana.

—Yo qué sé.

Le digo, y vuelvo a mirar vacas por la ventanilla, pero el hombre es

testarudo: su necesidad de hablar debe ser mucho mayor que su pudor:

—Hoy el atorrante de Arlt lo explica en su artículo de *El Mundo*: se ve que ya no tiene con qué llenar las páginas. Y pensar que antes los diarios los escribían los periodistas…

Otro que no sabe cómo callarse la boca. Pero ahora sí que no tengo salida: es difícil huir de alguien que está dispuesto a todo, sentado del lado del pasillo, cortándote la retirada.

—Debe ser un invento suyo, pero es simpático: dice que había un comisario Racana que se hizo muy famoso en no sé qué barrio y que era un pesado, que no paraba de joder a los pibes que querían jugar al fulbo en la calle. Que los vecinos se quejaban por los gritos, por los vidrios rotos, porque tenían ganas de quejarse, y entonces el comisario Racana, para quedar bien o porque le gustaba joder, los buscaba, a los pibes, les reventaba los partidos, les secuestraba la pelota, que alguna vez hasta llegó a llevarlos presos. Y dice que entonces los pibes del barrio se acostumbraron a poner un campana para que les avisara, para tener tiempo de salir corriendo y no perder la pelota, con lo que cuesta una pelota, así que cuando llegaba el comisario gritaban Ahí viene Racana, y que de ahí el grito fue pasando a otros barrios, vaya a saber por qué, y que en los otros barrios como no lo conocían al comisario no la entendían y entonces quedó ahí viene la cana. Ahí viene la cana, ¿se da cuenta?

Alzo las cejas, intento una sonrisa, se me ocurre que quizá Señorans tenía razón: que ser periodista no era tan difícil. Para difícil, de verdad difícil, el silencio. El hombre debe entender algo porque me lo explica:

—Disculpe, no quería molestarlo. ¿Pero sabe lo que es que te llamen todo el tiempo cana y no sepas por qué?

—Así que usted es policía.

Le digo, como quien cumple con sus deberes cívicos.

—Bueno, no.

—¿Y entonces?

—Otro día se lo cuento.

Dice el hombre, y se pierde en su diario. Si me hubiera quedado en Buenos Aires habría podido tratar de ver a Estelita; habría podido tratar y seguramente habría vuelto a fracasar. Y quizás este viaje me sirva para eso: si le cumplo a Cuitiño y me da trabajo, la turra no va a tener más excusas para mantenerme alejado de la nena. Aunque, conociéndola, estoy seguro de que algo va a inventar.

Conseguir flores en un pueblo de la pampa gringa un sábado a la tarde es más difícil todavía. Los pobladores no están para esos devaneos; si

alguno las quiere, las cultiva. Doy unas vueltas por las calles que rodean la plaza —veredas rotas, lechos de barro seco, algún caballo atado, alguna chata— y termino comprando una docena de facturas en La Nueva San Martín Panadería Confitería, entre el Banco Provincia y la iglesia de San Ignacio, abierta también a la hora de la siesta. La panadera gorda me confirma que doña Matilde de Ferreyra, la madre de Bernabé, vive en la calle Moreno, a cuatro cuadras para el sur, pero no le diga que yo se lo dije, que la vieja ahora se hace la estrecha.

—Cómo cambia la fama a las personas… ¿O será la platita?

Prefiero no debatirlo mucho. Le pago un peso, le agradezzo, salgo a la calle con mi paquete bien atado. Hace un calor de perros y los perros duermen a la sombra y el sombrero de paja se me ha vuelto un horno panadero. Repaso mis ideas; por alguna razón que se me escapa, siempre creí que cuando quiero puedo caerle bien a las personas. Lo creo pero no debo estar tan seguro porque ahora, mientras camino con mi paquetito, oigo una y otra vez el sonsonete en mi cabeza: yo puedo caerle bien a alguien.

—Yo puedo caerle bien a alguien.

Camino, transpiro, despierto los ladridos de los perros dormidos, doy con la dirección, golpeo las manos. La casita es baja, bien cuidada, ladrillos blanqueados a la cal, al fondo de un terreno; por delante hay yuyos y una hortensia violeta y unas cuantas plantas de tomate.

—¡Doña Matilde! ¡Doña Matilde!

Una vieja de sesenta, sesenta y tantos años aparece en la puerta. Se está atando una bata color indefinible, acomodando el pelo también blanco.

—¿Quién la busca?

—Yo, doña Matilde, Andrés, el sobrino de doña María. ¿No le avisó que iba a pasar a verla?

La señora se restriega la cara con las manos, como quien trata de recordar o recordarse. No dice nada: me mira con ojos legañosos, boca abierta.

—Bueno, no se preocupe, seguro que le dijo. Mire, acá le traigo unas facturas para el mate…

—Despacito, señor, que me lo va a despertar al Bernabé.

—No te preocupes, hijo, éste es Andrés, el sobrino de doña María.

—¿De qué doña María?

—Doña María, Berna, no te pongás así.

Es el momento: dejo el mate sobre el mantel de hule, junto a los restos de facturas, y me levanto de la silla y camino hacia la puerta

donde está parado Bernabé Ferreyra, su pantalón de futbolista, ancho, negro, gastado, sus chancletas de cuero: el pecho poderoso, el cuello ancho, las piernas muy combadas. Le extiendo la mano; Ferreyra me la mira como si fuera un bicho raro pero termina dándomela. Después se la devuelvo.

—¿Y qué carajo andás haciendo acá?

—Nada, maestro, pasé a ver a su madre. Y si me hace el honor, quería conversar un rato con usted.

—¿No serás un periodista, vos?

—¿Yo, periodista? ¿Usted me ve cara de periodista a mí?

—Y yo qué sé. O ahora se van a creer que también tienen cara.

Le sonrío, trato de hacerme cómplice:

—Cara tienen, maestro: más dura que una piedra. Dios nos libre…

Ferreyra me entrega media sonrisa —un cuarto— y me vuelve a preguntar qué carajo hago ahí, en la cocina de su casa. Yo insisto en sonreírle y le digo que lo invito a una cerveza, que por lo menos vamos a tomar el fresco. Ferreyra me mira como si tuviera que entenderme, hace un gesto de y bueno qué me importa, me dice que le dé cinco minutos, que se lava la cara y se pone una camisa.

—Y más te vale que no seas periodista.

—¿Y si soy algo peor?

—¿Peor?

Me dice Ferreyra, y resopla. Se ve que no se le ocurre nada.

En el café, Rodríguez, el dueño, don Rodríguez —gordo, bajo, cejudo —, saludó a Ferreyra con muchos aspavientos y su acento asturiano — tú por acá, Bernabé, qué milagro—, y nos sentó en su mejor mesa, tranquila, retirada, junto a la ventana sombreada por un plátano. Todavía es temprano; sólo dos mesas más tienen clientes: hombres, por supuesto.

—¿Cerveza?

—Sí, tanques para los dos. Y unos manises.

Yo preferiría no entrar en tema así de golpe, pero tampoco tengo ningún otro. Hago preguntas: que qué tal está el pueblo, que si no le resulta un poco aburrido, que a un tipo como él Junín le debe estar quedando chico. Ferreyra me contesta sin abundar, amable, precavido: como el que espera agazapado.

—Este es mi pueblo, jefe. Yo no soy de esos giles que se agrandan y salen a escupir para arriba.

Y enseguida matiza: que lo quiere pero se aburre, que no tiene ganas de estar acá sin nada que hacer.

—¿Vos me ves saliendo por ahí? No puedo ir a ninguna parte. Acá tengo que hacer buena letra, está mi vieja, mi familia, me conocen

todos. Acá todos me juzgan.

De a poco, el futbolista se relaja: va cayendo. Pienso en atacar pero prefiero seguir con los rodeos, las preguntas bobas. Ahora me cuenta de ese arquerito peruano que desmayó de un pelotazo y lo internaron y él lo fue a visitar al hospital y después el pobre muchacho tuvo que volver a atajar contra él y le pidió que cuando fuera a patearle le avisara y él le avisó y lo volvió a meter adentro del arco con pelota y todo. Y lo que es entrar a la cancha y ver a todos esos desaforados con los pañuelos en la cabeza gritando por él, como si estuvieran locos; me dice que la verdad no los entiende, que algún día alguien va a venir y le va a decir que era una broma, que qué otario que se la creyó. Yo lo sigo escuchando, le sonrío. Cuando pedimos la tercera ronda el clima ya parece propicio —y salto al tuteo:

—¿Y de veras no vas a volver más?

—¿Y a vos qué te importa?

Me contesta Ferreyra, pero su tono es más amable que sus palabras: como si no se las tomara en serio.

—Bueno, me podría importar.

—¿Qué sos, de River, vos?

—Yo soy de Rivarola, Bernabé.

Le digo, y soltamos la carcajada y chocamos los dos tanques.

—¿Y ese equipo dónde juega, en la Liga de Chacareros de Chapaleufú?

—Puede ser… pero no sabés cómo la mete.

Las cervezas han hecho su trabajo: estamos sonrientes, frescos, más ligeros. Es mi oportunidad:

—Tengo una oferta para hacerte.

—Pará, pará, pará. Antes de hablar giladas, escuchame.

—No, escuchame vos.

—No, nene, vos me vas a escuchar, porque vos viniste hasta acá para buscarme. ¿O me voy a comer el cuento de la tía María, yo también? Vos viniste a buscarme porque la mitad del país me está buscando. ¿Sabés lo raro que es estar en todos los diarios, saber que hay miles de ñatos que creen que les importa lo que yo haga, si decido volver o no volver, jugar o no jugar?

Bernabé Ferreyra se toma un buen trago de su tanque y yo trato de hablar pero él me frena, me dice que cómo puede respetarlos: ¿a vos te parece que yo puedo respetar a unos tipos que están tan preocupados por si yo le voy a pegar o no a una pelota? La voz, por momentos, le patina:

—Es mi problema, solamente mi problema, pero parece que se ha convertido en el problema de unos cuantos. Es mi problema, hermano: yo pedí una guita, si me la pagan, bien; si no, me quedo acá, tranquilo.

—¿De verdad te podés quedar acá tranquilo?

—Bueno, tranquilo, más o menos tranquilo. Sí, capaz que sí. Ellos tienen que creer que sí. ¿No viste que estos tipos se creen que soy un paisano de boina y chiripá? Les gusta creer que soy un pajuerano…

—¿Y es cierto que pediste treinta lucas? ¿Cómo pueden pagarle tanta mosca a un tipo por jugar al fútbol?

—Yo no juego al fútbol, pibe. Yo soy el fútbol.

Dice Ferreyra, y levanta la mano para pedir otra ronda. Enciende un Vuelta Abajo, oscuros, poderosos, pita largo:

—Yo soy el fútbol, hermano. ¿No viste cómo están de locos? Mientras exista el fútbol van a tener que hablar de mí. Y tengo que aprovecharlo, porque esto no va a durar, hermano, no puede durar. ¿Vos te acordás de ese arquerito, De Nicola?

—Sí, claro, cómo no me voy a acordar. El que te aguantó un partido entero sin comerse ni un gol, el del premio de *Crítica*.

—Bueno, eso. Al pibe no lo conocía ni la vieja y ahora todos saben quién es porque me aguantó un partido. Pronto va a aparecer otro premio: treinta monedas para el que rompa a La Fiera.

Me suena raro que él mismo se llame La Fiera —pero, al fin y al cabo, así lo llaman millones de personas. Han llegado varios clientes más: al entrar nos miraron pero fueron hacia las mesas más distantes, como dejando un círculo de respeto alrededor.

—No lo van a sacar en los diarios, por supuesto. Pero algún hijo de puta lo va a inventar. Y no te extrañe si son mis propios colegas, hermano, los jugadores. ¿Sabés cuántos están hartos de mí? Están hasta el gorro: que si La Fiera por acá, que si Bernabé por allá, que si nunca hubo ninguno. Conozco varios que están más celosos que una piba de 15. Así que esto no va a durar, le tengo que sacar el jugo mientras tenga con qué.

—De eso te quería hablar, Ferreyra.

—Podés decirme Bernabé.

—Gracias, Bernabé. De eso te quería hablar. La gente de River está preocupada.

—La gente de River se puede ir al carajo. Yo les pedí algo, tampoco tanto, y me mandaron a la cucha. Yo les gané el campeonato del año pasado, yo les lleno la cancha, y por unos pesos que les pedí me sacaron como si fuera la sirvienta. Por mí, que se vayan al carajo.

—Eso no le conviene a nadie, Bernabé. Ni a vos ni a ellos les conviene.

—A mí qué me importa lo que me conviene. No estamos hablando de lo que conviene. Yo también tengo mi orgullo, compadre. Y si quieren algo que me vengan a buscar, que no manden a un tapado a hacerles los mandados.

—Pero por lo menos escuchá lo que te tengo que decir.

—Ya te dije que no me interesa.

Nos callamos, prendemos cigarrillos, chupamos nuestros tanques. Ferreyra mira a los costados: parece como si buscara un conocido, alguna excusa para irse. Yo sé que estoy a punto de perder mi última chance:

—Te van a reventar.

—¿Quién me va a reventar a mí? ¿Quién me va a reventar?

Me contesta Ferreyra, casi a los gritos, los ojos negros muy abiertos. Sin querer, me echo atrás en la silla: su cara mete miedo.

—Tranquilo, Bernabé, tranquilo. Yo vengo a ver si te puedo ayudar, nomás. Pero resulta que estos fulanos dicen que si el lunes no te presentás en el entrenamiento todo el mundo se va a enterar de tus cositas con la merca.

Nunca antes había creído que eso de sacar chispas por los ojos pudiera suceder; ahora lo veo. Ferreyra aprieta las mandíbulas, los puños en el borde de la mesa: el que se agarra de donde puede para no saltar.

—Esos hijos de puta…

—Son unos hijos de puta, hermano. Yo te lo cuento por tu bien, para que no…

—Callate vos también, falluto.

Ferreyra se toma medio tanque de un trago, enciende un Vuelta Abajo, piensa o trata de pensar. Después nos pregunta —a mí, a sí, al mundo— quién les va a creer:

—¿Y quién carajo les va a creer a esos malparidos? ¿Por qué les van a creer, hijos de puta?

Respiro hondo: es el momento de jugar el ancho:

—Porque lo tienen al Gorrión, al que te vende. Hubo unas historias de negocios rantes y lo tienen agarrado de los huevos; si quieren apretar lo van a hacer hablar.

Ferreyra acusa el golpe: traga saliva, se pasa la mano derecha por el pelo crespo. Después me dice que hagan lo que quieran:

—¿Sabés qué? Que hagan lo que quieran. Si quieren hacerla que la hagan, nos hundimos todos. A mí me hunden, ¿pero te creés que ellos se salvan? Yo puedo contar muchas cosas, también, y además se quedan sin su vaca, la que les da toda la leche. No, no se van a mandar, no son tan giles. Deciles que acá estoy, que aguanto firme. Y al final, qué carajo me importa. Si ese fuera el problema… No me vengás con pavadas, Rivarola.

Pedimos otros dos, nos quedamos callados. Estamos incómodos, molestos con el otro pero —por razones confusas— tampoco decidimos separarnos. El silencio es espeso; de pronto Ferreyra me pregunta qué sé hacer.

—¿Cómo que qué sé hacer?

—Sí, me oíste: qué sabés hacer. Yo sé jugar al fútbol, o por lo menos meterla adentro. ¿Vos?

No sé qué contestarle, cómo contestarle. Me sorprendió: las personas como Ferreyra no hacen esas preguntas; las personas como Ferreyra no se interesan por los otros. Son fintas: más me sorprende, en realidad, no tener una respuesta.

—No tengo ni la menor idea. Nada, supongo: debe ser que no sé hacer nada.

—No hay nadie que no sepa hacer nada.

—Mirá si hay… Yo creía que sabía hacer esto, ir a hablar con alguien, proponerle algo, que me escuchara. Pero ahora estoy viendo que ni eso.

—No te pongás así. Bien que llegaste hasta acá, engrupiste a mi vieja, nos estamos tomando unas cervezas, me trajiste ese mensaje de mierda. Tan mal no te salió.

—Pero no conseguí nada.

—¿Y qué ibas a conseguir?

—Que me escucharas.

Me da miedo que los demás parroquianos nos oigan, y hablo bajo. El cenicero de lata, su propaganda de Cinzano, rebosa de colillas.

—Escuchame vos a mí, Rivarola: te propongo un trato.

—¿Me proponés un trato?

—¿Qué te dije? Te propongo un trato. Escuchame, no es difícil. Y vos me caés bien, hermano, porque sos como yo.

Las cervezas han hecho su trabajo: Ferreyra ha llegado a la fase amor por la humanidad, querido cuánto te quiero, baba fina:

—A la final somos iguales. Vos tampoco tenés muchos recursos pero los aprovechás. Yo ni siquiera sé driblear como otros, ni armar juego como otros, y mirá todo lo que conseguí por patear fuerte la pelota. Vos sos así, también, hermano, así que te voy a proponer algo. Parece que yo soy el problema de unos cuantos. ¿Pero vos sabés quién es mi problema?

—No sé. ¿Cuitiño?

—¿Qué Cuitiño, gilún? A mí ese Cuitiño me la soba de rodillas. Mi problema es Mechita. A mí lo que me preocupa es qué dice la señorita Mecha. El resto, sabés qué… el resto me importa tres carajos.

Ferreyra resopla: por fin dijo lo que quería decir. Yo me callo: no sé si debería saber de qué me habla, no sé si debo simular que sé o que no sé. Bernabé no me da tiempo a más zozobra:

—Ahora te sorprendí yo a vos, ¿eh? ¿Ves que yo también puedo sorprenderte? Todos estos gilunes se creen que saben todo sobre mí, escriben cosas sobre mí, dicen cosas sobre mí… No tienen ni idea, hermano, ni idea tienen. Pero yo te voy a decir.

Dice Ferreyra y se queda callado. Mira su tanque de cerveza, casi vacío, como si allí pudiera encontrar una respuesta. O, por lo menos, la pregunta. De pronto se despierta como en un sobresalto:

—Me tenés que averiguar qué pasa con ella.

—¿Ella? ¿Quién es ella?

—¿No te lo acabo de decir? Mechita.

—Perdoná, Ferreyra: yo qué sé quién cuernos es Mechita.

—Mechita. Sí, Mechita.

Ferreyra vuelve a caer en el sopor, se recuesta en su silla, observa con cuidado algún detalle del techo del café. Un ventilador lento, perezoso, sus aspas de madera despintadas, le mueve el panorama.

—¿Todo hay que decirte? María de las Mercedes Olavieta, la hija de don Carlos María de Olavieta. ¿Te enteraste?

El nombre me suena: intento precisar la referencia pero no. Por el momento ya es mucho si consigo recordarlo:

—María de las Mercedes Olavieta, bueno. ¿Y qué?

—¿Cómo que y qué? ¿No me entendés? ¿En serio no me entendés? Y yo que creí que me estabas entendiendo…

Ferreyra vuelve a su tarea de inspector de techos y ventiladores. Yo siento que acabo de perder mi chance, pero soy un especialista en la materia, y tampoco se me ocurre nada para recuperarla. La cerveza, el calor de la tarde, una idea que casi atrapo y se me escapa.

—Es muy fácil, Rivarola. La llamé por teléfono, le escribí, le mandé un telegrama y la señorita Mecha no se digna contestarme. Si la hubieras visto hace una semana, cuando nos despedimos, nunca lo habrías creído. Bueno, yo no me lo creí…

—¿Qué no te creíste, disculpame?

—Si serás gil. No me creí que unos días después ni siquiera me iba a contestar. Si se moría por mí, la señorita, ya era toda mía. Pero ahora no me contesta, y yo desde acá no puedo hacer nada. Si me vuelvo a Buenos Aires a buscarla pierdo mi última oportunidad de hacerme respetar con el contrato, y si me quedo esperando me subo a las paredes. No te creas que no pensé en volver: quemo el rancho, le tiro la ceniza de los 30.000 a la cabeza, le muestro que sacrifiqué todo por ella… Hay mujeres que eso les gusta, ¿no? Pero me parece que a ella no. Y a mí tampoco, la verdad.

Ferreyra se interrumpe pero esta vez no se deja caer contra el respaldo. Me está mirando muy intenso, como para evaluarme. Al

final resopla: supongo que no soy su mejor opción pero sí la única.

—Vos debés ser medio gilún, pero qué le voy a hacer. Bueno, ya sé qué voy a hacer. Te voy a proponer un negocio: si vos me averiguás por qué no me contesta, si me traés una respuesta polenta, yo después te arreglo lo que vos necesités.

—¿Y cómo querés que te lo averigüe?

—Y yo qué sé. Vos sabrás, ¿no? ¿No llegaste hasta acá y te metiste en mi casa que no te conocía ni el perro? Vos sabrás.

Ojalá tuviera razón. Pero no estoy muy seguro e intento una defensa.

—Escuchame, no sé. Sabés que Cuitiño dice que…

—¡Cuitiño! Ni me hablés de ese delincuente. Estamos hablando de cosas importantes, compadre. ¿Lo vas a hacer o no lo vas a hacer? Vos sos uno de esos, parecés uno de esos, un porteño cajetilla, a vos te va a dar bola.

—¿Y yo cómo estoy seguro de que después vos vas a hacer tu parte?

—No me ofendás, Rivarola.

Dice Ferreyra; después larga la carcajada. Las palabras le salen completamente patinadas —esos momentos en que alguien puede decir lo que se le da la gana:

—La verdad, no estás seguro, compadre. ¿De qué carajo vas a estar seguro? ¿Vos, seguro?

Nada para decir: el pajuerano tiene toda la razón. Lo mío nunca fue estar seguro —pero esta vez he alcanzado nuevas cumbres. A último momento se me ocurre una idea para no volverme tan vacío:

—¿Vos no tenías una deuda con este muchacho Gorrión, unos quinientos mangos?

—¿Vos quién sos, Rivarola? ¿Vos de dónde venís?

—No, lo que te quiero decir es que en una de esas si se la pagás podés conseguir que no les dé carnaza a los que te vienen apretando, ¿no? Porque el tipo está desesperado. Así como está lo veo capaz de cualquier tontería.

—¿A vos quién te mandó, compadre? ¿Vos para quién jugás? Tomatelas, que te estoy cagando a goles.

Me dice y se empieza a levantar. Le cuesta, pero puede festejar el cuatro a cero.

5

Estoy de punta en blanco: el canotier con una cinta roja casi nueva, el pantalón beige con la raya planchada, el saco de algodón a juego, el pañuelo asomando del bolsillo, los charoles brillosos. Supongo que lo mío es patético o ridículo, pero me guía la fuerza de quien sabe —de verdad sabe— que lo suyo es patético o ridículo. No hay nada más patético o ridículo, suele decir Señorans, que no saber que uno lo es; si lo sabes ya tienes medio camino recorrido. Y, además, esta vez tengo una excusa: es muy probable que la Rusa conozca a Mercedes Olavieta.

—¡Qué tragedia! ¿Te ganaste la grande, Rivarola?

—¿Porque te estoy viendo, Rusita? No será para tanto…

Empezamos bien: consigo sacarle una sonrisa, que puede ser complicidad o desdén —o tantas otras cosas. La Rusa, sin esfuerzo aparente, está espléndida: sobre unas sandalias de tacos muy discretos es tan alta como yo; un vestidito de verano verde claro abotonado por delante —y no del todo abotonado— le llega hasta media pantorrilla. El pelo casi rojo cortado en melenita, la raya al costado, algún rizo sobre las mejillas, no le tapa la cara tan regular, tan bien hecha a pesar de las pecas. Las pecas la definen: sin las pecas, su cara sería demasiado bonita, demasiado perfecta; con ellas es irresistible. Y los labios, los dientes, la sonrisa: la vida es una turra.

—¡Qué casualidad encontrarte por acá!

La había buscado por varias librerías de la calle Corrientes y al final la encontré, como quien no quiere la cosa, en la del Tuerto Londoño, casi esquina Cerrito. El año anterior, Raquel Gleizer —para tantos «La Rusa»—, argentina, natural de Villa Crespo, cumplía 23; sus padres le dijeron que, si no quería casarse y formar una familia, tendría que conseguir trabajo. No tuvo que buscar demasiado: su tío Manuel, el editor, que sí había nacido en Moldavia, la contrató como vendedora de sus libros. El trabajo consistía en recorrer las librerías del centro para ofrecerlos, reponerlos, cobrarlos: así ganaba algún dinero y, al mismo tiempo, se acercaba a los ambientes intelectuales que quería frecuentar. Y Gleizer era un editor importante para la literatura joven: ya había publicado los primeros libros de Jorge Luis Borges, Raúl González Tuñón, Macedonio Fernández, Leopoldo Marechal. Con ellos perdía plata, por supuesto, pero recuperaba con fijas como Lugones y Gerchunoff o algún tapado como Scalabrini Ortiz, que llevaba varias

ediciones de *El hombre que está solo y espera*.

—¿Me aceptás un café?

—¿Alguna vez me vas a invitar a algo serio?

—¿Nuestra luna de miel?

—¿Tu velatorio?

Estoy sudando.

El día que la conocí, Raquel Gleizer llevaba saco, corbata, sombrero y zapatos de cordones. Fue dos años atrás, a principios del '31: Raquel, tan joven, ya se había hecho notar en varios círculos. Después, cuando todo acabó, alguien dijo que su signo distintivo consistía en saber mezclarse con gentes y medios tan diversos. Raquel había empezado por frecuentar a ciertos poetas que venían de la literatura más proletaria, más comprometida que se reunía alrededor del grupo de Boedo —González Tuñón fue el más cercano—, pero pronto, a través de alguno de ellos, conoció a dos o tres escritores cajetillas —más identificados con el grupo Florida— y también se hizo amiga, y ahora la mismísima Victoria Ocampo la invitaba de tanto en tanto a su palacio en San Isidro.

Era, para todos ellos, un misterio. Sabían que era atractiva porque era imposible no saberlo; sabían que escribía porque a veces ella, como quien confiesa lo inconfesable, lo decía; sabían que era una mujer distinta porque ella visiblemente lo sabía; sabían que sería difícil que supieran mucho más porque ella, con su dominio, lo mostraba. A todos les llamó primero la atención —y lo decían— su costumbre de vestirse, con frecuencia, con trajes de varón y sombrero requintado: se peinaba los pelos rojos con gomina, se entallaba el saco, se aflojaba la corbata, y sus ojos verdosos, sus largas pestañas, brillaban en ese marco impertinentes. A muchos les llamó más tarde la atención —y lo callaban— que no conseguían definirla: no parecía, como sí les pareció al principio, que su indumentaria tuviera que ver con su elección sexual —o, dicho de otra manera, no parecía que fuera lesbiana— pero tampoco se sabía que ningún hombre, de los varios que lo habían intentado, se la hubiera llevado a la cama —o al sillón, siquiera. Entonces los rumores redoblaron: varios de los despechados justificaron sus fracasos proclamando que la chica «no era normal», como si la normalidad hubiera consistido en acostarse con ellos.

Yo soy, pese a todo, orgulloso: nunca había caído en esas justificaciones —pero tampoco había conseguido nada. Sabía que Señorans lo había intentado todo, siempre con el mismo resultado, y que seguía rebotando. Pero yo no soy Señorans: no soy un catalán cara de torta sino un porteño más o menos rompedor —y además, algún día, sería un autor de tangos. Desde aquel día, dos años atrás, la había

vuelto a encontrar quince o veinte veces, y nunca dejé de intentar algún acercamiento —que Raquel, risueña, leve, rechazaba o, mejor, ignoraba. Y yo, cada vez, me repetía que mejor así: a buenas zorras uvas verdes.

El calor es potente: tres de la tarde, tarde de febrero. Estamos parados en la esquina de Corrientes y Suipacha, en medio de las obras: ya van dos o tres años que el ensanche de Corrientes y la excavación del subte de Retiro a Constitución han convertido toda la zona en un campo de batalla —y ahora, encima, están derribando la iglesia de San Nicolás de Bari, en el cruce con Carlos Pellegrini, para construir ese adefesio que van a poner ahí en la esquina, un obelisco. El polvo lo cubre todo, pegotea.

—¿Vamos hasta la Richmond?

La Rusa me dice que no tiene ganas de caminar tanto. Pero no es tanto: son cuatro o cinco cuadras, y sospecho que lo que no quiere es que sus amigos escritores nos vean juntos. Entramos en el Suárez, en la esquina de Maipú: espejos con avisos de vermús, mesas y sillas de madera sin aspiraciones, hombres. Raquel está exaltada: que si has visto que este Hitler asumió ayer de canciller en Alemania, que dónde vamos a ir a parar, que acá se arma. Yo le pregunto de qué carajo habla.

—¿Vos no leés los diarios?

—Sólo cuando estoy por usarlos para lo que sirven.

—No mientas, Rivarola.

—Si te miento te va a salir más caro. Por ahora te conviene seguir con la verdad, que está de oferta: no la quiere nadie.

—No vengas a hacerte el vivo, che. Pero parece mentira que no lo hayas visto. Todo el mundo está hablando de eso.

—¿Todo el mundo?

Su mirada asesina. Tengo miedo de que en cualquier momento se levante y se vaya; retrocedo. Le digo que sí, que esta mañana vi el titular de *Crítica*. «Un Demente Al Frente De Alemania: Pánico Mundial».

—Es serio, Andrés, por una vez tienen razón.

Dice, y pese a todo le discuto:

—Es cierto que el tipo es medio bestia. Pero quizá puede poner un poco de orden y los alemanes terminan de salir de la crisis y ayudan a que mejore un poco la economía. Bastante que lo necesitamos.

—No entendés nada. Estos tipos son peligrosos, si no los paran pronto van a matar a mucha gente.

—¿A quién van a matar, si no tienen ni ejército?

—A los camaradas. Van a empezar a matar comunistas y socialistas

como moscas.

—Bueno, ellos saben que se la están jugando, ¿no? Ellos lo eligieron.

La cara de Raquel me muestra que he ido demasiado lejos por el camino equivocado. Intento retomar:

—De todos modos, es probable que…

—¿Es probable que qué, Rivarola? Es probable que no te importe un carajo y…

Dice Raquel, la voz altisonante, pero la llegada del mozo la detiene. Le pedimos dos granizados de café y ella hace con la mano el gesto más judío: bueno, bah.

—Basta de tonterías. ¿A qué debo el honor?

—Como si necesitara una excusa para invitarte a un café…

—Sí, necesitás. De eso se trata.

No sé si devolverle el golpe o ignorarlo. Ninguna de las dos opciones me favorece y, al fin y al cabo, es pura estupidez creerme que con esta mujer haya alguna que sí. Con ella siempre me pasa lo mismo: no termino de entender cómo una mujer que parece tan nuevita y tan frágil, que querrías proteger a toda costa, puede, cada vez que lo intentás, darte tres vueltas y dejarte en la lona panza arriba. Lo mejor será tratar de aprovechar el encuentro para eso que, en principio, era la excusa:

—Me imagino que conocés a Mercedes Olavieta.

—Sí, claro.

Dice Raquel, titubeante. Me extraña su cambio de tono, pero sigo:

—¿No sabés dónde puedo encontrarla? Tendría que hablar con ella.

—¿Me estás jodiendo, Rivarola?

Es un momento y es una revelación: recién después sabré que es la revelación equivocada. De pronto, no entiendo cómo pude olvidarme: que fue una historia que tantos comentaron, que yo también comenté, que me parece mentira que en estos dos días desde que Bernabé Ferreyra me dijo su nombre no lo haya relacionado con aquellos chismes. Que no haya recordado la tempestad de historias recortadas que dieron las revistas, siempre tratando de sugerir que sabían más que lo que te contaban, sobre las Mellizas Olavieta, María de las Mercedes y María Soledad, dos bellezas criollas, pelo oscuro, ojos oscuros, portes altaneros, las dos hijas de Carlos María de Olavieta y su difunta esposa —que quizá, se atrevió a insinuar *Radiolandia*, no estaba difunta sino fugada con un noble rumano. Y el escándalo que se desencadenó cuando una de ellas, María Soledad, una de las jóvenes más apetecidas de eso que llaman la sociedad porteña, una animadora de los mejores bailes de los clubes distinguidos, había entrado en el

convento de monjas de la calle Independencia. Por supuesto, las versiones arreciaron: que un amor con su correspondiente desengaño, que un embarazo sin perdón, que una traición de su hermana, que una iluminación, que un rapto de locura.

Nadie supo con certeza qué pasó —habían pasado dos, tres años, fue poco antes del golpe de Uriburu y ya se había olvidado— pero los nombres de las mellizas Olavieta estuvieron en todas las bocas. Y Mercedes, la que quedaba, fue, durante un tiempo, el foco de atención de todas las reuniones. Hasta que empezó a noviar con un muchacho de una de esas familias pitucas, Anchorena o Iraola o Álvarez o qué —y la gula de los murmuradores había buscado carnes más frescas, menos comprometidas.

Raquel Gleizer se había quedado en silencio, mirándome fijo como quien mira un juguete que acaba de romperse, como quien piensa qué pena tener que tirarlo.

—¿De verdad me preguntás dónde encontrarla? ¿Me estás jodiendo, Rivarola?

—Bueno, no te sulfures, Rusita, no pasa nada. Si no me querés pasar el dato o te parece que mejor no la vea, yo no la veo y listo el pollo.

—¿Vos no leíste los diarios de esta mañana, no?

—No, ni los de ayer a la mañana, si es por eso. Ni los de muchas otras mañanas. Al fin y al cabo siempre dicen lo mismo.

—Salvo cuando dicen que la mina que estás buscando acaba de morirse.

—¿Qué?

De pronto la charla se ha convertido en otra cosa. Miro a mi alrededor para no ver la cara de Raquel y para ver si encuentro un diario; en el mostrador del Suárez hay un ejemplar de algo que parece *La Nación*, pero está lejos e ir a buscarlo habría sido más ridículo, más patético. Así que no se me ocurre nada más que volver a balbucear:

—¿Qué?

Raquel suspira hondo y me mira desde todo el desprecio de sus ojos verde agua bien pintados, sus milenios de cultura judía, su ser con tetas grandes:

—¿Cuándo fue que saliste del frasco?

—No te voy a contar mi vida de estos últimos días, Rusita, pero creéme si te digo que fue muy complicada, y que lo último que pude hacer fue leer los diarios, y que si te pregunté por esta chica fue justamente por esos líos que te digo. Así que, por favor, ¿no podrías bajarte de tu pedestal y ayudarme un poco? Aunque yo te dé igual; si lo hacés, quizás hasta te puede hacer sentir buena persona. No va a ser

fácil, pero…

Raquel no esperaba esa última dentellada de un adversario derrotado y se sonríe: vale la pena torearme todavía.

—¿Una ginebra?

Le digo que sí y pedimos dos Bols, así nomás, sin hielo. El mozo nos guiña un ojo cuando las sirve, generosas. Raquel se toma la suya de un trago y carraspea:

—Esta mañana salió en todos los diarios. Bueno, en *La Prensa* y *La Nación*, no sé si en *Crítica* o *El Mundo*. Todo el mundo está hablando de eso.

—¿Todo el mundo? ¿Quién es todo el mundo?

—Todo el mundo, che. Si tenés que preguntar quién es todo el mundo es que sos de otro mundo. Igual, eso ya lo sabíamos. Pero vas a ver que mañana hasta esos van a hablar de esto.

Otra vez me puso en fuga. Pero ahora sí puedo levantarme, caminar hasta la barra y agarrar el ejemplar de *La Nación*, volver, dárselo. Raquel busca la página, se aclara la garganta; después lee con una especie de ironía:

—«Hondo pesar ha causado en los círculos más distinguidos de la sociedad porteña el inesperado deceso de la señorita María de las Mercedes Olavieta, hija del señor Carlos María y la difunta señora María del Socorro Gándara, sobrevenido poco antes de su vigésimo noveno cumpleaños. En su corta existencia la señorita Olavieta destacó por su educación, su belleza, su cortesía y sus dones artísticos. Tanto es así que, pese a su juventud, ya había publicado dos poemas en la nueva publicación de la reconocida dama de nuestra sociedad literaria, doña Victoria Ocampo, la revista *Sur*…»

Raquel se calla; yo no sé qué decir. El silencio se hace incómodo, y dura.

—Ahí la tenés, Andrés. Se convirtió en una esquela en *La Nación*.

—Pero terminá de leer, Raquel. ¿Qué dice, qué le pasó, cuándo, por qué murió?

—No dice nada. Nada, así termina: que mañana martes a las 10:30 horas sus restos serán despedidos con una misa en la iglesia del Pilar y sepultados en el panteón familiar del cementerio de la Recoleta.

—Pero cómo, no puede decir que no diga nada más, qué pasó, qué le pasó.

—¿Ah, no?

Me contesta Raquel, el mentón alto, desafiante —pero sus ojos están húmedos.

—No tiene por qué decirlo: esto es la Argentina.

—¿Y vos sabés?

—Yo no sé nada. Supongo que ya voy a saber, pero por ahora no sé

nada. Lo que sí sé es que ahora la van a convertir en santa: santa Mechita, virgen y mártir. Y está bien, para eso son los muertos, ¿no? Pero a mí, la verdad, las pocas veces que la vi, siempre me pareció que tenía algo siniestro. No sé, como si estuviera simulando todo el tiempo.

—Una mujer, bah.

Digo, y no termino de decirlo que ya querría borrarlo: otra caída. Decididamente, hay algo en ella que me hace patinar en forma. Ella, por una vez, se apiada:

—¿Y a vos por qué te interesaba?

—Nada importante, un amigo me pidió que le diera un mensaje.

—¿Un amigo?

—Sí, un amigo. Supongo que mejor se lo devuelvo.

Digo, y mi chiste bobo queda colgando entre los dos, la cara de ella congelada. Intento un manotazo de ahogado o casi ahogado:

—Quiero pedirte un favor.

Ella me mira con desconfianza o sorna:

—¿A ver?

—Voy a ir mañana al entierro, pero no quiero ir solo, no conozco a nadie, quedaría muy fuera de lugar. ¿Vos me acompañarías?

—Yo voy a ir de todas formas. Seguramente nos encontraremos.

Es lo más parecido a un sí que le podría sacar: sonrío, me levanto, pago los cincuenta guitas —la Bols ya cuesta quince—, le digo hasta mañana. Después, ya llegando a la esquina de Lavalle, pienso que mi salida fue elegante: que quizás haya recuperado algunos puntos. O por lo menos un par de versos buenos: «Tiene el pelo de fuego, los ojos de mar/ y les da cuatro vueltas, los deja de cama./ Le baten muñeca, la odian, la aman;/ ella sabe que nadie le puede ganar./ Rusita,/ castigo de mi vida;/ Rusita,/ triunfante y malherida…» Si sólo me consiguiera un músico que quisiera ponerlos al compás.

6

El hombre es un perro mojado: la lluvia lo ha tomado por sorpresa, sin sombra de paraguas o impermeable, y los pelos finitos se le pegan al cráneo, le chorrean. Su amigo, más joven y tan mojado como él, le repite que mejor se vayan a su casa:

—Te vas a enfermar, Georgie, disculpame que insista pero necesitás secarte. Dale, subimos un momento, te secás y volvemos.

El hombre no le contesta: los ojos entornados, la cabeza ladeada, mira hacia el interior del cementerio de la Recoleta; después limpia sus anteojitos mojados y lo intenta de nuevo. Se han refugiado bajo el techo de la entrada neoclásica, con sus columnas de nuevo rico griego y su latín de iglesia pobre: Requiescant in pace.

—Qué curioso que la lluvia, algo tan terrenal…

Dice el hombre, y no consigue terminar la frase, se restriega los ojos. Su amigo joven lo mira preocupado. Los dos llevan pantalones anchos y sacos cortones, como se usan: el hombre, un traje de una tela clara y leve; el muchacho, más clásico, blazer azul y pantalones grises. Hay plata en esa ropa; las corbatas, por supuesto, muy discretas.

—En serio, Georgie.

—Sí, en serio: ¿qué tiene que ver el agua con los muertos?

Raquel y yo acabamos de cruzar a la carrera la plaza del Pilar y estamos empapados. Raquel se saca el pañuelo oscuro con que intentaba proteger su cabellera roja: también chorrea. El hombre la ve y la llama a gritos:

—¡Raquel! ¡Raquel!

Ella se le acerca, yo la sigo; ella se sacude las aguas como un perro de aguas y lo besa apenas. El hombre da un paso atrás y le presenta a su acompañante:

—Aquí mi joven amigo Adolfo Bioy.

—Andrés Rivarola. Jorge Luis Borges.

Dice Raquel y nos intercambiamos muchos gustos y encantados. Después ella pregunta por qué están acá afuera.

—Es que todavía no entró nadie. Están en la iglesia, en la misa de cuerpo presente, y el cura, pobrecito…

Dice el tal Bioy, y el tal Borges se sonríe:

—…tiene la elocuencia de una vaca parida, si me perdonan la

metáfora patria.

—Igual el caso no es fácil, el pobre no sabrá qué decir, o cómo decirlo.

Dice el tal Bioy, contemporizador y suspicaz: arquea las cejas y esboza una sonrisa en la que debe tener mucha confianza. Raquel lo mira como si lo pintara: Bioy es rubio, espigado, la cara bien dibujada de muchacho rana. Yo, para romper el momento de éxtasis, le pregunto por qué.

—Bueno, cómo decirlo. Toda esta historia de la pobre Mecha está llena de complicaciones. La han velado con el cajón cerrado, vaya a saber por qué. Ya tiene suerte de que la entierren en sagrado.

Yo trato de disimular mi ansiedad y pregunto como si nada me importara menos, lord inglés de opereta barata:

—¿Por qué, qué le pasó?

—Nada, mi estimado, nada. Quizá creyó que su muerte la ayudaría, y decidió ayudarla.

Me dice el tal Borges, con media sonrisa que dice casi todo.

—Te juro que sí, es por eso, me divierte observar de cerca a estos que se creen tan distinguidos, los nietos de los padres de la patria. Puro olor a bosta.

—¿Te gusta observarlos o parecer que formás parte? ¿O creértelo?

—Yo nunca voy a formar parte de ellos. Yo soy Raquel Gleizer, rusita de Villa Crespo, hija de un inmigrante que llegó con una atrás y otra adelante, y la de adelante le servía para tapar que le faltaba algo.

Casi me ruborizo: espero que no se diera cuenta. Caminamos entre tumbas grandiosas, rimbombantes, hacia el mausoleo —se llaman mausoleos— de la familia Gándara, la esposa muerta de Olavieta.

—Y comunista, para colmo.

—¿Qué?

—Nada, el inmigrante.

Las tumbas son el resumen del país de aluvión: hay cúpulas de mosaico bizantino sobre columnas de románico occitano, una cabeza de elefante babilonio coronando un arco morisco que da refugio a una madonna con niño de mármol italiano, un obelisco egipcio montado sobre capitel corintio, muchos bustos ceñudos esperando el juicio de la historia, y todo estampado con nombres de manual todos mezclados, los buenos y los malos, federales y unitarios, liberales y conservadores, civiles y militares, como para demostrar que no hay dos países sino uno solo verdadero: el de ellos, ese donde ellos mueren y han vivido.

—Rusa, rusita: ¿estás segura? ¿O vos te creés que yo me voy a

tragar que nunca pensaste que de pronto uno de estos se encapricha y te propone matrimonio y te convertís en la señora de Ramos Lavalle, con campos y un petit hotel y voiturette con chofer?

—Sos un idiota, Rivarola. De verdad que no entendiste nada.

La lluvia sigue viva; le pregunto quién es el pelmazo ese que no nos quiso decir lo que tenía tantas ganas de decirnos, y Raquel me contesta que Borges, Jorge Luis Borges.

—Sí, ya sé, ya me dijiste el nombre cuando lo presentaste. ¿Y qué más?

—Nada, un escritor que conocí en casa de Victoria y que se cree tan especial cuando no es más que un poetastro relamido.

—Pero te mira con un ansia…

—Puede ser, pero no es nada personal. A todas las mira así. Y, por lo que sé, lo único que hace es mirarlas. Con esa cara de mulato que tiene, esos labios de negro. Pero bueno, eso no importa, claro. El problema es lo que escribe: pretencioso, rebuscado. Ese es el problema de todos estos: lo que escriben.

Dice Raquel, y yo me río como para dejar claro que ese problema no era el mío.

—¿Pero por qué no nos quiso decir lo que pensaba?

—Por nada, por hacerse el interesante. Si después lo vemos le pregunto.

—Necesitamos saber, Rusita, en serio.

—Vos necesitás saber, digamos.

—¿Y vos? ¿Hay algo que pueda darte para interesarte?

—Plata no va a ser, ni tampoco te la aceptaría. Y, viniendo de vos, no se me ocurre nada más.

Raquel se calla: no pretendía ser tan brusca. Ya no tengo ganas de dejarlo pasar; me paro, la agarro del brazo:

—¿Y entonces por qué estás acá?

—Por fin hiciste la pregunta indicada.

—¿Y la respuesta?

—No tengo ni idea. Por eso es indicada la pregunta.

Yo suspiro para que oiga que suspiro: sigo perdiendo. Cincuenta metros más adelante un mausoleo tiene la puerta abierta y una pequeña tarima por delante. Alrededor hay quince o veinte personas esperando: todos hombres. Son jóvenes y llevan impermeables oscuros o chaquetas de cuero, cuellos alzados, los sombreros bien encasquetados —seguramente para evitar la lluvia

—Pero me enteré de algo.

Dice Raquel, y me mira entre pícara y malvada.

—Me enteré de algo importante y te lo iba a contar si me dabas algo que me importara. Como me di cuenta de que no había nada,

entonces no me sirve.

—Si me lo dijiste es porque vas a terminar contándomelo. ¿Querés que nos pasemos media hora diciéndonos tonterías entre tumbas, o nos ahorramos todo el baile?

—¿Eso de nos ahorramos es una alusión a mi ascendencia hebrea?

—Rusa, hebrea, japonesa o correntina: cuando te ponés insoportable sos insoportable.

—Decime algo que no sepa.

Me dice Raquel y nos callamos un momento. De lejos se oye un rumor, como de personas que caminan arrastrando los pies, murmullos quedos: los deudos, las cruces, el cadáver. Raquel se acerca, me habla bajo:

—Te lo voy a decir yo: ¿a que vos no sabías que Mecha ya lleva seis días muerta?

Quiero preguntarle por qué, cómo, pero nos interrumpen unos gritos: los hombres que esperaban han sacado banderas argentinas y están cantando el himno nacional a voz en cuello. Oíd mortales, les gritan a los muertos. Al final de la calle, entre ángeles de piedra, aparecen dos o tres docenas de personas acompañando un cajón blanco sobre una cureña. Cuando los ven, los hombres jóvenes cantan con más fuerza: O-o juremos con gloria morir; o-o juremos con gloria morir.

—¡Contra los indiferentes, los anormales, los envidiosos y haraganes, contra los inmorales, los agitadores sin oficio y los energúmenos sin ideas, contra los invasores sibilinos y los argentinos entregadores de su propia Nación, contra toda esa runfla sin Dios ni Patria ni Ley, mi hija Mercedes levantó las banderas eternas…!

Grita, subido a los escalones de la cripta, un señor flaco muy alto, sesentón, el traje negro y la cara afilada, ojerosa, gastada por el tiempo y otras inclemencias. Tiene en la mano derecha su sombrero y lo agita para dar impulso a sus palabras. Por momentos, la voz se le rompe:

—El gran Manuel Carlés ha dicho que, gracias a Dios…

Grita Carlos María de Olavieta, y saca de su saco un papelito para no errar la cita:

—«…si hay extranjeros que, abusando de la condescendencia social, ultrajan el hogar de la patria, hay caballeros patriotas capaces de presentar su vida en holocausto contra la barbarie, para salvar la civilización».

Grita, y los jóvenes de las banderas gritan con él —Mazorca, Mazorca, judíos a la horca—; después les pide silencio con el sombrero y sigue:

—Pero yo, hoy, ante el cuerpo todavía caliente de mi hija, quiero decirle al doctor Carlés que no sólo caballeros tenemos que saben dar su vida por la Patria; también tenemos damas, grandes damas, como esta que hoy entra en la historia. Recuerden, amigos míos, su nombre, porque la Patria lo recordará: María de las Mercedes Olavieta, virgen y mártir, heroína de la argentinidad, otra víctima de las hordas apátridas que, emboscadas en la oscuridad de la materia atea…

Grita Olavieta, y se queda callado, como perdido en sus ideas. Por momentos parece borracho; voces entre el público comentan qué emocionado se lo ve. Los jóvenes gritan Argentina Argentina, uno ondea un estandarte que dice Liga Patriótica Argentina, Patria y Orden. Olavieta retoma, como quien se despierta:

—Me la mataron, me la mataron esos asesinos despreciables. La grande Italia nos enseña, con la heroica reacción fascista encabezada por el admirable Mussolini, cuál debe ser el camino a seguir. Entre nosotros, aquí en la Argentina, Mercedes, mi Merceditas, nos lo ha mostrado una vez más. Pero, aún sabiendo lo grandioso de su sacrificio, mi dolor es inmenso. Con ella se fue mi luz, mi mañana, mi esperanza…

El hombre desbarranca. Miro a Raquel, que entorna los ojos como pidiéndome cuidado o prudencia o algo así: que ni se me ocurra decir nada. Un poco más allá hay una monja con hábito negro, la cara apenas asomando entre los velos: la cara parece joven, bella, y arrasada de lágrimas.

—Es su hermana. Voy a tratar de hablar con ella.

Me dice Raquel al oído, un soplo tibio que me eriza los pelos. Los gritos de los jóvenes arrecian, la lluvia también: se ha vuelto tromba, de esos chaparrones de verano que saben ahogar a Buenos Aires. La mayoría de los asistentes busca refugio en los templetes más cercanos, bajo los árboles, bajo las estatuas; otros, más timoratos o menos circunspectos, corren. Borges y Bioy se arrebujan bajo las alas de una Victoria de Samotracia tan lejos de su casa. Firme junto al cajón, el padre de la muerta trata de no perder la compostura; los muchachos de las banderas no se mueven.

—Tu muerte no quedará impune, Merceditas. Mercedes, Merceditas, tan digna de ese nombre, el de la hija del Libertador San Martín, nuestra luz, nuestra guía. Por todo lo más sagrado te prometo que te vengaremos, que tus infames asesinos pagarán con su sangre impura el precio de su crimen miserable…

Raquel está hablando con la monja, muy bajito. Yo me acerco, la agarro del brazo empapado, le digo que tenemos que irnos. Raquel me sigue y chapoteamos en los charcos; los caminos entre tumbas son arroyos. Unos metros más allá nos refugiamos en una cripta con techito: en el frontis están grabadas en mármol las palabas «López

Aldabe».

—Paremos acá un momento, no creo que los inquilinos vayan a quejarse.

Le digo, y nos apretujamos contra un bajo relieve de dioses o difuntos.

—Esto sí que no me lo esperaba.

Raquel me mira con desprecio:

—¿Es todo lo que tenés para decir?

—¿Qué más querés que diga? Esto se volvió otro baile, los muchachos con las banderas, el viejo loco a los gritos pelados. Y un asesinato, yo no quiero tener nada que ver con un asesinato.

—¿Qué asesinato, Andrés? ¿No lo escuchaste a Borges? Se suicidó, la pobre.

—La que no lo escuchaste sos vos. A tu amiga la asesinaron y ahora…

—¿Quién la asesinó?

—Y yo qué sé. Los anarquistas, los comunistas, los j…

Estoy por decir los judíos y me contengo a último momento. No estoy seguro de haber callado a tiempo, pero la mirada de Raquel no dice nada más que lo que ya estaba diciendo: sos un flan, Rivarola.

—Sos un flan, Rivarola. ¿Dos o tres gritos y ya te vas al mazo?

—No me voy a ningún mazo, Rusita. Sólo que esto no es mi historia, yo acá no tengo nada que ver. Así que, tranquilito, me voy por donde vine, y si lo he visto no me acuerdo. Que se las arreglen los que se las tienen que arreglar. Yo, argentino.

7

Doy vueltas en la cama: mi cama es angosta, dura pero hundida, y está empapada por mi calor y mi sudor: mis restos en la cama. Las sábanas deben oler a rayos, pero como es mi olor yo no lo siento —y nadie más va a estar lo suficientemente cerca. Llevo casi dos días sin salir: cuando volví del cementerio era tarde y me acosté enseguida porque pensé que, de tan mojado, si no me cuidaba terminaría engripándome. Y al otro día —ayer, debió ser ayer— me desperté tarde y amargado: me molestaba haberme enredado en una historia que no tenía nada que ver conmigo, que me sobrepasaba, que podría incluso volverse turbia, peligrosa. Lo de siempre: me había pasado media vida metiéndome en lo que no me importaba, lo que no me correspondía, imaginándome que podría hacer lo que nunca podía —y así me había ido: la cama angosta, dura, quién sabe maloliente, el tufo a encierro, las cuatro o cinco fotos, las monedas en el bolsillo del pantalón. Las conté: tenía casi un peso, suficiente para dos de muzza y una de faina y dos vasos de moscato en Serafín, acá a la vuelta, así que bajé, las comí de parado y me volví a la pieza. No tenía ganas de nada o, si acaso: tenía muchas ganas de ver a Estelita, pero sabía que no era posible. Y ni siquiera sabía si de verdad quería verla o si esa nostalgia es mi manera de esconder otras nostalgias, la de mí mismo más que nada, y me obligué a leer un par de horas —mis amigos no saben, pero me gustan las novelas rusas y me gusta leer y sentir que aprendo algo— y me dormí temprano. Y ahora, 11 de la mañana, jueves 9 de febrero de 1933, esos golpes en la puerta sólo pueden anunciar problemas.

—Don Andrés, don Andrés, tiene visita.

Algo pasa. En la voz de la señora Norma, filtrada por la puerta, hay alarma y desagrado en proporciones que no consigo definir.

—¿Cómo que visita, doña Norma?

Digo, desde la cama todavía: en la pensión no se permiten esas cosas.

—Es lo que dije yo, don Andrés, ¿cómo que visita? Pero acá su prima dice que es urgente.

Lo pienso diez segundos, me pregunto qué prima; me siento un tonto por haberlo pensado.

—Dígale que ya voy, salgo enseguida.

—Bueno, le voy a decir que lo espere en el living. Por esta vez los

voy a dejar que lo usen, don Andrés, pero no se olvide de que acá está estrictamente prohibido recibir mujeres. Esta es una casa decente, usted lo sabe.

Dice, desde la puerta, doña Norma, su tono agudo de maestra normal nacional intacto tras tantos años de jubilación. Está claro que yo también tengo que hacer mi parte:

—Muchas gracias, doña Norma, claro que lo sé. Por eso vivo acá, faltaba más.

Digo, mientras me salpico la cara con el agua de la palangana y me echo unas gotas de colonia y tarareo un tanguito. Debería estar intrigado, y sin embargo creo que sé, y me gusta lo que sé —o lo que creo.

—Así que acá vivías.

La voz de Raquel tiene un tono barrial que suele disimular en otros ámbitos. Su sonrisa, ahora, sigue siendo mordaz pero parece más cercana: así que acá vivías.

—Mirá que hacés esfuerzos para que no se note…

Me dice y se sienta en uno de los silloncitos modelo algún Luis, tapizados en terciopelo azul ya casi transparente. Yo me siento en el otro. Raquel lleva un traje gris ambiguo —su chaqueta de solapas anchas podría ser de hombre, su pollera ajustada hasta las pantorrillas no podría— y unos botines negros bajos, zoquetes al tobillo. Se cruza de piernas, me mira de arriba abajo:

—Ahora me caés mejor, Andrés. Sos de los míos.

—Yo no soy de los de ninguno, Raquelita…

Le contesto: este ataque de simpatía me molesta más que cualquier agresión. Tengo la camisa blanca abierta, la musculosa que asoma por debajo, intento acomodarme el pelo revuelto.

—…y menos de los tuyos.

Raquel se encoge de hombros, sonríe condescendiente, como quien dice no me voy a tomar en serio esta rabieta.

—Sos de los míos, Andrés, por más que no quieras. Y justo vos que me decías el otro día que yo quería que me aceptaran en esos ambientes de escritores cajetillas… Sos de los míos, y por eso me vas a ayudar.

—¿Ayudar en qué?

Me lo dice: a borbotones me lo dice, como quien ha ensayado mucho unas palabras y cuando llega el momento de decirlas lo apura el miedo de olvidarlas, de no decir lo que quería: que no puede permitir que su amiga termine como virgen y mártir y bandera de un movimiento de fachos hijos de puta racistas reaccionarios, que el padre está tratando de convertirla en eso, que eso sería peor que

matarla, que volver a matarla, que lo menos que ella puede hacer por su amiga es tratar de que se sepa qué pasó de verdad y que yo tengo que ayudarla. Cuando por fin respira yo intento un paso lateral:

—¿Cómo supiste?

—¿Que cómo supe qué?

—Dónde estaba, Rusa, cómo supiste dónde encontrarme. Que yo sepa nunca fuimos tan amigos.

—Le fui a preguntar a Señorans.

—¿Y todavía te atrevés a hablarle, che? Sos más peligrosa que el Petiso Orejudo. ¿Y él te contesta, pobre ángel?

Le digo, y me quedo callado. El enojo se me vuelve intriga: ¿por qué Raquel haría todo el esfuerzo de conseguir mi dirección, venir a buscarme?

—No te ilusiones, Andrés. No es nada personal.

Me ataja, dos pasos adelante. Y yo, que hable más bajo, que la señora Norma puede estar escuchándonos: que seguro debe estar escuchándonos y que, a esta altura, el cuento de la prima ya murió.

—¿Y vos te creés que al principio sí se lo creyó?

Dice Raquel, otra vez la sonrisa agrandada.

—Bueno, ¿me vas a decir de qué se trata? ¿O esperamos que venga el mayordomo con el té y las masas?

Raquel abre su carterita negra, saca un atado de Khedive, cigarrillos egipcios. Yo alzo las manos en un gesto de pánico que me queda excesivo:

—Ni se te ocurra. Acá en el living no se puede fumar, nadie puede, pero si la vieja ve a una mina fumando en su casa le agarra el soponcio. O nos echa a patadas.

Raquel suspira, lo vuelve a guardar:

—Ya habrás visto los diarios.

—No, no vi nada. No quise mirar más.

—Me lo temía.

Dice Raquel, y me empieza a contar: que ayer en *La Prensa* salió una nota sobre el entierro que retomaba la historia del asesinato, que no daba ninguna precisión pero afirmaba que la habían matado «elementos antipatrióticos» y que *La Nación* esta mañana dijo más o menos lo mismo. Y que *Crítica* se lo tomó con más soda:

—Titularon «El misterio de la chica bien», lo sacaron en primera página. Dicen que todavía no se sabe nada muy preciso sobre la muerte de Mercedes pero que hay rumores, que la policía no quiere decir nada oficialmente, que tienen varias hipótesis y las están considerando. Lo más raro es el final: dicen algo así como que la verdadera historia puede ser muy distinta de lo que se supone, que pronto va a haber novedades.

Me callo, la miro. Raquel juega con su cigarrillo egipcio sin prender y espera, visiblemente, mi pregunta. Que no llega y la irrita por su ausencia:

—Hablé con Señorans.

—Ya me dijiste, para preguntarle mi dirección. Debe haber festejado.

—No seas tonto, Andrés. Hablé con él y me dijo que todavía no saben si fue o no fue suicidio, que el padre está como loco con esto del asesinato pero no está establecido, y que lo más raro es que ya lleva muerta como nueve días.

—¿Cómo?

—Lo que te digo, nueve días. Mercedes apareció muerta en su cama el otro lunes, el 30 de enero, con un bruto tajo en el cuello, desangrada. Se pasaron todo este tiempo sin decirlo.

—Pará, pará, Rusita. ¿Cómo que el lunes 30? ¿Y qué hicieron desde entonces, por qué tardaron casi una semana en enterrarla?

—¿Vos lo sabés?

—No, yo qué voy a saber.

—Yo tampoco. Como tantas otras cosas en toda esta milonga.

Yo trato de que no me importe. Me importa, como le importa a cualquiera una historia que siguió de cerca. Pero está claro que no es mi asunto, que no me corresponde.

—¿Y entonces?

—¿Entonces qué?

—Nada, que gracias por contármelo. ¿Querés venir al cine? Estaba pensando en ir a ver *Sopa de ganso*, con perdón. Acaban de estrenarla, dicen que es muy buena.

—La verdad…

Dice Raquel: se ha levantado del sillón algún Luis, buscado su carterita negra, lanzado un soplo de aire entre el suspiro y el resoplo.

—La verdad, esperaba otra cosa.

—¿Qué esperabas, que saliera corriendo cuando me silbaras, como un perro? ¿Que me volviera a meter en un lío que no me importa nada?

—No, no es eso.

Dice, con su voz más chiquita, nena decepcionada. Es mucho más fácil soportar su enojo que su pena, pero no pienso caer en esa trampa. Y sin embargo, sin pensarlo, le pregunto qué más sabe.

—No importa, Andrés, no importa. Ya me dijiste que no importa.

—Tenés razón, no me importa.

Digo, y me quedo callado: después pienso que a él sí.

—Pero a él sí le va a importar.

—¿A quién, de qué estamos hablando?

—A Bernabé.

—¿A quién?

Yo también me paro. Estamos a medio metro uno del otro. La miro bien de frente: sus ojos, enrojecidos de cansancio o algo. Estamos tan cerca que parece que estuviéramos a punto de tocarnos —pero no nos tocamos.

—Bernabé Ferreyra, Raquel, el futbolista más famoso del país. No me digas que no lo conocés.

—Sí, claro. No te había entendido. Pero sigo sin entender por qué lo mencionás.

—¿O sea que no sabías?

Quizá la pregunta me salió demasiado victoriosa; Raquel, en todo caso, no se la tomó bien:

—No. Qué curioso. Parece que en este mundo todavía hay un par de cosas que vos sabés y yo no. ¿Qué querés que sepa? ¿Qué querés que te pregunte?

Me callo, la miro; ella rehúye mi mirada, mira al techo, no quiere darme el gusto. Yo mantengo el silencio.

—Bueno, vamos. ¿Qué tiene que ver Ferreyra con todo esto?

—Salía con ella.

—¿Que salía con quién?

—¿De quién estamos hablando, prima?

Raquel me mira, resopla, murmura ah con ella, cómo carajo querías que supiera. Yo le digo qué boquita princesa, ella se ríe, la tensión se quiebra:

—Ah, porque vos podés hablar como un peón del puerto, y yo puro francés.

Dice, y recién caigo en la cuenta:

—Disculpame: ¿dijiste el lunes 30?

—Sí, eso dije.

—Y Bernabé se fue a Junín el martes 31.

—¿Cómo?

—Nada, que si esas son las fechas el tipo se rajó a su pueblo al día siguiente de la muerte.

Raquel frunce la frente, sacude la cabeza:

—¿Y de verdad creés que pudo haber sido él?

Dice, pero evita decir lo que quiere decir: si él la mató. No es fácil decir esas cosas.

—No tengo ni idea. No lo conozco, me tomé unas cervezas con él el otro día y hasta ahí. No lo conozco.

Le digo, y trato de recordar cada palabra, cada gesto, para pensar si pudo ser el asesino. No lo creo: cuando me pidió que la buscara parecía que en serio creía que ella estaba viva. Pero también pudo ser

un truco para que yo me lo creyera y alguna vez le sirviera de testigo, si era necesario. Aunque no creo: no parecía de esos. Y me cayó bien y creo que yo le caí bien y no me gustaría que me haya usado así. Pero yo qué sé.

—Ni idea, de verdad. Pero si salta esta perdiz hay muchos que lo van a crucificar sin preguntarse nada. Van a sumar dos más dos y, como siempre, les va a dar veintidós. En cuanto salga esta coincidencia de las fechas se va a armar una…

—¿Y cómo hacemos, señorita?

—Mire, ahora son las 12, quizás está en la casa. Si le parece yo le mando un muchacho y le digo que se venga para acá, que usted lo va a llamar otra vez a la una, ¿le parece?

—Sí, claro, muchas gracias.

Le había pedido prestado el teléfono al gallego García, el del bar de la esquina —Paraná y Tucumán—, y el gallego había refunfuñado como de costumbre pero al final había entregado:

—Vale, hombre, lo llamamos. Pero le pedimos la cuenta a la operadora y me pagas todo el importe más cincuenta centavos de servicio.

—Lo que digás, Gallego.

Y le había dado a la manivela del teléfono colgado en la pared y había pedido larga distancia y me habían dicho que justo ahora no tenía demora pero entonces la operadora de la centralita de Junín me dijo que volviera a llamar una hora más tarde, así que nos quedaba todo ese tiempo de espera y nos sentamos en una mesa junto a la ventana: Raquel dijo que tenía hambre y se pidió un especial de salame y queso; yo, sólo un café con leche con tres medialunas de manteca. Y hablamos: extrañamente hablamos, como si tuviéramos cosas que decirnos o, mejor: como si buscáramos cosas para decir por el placer de hablarnos. Raquel me contó que sí, que escribía poemas pero que no creía que tuviera talento para eso, que sus poemas siempre parecían de otros —que un Lugones sin la magnificencia, que un Girondo sin la gracia, que una Alfonsina sin la melancolía— y que si seguía adelante era por esta estúpida ilusión de que un día de pronto se iba a despertar convertida en una mariposa, ella, la larva gris en maravillosa mariposa, una poeta, y que sabía que seguramente nunca sucedería pero que mientras pudiera mantener la ilusión valía la pena seguir intentándolo, aun sabiendo que seguramente sería inútil, que podía despilfarrar su vida en una fantasía. Pero que de todos modos qué alternativa, qué iba a hacer, concentrarse en el negocio de su tío y esperar a heredarlo o conseguirse un buen novio judío con un taller textil y olvidarse de tantas pretensiones o mejorar

el disfraz y enganchar, en el mejor de los casos, a un nene de papá con vacas que le diera una vida de señora. Que todas esas opciones le parecían aterradoras y que otras por el momento no se le ocurrían, así que seguía enganchada a la quimera esta de la poesía, dijo, la droga más amable, más leve, más preciosa —y varias veces tuve que reprimir la urgencia de decirle pero no cómo se te ocurre una chica tan linda tan inteligente como vos no debería preocuparse por esas cosas vas a ver cómo todo te va a salir bien, porque pese a todo supuse que si lo hubiera dicho habría quedado como un baboso barato pero aún así la escuchaba casi embelesado, la escuchaba sin saber qué había hecho para merecer esta confianza. Y aunque creía que probablemente nada —nada más que estar allí en ese momento de debilidad, ese momento en que ella tuvo la necesidad de dejar la coraza, la máscara un ratito—, escucharla me alentó a hablar, aunque no tanto, porque nunca lo hacía, no era mi costumbre, no era mi idea de la vida, no tenía mucho que decir o temía lo que tuviera que decir y además suponía que hablar ahora e imponerle mis pequeñas miserias era una forma de romper el encanto de los relatos de ella y, sobre todo, la pequeña ventaja de que fuera ella la que necesitaba una oreja y yo quien se la daba. Pero, aún así, estuve a punto de decirle que yo también quería escribir pero no poemas, que los poemas no le importan a nadie a menos que tengan música y los cante un musicante reo, que lo que quiero es escribir poemas de esos que llegan a millones y que se llaman tangos, pero que no de esos tangos maricones de la mina que me abandonó y el corazón que tengo roto, no, tangos que cuenten la mishiadura, las injusticias, el pan duro, tangos que te ayuden a pensar lo que te pasa, tangos que tipos como yo pudieran tararear mientras esperan el tranvía pero que no me salen todavía y que tenía demasiado a menudo el miedo de dejar pasar el tiempo, dejar que el tiempo corra sin saber para qué o para dónde y que ojalá pudiera y no sabía si decírselo o no porque tampoco quería quedar tan brutalmente expuesto pero al mismo tiempo sentía, por una vez sentía, que tenía muchas ganas de contarlo cuando el gallego García pegó el grito:

—¿Che, Rivarola, no habías dicho que llamabas a la una?

—Sí, ¿el señor Rivarola? Sí, el señor Ferreyra lo está esperando. Espere un minutito que le paso. Y hable fuerte, por favor, que no se escucha bien. Usted sabe cómo están las líneas.

—¿Rivarola? Acá Bernabé, qué te contás.

—No, nada, primero que nada quería darte el pésame. Lo siento, Bernabé.

—Y bueno, qué se le va a hacer. Así es la vida, dicen.

—¿Cómo te enteraste?

—No sé, no importa. Me enteré.

—Bueno, lo siento…

—Rivarola, me dijeron que querías hablarme. Me vine hasta acá porque me dijeron que querías hablarme.

—Sí, disculpame. ¿Vos sabés cuándo murió Mercedes?

—No, sí, yo qué sé. El otro día. ¿Qué carajo importa?

—Ojalá que no importe pero puede importar, Bernabé, puede importar.

—Rivarola, yo no soy de hablar por teléfono. Si tenés algo para decir decilo, y si no, te agradezco la llamada.

—Sí, bueno… Lo que te quería contar es que Mercedes se murió el lunes 30, la semana pasada.

—¿Hace tanto? ¿Y no dijeron nada?

—No, no dijeron.

—Carajo, con razón no la encontraba, no me contestaba.

—Sí, porque vos te fuiste justo al día siguiente, ¿no?

—Sí, el martes, me parece, el miércoles.

—Bueno, eso podría ser el balurdo.

—¿Qué balurdo?

—Mirá, acá es difícil hablar, hay gente, hay mucho lío. Si venís por acá me gustaría que hablemos más tranquilos.

—¿Por allá por la capital? No creo que vaya por la capital. ¿Ahora qué mierda voy a ir a hacer allá?

—Tá bien, hermano, lo que vos digas.

—Bueno, te agradezco.

—Chau, Bernabé, cuidate. No vaya a ser que todo este balurdo se te caiga encima.

—¿Cómo encima?

—No, nada, es un decir; cuidate.

Raquel está parada a mi lado: se pasó toda la llamada parada a mi lado, junto al teléfono colgado en la pared, a la entrada del baño. Y ahora me mira y me dice bueno, ya hiciste lo que tenías que hacer —pero me lo dice con una intimidad extraña, como si de verdad me hablara, y yo tardo un momento antes de contestarle:

—¿Y te parece que no podemos hacer más nada?

—No, sí, claro que podemos.

8

—Pero usted sabe que no admitimos visitas.

—No soy una visita, hermana. Dígale por favor a la hermana Socorro que está acá Raquel, la amiga de su hermana. Ella me pidió que viniera a verla.

—Pero usted sabe…

—Dígale, por favor.

Del otro lado del ventanuco de madera, tras rejas oxidadas, un ojo parpadea.

—Esperen, por favor, puede tardar unos minutos.

El ventanuco se cierra y quedamos frente a la puerta de madera bruta, quebracho inquebrantable que lleva siglos separando el convento de las hermanas de San Ignacio de Loyola del resto del mundo. He pasado tantas veces por delante: entre mis numerosos proyectos para el resto de mi vida nunca estuvo el de entrar. Por la calle Independencia apenas circulan coches o personas: son las cuatro de la tarde y el calor del verano la transforma en dunas. Nosotros somos sus beduinos y transpiramos como cerdos; un perro vagabundo se acerca, nos husmea.

—¿Ella te lo pidió?

—Bueno, es una forma de decir. Me dijo que si quería podía venir a verla.

No hay sombra. Raquel da un paso atrás cuando el perro se acerca: con miedo, disimulando el miedo. Me gusta verlo; lo espanto con cierta autoridad. Raquel mira la nada. Esperamos, yo intento recuperar el clima del día anterior, la charla en el café:

—¿Pudiste escribir algo?

—¿Qué decís?

Me contesta Raquel, como si le hablara de un proyecto de prospección de azogue en la frontera oriental del Congo Belga. Me callo, seguimos esperando.

Estamos sentados en tres sillitas de madera y mimbre a la sombra de una palmera; en el centro del patio hay un aljibe y el canto de los pájaros en los cuatro costados y el suelo de ladrillo que alguien regó para que refrescara. La hermana Socorro está cebando un mate con una pava muy tiznada; Raquel le dice que no gracias, yo lo acepto.

Mis relaciones con la Iglesia siempre fueron confusas; con el mate, en cambio, no.

—Disculpen, pero acá no se reciben hombres. La Madre Superiora, en su infinita bondad, me autorizó por mi duelo…

Unos pocos metros más atrás, de pie junto al aljibe, la Madre, infinitamente buena, nos vigila: no participa, sólo mira. La Madre tiene un hábito negro pesado, no muy limpio: en su cara las arrugas son vías navegables y en el medio, dividiéndola en dos, los bigotes oscuros.

—…y, siempre atenta a la salud de su rebaño, se ha tomado la molestia de quedarse con nosotros.

La hermana Socorro es unas manos que emergen de las mangas más anchas y el óvalo de una cara muy blanca enmarcada por la toca más blanca. En su cara —lo que queda expuesto de su cara—, los ojos negros son demasiado negros, los labios carnosos demasiado carnosos para el lugar que les tocó. El resto ha desaparecido bajo el hábito negro.

—En fin, ustedes dirán.

Dice, y Raquel empieza en voz muy baja, como si Dios aquí sí pudiera oírla:

—Yo fui amiga de Mercedes. Fuimos amigas. Y por eso ahora no entiendo nada.

La hermana la mira como si dudara si decir o no decir; al final se decide:

—Discúlpame, no terminé de entender tu nombre.

La trata de tú: debe ser algo que también se aprende en el convento.

—Raquel Gleizer.

—Ah, Gleizer. ¿Judío, no es cierto?

—Sí, judía.

—Mi hermana no me dijo que tuviera una amiga judía.

—¿Es un problema?

—No, qué ilusión. Al contrario, era muy propio de Mechita. No, es sólo que me sorprende que no me lo haya dicho. Nosotras nos contábamos casi todo. Ustedes saben, las mellizas…

—A menos que sí se lo haya dicho pero no de ese modo. Que no le haya hablado de «una amiga judía», ¿no le parece?

La hermana cierra los ojos y baja levemente la cabeza, como quien se somete. Vuelve a cebar y está a punto de tomarse el mate pero frena: quizá no tiene derecho a poner sus labios donde puse los míos. El olor del jazmín es una bendición de Dios o un guiño del demonio; aspiro hondo. La hermana Socorro me mira sorprendida.

—Perdone, hermana, estaba pensando en una cosa…

La hermana me sonríe: me perdona. Al fin y al cabo es su trabajo. Lo que no está claro es cuál es el mío: estamos perdiendo el tiempo en este patio, en este mundo raro. Por un momento se me ocurre que lo mejor sería callarme, oler, escuchar pajaritos. Raquel no debe estar de acuerdo:

—¿Ustedes eran mellizas, no, hermana?

—Sí, mellizas. Y nuestra madre murió cuando teníamos 17 años, así que imagínese lo unidas que estábamos.

—¿Qué le pasó, si me permite?

—Nada, una enfermedad. Fue un poco súbito, estaba bien, en la flor de la vida, como dicen, y se enfermó y en unos días…

La hermana se persigna; yo, sin darme cuenta, hago lo mismo. La confusión avanza.

—Pero cuando usted se ordenó se veían menos, me imagino.

Dice Raquel, y la hermana le contesta que sí, que claro, pero que eso fue hace poco, sólo cuatro años, cuando ya tenían 24, y que hasta ahí habían crecido juntas, tan unidas.

—¿Y cómo fue que decidió entrar en el convento?

—¿Quién, yo?

—Claro, usted, si me permite.

La hermana le dice que sí, que le permite, pero tuerce la cabeza hacia un lado, junta las manos sobre el pecho, mueve los labios en silencio. Pajaritos, un ladrido lejano. Raquel insiste:

—Mecha me contó que el padre de ustedes no quería.

—¿Que no quería qué?

—Que usted se ordenara, hermana.

Estoy empezando a perder la paciencia —y admiro a Raquel, que parece conservarla. La hermana vuelve a juntar las manos. Al fondo, la Madre tose, con una tos que no podría curar ningún remedio.

—Bueno, él tenía sus reservas. Pero creo que era por mí, por mi felicidad. Él quería que me casara, que tuviera hijos. Por mi bien, claro.

Insiste, como si precisara repetirlo. Con un pañuelito de puntillas limpia la bombilla del mate y lo ceba; chupa, sin ningún ruido.

—¿Y usted?

—¿Y yo qué?

—¿Y usted por qué decidió entrar, si me permite?

—Bueno, digamos que el Señor en su misericordia me llamó y yo oí su llamado, gracias al Señor.

Mi impaciencia crece, más y más impaciente. No entiendo qué tengo que ver con esta historia: si hubiera algo en todo esto que pudiera interesarme no sería, ciertamente, la historia de una chica fina que un día tropezó con la luz o su tedio o una verga inclemente y

decidió meterse a monja. Estoy por decir algo cuando Raquel, de una mirada, me pide que no. O más bien me lo ordena.

—¿Y desde entonces casi nunca sale, no?

—¿Quién nunca sale? ¿De dónde nunca sale?

—Usted, hermana, del convento.

—No, claro. Es lo que llamamos un convento de clausura.

—Y sin embargo el otro día fue a la Recoleta.

—¿Quién fue a la Recoleta?

—Usted, hermana, usted.

—Bueno, tenía permiso de la madre superiora. Puedes preguntarle.

—¿Y qué le pareció?

—¿Qué me pareció qué?

—El entierro, hermana.

—No lo entendí.

La hermana Socorro se levanta para ir a buscar agua caliente. Cuando pasa junto a la Madre Superiora la mira como pidiéndole permiso; la anciana inclina la cabeza: la autoriza. Así que ahora tiene en la mano izquierda la pava, en la derecha un plato con media docena de tortas fritas y en la cara una expresión completamente diferente. Los ojos entornados, como un halcón que ya encontró su presa; los labios apretados, como quien no quiere que algo se le escape; las narinas dilatadas, como el que necesita todo el aire posible. Apenas sentada, la hermana empieza a hablar y su tono también es muy distinto:

—Yo quise ir a la Recoleta porque necesitaba despedirme de mi hermana, por supuesto. No saben el golpe que ha sido para mí. No lo creo: todavía no lo creo. Como ya llevo un tiempo acá adentro, y no la veía tanto, todavía no lo creo. Un golpe… cómo decirles… un verdadero golpe. Me hizo pensar de nuevo muchas cosas: me da miedo, pero me hace pensar de nuevo muchas cosas. Y también quise ir a la Recoleta porque no entendía lo que estaba haciendo nuestro padre. Digo: por qué había tardado una semana en enterrarla, por qué había dicho aquello del suicidio…

—¿De qué?

Raquel me mira con reproche, pero no pude contenerme. La Madre se acerca, se para junto a las sillitas:

—¿Suicidio, qué suicidio?

—¿Ah, ustedes no sabían?

Ahora es ella la que habla en voz muy baja, como si temiera que la escuchase el Jefe. La hermana Socorro nos cuenta que lo primero que le dijo su padre aquel martes horrible, esa mañana tan temprano, fue que su hermana se había suicidado.

—Imagínese, mi hermana, suicidado. Mi hermana era una buena cristiana, ella sí que creía. Y además mírenla.

Dice, y saca de su manga una foto chiquita: en la foto —los bordes ya comidos, una esquina doblada— las dos hermanas Olavieta tienen quién sabe diecisiete, dieciocho años, y vestidos de fiesta: trajes de noche largos blancos plagados de puntillas y organdíes. Las dos hermanas, de pie, se ven espléndidas: los pelos negros poderosos, los ojos negros poderosos, los cuerpos blancos poderosos, criollitas en todo su esplendor.

—¿A ustedes les parece que una mujer así se va a matar?

No puedo evitar pensar y a usted le parece que una mujer así se va a meter a monja —pero evito decirlo. Raquel se inclina hacia la hermana, le agarra un brazo; la hermana lo retira.

—Esa mañana mi padre estaba destrozado. Yo tuve miedo, pensé que le podía pasar algo, estaba destrozado. Estuvo un rato largo, él nunca viene pero esa mañana se quedó un rato largo, y me dijo que Mechita se había suicidado y que necesitaba tiempo para hablar con el arzobispo Copello para pedirle una dispensa y que nos dejaran enterrarla en sagrado. Me dijo que estaba seguro de que Copello no iba a poner problemas porque es amigo suyo, o amigo de unos amigos suyos, no sé, y porque la nuestra es una familia cristiana de muchas generaciones y que siempre hemos apoyado a la Iglesia y que no les convenía —me dijo que no les convenía— dejarnos en la estacada ahora que los necesitábamos. Yo nunca lo había visto así.

La hermana habla extraño, maquinal, como si las palabras le llegaran de muy lejos. Se restriega las manos: se restriega las manos todo el tiempo. La Madre escucha cada vez más cerca, pero no trata de callarla.

—Me dijo que ya me iba a avisar cuando pudiéramos enterrarla, y que ojalá yo pudiera acompañarlos, que me necesitaba. Lo dijo, les aseguro que dijo que me necesitaba. Y anteayer después de los maitines la Madre me mandó llamar y me dijo que me preparara porque tenía que salir, que iba a ir a la Recoleta, que ya tenían un coche listo para llevarme. Y después, cuando llegué, toda esa gente que gritaba, las banderas, toda esa historia de la víctima política. Mi hermana, una mártir política. Yo creí que me había vuelto loca. Creí que me había vuelto loca.

La hermana Socorro se calla de pronto, se pasa las manos por la cara, las mira como si no terminara de reconocerlas. Después, en voz muy baja:

—¿Por qué les estoy contando todo esto?

Entonces sí, la Madre decide que ya ha sido suficiente y se para en el medio, entre las sillas:

—Tengan piedad de nosotras, pobres pecadoras. Nuestra hermana

ya ha sufrido bastante.

—Comme si quand on n'est pas laide/ on n'avait droit d'épouser Dieu.

Recitaré ya en la calle, en ese mundo raro con personas y ruidos y coches y carteles, en ese mundo lleno de movimientos, en un francés de escuela secundaria pero sin ademanes, y Raquel me mirará extrañada. Entonces le diré que hace tiempo un amigo tradujo a Victor Hugo y que ese verso siempre me gustó —«como si cuando una no es fea/ no pudiera casarse con Dios»— y que cuándo iba a poder colocarlo sino hoy y ella se reirá y me mirará distinto pero se pondrá seria y me preguntará que por qué la monja nos ha contado todo eso, si será porque está acostumbrada a las confesiones y que no debe creer que le pueda contar nada de esto a su padre confesor. Entonces yo le diré que es una cínica: que no es capaz de ponerse en el lugar de esa pobre mujer, entender su sufrimiento, su zozobra; le diré «su zozobra». Raquel me dirá que no tengo ni idea.

—Hasta acá podíamos llegar, Rusita.

—No te ofendas, che. Te lo digo sin malas intenciones.

—No, claro, no es eso. No, lo que digo es que no puedo seguir perdiendo el tiempo con esta historia, tengo que ocuparme de mis asuntos.

—Ah, ¿pero vos tenés asuntos?

—No jodas, che.

—No jodo. ¿Me vas a dejar sola?

—¿Qué más querés hacer?

—No sé, buscar. Tenemos que saber la verdad.

—¿La verdad, qué verdad?

—¿Estás como la monja, vos también? Acá hay algo raro. ¿No te parece raro que el padre primero diga que fue suicidio y después salga con esa historia de crimen político?

—Seguramente, Raquel, pero yo qué tengo que ver. Acá me planto. Cualquier cosa, contame. Nos tomamos un vermú con ingredientes y me contás todo lo que quieras.

9

Por momentos extraño: pienso en Raquel, pienso en la historia de Mercedes, pienso en Bernabé y en Señorans y los muchachos agitando banderas, la monja y sus jazmines, las mollejas y casi los extraño. Pero son momentos pasajeros, rayos de utilería: yo no tengo nada que ver con todo eso. El problema es que no sé con qué sí. Vivo, últimamente, ocupado por el pensamiento insistente de que tengo que hacer algo. Voy a cumplir treinta y sigo sin saber: todo lo que empecé se ha terminado demasiado rápido. La carrera trunca de Derecho, el trabajo en el corralón de materiales que armó mi viejo y maneja mi hermano, el trabajo en el estudio del doctor Caruso, mis veleidades de muchacho rana, Estela, Estelita. Sobre todo Estelita, me digo, pero no es tan cierto: todo, sobre todo. Tengo que hacer algo: eso sí lo sé. Y, sólo porque no sé qué, el recuerdo de Raquel, Mercedes, Bernabé y otros comparsas vuelve, una y otra vez: la facilidad de dejarse llevar pero, cada vez, la evidencia de que no es mi asunto.

Entonces vuelvo a pensar que tengo que hacer algo y a pensar qué puede ser y no quiero confesarme lo que sé pero no, y no quiero hacer cuentas de nuevo y reconocer que si no consigo otros cien mangos antes de fin de mes voy a tener que dejar la pieza e irme quién sabe dónde, y no soporto más la pieza y bajo a caminar pero Corrientes está hecha un desastre por las obras y me voy para el lado de Santa Fe pero me resulta tan ajena y vuelvo por Talcahuano para dar una vuelta por la plaza y cambiar un poco el aire pero me topo con un negocio que me aterra: una vidriera polvorienta con una muñeca cuarteada y descolorida, pelo de barba de choclo y ojos bizcos colgando del techo y un cartel que trata de explicarla: «Se perfeccionan muñecas. Precios módicos». Perfeccionar muñecas, leo una y otra vez: perfeccionar muñecas, digo en voz alta y supongo que eso debería decirme algo —y termino en el bar de García tomándome un café con leche. Y para no pensar leo los diarios, me distraigo de mí mismo con el viejo truco de perderme en el mundo: Hitler que afirma su poder en Alemania —que me recuerda mi discusión con Raquel y no lo leo—, el presidente Justo que ya estamos cerca de firmar el pacto con los ingleses para venderles la carne baratita, Bernabé Ferreyra que sigue en Junín y los dirigentes y los hinchas de River cada vez más desesperados —que leo con sorna, como quien sabe que la verdad está en otra parte—, y un par de artículos sobre el Crimen

de la Niña Bien —que no leo para no caer otra vez— y la noticia —que leo con horror— de que cuando empiecen las clases en Buenos Aires habrá 50.000 chicos, uno de cada cinco, que llegarán cada día al aula sin haber desayunado nada y que el presidente del Consejo Nacional de Educación, un tal Cárcano, va a darles una copa de leche a todos para que no estudien con el estómago vacío. El artículo de *Crítica* dice que la medida es necesaria pero que el gobierno pone paños tibios en la crisis que él mismo contribuyó a crear y por un momento los admiro por decirlo y pienso en Señorans y otra vez Mercedes y Raquel y Bernabé, y que cómo puede ser que sigan pasando estas cosas, que en una tierra tan rica haya chicos que no comen, que pensar que este era el país de las oportunidades, que cómo fue que todo se fue al tacho. Perfeccionar muñecas, me susurro: perfeccionar muñecas.

—¿Y, Rivarola? ¿No vas a traer de nuevo a esa señorita tan elegante?

Me dice García desde detrás del mostrador, mañana de muy pocos clientes, y me hace un guiño torpe, complicidad que no quiero desmentir:

—¿A vos te la voy a traer, Gallego, para que la corrás por los rincones? La piba es mía, no te metás.

Digo, y me siento un farabute.

Pero algo pasa. Saco la libretita, el lápiz mordisqueado, escribo, tacho, reescribo, paso en limpio: «Marioneta con hilos cambiados,/ soldadito bailando al compás,/ una queja que gritás callado,/ un rezongo que no sale más.// Cobarde,/ sos un cobarde y te engrupís de guapo,/ sos un gilún y la posás de rana,/ sos lo que sos porque no sos ni nada,/ príncipe azul que se quedó en el sapo…»

Y me trabo: el estribillo está bien, las rimas de guapo con sapo, rana con nada funcionan, y un tango titulado «Cobarde» podría andar, pero no consigo ir más allá. Debe ser el hambre; sí, seguro que es el hambre. Me levanto, le digo a García que mañana o pasado le pago todo junto, salgo rápido para no escuchar su respuesta previsible. Camino otra vez hasta Corrientes, doy unas vueltas, miro a los obreros con martillos y piquetas sudando como obreros, pienso qué voy a hacer, pienso que quizás un día sí que pueda, me compro un pebete en la Pasta Frola, doscientos de mortadela fina en lo del Turco Ibra y camino de vuelta a la pensión a hacerme el sánguche. Nunca llego.

—¡Rivarola! ¡Usté, Rivarola, no se me haga el zonzo!

El hombre que me grita —vozarrón de campo— son dos y parecen llegar de un baile de disfraces: las bombachas negras, el cinturón ancho de cuero con monedas, la camisa a cuadros por debajo, el

chalequito corto, el sombrero negro de ala ancha: dos gauchos de almanaque de Molina Campos. Pero no son dibujos: me salen al paso en la esquina de Paraná y Lavalle, entre docenas de comerciantes y oficinistas y paseantes que tratan de mirar para otro lado —porque los dos disfrazados han empuñado los facones del disfraz y, aunque no me apuntan directo, los sostienen para que quede claro que la joda va en serio. Trato de caminar pero los hombres me cortan todas las salidas: se ve que saben cómo arrear ganado.

—Usté sigue siendo Rivarola. ¿No es cierto, mi amigo?

—Mientras usté no decida lo contrario.

Le contesto, y me sorprendo de mi humor. El disfrazado uno también: me mira como si recién me hubiera visto; al fin el otro decide interrumpir la escena:

—Nos va tener que acompañar, amigo.

—¿Los señores son agentes de la ley?

—Bueno, según cómo lo mire. Digamos que sí.

—¿Digamos que sí?

Miro alrededor; nadie nos mira. O, mejor: todos hacen grandes esfuerzos por mirar para otros lados y mostrar que miran otras cosas; podrían estar carneándome en medio de la calle Lavalle y mis conciudadanos sólo se preocuparían de que la sangre no les manchara los zapatos. Me siento, de pronto, brutalmente indefenso —y me extraña que no me dé terror: sólo un cansancio extremo.

—No se ponga insolente, Rivarola. El patrón quiere verlo, y lo que el patrón quiere, se termina haciendo. ¿Sabe qué? Por ahí algún gil se cree que no, pero al final siempre se hace.

El disfrazado dos se calla como quien se agota: se ve que el parlamento ha sido demasiado. O quizá no sigue porque ya llega el coche: a todo trapo por Lavalle un Packard 1927, alto, cuadrado, negro, enorme. Lo maneja un grandote disfrazado de malandrín urbano: la gorra a cuadros calada hasta las cejas, la camisa blanca arremangada, el pañuelo en el cuello, los hombros como fortalezas. Los disfrazados rurales me empujan al asiento trasero del Packard: yo en el medio, un gaucho a cada lado; adelante el disfrazado urbano y un gorila de gorra sin disfraces. Un disfrazado gaucho grita vamos Capitán y el Capitán arranca, bocinazos de impaciencia a los peatones. En el asiento trasero el otro gaucho me dice, con su mejor tono campero, que disculpe la urgencia pero que el patrón ya me ha esperado demasiado:

—Ya lleva tres días esperando. Y vos sabés que al patrón esperar no le gusta. Muchas cosas no le gustan, ya sabemos, pero esperar le gusta menos que ninguna.

Enseguida se acaba el asfalto y el empedrado nos hace saltar como conejos. Me han hundido el sombrero hasta los ojos, para que no vea

el camino, pero noto que avanzamos a paso redoblado; los policías de las garitas deben tenernos cariño, porque no paramos nunca —o quizá los pasamos por encima. Si vamos adonde creo que vamos tenemos para un rato largo —y lo peor es que, al final, quién sabe. Pienso en mi sánguche, caído en la vereda de la calle Paraná; pienso en mis planes, en mi manera de no tener planes. Uno nunca decide: por suerte o por desgracia uno nunca decide. Y no entiendo por qué no estoy muerto de miedo.

A las dos de la tarde los patios y calles y corrales del gran Matadero municipal de Buenos Aires están casi desiertos: todo lo que había para matar ya fue troceado —o casi todo. Matarifes y peones caminan despacio, buscando la sombrita; algún caballo con un hombre encima, alguna vaca con un hombre delante, algún perro sin hombre; los contratistas y carniceros ya se han ido, los rugidos gemidos aullidos se apagaron. Las moscas permanecen: Buenos Aires es el imperio de la mosca. No hay cómo derrotarlas: ahora el Club de Madres de Familia se lanzó a comprar moscas muertas por kilo para promover su asesinato pero cada vez hay más. La batalla no cesa. Pasan señoras de guardapolvos grises empujando carretillas con baldes y cepillos, escobas y trapos: el vano esfuerzo, siempre recomenzado, de limpiar los aludes de sangre cotidiana. El Packard anda lento, esquivándolos, cayendo en pozos como cráteres, saltando, levantando polvo, recibiendo insultos en voz baja; al fin se detiene frente a la recova donde está —donde estaba, al menos, una semana atrás— la oficina de don Manuel Cuitiño. La reconozco, suelto una especie de suspiro: no sé si me alivia o me preocupa haber llegado adonde suponía.

—Mi amigo Rivarola. Usted sabe, amigo mío, cómo reconocemos nosotros a un criollo, ¿no?

Las mollejas parecen más bien frías —el tono gris, las puntas arqueadas, la grasa coagulada sobre el plato— pero Cuitiño mordisquea un pedazo de una, ensartada en la punta de su facón de plata. El resto también se ve muy parecido: la mesa de quebracho frailero, los papeles desparramados por encima, la jarra de loza para el vino con su vaso de vidrio, la luz tenue de la ventana al fondo, a la derecha del Buda con facón. Su cara, sobre todo: redonda como un sol, bola de sebo sólo interrumpida por la franja frondosa de la ceja.

—Por acá dicen que el criollo es el que nunca recula cuando ha tomado un compromiso. Capaz que ni siquiera es cierto, se lo acepto, pero es lindo creérselo, ¿no le parece? Y yo me lo creo. Así que podríamos discutir si usted, mi amigo…

Dice Cuitiño, y sus palabras quedan colgando sobre su escritorio, en el aire estancado entre él y yo. El aire huele a grasa y cigarro apagado —y algo más.

—Disculpe, anduve con muchas cosas, pero estaba buscando el momento para venir a verlo.

—Sí, por supuesto, no lo dudo. Y todavía no lo había encontrado, así que tuve que ayudarlo. Por suerte mis muchachos son baquianos viejos, buenos para seguir las huellas. Y para muchas otras cosas, usted ni se imagina. ¿Usted no se imagina, no, mi amigo?

—Don Manuel…

—No, usted no se imagina. Y podríamos pasar un rato largo, un rato agradable debatiendo si le va a convenir más imaginárselo o no imaginárselo. Porque, sin ánimo de agotar la discusión, le digo, sin ánimo siquiera de iniciarla: si no se lo imagina quizá su conducta no se rija por los rectos principios que debería y que tendría más ganas de aplicar si se lo imaginara. Pero si se lo imagina quizá le dé un repeluz que lo deje inhabilitado para cualquier conducta, y eso tampoco es lo que queremos… O, mejor dicho: por ahora no es lo que queremos.

Dice el Buda ventripotente, mordisquea, se limpia la boca con un trago de vino, se sonríe. Yo le pido permiso para sentarme en la silla —recta, austera— de mi lado de la mesa frailera; Cuitiño me dice que por favor, faltaba más, no haga cumplidos.

—Ahora ya se sentó, se puso cómodo. Me alegro: a uno lo alegra cuando los amigos se sienten acá como en su casa. Me refiero a los que tienen casa, claro…

Dice, y me cuesta disimular el temblor, porque entendí el mensaje: Cuitiño me tiene vigilado o, por lo menos, ha averiguado algunas cosas de mi vida.

—¿Usted se ha puesto a pensar en lo guarangos que son ciertos refranes? Eso de sentirse como en su propia casa, por ejemplo, ¿no le parece una injusticia? Otra frase que sólo se aplica a unos cuantos, aunque es cierto que es la parte más noble de nuestras sociedades. Pero hay una marabunta de infelices que no entran, que se quedan afuera: que no pueden sentirse como en su casa porque nunca tuvieron una casa, imagínese, ¿cómo van a saber cómo se siente? Pero en fin, no digamos nada. ¿Usted se imagina lo que podrían hacer los tirabombas con estas ideas? Menos mal que esos socialistas y anarquistas y más istas son medio cortos, que si no…

Cuitiño afecta un tono campero, campechano, que por momentos se le va y se le vuelve ciudadano, cajetilla a la antigua. O, como en este caso, levemente brutal, patrón de estancia:

—Bueno, vamos a los bifes, que de molleja ya tuvimos demasiado. A los bifes, mi amigo. Usted estuvo con Ferreyra, como habíamos

quedado, pero parece que no hizo nada de lo que habíamos quedado. ¿Para qué lo mandé a Junín, a hacer sociales?

—Por supuesto que no, don Manuel.

Le digo, respiro hondo, dejo el espacio para que el otro siga. Pero la mole, por una vez, se calla, y me siento obligado a decir algo:

—Por supuesto que no. Si fui hasta allá fue porque usted me lo pidió, para atender sus asuntos. La cosa es que el hombre no quiere saber nada. Está harto, me dice. Y la verdad, si quiere que le cuente la verdad…

—No, Rivarola. Quiero que me cuente el de la Bella Durmiente y los Siete Cerditos. ¡No sea zonzo, por favor!

—Disculpe, don Manuel. Lo que quería decirle es que, la verdad, el tipo me sorprendió: para ser un jugador de fútbol tiene sus ideas.

—¿Qué ideas, Rivarola?

Dice la mole, falso almíbar. Y yo que bueno, que quizá no corresponde llamarlas ideas, que puede que llamarlas ideas sea demasiado —y sigo dando vueltas para no tener que decir lo que no sé cómo decir. Al fin me atrevo:

—Lo que dice es que si ustedes… si nosotros salimos con lo del cocó, él tiene cosas que contar que a ustedes les podrían hacer daño, dice, mucho daño. Mire, disculpe la manera, yo por supuesto le dije que tuviera cuidado, pero él me dijo que si lo tiran al chiquero los arrastra a ustedes a la… Bueno, usted ya sabe.

Cuitiño me mira en silencio, la carota ladeada, como se mira a un chico un poco bobo que no termina de entender que dos más dos pueden ser cuatro, cinco, siete y medio, quinientos veintiuno. Después se zampa un trozo de molleja, lo mastica, se limpia la boca con un trago de vino. Entonces pega un grito y entra uno de los gauchos, pasa detrás del escritorio de quebracho, se acerca a él, se inclina. La mole le dice unas palabras en la oreja y los dos me miran con una cara rara: entre resignada y decidida. Tengo miedo.

El gaucho se ha parado detrás de mi silla y respira ruidoso. Yo lo oigo pero no me atrevo a darme vuelta.

—Ay, Rivarola, Rivarola… ¿No me va a decir que le fue con la historia de la cocaína?

Dice ahora la mole, contrariada, como quien reprende a un chico un poco lerdo.

—¿Y no era lo que habíamos quedado?

—Era, sí. Pero eso fue antes de que muriera la chica Olavieta.

Yo trato de que no se me note, pero no tengo muchas esperanzas: me derrumbo. El Buda no tenía por qué saber nada de eso: la relación

entre Bernabé y Mercedes era mi tesoro personal, mi última carta.

—¿Y eso qué tiene que ver, don Manuel?

—No me tome por tonto, mi querido, que eso lo hace más tonto. Mi trabajo es saber, no se olvide de eso. Los periodistas y los demás oportunistas se creen que trabajan de saber; de saber trabajamos nosotros, los que manejamos las cosas. Los que las cuentan trabajan de enterarse, nomás, de darse cuenta de que pasó el tren cuando ya está en el próximo pueblo. Hace mucho que sabemos que el idiota este andaba atrás de esa pobre chica…

Veo el hueco y trato de pasar: quizás, al fin y al cabo, el Buda se equivoque. Así que busco mi mejor voz de criatura inocente para llevarlo por el mal camino:

—¿Y sabe qué pasó entre ellos, don Manuel?

—Sí, claro. Sabemos que el idiota no tenía la menor chance, faltaba más: una chica de tan buena familia, imagínese, con ese patasucia…

—No, claro, me imagino.

Es un alivio: no lo sabe. El Buda infalible acaba de caer. Sólo espero que el alivio no se me vea en la cara.

—Igual, cuando yo fui a verlo todavía no había salido lo del asesinato de la chica. Ya estaba muerta, pero nadie sabía. Cuando Ferreyra se enteró de que la habían…

El Buda parece confundido, me mira con la bocaza abierta; después, más tarde, pensaré que lo hizo para confundirme —y que caí en la trampa como el mejor chorlito.

—¿Y cómo se enteró Ferreyra, usted qué cree? ¿Como todo el mundo, por los diarios?

—No, don Manuel, se lo conté yo.

—¿Así que se lo contó usted? ¿No me dijo que cuando lo vio todavía no se sabía?

He vuelto a hablar de más. Pero ya no tengo forma de arreglarlo:

—Sí, cuando lo vi yo no sabía, es cierto. Pero después lo llamé por teléfono y le dije.

—¿Qué le dijo?

—Nada, lo que le dije, que ella se había muerto antes de que él se fuera a Junín.

—¿Así que usted le dijo? ¿Y él no lo sabía, cuando usted le dijo?

—No, qué iba a saber. Todavía no había salido en ningún lado.

—Y él no lo sabía. ¿Usted está seguro?

Dice el Buda, orondo como un gato después de la sardina, y se zampa un trozo de molleja. Se relame, repite:

—Así que se lo dijo usted, y él no sabía.

—Bueno, no sé. A mí me dijo que no.

—Y usted le creyó.

—Yo qué sé, don Manuel. No me puse a pensarlo.

No he terminado de decirlo cuando entiendo que era justo lo que no debía decir. Cuitiño suelta la carcajada: una que tenía lista hace muchas palabras, cuando empezó a jugar al gato con el ratón sentado enfrente.

—Piénselo ahora, mi amigo, despacito.

Dice, y se calla. Yo miro a la mole, miro su facón, miro las paredes y sus fotos de toros y futbolistas y mujeres: todos muy callados. Oigo los resoplos del gaucho, todavía detrás. Después, de pronto, me ilumino:

—Me mintió, don Manuel.

—¿Quién le mintió?

—Ferreyra me mintió. Me dijo que no sabía pero no podía no saber. Si él andaba con ella, no podía no saber que estaba muerta.

—Bueno, sí que podía. Si estaba en Junín, si no tenía forma de encontrarla…

—Sí, puede ser. ¿Pero quién le va a creer que no sabía? Andaba con ella, era su novia.

—¿Está seguro? No es lo que me dijeron.

Dice el Buda, obsequioso, y Rivarola siente que por fin:

—Y tan seguro. Él mismo me lo dijo.

—Y ella termina muerta y él ese día estaba en Buenos Aires…

—Pobre pibe.

Digo, bajito, casi sin darme cuenta, y la mole me pregunta qué murmuro.

—Nada, que capaz que al final él va a poder mostrar que no fue él, pero de entrada va a ser difícil de creerlo, ¿no?

—Muy difícil, mi amigo, a menos que consiga que lo ayuden. Si no, pobre muchacho…

Dice Cuitiño, hace una pausa, engulle. No me atrevo a cortarlo.

—…va a tener que jugar al football en Sportivo Cambaceres. Con suerte, en Sportivo Cambaceres. Yo nunca le voy a desear la muerte a nadie, válgame Dios, ni loco que estuviera, yo soy un hombre de principios. ¿Usted me cree, amigo mío, no? Pero la muerte de esa chica puede ser maná del cielo. Y no le digo para nosotros: para él. Tenemos que hacerlo por su bien. ¿Usted se imagina lo que va a ser de ese muchacho si se retira del football, se queda en Junín, se vuelve al chiquero de donde salió? Tenemos que hacerlo por él, mi amigo. Hay tipos que hay que salvarlos de ellos mismos. ¿Usted de eso no sabe, no? No se preocupe, Rivarola, que no va a tener ningún problema. Yo le voy a explicar bien lo que tiene que hacer, con todos los detalles.

10

Quinientos pesos si lo hacía y funcionaba; una rodilla rota si lo intentaba y no lo conseguía; las dos si me hacía el tonto y ni siquiera lo intentaba: la tarifa de Cuitiño era precisa, minuciosa, y me la había detallado con la calma y la autoridad de un mayorista en carnes, todo tipo de carnes. Aunque, a último momento, le agregó una yapa:

—Y por si se le ocurre hacerse el guapo, Rivarola… Bueno, yo no le veo pinta de hacerse el guapo, pero nunca se sabe, hay cada uno. Entonces, por si se le ocurre, le comento que en tal caso la señorita Gleizer podría tener algún problema, ¿vio? Con lo mal que están las cosas, hay tanto depravado suelto…

La tarea no es fácil pero tampoco tan difícil. O, más bien, la dificultad no está en hacerlo sino en aceptar que lo voy a hacer: que le tengo que arruinar la vida a un tipo que nunca me hizo nada, que me cayó bien, que me trató casi como a un amigo. Aunque a veces los reparos éticos —lo sé— sean la excusa de los inútiles: lo primero que me preocupa, en realidad, es que no tengo ni la menor idea de cómo hacerlo.

Para empezar, hago de tripas corazón —¿a quién se le habrá ocurrido esa chanchada de «hacer de tripas corazón»?— y voy al café del gallego García: domingo, nueve de la mañana, ni el perro en los alrededores. Sólo Faletti, el kiosquero de la esquina, que acaba de cerrar tras una noche agitada y viene a que el Gallego le prepare un especial de milanesa para llevárselo a Palermo: dice que tiene una fija, que Legui en la cuarta no puede perder aunque va a pagar dos con veinte pero que en la séptima tiene un tapado que va a hacer más ruido que la banda de Granaderos a Caballo.

—¿Y tú, Rivarola? Seguro que vienes a pagarme…

Me dice García con la sorna galaica en la cara cuadrada, la barba de dos días como espinas, los pelos erizados como espinos. Yo sé que él cree que no y estoy tentado de decirle que sí sólo para sorprenderlo, pero no sabría cómo seguir la broma y lo miro a los ojos:

—Disculpame, Gallego. Vos sabés que nada me gustaría más, pero te juro que antes del próximo domingo te levanto todo.

El otro me sonríe casi compasivo:

—No te preocupes, hombre. Que son sólo unas perras chicas…

Y me sirve el café con leche de tantas mañanas, sus tres medialunas de manteca. Detrás del mostrador, entre las botellas de Cynar y Licor de las 8 Hermanas, Hesperidina y Ferro Quina Bisleri, las cañas, las ginebras, una foto recortada de *El Gráfico* muestra a Bernabé Ferreyra, «La Fiera», arrodillado, la pelota bien firme entre el piso y sus manos, la sonrisa canchera, la camisa de River abierta en el pecho. Me le acerco y le digo que le tengo que pedir un favor; es una tontería, lo atajo, cuando veo su cara de pánico:

—Nada, si tenés los diarios de esta semana que pasó, si los guardás.

—Pero claro que los guardo, hombre. ¿Para qué quieres que los tire?

Dice, y se va y vuelve enseguida con una pila de papeles arrugados: trozos de *La Nación*, *La Prensa*, *Crítica*, *El Mundo* y los demás. Me siento a revisarlos.

Ahora sí que es mi asunto: antes de ejecutar mi diligencia tengo que enterarme de todo lo que se ha dicho sobre el caso. Saco del saco la libreta y un lápiz afilado, tomo notas. Una hora después ya sé que, según los diarios, la joven María de las Mercedes Olavieta murió en la noche del lunes 30 de enero, poco antes de cumplir los 28 años, de un tajo profundo que le seccionó el costado izquierdo del cuello. Pero que ningún diario dio detalles sobre esa muerte hasta el sábado 4 de febrero, cuando pudieron contar que, el día anterior, una comisión policial se había apersonado en el domicilio de la familia Olavieta para informar a don Carlos María que la muerte de su hija no había sido suicidio sino homicidio. Allí fue cuando la noticia, que hasta ese momento los medios habían presentado —muy discretamente— como el fallecimiento sin más precisiones de una joven de la buena sociedad, se transformó en alerta nacional.

Entonces sí abundaron los relatos: que Mercedes apareció muerta en su cama, empapada en sangre, en su dormitorio de toda la vida de la casa de su padre, don Carlos María de Olavieta: un petit hotel de tres pisos principales y buhardilla para la servidumbre en la calle Ayacucho entre Juncal y Peña, una casa que fue suntuosa pero se encuentra actualmente —«desde la desaparición prematura de la señora de la casa», escribió, por alguna razón, el cronista de *La Nación* — en un estado de cierto abandono.

Que quien la descubrió en tan horrible pose fue Venancia, la criada sesentona que ha pasado con la familia la mayor parte de su vida y que, por lo tanto, la conocía desde recién nacida y que, cada mañana, le llevaba la bandeja con el café con leche; que Venancia, al verla, se desmayó con un grito y que fue ese grito el que despertó al señor de Olavieta y lo hizo correr hacia el cuarto del segundo piso, no muy

distante del suyo, «donde se dio de bruces —escribió, por alguna razón, el cronista de *El Mundo*— con la peor de las tragedias».

Que en un primer momento don Carlos, shockeado por el cuadro, creyó que todavía podía resucitarla y la abrazó y zarandeó hasta que «casi se quedó con la cabeza de su hija entre las manos» —escribió, por alguna razón, el cronista de *Crítica*. Y que eso, faltaba más, lo convenció de que estaba muerta y empezó a gritar «ay no ay no Mechita cómo pudiste hacernos esto, cómo pudiste Mecha», estableciendo desde un primer momento la idea del suicidio. Y que dedicó las primeras horas de la tarde, apenas pasado el trastorno inicial, a «realizar gestiones ante las más altas autoridades eclesiásticas de la diócesis» —escribió, por alguna razón, el cronista de *La Prensa*— destinadas a obtener una dispensa extraordinaria para que su hija, pese al suicidio, pudiera reposar en sagrado.

Y que durante más de tres días el cuerpo de la joven yació inquieto en la morgue judicial, «mientras se organizaban los subterfugios religiosos, policiales, funerarios del caso» —escribió, porque no tenía ninguna razón ni compromiso que respetar, el cronista del *Últimas Noticias*— y que no se sabe bien cómo —reconocen todos los cronistas— la policía decidió que había sido un homicidio y que menos todavía se sabe cómo y dónde se originó la hipótesis del asesinato a manos de las fuerzas de la antipatria, que don Carlos tan vehementemente expuso en el entierro de su hija, celebrado —como yo sé perfectamente— en el Cementerio de la Recoleta el martes anterior. Hipótesis que —coinciden todos— sigue siendo muy vaga, sin precisiones ni detalles sobre quiénes serían los culpables materiales y, sobre todo, por qué unos socialistas o anarquistas o judíos u otros elementos disolventes habrían de atacar a una joven sin filiación política alguna. A menos que esa precisión hubiera aparecido en alguno de los diarios que el Gallego García ya usó para vaya a saber qué menesteres —y yo, entonces, me la esté perdiendo.

El *Últimas Noticias*, sin duda el mejor informado —pienso, sin pensar todavía, porque no lo imagino, que la diferencia entre las distintas versiones no está en la cantidad de información que cada cual maneja sino en la posibilidad o no de publicarla— da algunos datos sobre la vida de la víctima: que era una mujer de una belleza rara, quizá no una belleza al uso pero sí una belleza extraordinaria —escribió el cronista, al borde de la baba, basándose en una foto que la mala calidad de la impresión del *Últimas* no permite ver bien; se intuye, sin embargo, una cara de rasgos pequeños, nariz ñata, ojos rasgados, el pelo negro cortado a la garçonne según la moda de unos años antes. Y que «por supuesto nunca había tenido un empleo» pero que gustaba de escribir poesía y se había relacionado con «algunas de las luminarias de ese noble arte» pese a lo cual —«pese a lo cual»,

escribía— había sostenido un largo noviazgo con un hombre de nuestra sociedad. Pero que había roto, pocas semanas antes, su compromiso con Horacio Álvarez Jonte —«ese afortunado hombre de campo», escribía el cronista—, que debía llevarla al altar antes de fin de año, sin que se supiera cuáles eran las razones que habían originado la ruptura. Y que, de hecho, «sorprendía —al cronista del *Últimas Noticias* sorprendía— la ausencia del citado señor Álvarez Jonte en todas las circunstancias de esta luctuosa situación».

—Tío, mecagondeu, lo siento tanto.

Señorans suena desconsolado, más catalán que nunca; yo no termino de entenderlo. Había pasado uno de esos domingos que me hacían detestar los domingos: ravioles en la casa de mi madre, mi hermano y mi cuñada odiándose, mis dos sobrinos a los gritos, la charlita otra vez sobre mi falta de trabajo, mi falta de familia, mi falta de futuro —conducida por mi madre y mi hermano en tono preocupado, compungido, de esos que sólo mueve el cariño más desinteresado, insoportable. Sólo pude soportarlo con unos cuantos vasos de vino con soda en el calor del patio y después la siesta derretida, la mejor vía de escape, hasta las siete y media de la tarde, la hora de volverme al centro y tratar de olvidarme de la familia y sus reclamos tan llenos de cariño y el dolor de cabeza y la espada de Damocles —la tarea. Pero no había podido olvidarme de nada ni juntar dos palabras ni dormirme de nuevo: el asesinito del violín mortífero estaba en pleno frenesí practicador en el cuarto de la derecha y, en el de la izquierda, una charla en voz baja me llamó la atención. El Colorado Páez hablaba, o más que hablaba susurraba, con alguien y por más que me esforzaba no conseguía saber si era hombre o mujer, una voz muy ambigua; por alguna razón, me pareció que me importaba.

A eso de las once pensé que quizá Señorans ya había salido del diario y llegado al café: como era verano y todavía no había fútbol era probable que cerraran temprano la edición de la mañana. Iría a verlo, le contaría lo que pasó con su amigo Cuitiño y encontraríamos el modo de esquivarlo. Me puse mi saco de algodón azul, mi canottier con cinta roja y me fui caminando despacio a través de las trincheras de Corrientes y la Nueve de Julio, la avenida nueva, y en la esquina de Sarmiento y el pasaje Carabelas dos o tres chicas con ropas ajustadas me invitaron con los ojos y chasquidos de labios y un ¿solito, joven? Y no quise pensar en sus piernas y sus culos y sólo pude pensar en sus piernas y sus culos hasta que me planté en la puerta del Tortoni: me sorprendió la violencia del deseo y preferí no hacer las cuentas que podrían explicarlo. Cuando entré, Señorans conversaba con ginebras y

tres hombres más; me hizo una seña discreta y nos sentamos los dos en una mesa del fondo, cerca de los billares, para charlar tranquilos.

—Sí, lo siento, tío, de verdad, la culpa es mía. Yo fui el que te dije que fueras a ver a ese delincuente y ahora mira el follón en el que te ha metido.

—Ningún follón, Talanca.

—¿Cómo que no? ¡Tamaño follón! ¿No me dijiste que te amenazó?

—Bueno, sí, digamos que me amenazó. Pero eso no me importa tanto. Yo no puedo hacer lo que él me dice, no puedo joder así a un amigo, o a uno que podría ser mi amigo, uno que nunca me hizo ningún mal. ¿Vos me entendés, no, Talanca?

—Sí, yo te entiendo pero qué puedo…

—Y además, aunque quisiera, yo no soy un tipo que pueda hacer nada de esto. Ni quiero, ni me interesa ese mundo. Lo que tenés que hacer es ayudarme a encontrar la forma de abrirme sin joder a nadie.

Señorans levanta la mano, llama al mozo, le pide dos Bols más: sírvelas generosas, Braulio, que las necesitamos. Y enseguida, mirándome muy fijo:

—¿Tú sabes quién es Cuitiño, Pibe?

Le digo que no tanto: que sé que es un tipo de peso en Mataderos, que tiene unos muchachos de avería que le hacen los mandados, que se lo ve acostumbrado a dar órdenes, pero no mucho más:

—Vos me dijiste que fuera a verlo, yo qué sé.

—Sí, y no sabes cuánto me pesa. Si me dejas, voy a tratar de explicarte por qué.

Dice Señorans y me cuenta que Manuel Cuitiño, antes de volverse don Manuel, fue uno de los capos del tráfico de blancas en la zona sur de Buenos Aires, que en los primeros años del siglo, todavía jovencito, ya tenía varios prostíbulos por Quilmes, Lanús, Avellaneda. Que se le suponían algunas muertes, pero vaya a saber: para que los respeten, estos muchachos tienen que decir que mataron a alguien aunque, por otro lado, era más fácil —y menos peligroso— hacerlo que inventarlo.

—Este, además, tenía una historia que contar. Va de nuevo: ¿tú sabes quién fue Cuitiño?

—Ya te dije, no, no tengo ni la más puta idea.

—Te digo el Cuitiño de la historia, el primero.

—Menos todavía.

—Nadie mejor que un argentino para ignorar la historia de los argentinos.

Dice Señorans y se sonríe: es un alivio. Empiezo a decirle que si va a seguir haciéndose el cocorito y él me corta, otra vez serio, se disculpa. Y me dice que este Cuitiño siempre dijo que era el nieto de

Ciriaco Cuitiño, el policía de Rosas, el jefe de la Mazorca, uno que mató más cristianos que todos los indios juntos y que terminó ahorcado junto con Leandro Alén, el padre de don Leandro N. Alem, cuando los rosistas perdieron el poder. Y que este Cuitiño siempre se jactó de la herencia de su supuesto abuelo, que nadie sabía si de verdad era su nieto pero nadie con dos dedos de frente intentó averiguarlo, para qué, total si al hombre le gustaba decir que descendía de un asesino era su derecho. Y que de todos modos eso no le impidió perder como su abuelo: que hacia 1920 se le jodió el negocio de las naifas, cuando los polacos de la Zvi Migdal le coparon el mercado con tanta fuerza que no supo pararlos. Al principio creyó que era cuestión de bajar los precios, y los bajó tanto que tuvo que poner de su bolsillo para seguir manteniendo los quilombos; estaba desesperado: los polacos ni se inmutaban, parecían el Banco de Inglaterra, perdían y perdían sin mosquearse. O quizá ni perdían, dice, quién sabe cómo manejaban el negocio. Hasta que se cansaron del jueguito comercial y le mataron cuatro o cinco chicas y al final, ya hartos, le quemaron un local en Puente Alsina.

—Parece que Cuitiño quiso darles ojo por ojo y lo corrieron. Él, que estaba acostumbrado a los peores malevos del suburbio, debe haber descubierto que con los polacos no se podía jugar a medias: o los matabas a todos o te dejaban con el culo al norte.

Señorans se ríe: que un compadrito de aquellos, tan criollazo, perdiera la parada con unos rubios que ni siquiera sabían hablar lunfardo debe parecerle muy gracioso. Pienso en salirle al cruce pero prefiero callarme y saber más. Señorans me dice que después de esa derrota desapareció unos años: no se sabe si se fue al interior o al exterior y algunos dicen que estuvo preso, pero nadie pudo confirmarlo. Y que reapareció hacia 1923 o 24, en el gobierno de Alvear, amigo de un secretario del ministro de no se acuerda qué, reconvertido en comisionista de hacienda: que de la carne de criolla se pasó a la carne de vaca, más presentable, aunque menos rentable.

—Llega una edad en que un hombre debe elegir entre sentar la cabeza o seguir jugándosela todos los días, y si se puede sentarla y rodearla de oro, pocos dudan. En muy poco tiempo el hombre se hizo un hueco importante en Mataderos; dicen por ahí que no se había olvidado de sus viejos métodos, y que eso lo ayudó a imponerse en ese territorio de taitas y malevos, aunque usen bombachos y chambergos.

Además, me dice Señorans, el negocio de la carne es perfecto para tapar otros negocios: nadie sabe cuántas vacas comprás, cuánto las pagás, cuánto las cobrás, cuántas vendés, dice, y me alivia: si volvió al voseo debe estar más tranquilo. Si decís que un rebaño vino malo, enfermo, y se murieron tres docenas, dice, quién te va a decir nada. El gobierno no quiere meterse a controlar: imaginate que lo último que

pretende es irritar a los grandes frigoríficos ingleses, así que miran para otro lado y se hacen los otarios.

—Ahora el hombre tiene más poder que nunca, se dice que desde su oficina en Mataderos maneja juego, punteros de esos barrios, algunas otras porquerías. Hasta dicen que ahora que la polaca aquella habló y les jodió el negocio a sus patrones, Cuitiño volvió a comprar acciones en la bolsa del coño. Una vez escuché que la polaca habló porque Cuitiño le puso una montaña de oro, pero se dice cualquier cosa. ¿Has escuchado hablar de Ruggerito?

Le digo que sí claro, que quién no. Y él, entonces, voz más baja, que hay quienes dicen que Cuitiño es su jefe, pero que probablemente eso sea una exageración, una leyenda.

—Y el hombre remató la jugada: cuando el fútbol empezó a hacerse profesional se olió que habría tomate y se metió a dirigente de River. Conoce tanta gente, tanta gente le debe favores, tanta gente prefiere tenerlo de su lado… debe haber sido fácil. Y el fútbol es otro sitio oscuro, donde nadie sabe qué pasa y qué no pasa, donde se pueden hacer negocios que nadie va a tratar de descular. Y encima les da más poder, los santifica: ¿quién va a querer meterse con los que manejan el espectáculo más popular de este pobre país? Ni los periodistas ni el gobierno ni por supuesto la policía ni su puta madre.

Ahora sí, tengo un escalofrío: susto retroactivo. Pido otras dos ginebras, trato de pensar. Siento que me miran, me distraigo: en la mesa contigua un gordo con cigarro más gordo conversa con un joven muy engominado; se me hace que se acercan las caras más de lo habitual. El joven me mira como si me conociera de algún lado; después se encoge de hombros y deja de mirarme.

—Y ahora tú por mi culpa, mi grandísima culpa, estás enredado con este delincuente. Aquella noche hablé de más, no sé qué estaría pensando. Lo siento de verdad, Pibe: nunca imaginé que esto podía llegar tan lejos.

Señorans se calla —otra vez de tú. Me paso la mano por la cara: extraño el bigotito que me corté hace dos o tres años, cuando perdí el trabajo, cuando el lío con Estela. Si lo tuviera por lo menos tendría algo que tocar.

—¿Y qué voy a hacer? Tenés que ayudarme, Talanca. ¿Cómo puedo hacer para salir de este barro, para no hacer lo que me dijo?

—Es que sí vas a hacerlo, Riva, lo siento.

Dice, y me pone una mano en el hombro y que más me vale olvidar las ínfulas y darle el gusto a don Manuel, porque si no voy a tener que darle la rótula, me dice y que la Rusa Gleizer seguramente no me va a dar el culo así como estoy, buen mozo y sportivo, pero que rengo no me va a dar ni la hora.

—O quizás al contrario: tampoco me extrañaría que fuera de esas que se fascinan con las miserias de la humanidad. En el partido hay cantidad, hay que saber torearlas…

Dice Señorans, intentando aligerar la situación, y entiende que se fue al carajo: disculpa, Pibe, ya no sé qué decirte; soy un gilipollas.

—¿Entonces me vas a ayudar?

—Claro que te voy a ayudar. Si yo te metí en este follón. Otra vez te pido mil disculpas.

—Pará de llorar, Talanca. Si hay que hacerlo se hace.

Le había propuesto que nos levantáramos y camináramos un rato: me incomodaban las miradas. En la Avenida de Mayo quedan bares abiertos, paseantes trasnochados, algún coche, alguna mujer sola.

—¿Y vos sabés si la chica andaba metida en algo raro? ¿En el diario alguien comentó algo, escuchaste algo raro?

—¿Algo raro como qué?

—No sé, algo raro.

—Mira, Pibe, para empezar, sobre la chica no sé nada. Podemos tratar de averiguar, pero a mí, la verdad, todo esto me suena muy extraño. Toda esta historia de que la mataron los anarquistas me parece un disparate. Pero cómo saberlo…

—La vamos a cubrir de mierda.

—Bueno, no le va a importar mucho.

—Y además el problema es que yo no tengo ni idea de cómo se arma un asunto como este.

—Es fácil. Lo peor es que es fácil. Tenemos que conseguir un periodista que cuente que la chica andaba con Bernabé y que se habían peleado. Con lo cual no estás diciendo que él la haya matado, por supuesto. Nadie dice que él la haya matado. Pero empiezan las habladurías, los rumores…

—Ya. Y entonces Cuitiño le manda decir que él lo puede arreglar. Que si viene al pie, él se lo arregla.

—Así de tonto, así de fácil.

—Y, aunque se lo arregle, millones de personas van a creer que el tipo la mató. De eso no se vuelve, Catalán.

—De eso se vuelve, Pibe. O no se vuelve.

Caminamos callados, arrastrando los pies. Llegando a la esquina de Piedras me paro, lo agarro del brazo:

—¿Y vos?

—¿Yo, qué?

—¿Vos no podrías hacerlo?

—¿Yo, coño? Cómo que yo…

Señorans se pasa la mano por el pelo casi rubio y respira hondo,

como quien junta coraje.

—Bueno, yo no debería o no podría. Yo tengo un nombre y una ética.

Dice, y resopla, la mano otra vez en el pelo, la mueca de quien acaba de recibir la peor noticia:

—¿Pero qué derecho tengo yo de negarme si te mandé a ti al matadero? Mañana vente a verme al diario. No muy temprano, tío.

11

—Arlt no.

—¿Qué quiere decir Arlt no?

—Nada, que el alemán habría sido el mejor, y que anduvieron diciendo por ahí que quería largar las aguafuertes esas que se inventa en *El Mundo* y volverse acá al diario a trabajar de chulo con laureles, pero parece que todavía no. Así que Arlt no.

—Catalán, ¿qué quiere decir Arlt no? ¿Arlt no qué?

—Nada, que Arlt no puede hacerlo.

Es difícil hablar: el estruendo de las máquinas de escribir nos obliga a los gritos. Ya es casi mediodía: media hora antes, me había presentado en el edificio de Avenida de Mayo y Santiago del Estero con los nervios y la excitación de un debutante. Nunca había estado en la redacción de *Crítica*, el diario entre los diarios, el animal del gran Natalio Botana, y había escuchado tantas cosas. No había café del centro de Buenos Aires donde no se hubiera contado mil veces la historia de aquel joven impertinente que se presenta a pedir trabajo y el yorugua Botana está a punto de sacarlo a patadas pero, para divertirse un rato, le propone que escriba una nota sobre Dios y el joven le dice que por supuesto, pero disculpe, maestro, ¿a favor o en contra? —y que entonces Botana lo contrata sin más. Ni había café donde no contaran que, después del golpe que derribó a Yrigoyen, que Botana ayudó a preparar, el gobierno del general Uriburu le ofreció la embajada argentina en París y él contestó airado que nunca había sido un empleado público ni pensaba serlo. Ni oficina donde no comentaran las crónicas de guerra que estaba mandando González Tuñón desde el Chaco paraguayo, los partidazos que se escribía Rojas Paz aunque el partido fuera un bodrio, la ayuda que les dio la mujer de Botana, la tan mentada Salvadora, a los sindicalistas anarcos que se fugaron de la Penitenciaría. El mito estaba en todas partes: esa mañana, cuando entré en el edificio art déco —recién estrenado, seis pisos de confort moderno, otro capricho del gran jefe— y crucé la puerta con la famosa frase encima, la que todos sabemos de memoria: «Dios me puso sobre vuestra ciudad como un tábano sobre un noble caballo para picarlo y tenerlo despierto. Sócrates» y pregunté en la recepción donde podía ver a Jorge Señorans y la recepcionista me preguntó si tenía cita y le dije que sí como si le mintiera y ella me dijo

que esperase mientras le avisaba, mi corazón latía como si estuviera por entrar al último olimpo o al primer prostíbulo. Pero más tarde, ya en el tercer piso, en medio de la redacción, entre el olor a cigarrillo frío y el ruido de las máquinas y los gritos por encima del ruido de las máquinas, lo que me dijo Señorans consiguió deshacer el encanto en tres segundos: —Y yo tampoco puedo hacerlo. Discúlpame pero no puedo. Esta mañana hablé con el jefe de policiales y me dijo que de ningún modo me iba a entregar una historia que tiene que ir en su sección. Tú sabes, yo ahora estoy en Internacionales… Con el tema este de Hitler conseguí que me pasaran.

Dice ahora —casi grita— Señorans, y dudo entre palmearle la espalda o escupirle un ojo. Quizá sea cierto; quizá sea su manera de esquivar el bulto. Sé que no lo sabré nunca —y que tampoco tengo muchas opciones.

—No te preocupes, yo los voy a ayudar en todo lo que pueda, pero la historia la va a llevar un muchacho de policiales. Esta mañana te lo estuve buscando, ya negocié con Regazzoni. Otro como Arlt no vamos a encontrar, con esa fantasía de alemán chiflado, así que lo vamos a tener que reemplazar con uno que esté dispuesto a todo. Rega me propuso a Guillermito, y yo creo que es una buena opción.

Guillermito tiene como 60 años y el cuerpo más flaco y más escaso que he visto desde que terminé la primaria: es probable que las noches de pizza y canelones y pan y pastafrola y mucho vino con soda y estreñimiento extremo alcance los 50 kilos. Esas noches el pantalón y la camisa que usa deben quedarle grandes; ahora, en un día normal, le cuelgan como carpas.

—¿Me buscabas, Seño?

Guillermito tiene, además, la piel de un color gris acero, la nariz verrugada, arrugas como tajos y unos pocos pelos finos blancos sobre la calva muy manchada. Guillermito, sobre todo —le advirtió Señorans—, detesta que le digan Guillermito:

—Guillermo González Galuzzi, para servirlo. Si quiere, puede llamarme Guiller.

—¿Guille?

—¿Usted escuchó lo que le dije? Guiller, le acabo de decir. Para servirlo.

—Andrés Rivarola, mucho gusto.

González Galuzzi mantiene un escarbadiente entre los labios: la función principal de su boca no es hablar —tampoco parece ser comer — sino mantener controlado el palito a fuerza de malabarismos y piruetas.

—Acá me dice Seño que vamos a trabajar juntos. No entendí de

dónde viene, usted.

—¿De dónde vengo?

—Sí, dónde trabaja, dónde trabajó.

—¿Le traigo mi prontuario?

—No se sulfure, amigo, manténgala bajita. A mí, de últimas, me importa tres silbatos dónde trabajó. Era para hacer conversación, nomás, de puro pierna. Yo laburo acá: llevo casi veinte años laburando acá, desde que este diario vendía diez mil ejemplares las noches de garufa y esto no era esto sino una oficina piojosa y el turro de Natalio cuando metías una en la tapa te mandaba una francesa de las buenas. Ay, qué tiempos.

Dice González Galuzzi, con un suspiro de órgano de iglesia. Nos mira desde abajo, el mentón desafiante: no nos llega a los hombros. Días después descubriré que, bajo lo que le sobra de pantalón, esconde unos zapatos elevantor, con taco y plataforma, cuatro o cinco centímetros de yapa.

—Si vamos a trabajar juntos hay un par de cosas que ya mismo paso a aclararle, mi estimado. Yo tengo una conducta: hay hombres que tienen dos, o tres, o cuatro; yo soy pobre, así que tengo una, no me da para más. Los ladrones confían en mí porque saben que soy un tipo de principios, como ellos. Y la policía confía en mí porque no tiene más remedio. La única que no confía en mí es mi mujer —y la razón que tiene. Pero usted, ahora, tampoco tiene por qué creerme. Así que pruébeme, pruébeme todo el tiempo: va a ver que ni se dobla ni se rompe. Y, si le parece, empecemos de una vez, que con tanta cháchara parecemos Juanita la virgencita dando largas al zángano en un zaguán de la calle Olavarría.

Dice González, y se seca la frente con un pañuelo ajado. La redacción de *Crítica* es un horno.

—Sí, Seño ya me contó el asunto. Pero yo, ya le dije, tengo una conducta, necesito saber: ¿tenemos alguna prueba, algún testigo?

Yo miro a Señorans que me mira como quien dice ya vas a ver, esto no es nada: las palmas de las manos hacia arriba, las cejas levantadas. Al fondo, un hombre gordo pega un grito: la veinte de la quinta, se va la veinte de la quinta. González nos convida de un paquete de Camel sin filtro y nota que lo miro con sorpresa:

—Sí, Camel sin filtro. ¿Qué le parece, demasiado elegante para uno como yo? Se ve que usted no me conoce, todavía. Yo tengo amigos, nene, amigos que me quieren.

Miro a mi alrededor: los escritorios son chicos, repletos de papeles sueltos manchados arrugados, cada cual con su Underwood negra: ochenta, cien máquinas de escribir como en una cadena de producir

historias más o menos interesantes, más o menos creíbles, fabricadas para durar hasta mañana. Años antes, en Brooklyn, alguien había hablado por primera vez de obsolescencia programada —pero los diarios ya sabían.

—¿Alguna prueba de qué, don Guiller?

—A ver, vamos a poner cosas en claro: o me dice Guiller o, si no, me dice don González Galuzzi, amigo. Don Guiller suena como un tiro. Y no le digo que los tiros no me gusten, pero…

Señorans lo interrumpe —y me mira para mostrarme que ese es el mecanismo:

—Guiller, no hay pruebas, no hay un coño. Lo que te he dicho: aquí lo único que decimos es que Bernabé andaba con la Olavieta. Y de eso sí tenemos pruebas o, mejor dicho, declaraciones del interesado.

—Y lo incendiamos. No va a quedar un gato en todo Buenos Aires que no crea que la mató el pobre muchacho.

—Eso es cosa del gato, ¿no te parece, Guiller?

—No me parece, mi estimado. Nosotros no vamos a aplicar esa lógica gallega. Acá somos criollos, gente de palabra. Y eso se hace según nuestras reglas o no se hace un carajo. Yo, por lo menos, no lo hago.

Sigo mirando alrededor: ochenta, cien señores que se creen los más astutos, los más afortunados, los más desgraciados porque trabajan en el diario en que cualquier periodista querría estar, y porque su trabajo sería impensable sin la queja. Ochenta, cien señores entre veintitantos y sesenta y pico hundidos en el alcohol, la ambigüedad, el cigarrillo, el falso poder, el poder verdadero, la vanidad, el resentimiento de haber querido ser quién sabe qué y terminado periodistas, la esperanza de nada. Los miro como un chico en el mejor zoológico: un chico que envidia a los leones. O incluso a los monitos.

—Usted dirá, don Guiller.

—Don González Galuzzi, le digo, o nomás Guiller. Es muy fácil: no podemos mandar al infierno a ese pobre muchacho así nomás. Hay que darle una chance.

Dice González, y lo explica: que si él saca el titular que ya se viene imaginando, algo así como «La mató La Fiera», el yorugua no le va a mandar una azufaifa sino a la propia Salvadora, su mujer, envuelta de regalo, con dos botellas de champán francés y un moñito violeta. Que él lo sabe, y que nada le gustaría más —no la Salvadora, dice, que ya está berenjena, aunque sí los frascos y el moñito— pero que es hombre de una sola, etcétera etcétera, así que vamos a hacer lo siguiente, nos dice, enfático, con grave riesgo del escarbadiente:

—Vamos a trabajar tres días. Medio mundo, si me entienden lo que

les voy diciendo.

Señorans se calla, yo me callo. González pone cara de decepción: las cejas hacia abajo, los labios en trompita.

—Acá ya ni se puede ser un poco culto, recórcholis. No, medio mundo no es la red esa que usan los pescadores para colar el agua. Medio mundo: si el barbudo este que se inventó San Juan hizo el mundo en seis días, nosotros en tres podemos hacer medio, por lo menos.

Medio mundo, nos dice: en tres días vamos a pelarnos el upite para saber qué pasó, quién la mató, cómo fue el baile. Mire si seremos buena gente que le estamos regalando tres días de nuestras vidas: en lugar de publicarlo de una, ahora, nos pasamos tres días revolviendo mierda:

—Con lo que a mí me gusta eso. Hoy es lunes, tenemos hasta el jueves. De acá a entonces tratamos de averiguar la verdad verdadera. Y si el jueves seguimos como ahora dibujamos el título en la tapa y que me manden el champán y no se olviden del moñito: «La mató La Fiera». ¿Ustedes se imaginan el bolonqui?

Señorans me mira con su cara más severa: que me calle. Estoy a punto de saltar pero me freno. Ya tendré tiempo de recordarle que el arreglo no era decir que Ferreyra la mató; es, si acaso, contar que Mercedes y él se conocían, que tenían un asunto. Por el momento, la excitación de González Galuzzi es casi contagiosa. Y de pronto parece como si me hubiera descubierto:

—Vamos, pibe, hay que meterle manos a la obra. Lo primero que tenemos que hacer es ir a ver al comisario Holster, es el que está llevando el caso. Le voy a conseguir una credencial, por si los tiras se nos ponen pesados, y mañana a primera hora nos presentamos en el Departamento.

Señorans me guiña un ojo y se va a trabajar; González me lleva al sexto piso, donde un cuarentón de pelos revoltosos me sienta en una silla delante de un telón blanco, ante dos reflectores enormes y una cámara que cabe en el bolsillo, y dispara tres o cuatro veces.

—No te subás las medias, pibe, que es foto carnet.

Después vuelvo al tercero, los ojos llenos de estrellitas, y me siento en una silla giratoria medio rota que alguien dejó a la entrada del pasillo. Al cabo de un rato González reaparece, mirando su reloj como si eso ahora significara algo. Su palillo baila en el peligro:

—Acá la tiene, mi querido. Va a ver que no le sirve para nada.

Dice, y me extiende una credencial que dice *Crítica*. También dice Cronista y dice, bien grande, Provisoria.

—Por si acaso. Me la hizo la secre del subdirector, que se cree que me debe unos favores. Igual es más falsa todavía que las noticias de este diario. Se lo anoticio, nomás, para que después no le dé la

tentación de aprovecharse.

Yo no sé si abrazarlo o mandarlo a la concha de su madre.

12

Sigue siendo mi día: Raquel me había llamado temprano a la mañana, antes de venir; si yo no hubiera estado en la cocina cuando doña Norma atendió, refunfuñando —¿quién cuernos puede llamarnos a estas horas?—, seguro que no me habría pasado el teléfono, pero la ex maestra normal era de esas personas que todavía no entienden el sistema: que creen que todos alrededor pueden oír lo que oyen en el auricular. Así que me pasó el tubo con un gesto de asco —lo llama una mujer, Andrés— y la Rusa me dijo rápido, excitada, que si podíamos vernos a las seis de la tarde en la Richmond de Florida: que quería saber cómo seguían las cosas, que seguramente estaría con unos amigos pero que me acercara, que no llegara tarde.

Y ahora camino por la calle Florida con la credencial en el bolsillo y me parece que me miran distinto: como si todos me la vieran. Como si me envidiaran, llego a pensar —y me río de mi tontería, pero cada tanto la saco, la miro, me vuelvo a reír de mi cara de pasmado en la fotografía. Voy tan distraído que me paso: recién cuando veo a mi derecha la mole de Harrod's con sus grandes vidrieras y sus carteles luminosos me doy cuenta de que la Richmond me quedó varias cuadras atrás, y doy la vuelta.

Llego a las seis y ocho minutos —o eso dice el reloj de péndulo con bronces afrancesados pretenciosos que engalana la entrada de la confitería. En el salón hay sobre todo señoras de a dos o tres o cuatro varadas frente a mesas redondas donde campean juegos de té de porcelana inglesa y esas obras de ingeniería avanzada que consisten en cuatro bandejitas superpuestas ensartadas en el mismo eje vertical, cada una más pequeña que las anteriores —como un árbol de navidad de lata—, cada una rebosante de los productos de una sección de la pastelería: masas secas, explosiones de crema, tartas de frutas varias, bizcochuelos borrachos. Pero también hay hombres solos que toman un cafecito mientras leen la quinta, hombres de a dos o tres que toman whiskies o vermús, dos parejas con las cabezas demasiado juntas, algún viejardo que dormita y, en una mesa grande al fondo, frente a un gran espejo, dos mujeres y seis o siete hombres que hablan con gestos calurosos. Es fácil ver —a mí me resulta fácil ver— en esa mesa los pelos rojos de la Rusa. Está de espaldas; a su lado, también de espaldas, un señor parece tocarle la rodilla debajo de la mesa. Me acerco para verlo más claro: no estoy seguro pero casi seguro. En el

espejo veo que el señor perora con ademanes de su mano derecha; también veo, desde atrás, que su mano izquierda le cuelga a su lado y la pierna derecha de Raquel no se retira. Respiro hondo y me quedo parado donde estoy, en medio del salón, junto al pasillo. El ruido se hace insoportable.

Cierro los ojos: quizás ella me dijo que fuera a la Richmond para que viera lo que acabo de ver. Seguramente es eso: quiere mostrarme que no está disponible, decirme sin decirme que no vale la pena que la siga rondando. Suelto otro suspiro de esos perfectamente idiotas y, por un momento, pienso que la amo: la elegancia del gesto, la sutileza en la forma de decirme que no siga porque no quiere herirme me cautiva. Después me río o, mejor dicho, sonrío bien amargo: es tan mío decidir que la amo en el momento en que ella me está diciendo —con tan buenas maneras— que me vaya al carajo: tan mío, tan tanguero. Percanta que me amuraste/ en lo mejor de mi vida,/ dejándome el alma herida…: el origen de todo. Estoy a punto de irme —aquí ya hice lo que tenía que hacer, ya vi lo que debía— cuando ella se da vuelta, me ve, me llama con la mano. Avanzo, esquivando mesas y señores, sillas como sillones, anchas, anchos, sus tapizados rojos, sus brazos ampulosos.

Cuando llego, Raquel se levanta y me da la mano —como si alguna vez me diera la mano— y los demás me saludan desde sus sillas, casuales, hola cómo le va, qué dice. Quedo detrás de Raquel y no me invitan a sentarme; el hombre que está al lado de ella sigue hablando. Lo he visto hace unos días: es ese Berges, Barges que se mojaba en la Recoleta con el otro buen mozo. Ese: la Rusita con ese. El tipo no para, y casi no tartamudea:

—No, en nuestros tiempos no vale la pena escribir sobre el tango, el tango ya no es lo que era: es una sombra de sí mismo, caverna de Platón, pura melancolía. Ustedes saben: ahora lo cantan esos tenores de opereta como el tal Gardel o el tal Corsini, lo bailan hombres y mujeres como si fuera un baile de salón…

Dice el tipo, y mientras habla se mira en el espejo.

—Aquellos compadritos del tango verdadero ya son tan lejanos, tan antiguos como Aquiles y Héctor, como César y Bruto, como Ortega y Gasset. Será por eso que me da esta compulsión a seguir escribiendo una y otra vez mi viejo cuento de orilleros. ¿Lo han visto? Salió en *Crítica* de nuevo el otro día.

—Yo lo leí, me sigue pareciendo muy bueno. Genial, como si alguna vez hubieras visto un compadrito.

Dice un señor sentado enfrente, cara redonda, frente infinita, boca caída, la mirada pícara.

—He visto, Oliverio, he visto, y no te preocupes, no era de tu familia. Pero sí, el cuento es casi el mismo que salió en Martín Fierro. Sólo que esta vez lo llamé «Hombres de las orillas», ¿no lo notaste? Y me quedé con ganas de cambiarle el título: justo después de entregarlo se me ocurrió «El hombre de la esquina rosada». Ah, l'esprit de l'escalier!

—Pero Georgie, cómo se te ocurre. Con ese nombre van a pensar que es un cuento sobre el presidente.

Me falta una materia para recibirme de florero: nadie me hace el menor caso. Me veo en el espejo, parado justo detrás de Raquel y su amigo parlanchín, como el guardaespaldas de un malo de película mala, y de pronto no soporto más:

—Disculpame, Raquel. Yo pasaba, nomás, ya me estoy yendo.

—Pero no, Andrés, esperame dos minutos que ya estoy contigo.

Dice, y empieza a saludar. Me resuena en la cabeza el tigo: que ya estoy contigo.

En la calle —Florida es un caos, los empleados están saliendo de sus oficinas y caminan por cualquier lado y los diarieros gritan y los coches les tocan bocinazos y los colectivos se les tiran encima—, Raquel me agarra el brazo mientras caminamos esquivando. Yo no le digo nada —no he dicho nada desde que salimos de la Richmond— y camino rápido; le cuesta seguirme el ritmo. Cuando llegamos a la esquina de Corrientes suelta bruta carcajada: una docena de personas se da vuelta para ver qué pasa. Yo también:

—¿Qué bicho te picó, Rusa? ¿Te estás volviendo loca?

—A vos te picó un bicho, Andrés. Estás más raro que Valentino en una película hablada.

Dice Raquel: lleva un traje bien masculino de saco y pantalón azul oscuros con sus rayitas blancas, la camisa cerrada sin corbata, su sombrero gris. Está increíble; debe estar, además, cocinada.

—¿Yo, raro? Yo no estoy raro. Me hiciste venir hasta acá para mostrarme que tenías un tipo. Ya vine, ya lo vi. ¿Ahora qué hacemos, celebramos?

—¿Un tipo? ¿Que yo tenía un tipo? ¿De qué estamos hablando?

—¿De qué vamos a estar hablando? Del fulano ese que tenías al lado, el que te tocaba la gamba por debajo de la mesa.

Ahora la carcajada es doble, triple, con despliegue de dientes y revoleo de melenita pelirroja: varias docenas de personas se dan vuelta para no perderse nada.

—¿Georgie? ¿Que Georgie me tocaba qué? ¿Que Georgie es mi qué? ¿Pero cómo pudiste pensar eso? Si es perfectamente inofensivo. Dios mío, pobre Georgie…

Me quedo sin palabras: sorprendido, feliz, abochornado. Raquel no se da cuenta porque sigue hablando sin parar: que justamente Georgie, que cómo se me ocurre, que si no sabía que muchos dicen que el pobre Georgie es virgen, que siempre fue un viejo, que nació viejo, que qué plato. Para salir del bochorno tengo que decir algo:

—¿No es el que nos encontramos el otro día en el cementerio?

—Claro, es ese mismo. Él conocía a Mercedes como… bueno, todos la conocíamos. Si era una…

—¿Y él quién es?

—Nada, un escritor, ya te conté, uno de estos del grupo de Florida. A mí me divierte venir a veces a escucharlos, a mirarlos, tan educados, tan distinguidos ellos.

—¿Y vos te creés que te aceptan en sus reuniones porque les gustan tus poemas?

Le digo, y enseguida me arrepiento; no sólo porque la mirada de Raquel tiene una mezcla de odio y tristeza que me apena; también porque es el tipo de cosa que no debería decirle a nadie, y menos a una mujer que me gusta.

—Perdoname, fue una estupidez.

Ella me pasa la mano bajo el brazo y me sonríe —como si le gustaran mis disculpas, que tuviera que pedirle disculpas— y sigue con su tema: que el tipo no es malo, podría ser un buen poeta, pero anda muy perdido.

—No sabe lo que quiere, se sube a cada moda que pasa y después no sabe cómo bajarse y se arrepiente: que si ultraísta, que si canyengue, que si metafísico, que si orillero. Pobre, muy perdido. Imaginate, un tipo que publicó un libro que se llama *El tamaño de mi esperanza*. Y se lo publicó mi tío, para colmo.

—¿El tamaño de mi esperanza? Menos mal que no lo dijo en el patio de mi escuela…

—¿A qué no sabés cómo lo conocí?

Le digo que no, por supuesto que no y que tampoco tengo tantas ganas de saberlo, pero Raquel está lanzada: me cuenta una reunión en lo de Victoria —dice: en lo de Victoria— donde Mercedes la llevó hace uno o dos años, y que él se sentó a charlar con ella en un banco del jardín y que le hizo preguntas, muchas preguntas, que es un tipo que sabe escuchar, y que cuando ella le dijo que era la sobrina de Manuel Gleizer él le recitó un trozo de un poema bolchevique que había escrito años atrás, le dijo, cuando vivía en España.

—Mirá si será inocente, pobre Georgie, tratando de seducirme con un poema comunista. Y entonces yo le pregunté qué pensaba Victoria de esos versos y él se puso nervioso, no supo qué contestarme…

—¿Y a Mercedes la conocía bien?

—Bueno, antes que a mí, si de eso se trata.

—No, no se trata de eso. Quiero decir: ¿tuvo algo con Mercedes?

—Qué va a tener, Andrés. Más quisiera. El pobre trata de tener algo con todas las que se le cruzan, o casi todas, pero ninguna le da ni la hora. ¿O vos qué te creés, que somos giles?

Caminamos por Corrientes hacia el bajo: luces de la ciudad, calores del verano. Al fondo se ve la mole desproporcionada del Correo Central; justo detrás, el Luna Park. Al costado, en la calle Bouchard, está Napoli, la fonda del Tano La Grotta, el inventor de la milanesa a la napolitana. Le propongo que compartamos una, medio litro de vino y un sifón de soda: nada a tu altura, princesa, pero así está la vida. Raquel me sonríe, me aprieta el brazo, dice vamos. Mientras caminamos me pregunta qué pasó con la historia de Mercedes, Ferreyra y compañía. La pongo al tanto: que si antes del jueves no averiguamos quién la mató, *Crítica* va a publicar la noticia de que ella andaba con Ferreyra.

—A ese pobre muchacho le arruinan la vida…

—Bueno, quién sabe. Nadie va a decir que él sea el asesino.

—Sí, van a hacer todo menos decirlo. Pero la mayoría lo va a pensar, seguro. Además, ni siquiera es tan cierto.

—¿Que la mató? Nadie lo cree, Rusa, claro que no…

—No, te digo que ni siquiera es tan cierto que andaba con ella.

—¿Cómo no va a ser cierto? Él mismo me lo dijo.

—No digo que no tuvieran algo, yo de eso no sé. Lo que digo es que ella tenía otras historias. Mercedes no era una chica que se contentara con uno solo.

Dice Raquel, y pega su costado a mi costado. Pienso en parar en seco, abrazarla, besarla en medio de la calle. Después pienso de nuevo.

—¿Qué querés decir?

—Lo que estoy diciendo, Andrés. Desde que la conozco, Mercedes salía con tres o cuatro al mismo tiempo. ¿O por qué te creés que la dejó su novio, el muchacho ese de los campos?

Dice Raquel; estoy a punto de escandalizarme pero veo la cara de risa de la otra, el brillo de burla en su mirada.

—Fue raro. Al tipo no le importaba mucho nada. La verdad, nunca entendí por qué querían casarse. No sé si es rarito y andaba necesitando una coartada, si creía que ella tenía mucho vento, qué pasaba. Pero la cosa es que aguantaba todo, hasta ese día: no sabés el escándalo que hizo cuando se enteró de que estaba saliendo con un paisano mío, un judío.

Es raro verla y escucharla: como si la estuviera descubriendo. Me

sorprende esta mujer que me habla con esa naturalidad de los novios de su amiga asesinada, que recuerda sus costumbres como si fueran de lo más normal. Ella no parece notar nada:

—De cada uno le gustaba algo distinto: siempre decía que hacen falta como diez hombres para hacer un hombre. De Ferreyra quién sabe, me imagino que le calentaba el lado salvaje, la barbarie…

—¿Y vos estás segura de que él no puede haberse vuelto loco cuando descubrió que era uno más? Él es un tipo, me imagino que la quería de otra manera.

—Yo segura no estoy de nada, mi querido. Yo, segura, de nada. Pero igual me parece un poco raro.

La milanesa está casi muerta pero todavía da pelea: algún trozo de carne empanada, enchastrada de rojo de tomate y blanco de muzzarella, clama desde la fuente de lata sobre el mantel de tela basta. Mastico distraído el penúltimo trozo; con una mano Raquel se pone el pelo detrás de la oreja, como suele hacer cuando va a decir algo serio:

—¿Vos tenés alguna ambición que tratás de mantener secreta, no?

—Bueno, dicho así parezco el obispo de una iglesia clandestina.

—Vos me entendés, Andrés. Siempre pensé que hay algo en vos que falta, que no sale en la foto.

Le digo que la entiendo, sirvo el final del vino en los dos vasos, respiro hondo, pienso cómo decirlo. Pero de últimas tampoco es para tanto; le digo que si me promete no reírse le voy a contar algo, y ella riéndose me lo promete, y entonces sí le cuento que en la escuela era bueno con las composiciones, que les escribía versitos a las chicas del barrio, que imaginaba ser escritor o poeta o algo así pero no me interesaba reunirme con otros cinco para decirnos los unos a los otros lo buenos que somos, que los pocos que había conocido de ese ambiente terminaron hartándome, que seguí leyendo mucho pero no volví a pensarme como un escritor hasta que se me ocurrió escribir tangos: que eso sí que es escribir.

—Con un tango se pueden decir todas esas cosas que nadie te escuchará decir en un soneto o una novelita.

—¿Y escribiste muchos?

—Lo intento, Rusa, lo intento.

Me muero de vergüenza. El ruido del salón —las charlas, risas, cubiertos, gritos de los mozos— me obligan a hablar fuerte: que sí, que lo intento, pero que no es tan fácil.

—El tango se ha maleado mucho. Hay grandes intereses que lo quieren convertir en un flan con crema, almíbar fofo, opio para el pueblo. ¿No notaste que cada vez más los tangos son lamentos de

fulanos que perdieron la mina, melancolía, tristeza de cornudos y otros giles?

—Bueno, Andrés, pero siempre fue así. Percanta que me amuraste…

—Ese es el primero de los que trataron de desvirtuarlo, pero el tango nació del pueblo y le pertenece al pueblo. El tango tiene sentido si sigue siendo una canción del pueblo, que el pueblo use para contar lo que le pasa, lo que le duele, lo que busca. Eso es lo que yo trato de recuperar, Rusita, pero no te creas que es fácil…

De pronto sueno a barricada: me da mucho pudor y, al mismo tiempo, sé que estoy siendo más honesto que nunca. Me gusta, me intimida.

—El problema no es que sea fácil sino si sirve para algo. ¿Vos te creés que los rusos pierden el tiempo componiendo tangos, o lo que sea que ellos cantan? ¿No son tonterías de burgueses preocupados?

—¿Y vos me decís eso? Vos que te la pasás con esos verdaderos burgueses…

—Yo los miro, me interesa, aprendo. Alguna vez vas a ver cómo uso todo eso. Pero no nos desviemos: ¿no te das cuenta de que a los que la pasan realmente mal los tangos les importan tres carajos? Si ni siquiera pueden escucharlos… ¿Vos sabés lo que cuesta ahora un disco?

—Claro que sé, Raquel. Cinco pesos cuesta, igual que lo que gana un laburante por un día entero de hombrear bolsas. Por eso el tango se vende poco. ¿Y vos sabías que muchas veces cuando una orquesta quiere grabar un disquito de tango le tiene que poner del otro lado cualquier porquería para poder venderlo?

—¿Qué porquerías?

—Porquerías: un vals, una ranchera, un fox-trot… Se ve que a los cajetillas que sí pueden pagarlo el tango les importa tres carajos. Si de verdad te gusta, muchas veces la única que te queda es escucharlos por la radio.

—Sí, si tenés plata para comprarte una radio…

—Es cierto. Y si los dueños de las radios dejan pasar esas canciones.

Ya sé que todo es complicado, le digo, pero no quiero dejarme desalentar por eso y que de verdad espero ser capaz alguna vez de hacerlo y de todas maneras —no le digo— qué placer discutirlo con ella, poder hablar con alguien de mis deseos más secretos. Y entonces ella sacude la cabeza como si se acordara de algo y me dice que quizá podría presentarme a Discépolo, que si me gustaría, y yo que claro, que ese sí que es bueno, y ella que cree que podría, que su tío lo conoce, que parece que le va a publicar algo y que lo vio en la oficina un par de veces y que por cómo la miraba podría llamarlo cuando

quiera y yo detesto esa muestra de poder, esa forma en que sabe dónde está su poder y me lo debe notar en la cara porque me mira a los ojos con los ojos tan verdes, me agarra la mano sobre el mantel, me pregunta si tengo algún lugar:

—¿Tenés un lugar, Andrés?

—Si doña Norma nos descubre puede llegar a fusilarme.

—Yo no tengo, vos sabés: vivo con mi familia.

—Tendremos que arriesgarnos.

13

—Ustedes saben cómo es esto, muchachos: acá nadie quiere que se sepa nada.

Dice el comisario inspector Américo Holster, a cargo de una brigada de homicidios de la Policía Federal, y no sé si estará hablando en serio; me pasa desde que llegué.

—Y menos que nada la verdad, o alguna de esas cosas.

Me había despertado casi tres horas antes, sobresaltado, con la sensación de que me faltaba algo y tardé segundos en entender qué era: el cuerpo de Raquel pegado al mío en la cama de una plaza de mi cuarto de la pensión de doña Norma. Su ropa tampoco estaba: se habría levantado en medio de la noche, salido sin un ruido. Por un momento, me pregunté si no habría sido un sueño o una fantasía: las sábanas revueltas, los olores en mis manos y mis labios, mi sonrisa boba me confirmaron que no era. Así que me había levantado, todavía entre nubes, y me había duchado cantando como si el baño de la pensión fuera el del Jockey, y me había puesto una camisa blanca y un pantalón azul de gabardina y un par de medias sin agujeros y había bajado a tomar un café en lo del Gallego, sin decirle nada, por supuesto. Pero la sensación se mantenía: triunfo, expectativas, regodeo. Años, hacía años —bueno, quizá fueran meses— que quería tener algo con la Rusa y ahora, por fin, lo había conseguido. A la tarde iría a buscarla, tendría que encontrar algo para darle, frases para decirle, todas esas cosas: quizá podría contarle que en realidad me llamo Andrea y que nadie lo sabe pero que ella ahora sí y ella me diría que mi secreto estaba seguro y yo me desharía de gusto y querría que ella lo supiera pero tendría miedo de presionarla demasiado o no lo suficiente y pensaba maneras de decírselo y las desechaba y pensaba otras, dulces dudas; por el momento me empeñaba en revivir cada momento en mi mesa junto a la ventana, café con medialunas, mirando pasar las personas y los colectivos y los coches y los carros de un martes de mañana, calor que ya venía pegando.

Y después había caminado las ocho o diez cuadras hasta la esquina de Moreno y Virrey Cevallos y a las 9 en punto de la mañana me había encontrado con Guillermo González Galuzzi, le había dado la mano y me había sorprendido, otra vez, de lo chica que puede ser una mano. Y habíamos entrado juntos en el gran edificio —una manzana entera— del Departamento Central de Policía, mostrado nuestras credenciales a

un sargento de guardia, cruzado el famoso patio central. Iba mirando para arriba: había escuchado tantas historias de presos volando desde alguna ventana que casi me decepcionó que no cayera uno. Y después habíamos subido hasta el tercero y entrado en la oficina del comisario Holster: un escritorio gris de lata gris, las paredes tapizadas de papelitos clavados con sus chinches, la ventana con la persiana baja, una lámpara de escritorio como única luz, concentrada, inquietante. Sobre el escritorio había un mástil de madera con base de metal plateado y su banderita celeste y blanca un poco mustia, dos ceniceros de vidrio grandes llenos, un chop de cerámica cargado de lápices, un tintero de mármol negro con sus plumas, y ahora el comisario nos convida mate, nos hace chistes o quién sabe no. Estoy confuso, inquieto: no consigo concentrarme ni un poco, la cara y el cuerpo y los olores de la Rusa tan presentes pese a la colonia, pese a los cigarrillos. Pero tengo que dejarme de joder: esto es importante y, además, hay lugares donde no se jode. No tengo deudas con la ley —que yo sepa, digamos— pero siempre pensé que no hay hombre que no le deba nada, así que sólo espero que, en mi caso, la ley no se haya dado cuenta todavía.

—Qué bueno que esté trabajando con el Guiller, mi estimado. Así como lo ve, este hombre sabe más de crímenes y castigos que toda la Federal sumada.

—¿Así como me ve? ¿Cómo me ve?

Se mete el otro, y el comisario se la sigue:

—Así, con esa cara de buena persona.

Se ríe el comisario, y sigo sin saber. Desmintiendo ese mito nacional que pretende que los alemanes son rubios y celestes y duros y altaneros, el comisario Américo Holster tiene el aspecto blando de un zapatero viejo: la cabeza redonda, la calva enmarcada por dos matas de canas a los lados, los anteojos sobre la punta de la nariz tirando a gruesa, pero también el floreo de su traje con chaleco, azul con finas rayas blancas en un casimir que parece inglés y debe ser inglés: pura elegancia. El mate está lavado; el comisario se disculpa.

—No tienen que tomarlo, muchachos, no se preocupen. Lo que pasa es que al correntino que tengo para que me cebe lo tuve que mandar afuera así podemos conversar tranquilos. ¿Tienen un rato, no?

Nos dice, y mira fijo a González Galuzzi: vos también te estás haciendo viejo, Guiller, le dice, y que él ni hablar, uno de esos que encontró Florentino Ameghino, un gliptodonte. Pero que la vejez no le da miedo, dice: total, no dura mucho; lo que sí le da es curiosidad:

—¿A vos no, che? A mí me intriga saber cómo me voy a mover ahora que soy viejo. Ahora hay tantas enfermedades, tantas chances para volverse un esperpento. La medicina cura tantas cosas… Antes se morían y listo; ahora están enfermos de esto, de lo otro, y se curan y

sobreviven para estar enfermos de lo de más allá. Fijensé mi abuelo. Mi abuelo se murió en la fiebre amarilla: ahora seguro que lo habrían salvado. ¿Se imaginan? Todos esos cristianos que se murieron porque nacieron demasiado pronto. Pero nos pasa a todos: nos morimos porque hemos nacido demasiado pronto. Si naciéramos en el año 2000, digamos, en el futuro, seríamos inmortales.

El mate está lavado pero frío; el comisario prende un Particulares sin filtro, tose, sigue hablando. Y ahora me mira, intenso, se saca los anteojos:

—Usted no lo entiende, es demasiado joven. ¿Todavía no se dio cuenta de que los viejos se mueven raro, como si los hubieran arreglado mal? Pero lo más raro es que cada cual se mueve raro diferente. Uno parece que no puede doblar las rodillas, a otro se le cae la cabeza, a otro se le tuerce la espalda, otro no consigue cerrar nunca la boca… Eso me intriga: por dónde voy a empezar el viaje.

González Galuzzi, trepado a su silla, con las puntas de los pies apenas apoyadas en el suelo, respira hondo y ruidoso: el escarba está a punto de caérsele. El comisario lo mira como si lo hubiera olvidado y le dice que no se le impaciente:

—No te impacientes, che, que ya llegamos a tu asunto. Pero no te me vas a volver un gil como esos giles que dicen que son mis compañeros. Acá en lugar de discutir las cosas importantes todos quieren hablar de giladas: crímenes, criminales, guita, rencores, tiros, sangre por todos lados. Pero hablar, nomás, no se confundan. Ya les decía: acá, sobre todo, nadie quiere que se sepa nada.

—Américo, te diría que la cosa está clara.

Dice González y se endereza en su silla: ahora sí, los pies le cuelgan.

—Hemos sabido un par de cuestiones de esta chica Olavieta que seguro que te van a interesar. Pero antes te pediría que me cuentes un poco en qué estado está la investigación.

—Otra vez con esas tonterías…

—Yo no soy como vos, comisario. Yo tengo que trabajar para vivir.

—Guiller, no me jodas. Te lo voy a contar porque te debo varias. Y agradeceme que no llevo las cuentas, porque me imagino que vos a mí me debés varias más. Pero yo soy un tipo generoso.

Dice el comisario, le sonríe con dientes amarillos, se ajusta los anteojos sin marco en la nariz, abre una carpeta de cartón marrón con tres o cuatro hojas mecanografiadas y nos dice que no tienen ni idea:

—No tenemos ni idea. Ni la vamos a tener, muchachos, para qué. El jefe me dijo que este Olavieta tiene amigos: un par de muñecos importantes, generales. Que el tipo está en la mala pero igual le dan

bola, y ustedes saben que esos que están en la mala son los peores, se sienten ninguneados, pelean como gato panza arriba. Así que si él quiere creer que a su hija la mató la zurda, para nosotros no hay problema. Al contrario, es un…

Lo escucho a la distancia, como si no estuviera ahí. González interrumpe:

—¿Pero vos qué creés, Américo?

—Yo creo en Dios Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra. Creo en Jesucristo, su único hijo…

—Américo…

—En serio, muchachos, yo no creo. Yo hago mi laburo y nadie nunca dijo que mi laburo fuera creer en nada. Obedecer sí, siempre que se pueda. Y cuando no se puede, hacer como si obedeciera.

González lo mira, revolea el escarbadientes de una esquina a la otra de la boca: está nervioso.

—Disculpame. No querría tener que publicar que la Federal está más perdida que turco en la neblina.

—Y no está, no está, así que no tendrías que publicarlo. Además, no lo publicarías. Eso no ayuda a nadie.

—Ya sé que no, Américo. Pero entonces necesito que me cuentes algo.

El comisario Holster echa la cabeza atrás, respira hondo, hace la pantomima del que se resigna. Me parece que están jugando un juego antiguo, un acto repetido: que los dos saben cómo va a terminar pero aún así lo juegan. El juego me aburre; en realidad, esta mañana me aburre casi todo. Estos dos están hablando de lo que más me ha importado e interesado en estos días y no consigo que me interese, que me importe. Todo es ella: recuerdo caras, me ronroneo en silencio: estoy hecho un tarado. Y qué mejor que ser ese tarado. Pero tengo que hacerlo para ella: por ella tengo que averiguar cómo murió su amiga. Y además es mi oportunidad: había imaginado mis preguntas intrépidas, con las que impresionaría a González y salvaría a Ferreyra y averiguaría todo lo que nadie puede o quiere saber sobre el asunto. Pero ahora, en cambio, sigo callado como un bobo. Tengo que reaccionar, lo intento:

—¿Cómo pueden haberse tragado el cuento ese del suicidio?

—¿Y a este quién le dijo que nosotros nos tragamos nada?

Contesta el comisario sin mirarme. Chupa el mate, pone cara de asco.

—Guiller, cada vez me los traés más crudos. Este, ni para la ensalada. Después cuando salgan le vas a explicar un par de cosas, ¿no? Y mientras, que se quede callado.

—Disculpe, comisario. Yo…

—Te disculpo, pibe, te disculpo. Y ahora, si nos disculpás vos a

nosotros, las personas mayores vamos a trabajar.

Holster aplasta la colilla en el cenicero lleno mirándome a los ojos: como quien dice vos ni siquiera sos esta colilla. Trago, callo; González me mira con una forma extraña de la furia, el palito entero adentro de la boca, los dientes apretados. El comisario se endereza y sigue:

—Lo primero fue el invento este del suicidio. Ustedes saben que de movida el padre dijo eso. No sé qué problemas tendría la chica para que el viejo así tan rápido pensara que se había matado. Por cómo apareció el cuerpo parecía raro, pero al principio no dijimos nada. Hasta que el forense fue tajante: que nadie en su sano juicio puede hacerse ese corte.

—¿En su sano juicio? ¿Y si la chica estaba loca?

Intento una vez más; el comisario sigue sin mirarme.

—González, por última vez te lo digo.

—Dejeló, Rivarola. Yo después le explico.

—Gracias, Guiller. Sano juicio es una forma de decir. Nadie, el tipo dijo nadie; que la mató alguno con una especie de navaja de afeitar. Así que la hipótesis del suicidio, a la basura. Y ahí empezó el problema: la mataron, sí, pero ¿quién fue el imbécil? ¿Para qué?

Estoy meticuloso: me cuento las arrugas del pantalón con un cuidado extremo. Son diez, o quizás once, si esa chiquita de la rodilla izquierda también vale. El comisario Holster prende otro cigarrillo. Yo no me atrevo a pedirle, huelo el humo:

—Cuando te toca una muerte importante es como si te tocara la lotería. Este es un yeite como cualquier otro. Vos tenés una farmacia, y hay cuarenta pelandrunes que vienen a pedirte un geniol o un frasquito de hígado de bacalao; vos despachás y despachás y ponés cara de gracias por favor faltaba más y te cagás en dios, pero de vez en cuando entra una señora que quiere la crema más cara de los franchutes esos y te hacés el día, la semana. Acá es lo mismo. Acá hay que apechugar con quichicientos crímenes baratos, el tano que se enculó con el gaita en el yotivenco y le cosió la panza, el quía que volvió temprano y se encontró a la doña con un nardo y les pegó seis tiros, el raterito que se cayó del techo y se partió la testa en cuatro. Esos no te dan nada: ni una alegría, ni una puta palmadita en la espalda. Pero de tanto en tanto entra uno polenta, como este: la hija de un jailaife con amigos, una chica linda, joven, carne fresca, y ahí todos te miran, y vienen los muchachos de la prensa: una pintura. Pero también puede ser un dolor de ovarios, por decirlo suave.

El comisario Holster pega un grito y entra un cabo con cara de dormido: que sí che mi comisario, que ya le trae un mate nuevo y una pava con agua caliente; que no che mi comisario, que nadie preguntó

por él o mejor dicho bueno, el comisario Lugones anduvo por ahí pero él le dijo que estaba ocupado con la prensa y el comisario dijo que volvía más tarde. Holster murmura algo, espera la pava, ceba, sorbe, ceba de nuevo, se lo pasa a González Galuzzi, sigue: que, como vos sabés, Guiller, lo primero que hay que hacer en estos casos es pensar quién puede haber tenido oportunidad y un móvil, que eso está en todos los manuales de criminología, que hasta un botón como él puede saberlo y que tampoco hay tantos candidatos.

—O, más bien, hay millones. Pero hay tres líneas, nada más: o se la cargó alguien que la conoce, un amigo, uno de la familia. Eso no le conviene a nadie, no le sirve a nadie, así que en principio lo dejamos. Si no, puede ser un ratero de cinco guitas que entró a robar, se metió en su cuarto sin querer, sin querer la despertó, se asustó, le rebanó el gañote. Pero si es así no lo vamos a encontrar nunca, así que no nos sirve. Y la tercera son los famosos anarquistas. Nadie nos pudo explicar todavía por qué un par de tipos de esos iba a tomarse el trabajo de matar a esta chica, más complicado que afanarse el sable corvo. Pero esa es la que el padre quiere, la que mi jefe quiere, y encima está Lugones, que me dice que él tiene fichados a dos o tres que pueden haber sido, que no me preocupe que él les mete máquina y confiesan hasta la muerte del canario. Ese sí se la cree, la historia de los anarcos: le encanta creerse esas historias. Es un cruzado loco; si fuera por él no habría ni un solo chorro, ni un solo delincuente común en la Argentina: todos políticos, todos socialistas y anarquistas. Así su boliche crece, su banca crece, su papá no le grita. Así no tenemos ni idea de lo que pasó pero resolvemos todos los delitos. Ya vas a ver cómo en tres o cuatro días encontramos al ruso hijo de puta que lo hizo.

Toso, me aclaro la garganta: señor comisario, empiezo, y la mirada de González me para en seco. Y se saca el escarbadientes de la boca: debe estar por decir algo importante:

—¿Cuántos años hace que trabajamos juntos, vos y yo? Yo diría que fuimos un buen equipo, ¿no, mi comisario?

—Claro que fuimos un buen equipo, mi viejo. Y lo seguimos siendo.

—Ojalá, comi. Pero así sí que no vamos a ninguna parte. Supongo que ya investigaron a los de la casa, la familia.

—Familia casi no hay, no te hagas ilusiones. Está la vieja mucama esa que tienen, que no podría matar a una mosca aunque se la tragara, y está el padre, y se acabó el reparto. La hermana se metió a monja, la madre murió hace años, en la casa no vive más nadie.

—¿Alguien sabe de qué murió la madre?

—No, ni idea. Una enfermedad. Pero ahora no nos vamos a complicar con eso. La cosa es que la casa esa era un desierto.

—¿Y sus amigos, conocidos, novios?

—La chica, Dios me perdone, tenía más novios que vacas tenía el viejo. No te digo que haya sido así siempre: antes el viejo tenía muchas vacas. Pero ahora no, y se ve que a la pendeja la matraca le gustaba más que a payaso de circo. Pero ninguno iba a la casa, nunca, el viejo no los dejaba, por supuesto, así que ninguno pudo haberse metido en la zapie, rebañarle el gañote y salir por la puerta. Es imposible, todo eso ya lo vimos.

—¿Entonces la historia de que Bernabé…?

—¿De que Bernabé qué? ¿Qué Bernabé?

—¿No lo sabés, Américo? Que la chica salía con Bernabé Ferreyra, que se pelearon, que…

En la cara del comisario Holster hay un combate interesante: breve pero intenso. Es evidente que la noticia lo perturba, pero no quiere demostrarlo: no quiere mostrar que no sabía, se contiene.

—Nada, mi viejo. Es imposible. Si hubiera sido en cualquier otro lado puede ser; ahí en su casa no hay manera. Esto no tiene vuelta de hoja: todo para Lugones.

Otra vez toso, intento que me miren. El comisario me hace con la cabeza un gesto mínimo: dale, hablá.

—Si entendí bien, ustedes no tienen ninguna sospecha de Ferreyra.

Holster resopla, decide hacer su buena acción del día:

—Entendió bien, m'hijo, entendió bien.

—Y sin embargo nosotros en el diario vamos a decir que…

—Lo que digan ustedes en el diario no es mi asunto. Pero claro, si el tipo estaba enredado con la chica, y si encima se había peleado con ella, cualquier policía bien nacido podría sospechar.

—¿Puedo citarte, Américo?

Dice González, otra vez el escarbadiente en su lugar, entre los labios.

—Bueno, sí, como siempre: un investigador de reconocida trayectoria.

—Sí, claro, como siempre. ¿Y en cuanto tengan al anarco me llamás?

—Claro, viejo, te llamo, vos tranquilo. Con Lugones en campaña, esto no tarda más de tres o cuatro días. Y de paso hablamos de aquella yegua que te dije.

El comisario se levanta, González Galuzzi también; yo no tengo más remedio. Me siento un idiota: los otros dos armaron todo el paquete y me dejaron de seña, sin darme ni media vela en el entierro. Ya en el pasillo, González me arrincona contra una ventana. Desde abajo, casi en puntas de pie, me pregunta en voz muy baja si soy tan idiota:

—¿Usté es tan idiota, Rivarola?

—Disculpe, González, yo no…

—Usté no nada. Usté no le puede contestar así al comisario Holster. ¿Usté dónde mierda se cree que está, Rivarola? Esto es la Argentina, ¿ya se lo contaron? ¿Usté sabe quién gobierna la Argentina? Un general gordito que se hizo elegir prohibiendo a todos los demás, mexicaneándose las elecciones. ¿Usté sabe quién manda en la Argentina? El gordito, sus amigos ricos, los generales con bigotes, el general lampiño que pusieron de jefe de la policía. ¿Usté sabe quién les cuida el establo? El comisario y los tipos como el comisario. ¿Y usté sabe qué les pasa a los que les rompen las pelotas? Usté lo sabe, Rivarola. ¿O eso también se lo voy a tener que deletrear?

Respiro hondo y trato de pensar en Raquel, pero ya no me sale. González Galuzzi se empina para hablarme más bajo:

—¿Usté sabe cómo labura Lugones, no? Se inventó una cosa de cables que les pone a los tipos, les da corriente, los hace saltar por el aire. Ese es el más elegante. Si están apurados les meten la cabeza en un tacho de mierda nomás, más criollo. ¿Y a estos tipos usté les quiere decir lo que tienen que hacer? Pero por favor, Rivarola, no me rompa las pelotas que me voy a tener que hacer un enema con el escarbadientes.

Se va al baño; me dice que lo espere ahí, que no me mueva. Abatido, miro por la ventana: cinco pisos más abajo, las baldosas del famoso patio están perfectamente limpias. El ayudante del comisario se me acerca; no parece mucho más despierto:

—Disculpe, jefe. Tengo algo para usted.

Me dice, y me da un papelito muy doblado; me lo guardo en el bolsillo de adelante. González Galuzzi vuelve, del mejor humor:

—Nada como un buen meo para que el alma vuelva al cuerpo, ¿no, mi amigo?

No sé qué contestarle. Sigo incómodo, intento pensar algo, no me sale. Ya en la escalera le pregunto qué vamos a hacer ahora.

—¿Ahora? Nada, esperar que llegue la información del culpable y a ver qué podemos armar con eso. ¿Qué más quiere que hagamos?

—¿Y el medio mundo?

González me mira sorprendido, como quien se pregunta si su interlocutor tomó de más: ¿qué medio mundo, Rivarola? ¿Se está volviendo colifato?

—Nada, dejeló. ¿Pero no le parece que tendríamos que averiguar un poco más? ¿Por qué un anarquista querría matar a Mercedes, por ejemplo? ¿No habría que seguir investigando? ¿Ir a preguntarle al padre, por ejemplo?

—Ese es laburo para la taquería, Rivarola, no para nosotros.

—¿Y nuestro trabajo entonces cuál es, si me permite?

—Contar lo que sabemos, no lo que queremos.

Dice González, y da por terminado el tema. En la escalera, en los pasillos, saluda a varios policías: a quien un chiste, a cual un gesto, una mirada. Ya en la planta baja me agarra de un brazo, me para en un rincón:

—No se me ponga así, mi amigo, no pasa nada. La cosa es controlarse, no dejarse llevar por las tentaciones de la vida. No es fácil, pero se aprende, no se asuste.

Lo miro sin decir nada; el otro sigue:

—Yo, por ejemplo, le diré, sin ir más lejos. Usté se preguntará por qué ando todo el tiempo con este cacho de madera entre los dientes. Es simple: para no ceder a la tentación de besar a una mina.

—¿A una mina?

—Sí, a mi mujer, no se haga ideas. Pero mire si un día me olvido y le chanto un beso. De esa no se vuelve, Rivarola.

González Galuzzi me dice que tiene algo que hacer y que después nos vemos, y se va por un pasillo mal iluminado. Salgo a la luz del día; ya en la calle recuerdo el papelito en el bolsillo, lo saco, lo despliego; en el medio hay una sola frase escrita con lápiz grueso y letra tembleque de semianalfabeto: «Hoy 21 oras gril del Plasa». No hay firma, no tengo la menor idea de quién puede mandarlo ni por qué. Resoplo, pienso en ella: esta tarde con un poco de suerte voy a verla y el resto no me importa nada.

14

—Ya casi no te veo vestida de varón.

—Será que ahora quiero que alguien piense que soy una mujer.

—No me digas eso, Rusita, que me partís el corazón.

—A menos que ese alguien seas vos, Andrés.

Es uno, hay tantos otros: llevo toda la mañana imaginando diálogos con ella, momentos con ella, apretones con ella. No tengo cómo llamarla: a esta hora debe estar en la calle, trabajando, y, de todos modos, no sé el número de su casa —la casa de sus padres—; esta mañana se fue tan sigilosa que no pude pedírselo. Así que mi única opción es quedarme en la pensión y esperar su llamado, que no puede tardar. Ya son más de las dos de la tarde, tengo hambre, me aburro. En la pieza hace un calor de perros y no quiero salir a la cocina o al living: el peligro de cruzarme con doña Norma y que me dé conversación o, peor, que me demuestre con alguna referencia tan sutil como todas las suyas que sabe que anoche «tuve visitas» en la pieza y que, por supuesto, no tiene que recordarme que esas cosas están absolutamente prohibidas en su casa, que es una casa de familia decente, que si ella tiene que ganarse unos dineros recibiendo —qué digo recibiendo, alojando— caballeros es una fatalidad que sólo muestra que el Estado argentino es tan desagradecido como la mayoría de los argentinos y no se preocupa de suministrarle a una de sus servidoras, una servidora, que se dejó los mejores años de su vida educando a sus niños, unos ingresos dignos y suficientes para afrontar la vida cada vez más difícil en esta patria ingrata. Sí, seguramente diría ingrata dos o tres o más veces, y por nada del mundo me voy a someter a ese tormento, así que me quedo en la pieza pese al calor, pese al aire pesado del encierro, pese al malhumor que me va ganando a medida que pasa el tiempo y el llamado no llega y el francesito sigue serruchando su violín: pena de muerte.

—Nunca pensé que fuera a ser así.

—Yo sí, Rusita. No sabés cuánto lo pensé.

—Menos mal que no sos puro pensamiento.

—Menos mal que no sos puras ilusiones.

Es otro; sigo tirado en la cama con los zapatos puestos —con los pies colgando de la cama para no manchar las sábanas manchadas—, la almohada doblada en dos bajo la nuca, las manos cruzadas a la

altura del ombligo, los ojos casi cerrados, pensando si sacarme los zapatos y acomodarme bien, pensando que mejor no porque tengo mucho sueño y si me quedo dormido puedo perderme su llamado, pensando que me convendría dormir un rato para estar más despierto en mi rara cita de esta noche, pensando que esta hora es la peor porque ni siquiera se oye nada interesante en las piezas vecinas, pensando que si por lo menos se me ocurriera un estribillo, pensando que la pieza es un asco. O que no es un asco, pero que tendría que hacer algo que me permitiera sentirla un poco mía: un cuadrito, una tela, la colección de novelas de la Biblioteca La Nación que se quedó en Barracas, una foto de mis viejos o mis sobrinos o algo más que la foto de Estelita, la tristeza de la sonrisa preciosa de Estelita, dejar marcas —que es lo que hacen las personas con los espacios donde tienen que vivir: consiguen, con tres o cuatro cosas más o menos convencionales, la sensación de una pequeña diferencia y lo llaman hogar.

Pero ese es más el problema que la solución: si lo hiciera estaría aceptando que me voy a quedar mucho tiempo en este cuarto. Aunque por ahora da lo mismo que lo acepte o no lo acepte: no parece que a nadie le interese. De hecho ya llevo casi un año: siempre pensando que no me voy a quedar ya llevo casi un año. Y es que no se me ocurre cómo haría para no quedarme: ¿qué debería tragar? ¿Un empleo de nueve horas en otra oficina como aquella? ¿Un sueldo a fin de mes para poder alquilar un departamentito, establecerme de otro modo? Ni loco que estuviera. Aunque quién sabe, si la Rusa me lo pidiera qué diría, qué le contestaría: ¿que ni loco? ¿Que no, Raquel, vos te creés que yo voy a entrar por el aro como todos, vos te creés que yo soy un tipo como todos? Pero quién sabe: ¿de verdad le diría que ni loco? ¿Si ella me lo pidiera le diría que no? ¿Y si le dijera que sí no terminaría gustándome, no me gusta desde ya la idea de un bulincito para los dos, un lugar donde llegar cada tarde y encontrármela, tranquila, sonriente, dispuesta a pasar noches como la de anoche hasta el fin de los tiempos?

—Sos un otario.

Me reto, en voz alta, tono cariñoso:

—Sos un otario y te dejaste enganchar hasta las verijas por una rusita y sus quinientas pecas.

Veo —sin querer veo— el reloj despertador en la mesita: son casi las cuatro y todavía no llamó. Pero si es tan tarde debo haberme quedado dormido; quizá llamó y no la oí y nadie la atendió, si doña Norma también estaba en medio de su siesta. O quizá no oyeron el teléfono: el violín, es todo culpa del violín. Debería estar prohibido aprender el violín: que nazcan sabiendo o que toquen el órgano o las castañuelas. O quizás ella esté trabajando, quizá siga en la calle, y yo

también debería hacerlo: ir hasta *Crítica*, ver qué quiere hacer González Galuzzi con lo que dijo el comisario, hablar quizá con Señorans, seguir el tema. Pero puedo aguantar media hora más, hasta que llame. Y pensar, mientras tanto, en las cosas tan extrañas que me han pasado en estos días: conocí a personas muy diferentes de las que suelo conocer, tuve mi primera noche con una mujer que me enloquece, me vi envuelto en una investigación periodística y policial sobre un crimen, y ahora tengo en mis manos la suerte del futbolista más conocido del país. O bueno: casi en mis manos. Pero nada de todo eso tiene ningún sentido, y sin embargo todo eso es lo que me pasa y tengo que ocuparme y ahora sí que se me hace tarde para pasar por *Crítica* y ya no puedo esperar más. Me debe haber llamado mientras dormía, maldita suerte; probablemente la próxima vez me dejará un mensaje. O, si no, seguro que la voy a encontrar.

Señorans no llegó, me dice la señorita austera y vigilante de la entrada de *Crítica*, el cuello largo como un día sin pan, y me mira con su gesto de que pase el que sigue. Siguen muchos: hay una cola larga de hombres y mujeres que esperan para consultar a un abogado o a un médico o algún otro de los servicios del diario. Me inquieto hasta que de pronto recuerdo que tengo una credencial en el bolsillo interior del saco: se la muestro. La señorita la mira con una mezcla de asquito y desconfianza y tedio: y entonces qué me viene a preguntar a mí, por qué no pasa de una buena vez.

—Espero que no sigas paspado, mi querido. Yo creo que fue un buen aprendizaje.

Me dice, ya en el tercero, Guillermo González Galuzzi. La redacción está casi tranquila: acaban de terminar de cerrar la sexta edición, la que llega a la calle a eso de las ocho, y hoy no va a salir séptima; los que preparan la primera edición de la mañana todavía tienen unas horas por delante —y se los ve hablando por sus teléfonos grandes negros, leyendo, circulando, escribiendo en sus máquinas grandes negras, charlando entre escritorios, cabeceando, compartiendo ginebras en tazas de té chiquitas blancas. González está parado junto a su escritorio con el mentón bien levantado, el dedo índice de la derecha en ristre, las piernitas estiradas sobre los elevantor:

—Te va a servir, lo de esta mañana te va a servir. Es gente difícil, hay que aprender a manejarla. Algunos se creen que conseguir una noticia es complicado; acá lo más complicado es tratar bien a la gente para que ellos también te traten bien, te den lo que necesitás: carne para las fieras. Lo que no tenés que olvidarte nunca es eso: ahí afuera están las fieras y si no les tirás su carne te comen a vos.

Estoy por decirle que el problema no había sido con el comisario —

que, al fin y al cabo, qué se puede esperar de un comisario— sino con él, con González, que no me defendió ni un poco cuando el otro me tiró a los leones. Pero no quiero discutir. En cambio le pido un cigarrillo, me sorprendo porque ya no son Camel sino una marquilla indescifrable, y le pregunto qué vamos a hacer con Bernabé. Recién entonces me doy cuenta de que el corto me ha tuteado: ya debemos ser amigos.

—Lo estuve pensando, no te creas. Yo te diría que ahora que tenemos la promesa de Holster de pasarnos el culpable en cuanto esté, lo mejor es guardarnos para eso. Habíamos dicho que íbamos a esperar hasta mañana, pero sabiendo que lo vamos a tener no importa si esperamos dos o tres días más, ¿no te parece?

Yo respiro hondo y le digo que sí, que claro. No le digo que qué alivio, menos mal. Tampoco pienso mucho en Cuitiño y sus amenazas de matón de barrio: tengo de mi lado a *Crítica*, el diario más potente. Ya encontraremos la forma de arreglarlo.

El caos avanza: junto al Plaza Hotel hay un agujero que ocupa toda la manzana, máquinas, materiales, restos, tierra acumulada; dicen que van a levantar el rascacielos más alto de América del Sur. Pero la entrada del hotel se mantiene imponente: sus columnas, sus volutas, sus pilastras, sus arañas que se ven incluso desde afuera a través de los vitrales, sus porteros de chaqué y galera que cuidan que los que deben verlo desde afuera sigan estando afuera. Yo llevo mi mejor ropa de verano: un pantalón blanco de algodón, el saco azul cruzado, una camisa blanca y un pañuelo de seda bordó en el cuello a guisa de corbata, mi canottier de cinta roja —pero igual temo que un portero me detenga. Así que fumo un cigarrillo enfrente, en la esquina de la plaza San Martín, pensando cómo hacer. Alrededor están los castillitos de los ricos más ricos o más ostentosos: el castillito de los Ortiz Basualdo, el castillito de los Paz, el castillito de los Anchorena; quizá podría cantarle a esa plaza: «San Martín, libertador querido/ si supieras en qué te han convertido./ Acá la sangre de tus gauchos y tus indios/ se volvió adorno de mármol y de brillos…» Lo anoto pero sé que lo voy a tirar: eso no es tango ni es nada, una cosa es hacer canciones sociales y otra muy distinta panfletos bolches torpes. Un grupo de cinco o seis americanos llegan, desordenados, parlanchines, por la calle Florida de vuelta al hotel y me mezclo con ellos: lo consigo. Ya en el vestíbulo, entre más arañas y más pilastras y más chaqués con sus galeras, tengo la suerte de ver enseguida un cartel que dice Grill y encaro como si nunca hubiera comido en otra parte.

—Buenas noches, caballero, bienvenido. ¿Cuántos van a ser?

—No, yo solo, le agradezco. Estoy buscando a un amigo. Si me

permite…

Mirada rápida al salón: tres docenas de mesas con tres docenas de manteles de blanco inmaculado, su guarnición de cubiertos de plata, su florero con claveles en el centro, su velador de canutillos, superfluos bajo la docena de arañas refulgentes que cuelgan de un techo altísimo repujado de molduras. Sólo cuatro o cinco mesas están ocupadas: debe ser muy temprano. No sé lo que busco: sospecho pero no sé. Hasta que lo veo y me doy cuenta de que sí sabía: la mole de don Manuel Cuitiño está embutida en un smoking infinito y su brazo derecho se levanta lento —la trompa de un elefante perezoso— para decirme que me acerque.

—Recibió mi mensaje, Rivarola.

El Buda está sentado en uno de los lados de una gran mesa cuadrada: su silla sola de ese lado y dos sillas vacías en cada uno de los otros tres. Ante él, en su plato, los despojos de un pato; en su mano izquierda, el Buda sostiene todavía el hueso y los jirones de una pata. La blande para decirme que me siente y se limpia la boca con la servilleta enorme que le cuelga del cuello, me sonríe:

—Dele, che, sin ceremonias. Acá estamos como en casa. ¿Gusta un café, una copa de coñac?

Me siento enfrente, me acomodo el pañuelo y el pelo, recuerdo que debo poner los brazos paralelos sobre el mantel, respiro hondo.

—El coñac es un amigo fiel. ¿Usted sabe que los viejos lo llamábamos cordial? Un cordial, un remedio para el corazón. Ahora con estos americanos locos que se metieron a prohibirlo hay mucho debilucho que se cree que el alcohol es malo, pero para ciertas cosas no hay nada mejor.

No tengo nada que decirle. Un mozo sesentón se acerca; Cuitiño le pide dos cafés, dos coñacs y su isla flotante.

—Con mucho merengue, Recalde, como siempre. ¿Y usted, Rivarola, no me va a preguntar para qué cosas?

Lo sigo mirando como si fuera chino. Cuitiño hace un ruido, mezcla de tos con risita de superioridad y saca una panatella de una cigarrera de plata; no me ofrece.

—Para qué cosas el alcohol es lo mejor, le digo, che. Lo veo un poco cohibido esta noche. Parece que el ambiente de los corrales le sentaba mejor. Pero ya le dije, siéntase como en su casa. O como en la mía, le digo: esta es mi casa.

Ya estoy acá, no vale la pena hacer como si no. Intento volver con una frase de ocasión: así que lo tratan como si estuviera en su casa, don Manuel, qué bien. No, lo corta Cuitiño:

—No, no es que me traten como si estuviera en ningún lado: esta es mi casa.

Yo levanto las cejas; Cuitiño se lo toma como el gesto de sorpresa

que precisa para seguir su soliloquio:

—¿Dónde quiere que viva, en un corral? Yo vivo acá, como temprano porque me voy a dormir temprano, me tengo que despertar temprano para salir al frente de batalla. Y algunos días me toca compañía. No le digo la suya, claro: verdadera compañía, de esa que cuesta cara.

Me imagino a su sobrino Alberto; estoy a punto de decir algo, me acuerdo de callarme.

—Pero hoy no; hoy tengo un pequeño problema que solucionar antes de acostarme. Y me tengo que acostar a las 21:40, es mi costumbre.

Dice Cuitiño con media sonrisa, y la papada le desborda sobre la pajarita cuando baja la cara para mirar el reloj de oro que saca de su chaleco blanco, sus botones brillantes.

—Las 21:18. Usted sabe lo que dicen los sabios sobre las costumbres, ¿no, mi amigo? Cada costumbre rota es una rama menos en el árbol en el que nos posamos. ¿No es bonito? ¿No se está figurando ya mismo en su magín ese árbol pelado, puro tronco, sin ramas para descansar, y los pájaros revoloteando alrededor, cansados, desesperados, agonizando en su aleteo, cayendo muertos por el agotamiento? ¿No se imagina a usted mismo, Rivarola, como uno de esos pájaros?

Mi café parece frío, mi coñac tibio; no los toco. Miro las mesas vecinas: me da la impresión de que nos miran, pero no debe ser. Miro a Cuitiño: la mole se echa atrás en su silla, pone los brazos como troncos sobre los apoyabrazos, suspira, me mira con infinita pena.

—Eso no es lo que queremos, ¿no, mi amigo? Pero parece que tenemos problemas para saber qué es lo que queremos. Hay personas que no quieren a sus rodillas como sus rodillas lo merecen. Yo conozco a algunos de esos, batallón de rengos. Pero yo no soy tozudo, Rivarola. Si algo he aprendido en esta vida es que no puedo ser tozudo. Tozudos pueden ser los reyes, los potentados, los generales de verdad; yo soy un humilde servidor que no se ha ganado el derecho a ser tozudo, qué se le va a hacer. Yo soy un ser infinitamente flexible, así como me ve soy un bambú, una caña bailando con la brisa. Por eso hoy puedo decirle, con el orgullo sano y la modestia que me caracterizan, que si su rodilla no le importa no me importa: supongo que sí le importarán los ojos de su polaquita. Le apuesto que usted quiere que ella siga teniendo esos ojos tan lindos tan verdes ahí donde los tiene, justo en el medio de la cara. Le apuesto lo que quiera, Rivarola.

La voz de Cuitiño se ha vuelto un grito susurrado: le apuesto lo que quiera, me repite, y si pasado mañana viernes ese puto diario lleno de socialistas hijos de mil putas y ladrones de gallinas flacas y coimeros y

chantajistas de tres pesos con veinte no publica lo que tiene que publicar sobre nuestro amigo, esa chica no va a verle la cara nunca más.

—No a usted, Rivarola, a usted capaz que igual no se la quiere ver, cuando se entere. No le va a ver la cara a nadie, no va a ver nunca más nada. Usted no quiere ser el culpable de esa desgracia, ¿no, mi amigo? Pero a mí lo que me parece es que usted no entiende bien todo lo que le pasa. Esos son los peores, pobrecitos: los que nunca entendieron qué los llevó hasta el fondo. ¿Usted lo entiende, Rivarola?

Yo miro a los costados: de pronto, por alguna razón incomprensible, me da miedo que otros escuchen lo que me dice el Buda.

—Yo creo que no, así que se lo voy a explicar de nuevo, despacito, para que incluso usted lo entienda. Usted no se merece ninguna explicación, porque usted es un fulano que no entiende. Yo hace tres días le dije tal y cual, y usted se creyó que yo le estaba diciendo cual y tal y cataplines. No se la merece pero, por si acaso, se la voy a dar igual. ¿Sabe lo que pasa, Rivarola? Acá el football es cuestión de Estado. Hay un ministro que está muy preocupado: el hombre sabe que si el imbécil de Bernabé no vuelve, la indiada se le va a subir a las barbas. Y no se confunda, el ministro no tiene barbas, o tiene para que su mayordomo se las afeite todas las mañanas, pero sabe que con el hambre que hay, si los muchachos no tienen por lo menos sus partidos de football en regla se le va a armar más esparo todavía. Entonces el hombre ya me hizo saber que él me da, vaya a saber de dónde, la biyuya que necesito para que el idiota este no nos joda más. ¿Qué son cuarenta o cincuenta mil pesos si sirven para tener tranquilas a las fieras, las verdaderas fieras?

Se me ocurre preguntarle por qué cuarenta o cincuenta si el tipo pidió treinta. Antes de que pueda decirlo, el Buda me interrumpe.

—¿Y nosotros qué trabajamos, por la gloria? Usted no entiende nada, Rivarola, pero capaz que sabe hacer las cuentas. Para empezar, yo con treinta al idiota lo arreglo, así que los veinte que sobran van para pagar gastos. Pero, para seguir, si el idiota sigue encaprichado y no acepta la guita, a mí la broma me va a costar mucho más que veinte o que cincuenta. ¿Usted sabe los problemas que puedo tener yo si el ministro se enoja? ¿Usted sabe dónde puedo terminar yo si el ministro se enoja? Usted no quiere saberlo, Rivarola. Porque usted seguramente entiende que si yo caigo voy a arrastrar a unos cuantos. Y usted, mi grato amigo, no va a ser ni el segundo ni el tercero…

Sigo callado: busco palabras, no encuentro ninguna. Tengo la cabeza copada por imágenes horribles y, sobre todo, una certeza nueva, dolorosa, bruta: lo que había tomado por un juego no era un juego.

No sé cómo fue que me metí en este balurdo. No sé quién me creí que era, a quién quise engañar con mis trucos de cuarta. No sé si una vez más voy a pagar por idiota, por creerme el más vivo del barrio. Ya me saqué el pañuelo del cuello, el saco de encima, el sudor de la frente pero vuelve: camino por Santa Fe hacia Paraná, pensando en lo que acaba de pasar, en la ignorancia, en mis preguntas sin respuesta. Aunque ahora lo que importa son las preguntas, no los intentos de respuesta.

Sí, estoy asustado. Es difícil decir estoy asustado; a nadie le gusta decir estoy asustado. Peor es decir estoy desesperado, pero si ese gordo hijo de mil putas le llega a hacer algo a Raquel por mi culpa no me lo voy a perdonar nunca. Tengo que encontrarla, tengo que avisarle, tengo que solucionar todo esto lo antes posible. Tengo que pedirle a González Galuzzi o convencer a González Galuzzi de que publique lo de Bernabé lo antes posible, y que pase lo que tenga que pasar. Siempre igual: siempre quiero hacerme cargo de todo, de todos; no puedo ni hacerme cargo de mí y quiero solucionarles los problemas a los otros. Pero esta vez estoy aprendiendo que no puedo: que no es que no quiera, que no es que sea un canalla; que no puedo. Y que lo que no puedo, esta vez, es permitir que nadie sufra por mi culpa. Quiero decir: que la Rusa sufra por mi culpa. Y a los demás que los pise un tren de carga, pienso, y me arrepiento de pensarlo y sigo pensándolo sin decirme que lo pienso: un tren de carga.

Cuando llego a la pensión ya son como las diez y media: entro despacio, trato de no hacer ruido para no despertar a doña Norma. Necesito saber si me llamó Raquel pero no puedo preguntar. En el estante del teléfono no hay ningún papelito, ningún mensaje para mí o para nadie. No significa nada: ella puede haberme llamado y que nadie contestara; ella puede haberme llamado y que alguien contestara y se olvidara de dejarme mensaje o no tuviera ganas de dejarme mensaje. Seguramente es eso: ella debe haberme llamado y el que atendió —doña Norma, el Colorado Páez, el gilún del viajante, el nuevo de la pieza del medio, la francesa— no me dejaron el mensaje escrito. Es como un chiste malo: ahora puedo pretender que mi preocupación porque no me llame no es por despecho o incertidumbre o susto de recién enamorado sino por su bien, el bien de ella, la seguridad de ella, su tranquilidad. Ahora puedo decirme que necesito hablar con ella por ella: un chiste malo.

Debo esperar. No soporto el empapelado de mi cuarto, las sombras de mi cuarto, el calor asfixiante de mi cuarto, la ventana cerrada de mi cuarto —pero no quiero abrirla para no llenarme de mosquitos. Debo esperar: espero. Ya son como las once: ella no va a llamar a estas horas. Debería dormirme; va a ser imposible que me duerma. Escucho los silencios de la noche, las provocaciones silenciosas de la noche.

Debo esperar, debo dormirme, debo tranquilizarme, debo. Se me cruzan un par de líneas, quizá pueda seguirlas: «Caminar por caminar/ por la calle que te nombra./ Hasta el farol se apagó/ ahora que sos pura sombra». Pero otra vez me fui al carajo: el tango social sigue esperando, yo sigo pegado como un gil. «Te vi./ Te vi pero no sabía/ que estaba viendo mi vida/ escaparme de las manos./ Te vi./ Te vi pero te ibas yendo/ y así yo me voy perdiendo…» No sé, algo que rime con manos. Ni humanos ni sanos ni tanos ni danos ni habanos ni hablanos. Ya va a aparecer.

—¿Qué decís, Gorrión, tantos años?

—¿Qué decís vos, Pibe, dónde andabas? Hace como no sé cuántos días que no se te ve el pelo.

—Bueno, tampoco tanto, ¿no?

—Es que cada noche sin ti parece un siglo, amada mía.

Me dice el Gorrión Ayala con un falsete que no termina de resultarme cómico y me ofrece un abrazo pero es un abrazo raro, como blando, como de compromiso. Igual me alivia estar ahí, de vuelta en territorio amigo, entre los golpes de los tacos y los gritos de los jugadores, humo y cervezas, el paso lento de los ventiladores: Los 36 Billares. Fue más fácil levantarme y caminar hasta el café que seguir dando vueltas en la cama. Y ahora el Gorrión me sonríe todo lo que puede, que no parece mucho. Pero intenta mantener el espíritu:

—¿Qué te contás, Pibe? ¿Venís a jugarte una partidita?

—¿Yo? ¿Con vos?

—No, con el rey de España.

—¿No te enteraste de que lo echaron a la mierda?

—¿A él también? Pobre, igual que al Peludo Yrigoyen. Últimamente conviene no hacerse notar, ¿no?

—Dale, juguemos. Total…

Elegimos los tacos, pedimos bolas, las ponemos sobre el tapete verde; el Gorrión empieza con una carambola. Después sigue con cuatro o cinco más.

—¿Me vas a dejar jugar a mí también, Gorrión?

—¿Para qué?

Me contesta o pregunta sin mirarme, y hay algo en su voz que me dice que tengo que hablarle de la apuesta. No sé cómo: ¿qué voy a decirle, que lo cagué, que quise usar su información para sacar ventajas y que en cambio quedé pataleando panza arriba y que ahora lo que menos me importa es cumplir la promesa que le hice, que lo cagué, que tengo tantas posibilidades de conseguir que Bernabé le pague lo que le debe como de remplazarlo con la nueve de River? ¿Que cuando tuve que elegir entre ayudar a mi amigo desesperado por

la deuda y sacar alguna ventajita no dudé ni un minuto? ¿Que soy una basura? Me acerco, le agarro el taco, le digo que se espere un momento, que le tengo que hablar. El Gorrión Ayala me mira con un brillo raro: si no fuera porque no puede ser, diría que es miedo, turbación.

—No te calentés, Andrea. Yo no pude hacer nada. Te juro que no pude hacer nada. Los tipos esos…

Ayala para: ve que no lo estoy entendiendo y trata de retroceder. La sonrisa le sale más falsa que un billete de cuatro con cincuenta:

—Bueno, vos sabés cómo es esto. Los tipos no querían darme más crédito pero al final…

—Pará, Gorrión, pará, dejá de camelearme. ¿Con qué no pudiste hacer nada?

—Nada, Andrea, te juro.

—La reputa madre que te parió, Gorrión.

—No pude, en serio te lo digo. Los tipos estaban armados, me apretaron, iban en serio, te lo juro. Y tampoco les dije mucho, no les dije casi nada, hermano, casi nada. Solamente me preguntaron dónde vivías y me pareció que con eso no…

—¿En serio, viejo, en serio?

Ni siquiera tengo que simular. Más tarde, cuando repase ese momento, me extrañará con qué facilidad pude pasar de ofensor a ofendido, cuán sinceramente me sentí traicionado por el amigo que había traicionado: la pena que me dio, el vacío. Doy dos pasos atrás, lo miro con desprecio, hablo como si lo escupiera:

—¿Qué más les dijiste, la concha de tu hermana?

—No, nada, la otra cosa que querían saber es si salías con alguna mina, yo les dije que no, que había una rusita que te gustaba pero nada serio, yo les dije que no era nada serio, hermano, de verdad…

Ayala habla como si hablando pudiera parar algo: como si algo fuera a caerse cuando se callara. Ya no lo escucho, trato de no escucharlo. Dejo el taco sobre la mesa, camino hacia la puerta. Es una tontería: los gorutas de Cuitiño podrían haberme encontrado igual, sin meter al Gorrión en el asunto, pero así todo es peor, más sucio, más violento. Así, más que encontrarme, querían mostrarme que estoy solo.

15

A las nueve de la mañana ya estoy sentado en el escritorio vacío de González Galuzzi, arruinado, esperándolo. En el diario de hoy hay un artículo que seguramente escribió él; ya le preguntaré. Ocupa una página entera; el titular a seis columnas dice que «La hermana María Luisa se fugó con el esposo de una enferma que murió en el Rawson», y empieza contando que «esta mañana uno de nuestros innumerables repórteres anónimos se puso en comunicación con nuestra redacción:

—Vengan pronto al hospital Rawson que hay una cosa interesante. Acaba de fugarse una de las hermanas de caridad con un hombre joven, el esposo de una enferma. Averigüen entre los enfermos pero no pregunten a la administración ni al cura porque aquí todos tratan de ocultar lo ocurrido.

Los de *Crítica* siempre dicen que la gente les cuenta, los llama, los busca. Quién sabe si es cierto. Acá, en todo caso, el periodista —¿Guillermo González Galuzzi?— cuenta que hace caso del soplo y se va al hospital, donde una enfermera le dice que no vale la pena buscar a la hermana María Luisa porque «todos los frailes andan detrás de ella y no la encuentran.

—Era una buena mujer a quien todos estimábamos porque no hacía las cosas a escondidas como las demás. Ella había dicho ya que estaba cansada de la vida de monja y que el día menos pensado colgaba los hábitos. Parece que el hombre le ha prometido casarse…»

La monja o ex monja, cuenta González, levemente baboso, era rubia de ojos azules, talle fino, buena figura, joven: «No era de esas que se alejan del mundo porque en él no tienen quién las ame». Y había atendido a una señora Martina, también joven, que fue empeorando ante la mirada desesperada de su esposo hasta que, dice, «la muerte la sorprendió en su lecho con su marido de un lado y la pálida enfermera del otro, agarrándole las manos». Tiempo después, cuenta González, el viudo volvió al hospital y, seguramente —nadie lo sabe con certeza— le confesó su amor a la hermana María Luisa. Siguieron las visitas y el romance progresó, hasta que el sábado pasado la monja contó a sus compañeras que saldría de licencia por unos días. Pero a una le confesó la verdad. Esa noche, cuando se hallaran durmiendo, el marido de Martina, ahora viudo, iría a esperarla junto a la reja. Y allí mismo, aprovechando la escasa luz, ella tiraría a la calle su uniforme azul. Saltaría las rejas de la jaula y sería

libre. Libre al fin. Mujer como todas, dueña de sus actos. Y tendría un marido, y una casa con flores y unos purretes rubios a quienes cuidar y a quienes idolatrar con más razón que las imágenes de la capilla. Y en vez de atender enfermos sólo cuidaría las manos y la cara embadurnada de dulce de sus pibes», escribía —me imagino— González, rey del monda. Yo pienso, por un momento, en la hermana Soledad, en fugarme con ella.

Me sorprende la cantidad de gente que hay en la redacción de *Crítica* a esa hora improbable, y la cantidad de ruido que pueden producir: mi cabeza retumba como un bombo legüero. Anoche cuando volví del café tampoco podía dormirme; lo intenté con ayuda de la frasca de grapa que guardo en la mesa de luz. El alcohol no me cae bien: cuando estoy con gente tomo menos que lo que parece —aprendí a simular que tomo más que lo que tomo— porque me da miedo el descontrol que me produce: miedo de lo que pueda hacer, miedo sobre todo de lo que pueda pensar cuando me pierdo. Pero anoche, tras el encuentro con Cuitiño, tras la espera cada vez más desesperanzada de Raquel, tras la traición del Gorrión, creí que el único lugar donde podía encontrar el sueño era la frasca, y me pasé. Y esta mañana me costó la vida arrastrarme hasta el baño, mojarme la cabeza, hacerme medio buche, ponerme un par de pantalones grises y una camisa casi gris y salir, sin saco, sin sombrero, a rescatar a la doncella de las garras del ogro más malvado.

—¿Qué hacés acá, Rivarola, tan temprano?

—Nada, González, lo esperaba.

Cada palabra que digo me retumba en la cueva que alguien me cavó en la cabeza; cada palabra que oigo me retumba mucho más. González no tiene piedad —y no lo sabe.

—Así que ya no podés vivir sin mí. Qué rápido lo nuestro.

Me dice, y prende un cigarrillo:

—El primero del día. No hay nada como el primer cigarrillo del día: el momento en que uno vuelve a firmar la inapelable decisión de joderse la vida. Como si hiciera falta tanta firma…

—González, tenemos que hablar.

—Pensé que estábamos hablando.

—Sí, o no, quién sabe. Lo que tengo que decirle es que…

—…que tenemos que publicar hoy mismo lo de la chica y Bernabé. Me hubieras dicho que era para Cuitiño, Rivarola. Si a él le sirve lo hacemos, no te calentés, es un tipo bien, de esos que saben recompensar un trabajo bien hecho. Dicen que también es molesto cuando está molesto por uno mal hecho, pero a mí eso no me consta, por supuesto.

Una vez más alguien me ganó de mano —y estos días es siempre el mismo alguien. Intento, ya de últimas, colgarme del bondi que se va:

—Sí, algo así quería decirle. Igual no tiene costo. Hoy publicamos que la mina salía con Bernabé pero sin decir que él la mató ni nada, por supuesto. Y mañana o pasado, cuando Holster nos diga quién va a ser el culpable, La Fiera queda limpia como el culo de un bebé.

—Así de limpia, Rivarola.

Dice González y se ríe y aplasta el primero en su propio cenicero.

—¿Vos no tenés hijos, no? Yo tampoco. En fin, qué importa. La metáfora no termina de cerrar, pero el razonamiento sigue siendo preciso. Si alguna vez te quedás sin trabajo, pibe, acá ando necesitando un aprendiz. Así que no te pierdas. Ya mismo voy a hablar con Regazzoni. Si esto no va a la tapa yo soy la reina de Saba. O la princesa rusa, esa de las memorias.

Trato de sonreírle pero me sale mal. Estoy hecho un trapo, y no es sólo la resaca, el dolor de cabeza: en tres horas Bernabé Ferreyra, que había creído en mí, que había confiado en mí, va a ser un pollo a la parrilla. Trato de pensar que es lo mejor que puedo hacer, lo único que me asegura que Raquel va a estar bien; trato, pero tampoco lo consigo.

En la oficina de teléfonos de Rivadavia y Salta una empleada ansiosa con lunares —cantidad de lunares— me dice que para llamar a Junín hay quince o veinte minutos de demora, que si quiero esperar. Le digo que sí claro, que me siento ahí nomás y que me avise cuando se pueda establecer la comunicación. Son casi las diez; la Rusa debe estar empezando su ronda por las librerías del centro: en cuanto pueda hablar con Ferreyra la voy a buscar. Ya tendré tiempo de pensar qué le diré cuando la encuentre; ya tendré tiempo de pensar —con miedo, con desasosiego— qué me dirá ella.

—¡La llamada a Junín, cabina seis!

Intento acomodarme en el sarcófago de madera y vidrio mientras descuelgo el teléfono y grito hola hola en el micrófono. Del otro lado, la operadora me dice Junín, con quién quiere hablar; le digo el número y hay un silencio, unos segundos de fritura en la línea.

—Mire, no sé si yo tendría que decírselo, pero el señor Bernabé no está en el pueblo.

—¿Está segura?

—¿Y cómo quiere que esté? Segura, estoy. Con estos ojos lo vi irse anoche con el hermano. En el coche de un amigo, se fueron, y me dejaron dicho que se iban a Buenos Aires, que si los buscaban no le dijera a nadie dónde andaban. A nadie, me dijeron.

Prefiero no subrayar el disparate: le digo que entiendo que no me

diga nada pero que si tiene alguna forma de comunicarse con Bernabé que por favor le diga que necesito hablarle urgente, que mi nombre es Rivarola y mi teléfono 35-4629: que me llame en cuanto pueda, por favor, que es muy urgente.

—Eso ya me lo dijo, señor. Y yo ya lo entendí la primera vez, ya lo entendí. Pero no se preocupe, se lo digo. No se preocupe.

Cuelgo, me extraigo del sarcófago, pago, salgo de la telefónica. En la calle el calor ya empieza a derretir el aire; detesto la idea de volver a la pensión, pero tengo que esperar su llamado. Ya buscaré a Raquel más tarde. O quizás al llegar me encuentre con un mensaje de ella. En realidad podría haberle dejado a la operadora de Junín un teléfono de *Crítica* y preferí darle el de doña Norma; en el momento supuse que lo hacía para que Bernabé no me relacionara con el diario; ahora sé que fue para volver y ver si tengo mensaje de Raquel.

No tengo. Cuando le pregunté, doña Norma me miró con ese gesto que ella supone de olímpico desprecio —la cara levemente ladeada, el mentón levantado, las narinas abiertas, los párpados caídos— y me dijo que esto no era mi oficina y ella jamás podría ser mi secretaria y que si quería mensajes me fuera al Correo. Yo había leído una frase muy parecida poco antes, pero no me paré a buscar dónde.

—Estoy esperando un llamado, doña Norma. Me voy a meter en mi cuarto para no molestar, pero le pido por favor que me avise cuando llamen, ¿será tan amable?

—Si será atrevido…

Murmura la patrona con el gesto que ella supone pizpireto. Me escapo al cuarto: el olor a encierro, la cama deshecha, la ropa de anoche desparramada al costado de la silla, el temor por Raquel tapando todo el techo. ¿Qué pasa si Cuitiño la secuestró para asegurarse de que voy a cumplir sus órdenes? No tiene sentido: si se la llevó para presionarme me lo habría dicho. ¿Qué, si Raquel de alguna forma que no consigo imaginar, se dio cuenta de lo que pasaba y se escapó vaya a saber adónde y decidió no verme nunca más? Sería raro, pero tiene la ventaja de que por lo menos estaría bien, a salvo. ¿Qué, si simplemente algún gavilán se la llevó por ahí, un Georgie de esos, un bolche de esos, alguno de esos tipos con los que anda se la llevó y por eso ni aparece? Eso es mucho más probable. Pero no puede ser, no debería ser, no puede ser.

—¡Don Andrés!

Grita, desde detrás de la puerta, doña Norma, siempre con el don a flor de labios.

—Metalé, que lo esperan.

—¿Teléfono?

—No, qué teléfono. Un señor en la puerta.

Dice doña Norma y baja la voz hasta el susurro: apúrese, por favor, que el tipo no me gusta nada. Cuando llego la puerta está cerrada, el pestillo pasado; doña Norma lo abre: sobre el felpudo hay un hombre joven con un traje marrón marchito que le sobra, la camisa abierta sobre el pecho, un sombrero marrón hundido hasta las cejas, las mejillas oscuras de un par de días de barba. El hombre levanta la cara, se levanta el sombrero, me sonríe sin ninguna alegría:

—No digás nada, viejo, musa.

Bernabé tiene cara de asustado.

Cuando entramos al bar del Gallego la foto del nueve de River arrodillado con la pelota contra el piso nos salta a los ojos, nos araña. Bernabé Ferreyra hace como que no la ve, pero se deja el sombrero encasquetado. Nos sentamos en mi mesa de siempre, junto a la ventana, y pedimos dos cafés. El Gallego los trae sin prestarnos atención.

—Disculpame que te caiga así, pero con el número que me diste no fue difícil conseguir la dirección, y como la vieja de Junín me dijo que ibas a estar esperando mi llamada, me pareció mejor venir, y chau.

—No hay problema, Bernabé. Al contrario, me viene bien, quería hablar con vos.

—Ahora hablamos. Una cosita, nomás: yo acá no estoy. Yo sigo rajado en Junín. Yo nunca vine a Buenos Aires. ¿Captás?

—Capto, claro que capto. ¿Pero a vos te parece que podés? ¿Cuánto tiempo te creés que lo vas a poder mantener en secreto? A vos te conocen hasta las piedras, Bernabé.

Ferreyra chasquea los labios, pone cara de fastidio: que no exagere, que no es para tanto. De un cabezazo le señalo la foto detrás del mostrador.

—Ese no soy yo, hermano, ese es un tipo vestido de futbolista, un muñeco disfrazado. Mirame a mí: ¿vos me ves parecido?

Dice, y se ríe despacio debajo del sombrero.

—Y de últimas si quieren hacer algo que lo hagan y que se vayan al carajo. A ver si ahora no puedo venir a Buenos Aires cuando se me canta.

La voz no suena desafiante: más bien triste, cansada.

—Lo que ya no aguantaba era quedarme en el pueblo sabiendo que Mercedes estaba muerta: que nadie hace nada, que no se sabe nada, que a nadie le importa tres carajos. Allá recibimos los diarios; tarde, pero los recibimos. Ya está, ya se olvidaron, ni asesino ni mierda. Ni una palabra, hermano, como si nunca hubiera pasado nada.

Yo pienso a mil mientras intento no pensar: cómo sería si mataran a

Raquel, si el mundo lo ignorara, si todo quedara perdido en una nube de polvo detrás de la tropilla. Sus ojos se cerraron y el mundo sigue andando, su boca que era mía… Otro chiste: cada vez más mis pensamientos son frases de otros tangos. Ferreyra habla lento, como si le costaran las palabras:

—Eso es lo que no podía soportar. Necesito que se averigüe. Ni siquiera saberlo yo; que se sepa. La verdad, no sé por qué, pero necesito que se sepa. Yo sé que no puedo hacer nada, pero estar allá lejos…

—¿Y qué te parece que se puede hacer?

Le pregunto y me siento levemente canalla. Es sólo el principio; ya llegaré a la plenitud.

—No sé. Me gustaría ir a hablar con el padre, pero el viejo cabrón ni me va a recibir. Mecha no quería que lo conociera; me parece que no quería. El tipo es un cajetilla del carajo, campo, Jockey Club, Liga Patriótica, y yo, hermano, imaginate, yo soy un ferroviario, un jugador de fóbal, mi viejo era un gallego patasucia…

—¿Y cómo pensás averiguar?

—¿Yo? Yo no tengo ni idea. Yo no puedo averiguar nada. Pero por lo menos capaz que puedo hinchar las pelotas para que los que tienen que averiguar averigüen. No sé, ir a hablar con la cana…

Por un momento lo imagino ante el escritorio de Holster, la mirada cínica de Holster, el desprecio sosegado de Holster, y trato de espantar la idea. Sin querer cierro los ojos; Ferreyra se da cuenta:

—¿Qué te pasa?

—Nada, qué me va a pasar.

—¿Vos podés ayudarme en esto?

—¿Yo? ¿Cómo te puedo ayudar yo?

Ya terminamos los cafés. Desde detrás del mostrador, el Gallego me hace señas raras: guiños de ojo, un dedo señalando la foto. Le levanto las cejas y arrugo la boca: dejate de joder.

—En un par de horas todo el mundo va a saber que estás acá. Los de River…

—¿Y a mí qué carajo me importa? A mí la guita ahora me da igual. La guita era para ella, para ofrecerle la vida que estaba acostumbrada, pobrecita. Ahora me da igual lo que me paguen. Igual yo no pienso jugar más en ese club de mierda. Son una manga de envidiosos. ¿Vos te creés que mis compañeros dijeron algo, hicieron algo? El año pasado les gané el campeonato y ahora me andan amarrocando diez o veinte mil mangos. Que se vayan todos al carajo.

Ferreyra está enojado y dolido y su bronca zigzaguea entre distintos blancos. Pero no se apacigua: que si no lo quieren no le importa, que se va a jugar al futbolín con sus sobrinos o se vuelve a laburar en el taller del ferrocarril o en una de esas se va al carajo y listo.

—¿O alguien se creyó que acá los barcos vienen y se quedan para siempre? Dicen que en Italia les pagan buena guita a los argentinos. Orsi se fue para allá y se está forrando, Monti también, juegan en la selección, los tratan como personas. Y además dicen que hay un gobierno en serio, que se hace respetar, donde la gente puede estar segura.

Yo no sé qué decirle, respiro hondo, busco, no se me ocurre. O, más bien, no sé cómo decirle lo que debo. El Gallego aparece con la bandeja y dos copas de vino tinto:

—No será francés pero es el mejor que tengo. Digamos que quiero invitar a dos amigos que me han dado muchas alegrías.

Nos dice, y nos guiña un ojo con la sutileza de un rinoceronte. Ferreyra se saca el sombrero, murmura algo así como a la mierda y le sonríe.

—Gracias, maestro. Necesitaba algo así.

Le dice, y le tiende la mano; el Gallego se la estrecha con las dos. Después, súbitamente discreto, se vuelve a su lugar detrás del mostrador con una sonrisa que le rompe la cara. El sombrero marrón queda sobre la mesa, y las dos copas: yo levanto la mía y le propongo un brindis:

—Por el afecto de la gente laburante, por la gente como vos y como yo.

Ferreyra me choca; bebemos, nos miramos. Yo le aparto los ojos.

—Tengo que decirte algo, Bernabé.

—Si no me lo decís…

—Te lo digo: te van a hacer cagar.

—Decime algo que no sepa, hermano.

—No, de verdad: te van a hacer cagar. En cualquier momento va a salir la noticia de que vos andabas con Mercedes.

—¿Qué quiere decir que va a salir la noticia?

—Eso, que va a salir. En los diarios, no sé, en algún lado.

—¿Vos qué sabés?

—Nada, a mí me lo contó un amigo que trabaja en *Crítica*, no sé.

—¿Y ellos cómo lo saben?

—¿Y yo qué sé cómo lo saben? Alguien habrá hablado, alguien los habrá visto juntos. Yo qué carajo sé.

Digo, subrayando demasiado la ignorancia. Ferreyra me mira raro, la boca apretada, los ojos entornados.

—Claro, vos qué carajo sabés.

Me dice, la voz ronca, y vacía su copa. Yo querría salir corriendo pero todavía me faltan dos o tres movidas:

—Y si llega a salir en el diario que vos estabas con ella esa noche…

—Yo no estaba.

—¿Y vos te creés que eso le va a importar a alguien?

—No seas animal, nene. No podés pensar así. No seas hijo de puta.

—Yo no soy o dejo de ser, Bernabé, disculpame. Yo te estoy diciendo lo que van a decir.

—Lo que van a decir es que ella era una cualquiera, que andaba con tipos, qué se yo lo que van a decir.

Dice Ferreyra y se calla, cierra los ojos como si estuviera por llorar. Me imagino que la está imaginando, mirando en el recuerdo —pero no puedo dejar de rematar:

—El problema no es ese, viejo, abrí los ojos. El problema es que te van a colgar el muerto a vos. La muerta, quiero decir.

Ferreyra me mira como si no entendiera; no entiende, durante unos segundos. Después escupe cada palabra como si oliera mal:

—¿Vos estás loco? ¿Quién se va a creer que yo pude hacer eso?

—¿Tan difícil te parece? Van a decir que ella no te dio bola y no lo soportaste, o que la viste con otro o que se quedó preñada o quién sabe qué canalladas. Te van a hacer cagar, hermano.

—Y vos me vas a ayudar.

Dice Ferreyra, la voz más ronca, todo el hartazgo y la desilusión y la bronca: vos me vas a ayudar.

—Yo voy a hacer lo posible, si me dejás. Yo voy a hacer todo lo posible.

16

En Corrientes y Libertad, entre los escombros de los trabajos del ensanche, dos crotos en harapos piden monedas a personas que pasan demasiado rápido.

—No pan ni trabajo. Mi familia necesita comer.

Dice uno de los dos, robusto, alto, el acento de algún rincón de la Europa Oriental. Y el otro, retacón, morocho, trata de hablar más fuerte:

—Soy argentino y no tengo trabajo. Soy argentino y no tengo trabajo.

Más allá, un canillita que no ha cumplido quince años, los pantalones a media pierna, las rodillas muy sucias, la gorra mugrienta ancha y ladeada, el fajo de diarios colgados a un costado, vocea la quinta de *Crítica*:

—¡Otro gol de La Fiera, otro gol de La Fiera! ¡La chica bien era su novia! ¡*Crítica* Quinta, la vuelta de La Fiera! ¡La muerta era su novia, mire vea!

Le compro un ejemplar; la historia es título de tapa: «La Fiera y su Domadora». La nota de Guillermo González Galuzzi —su firma, G.G.G., resplandeciente— no tiene mucho más que la primicia de la relación entre María de las Mercedes Olavieta y Bernabé Ferreyra, pero, sin adjudicar en ningún momento el crimen a Ferreyra, le saca todo el jugo a la metáfora de la fiera del circo y su domadora y a los enigmas del caso: «Siempre fue vox populi que el atractivo salvaje de La Fiera de Rufino convocaba legiones de señoritas y señoras que soñaban con domarlo. Según hemos sabido, Mercedes fue la más exitosa de todas ellas. Aunque, dado el luctuoso desenlace, hablar de éxito es un abuso. Es evidente que la domadora perdió, en algún momento, su manejo del látigo y fue sorprendida por una fiera sanguinaria que no tuvo pruritos en rebanarle el cuello con la saña más feroz. Quién es, cuál es esta fiera sigue siendo un misterio».

—Qué hijo de puta.

Digo entre dientes, y no sé si estoy hablando de González Galuzzi.

Camino, entro en dos librerías, no la encuentro. En la tercera el Tuerto Londoño me dice que pasó hace como media hora, que debe estar en la de don Manolo, acá en la otra cuadra. Llego justo cuando Raquel

está saliendo por la puerta, el portafolios cargado de facturas y libros, como siempre. Está preciosa: un pantalón muy ancho beige, zapatos abotinados negros, una camisa ancha blanca con volados, el pelo con gomina, el brillo del sudor sobre la cara. Me acerco con los brazos abiertos; Raquel me mira con sorpresa —real o pretendida— y me saluda sin siquiera un beso:

—Andrés, cómo te va.

—Rusita, no sabés cuánto llevo buscándote.

Le digo, agitado, feliz, precipitado:

—Estaba muy preocupado porque no me llamabas, tenía miedo de lo que te podía haber pasado y entonces me quedé en la pensión esperando tu llamada pero no…

Raquel me mira como quien no entiende tanta agitación. O quizá la entienda y prefiera simular que no. Su gesto, en todo caso, es seco como un tomate seco:

—Andrés, pará. ¿Qué es esta historia de que tenía que llamarte y todo eso?

Estamos en la vereda destruida de Corrientes llegando a Uruguay; los gritos de los obreros y los golpes de los picos se agregan al polvo y el calor. De pronto me siento muy desvalido, muy fuera de lugar:

—¿Tenemos que discutirlo acá?

—Yo no creo que tengamos nada que discutir.

—Pero Rusita, yo creí…

Digo, y me siento un idiota. ¿Qué le voy a decir? ¿Que creí que le importaba, que creí que teníamos algo, que creí que me quería, que creí en los Reyes Magos? Raquel me goza: me habla como se le habla a un chico un poco lento:

—¿Qué creíste, che? Decime, dale. ¿Qué creíste?

—Olvidate, Raquel.

Supongo que se apiada: me sonríe, me dice que le aguante el portafolios que pesa cien kilos y que no hay problema, que fue una confusión pero que no hay problema. Por supuesto no me alcanza: otra vez las grietas del ridículo, otra vez el impulso incontenible de embarrarse en ellas:

—¿Hubo algo que no te gustó, algo que hice mal?

Raquel empieza a preguntarme cuándo pero se frena: tampoco quiere exagerar la humillación. No lo logra del todo:

—¿La otra noche?

—Sí, claro, la otra noche.

—No, querido, hiciste todo más o menos bien, no te preocupes.

—Rusa, no seas…

—¿Que no sea qué?

—Nada, disculpame. Pensé que podíamos hablar como si fuéramos buenas personas, por lo menos.

—Disculpame vos, Andrés, tenés razón. Somos buenas personas, creo. Pero capaz que somos muy distintos. La otra noche estuvo todo bien, la pasamos muy bien, fue un rato lindo. Pero ayer fue otra noche y hoy es otro día y así de seguido, ¿me entendés? ¿Vos leíste a Heráclito?

Me dice, otra vez en la pista de la ofensa; no sé si decirle que sí claro o que quién se cree que es o que por qué no se va un poco a lavarse lo que pueda, pero prefiero mirarla en silencio. Ella me ilustra:

—Heráclito decía que todo cambia siempre, que tendrá que correr mucho el que quiera bañarse dos veces en el mismo río. Eso, nomás.

—¿Y eso ahora quién lo dice, Georgie, Jimmy, Estanislao, Pelópidas?

—No te pongas así, Andrés, que no vale la pena. Somos amigos, anteanoche la pasamos lindo, quizás algún otro día la pasemos lindo igual. ¿Qué querés, que nos atemos con alambre? ¿Querés ser como esos burgueses que se arman una vidita que no les gusta porque es lo que hay que hacer? ¿Qué haríamos, vos y yo? ¿Nos veríamos tres veces por semana durante un par de años hasta que nos cansáramos o, peor, trataríamos de convencernos de que no nos vamos a cansar y entonces juntamos una platita y nos casamos y después con suerte tenemos un nene y una nena ay qué lindos cómo se parecen a papá y mamá y nos rompemos el lomo para pagarles la papilla y yo meta lavar pañales como una negra y cualquier otro deseo, otra ilusión que hayamos tenido en la vida la tiramos al carajo para cumplir con ese camino que…

—Pará, Rusa, pará, ya lo entendí. Tranquila, ya entendí. me equivoqué, qué se le va a hacer. Otra vez la pifié. La verdad, no me imaginé que fueras una de esas.

—¿Una de esas cuáles?

—No sé, una de esas, vos sabés. ¿No te da miedo que te vean con tipos diferentes?

—¿A vos te da miedo que te vean con mujeres diferentes?

Casi le digo que no hay peligro, pero mejor guardar cierto decoro. En cambio sí le digo, claro, que no es lo mismo.

—¿Ah no? ¿Y por qué no es lo mismo?

—Bueno, perdoname que te lo diga así, pero no es lo mismo porque yo soy un hombre.

—Alguien me lo había comentado. ¿Y eso cambia todo?

—Eso cambia, por supuesto que cambia. ¿Nunca escuchaste lo que dicen los muchachos sobre las minas que salen con más de un tipo, que se acuestan?

La mirada se le pone asesina. Si yo supiera lo que me conviene me callaría ya mismo; si yo supiera, en realidad, llevaría un buen rato callado. Pero ya estoy en plena cuesta abajo:

—Taxi libre, les dicen, que las para cualquiera. Y si las ven con demasiados, un bondi, dicen, donde se suben todos.

Ella se para en seco. Sos un boludo, me dice, y agarra la cartera. Yo le digo que espere, alarmado: aguantá, Rusita, no te vayas.

—¿Estás bien, no tuviste problemas?

—¿Qué problemas, Andrés?

—Amenazas, digo, ¿nada de eso?

—¿De qué me estás hablando, che?

—Aguantá que te cuento. Y perdoname si te dije algo que no debía. Ya lo dijiste vos: soy un boludo.

Caminamos para el lado de Callao. Yo, atragantado, intentando deglutir mi orgullo. Me digo que es orgullo nada más, orgullo idiota, que no tiene sentido molestarse, que si un tipo hubiera dicho lo que Raquel acaba de decirme me parecería un rana bárbaro, y que entonces por qué no aceptárselo a ella pero que justamente, porque ella no es un tipo, una mujer no hace esas cosas por más joven y moderna que sea o que si quiere hacer esas cosas que las haga pero después que no proteste si la gente la toma… O que si las quiere hacer que las haga pero no conmigo, que no es justo que ella juegue así con mis sentimientos, pienso, e intento dejar de pensarlo porque me veo patinando en una pendiente de derrota y compasión cada vez más indigna y de todos modos tengo que contarle lo que está pasando y por qué se lo tengo que contar, por qué no mandarla mejor a donde se merece y ocuparme del asunto yo solo, olvidarla, borrarla de mi vida si de todas maneras ella no se merece que pierda el tiempo o el humor pensando en ella pero de pronto se me cruzan unos versos: «Era mala como un hombre./ De mujer/ no tenía más que el nombre/ para ser/ esa trampa que te atrapa/ cada vez…»

—Andrés, ¿no me tenías que contar algo?

—Sí, disculpame, me distraje.

Le digo, y que si vio los diarios:

—Sí, acabo de ver *Crítica* en la librería del Tuerto. Algún hijo de puta habló de más.

—Algún hijo de puta habló de más. Por eso te estaba buscando: tenemos que encontrar al que la mató, esa es la única posibilidad.

—¿Tenemos? ¿Quiénes tenemos? ¿A qué vamos a jugar, a Sherlock Holmes?

—¿A qué?

—Nada, tonterías. Nosotros no podemos encontrar nada, Andrés. Es un asunto para la policía.

—Rusa, eras vos la que decía que teníamos que buscarlo.

—Yo qué sé, che, habré tomado, me habrá dado un ataque.

Nosotros cómo vamos a hacerlo. Te digo: hay que dejar que la cana…

—¿Y si la cana no lo quiere hacer?

—Es un horror, pero nosotros no sabemos, no podemos, no…

—Ya sé, tenés razón. Igual quería pedirte un favor.

Nos paramos en la esquina de Callao y Lavalle, delante de Los Galgos, y le pregunto si no me acompañaría a ver al viejo Olavieta: que a mí solo no me va a dar ni la hora pero quizá si ella viene, en una de esas.

—No sé, Andrés. Si querés te doy mi teléfono, me llamás mañana o pasado y vemos si se puede.

—No, Raquel. Mañana o pasado va a ser tarde. Tenemos que ir ahora.

—¿Tarde para qué, che? ¿De qué estamos hablando?

—No sé. De verdad que no sé. Pero si podemos ir en una de esas nos enteramos de algo. Dale, por favor.

—¿Adónde vive?

—No sé, la que sabe sos vos. Barrio Norte, en Ayacucho o en Riobamba, ¿no? Es acá a pocas cuadras. Por favor. Por favor.

Ya sé que sueno casi suplicante, pero es que le estoy suplicando. Raquel cede: quizá no quiera maltratarme más. Quizás esté un poquito arrepentida.

—Tá bien, vamos. Yo la acompañé un par de veces, me imagino que podría reconocer la casa.

—Gracias, Rusita, gracias. Te prometo que no te jodo más con mis pavadas.

Ella me mira raro: su decepción, tanto más dura que su enojo:

—Sos un gil, Andrés. Y yo que creí que eras distinto…

17

El frente es sólido: tres pisos de piedra gris, los balcones bien altos, las ventanas con rejas. La puerta que da a la calle son dos hojas de una madera oscura, sólida, labrada: el tipo de madera que se usa para imponer respeto. Los herrajes son de bronce, sólidos; el timbre está gastado pero suena. Nos derretimos en la vereda bajo el sol del mediodía hasta que una de las hojas se entorna y aparece la cara de una señora mayor, oscura, frágil, labrada por el tiempo.

—¿Qué se les ofrece?

—Buenos días. ¿La señora Venancia?

Dice Raquel, con su mejor sonrisa.

—Servidora. ¿Qué desean?

—Estamos buscando al señor Olavieta, necesitamos verlo.

—¿Por qué asunto sería?

La señora Venancia parece asustada: tiene la cara tensa, los ojos muy abiertos y ese acento del campo. Antes de que podamos contestarle insiste:

—¿No serán periodistas, ustedes? Por favor, váyanse, no nos hagan más daño. Ya bastante hemos sufrido en esta casa.

—Yo soy… yo era amiga de Mercedes, quiero hablar con él.

Dice Raquel, vacilante, y Venancia le contesta que le parece que el doctor no está.

—Por favor, es importante.

Insisto yo.

—Es que no está, señor, qué quiere que le haga.

Dice la empleada, justo cuando se oye un grito que llega desde adentro:

—¡Hacelos entrar, che, deciles que ya voy!

Venancia nos mira con cara de circunstancias, suspira, levanta las cejas:

—Estaba, nomás; pasen. Pero no nos hagan más daño, por favor.

El recibidor apenas alcanzaría para instalar una familia módica; el salón, en cambio, da para tres o cuatro generaciones de calabreses con nonnas y nonnos y nietitos en moisés: un cuarto de ocho por ocho con el techo muy alto y unos balcones al jardín interno donde las plantas crecen desmadradas. En el salón hay una chimenea donde cabe un

hombre grande o un caballo chiquito; alrededor, tres chesterfield de tres cuerpos de un cuero marrón despilfarrado, la mesa baja de madera con bibelots de porcelana y ceniceros de cristal, las alfombras raídas. En las paredes agrisadas hay rectángulos más claros donde estuvieron, alguna vez, los cuadros. Venancia nos lleva hasta uno de los sillones junto a la chimenea, nos invita a sentarnos.

—Buenos días, señores. Espero que sean buenos.

Dice, desde la puerta, un sesentón flaco y alto, posición de firmes, la barba cana de diez o quince días. Así, de cerca y entrecasa, no se parece mucho al que arengaba fascistas entre tumbas. Ahora lleva un batín de seda bordó atado con una cinta negra que no le corresponde; por debajo, los pantalones de seda de un pijama crema, sus chinelas; en el cuello un pañuelo de seda blanca que parece nuevo. La figura se degrada según se acerca: aparecen las manchas, los raídos. Carlos María de Olavieta nos entrega una sonrisa de dientes amarillos y se sienta en el sillón de enfrente, del otro lado de la mesa baja:

—Acomodensé, por favor, no hagan cumplidos. Así que vos sos la famosa Raquel. Te imaginaba distinta, no sé, más… pelirroja, vaya a saber. ¿Y usted, entonces, quien sería?

—Andrés Rivarola, para servirlo.

Me paro, me ajusto el cuello de la camisa, le extiendo la mano; Olavieta me dice que no me moleste.

—Andrés Rivarola. ¿Algo que ver con Enrique? Hace mucho que no lo veo, pero solía venir por el club.

—Bueno, es un primo de mi padre.

Le digo, y pienso que debería haber dicho «de papá»: un primo de papá. Va a ser mejor que afine los reflejos.

—Ah, un primo de tu padre. Un personaje. Me acuerdo que a veces en el club tomaba mate. ¡Mate, imagínense! Sufrimos el asedio de los enajenados del mate, mis queridos. Son como moscardones, tan cargosos. Y miren si serán audaces que a veces hasta a mí me ofrecen. ¿Cómo se les ocurre que yo voy a tomar ese menjunje, esa especie de té barato para peones brutos, inmigrantes con hambre?

Lo miramos en silencio; Olavieta se lanza. Se diría que ha pensado mucho la cuestión:

—Una plaga, una auténtica plaga. Ahora pretenden hacer de semejante brebaje la bebida patria. ¡Pero por Dios! Imagínese qué patria vamos a hacer con esa bebida. Y para colmo te quieren convencer de que nuestra gente de campo la tomaba. ¡Agua sucia! La verdadera gente de campo nunca la tomó. Si a papá, que en paz descanse, le hubieran ofrecido un mate los mandaba a ordeñar gatos.

La imagen parece hacerle gracia: suelta una carcajada de opereta, la cabeza echada atrás, las manos levantadas. Raquel compone una sonrisa intachable, ladea la cabeza, le dice que no se preocupe, que

jamás se les habría ocurrido tal cosa. Y que no queremos molestarlo pero necesitamos hablar con él un momento de algo que tiene que ver con la muerte de Mercedes, pobrecita.

—Vos no serás una de esas chicas que andaban por lo de Victoria, ¿no?

—Bueno, no exactamente, yo…

—Dejá, prefiero no saber. Fueron esos plumíferos los que le llenaron la cabeza de pájaros, pobre ángel. Que tenía que usar su talento, le decían, que tenía que dedicarse. Una señorita, carajo, una señorita con todas las letras, una señorita que tenía que cuidar su buen nombre y su reputación y encontrarse un marido como la gente y fundar una familia como fundó su madre, su abuela, su… En fin, para qué les voy a contar. ¿Y usted, Rivarola, de dónde la conocía?

—No, doctor, yo por desgracia no llegué a conocerla personalmente. Pero hemos venido porque necesitamos que usted nos ayude a solucionar una cuestión.

Le digo, y me levanto para alcanzarle la Quinta de *Crítica*. Olavieta vacila y la agarra, sin saber para qué. Hasta que la despliega, la endereza, ve el título de tapa:

—Ah, hijos de una yegua parda… Esta la van a pagar, hijos de un perro y una rata.

Su voz tiene la furia de un huracán en un desfiladero; sus insultos rebosan de animales. Olavieta respira fuerte, sacudido, y lee una y otra vez el título, el artículo.

—Hay que ponerles una bomba.

Dice, bajo, decidido: hay que ponerles diez docenas de bombas, estos anarquistas hijos de mil putas. Y entonces vuelve a mirarnos, como si se extrañara de vernos ahí.

—¿Y para qué me traen esta bazofia, si puedo preguntar?

—Bueno, yo trabajo en este diario…

—¿Usted trabaja ahí? ¿Usted trabaja con esos hijos de una cerda mal cogida? ¡Retírese inmediatamente de esta casa!

Intento una defensa:

—Si me da un momento, doctor, le explico que…

—Qué me explica ni me explica. Retírese ya mismo, ya le he dicho, o le suelto los perros.

Grita Olavieta, ya de pie, atándose furioso la cinta de la bata: por un momento ha vuelto a ser el procónsul de la Liga Patriótica, el justiciero de la Recoleta. Pero los perros no aparecen.

—Doctor, por favor, escúcheme un momento.

Le digo mientras me paro, y que justamente por eso vine a verlo, porque hay un colega en el diario que está lanzando estas bombas y quería pedirle su ayuda para pararlo:

—Necesitamos su ayuda, doctor. Sólo usted puede ayudarnos a

contar la verdad, a limpiar el nombre de su hija.

—¿A limpiar su nombre?

—Claro, doctor, para eso hemos venido.

Olavieta nos mira como si nos midiera: qué derecho tienen estos dos de decir que mi nombre necesita una limpieza, qué chances tienen estos dos de limpiar nada. Después nos dice que bueno, que volvamos a sentarnos, por favor. Su respiración sigue agitada:

—Bueno, está bien, siéntese. Vos también, muchacha, por favor. Siéntense y cuéntenme. Y disculpen mi cólera, pero qué quieren que haga un padre decente cuando ve…

Olavieta camina hasta un aparador afrancesado, lleno de firuletes, pegado a una de las paredes; abre la puerta, saca un frasco de cristal tallado y una copita de licor:

—Disculpen que no les ofrezca, no son horas. A mí me dijo el médico que cuando me pongo así me tengo que tomar una gota, es la receta. Otra vez les pido disculpas, me he excedido. Lo que pasa es que la prensa es la desgracia de este país, comadrejas sin madre. Yo llevo años predicándolo: estaríamos tanto mejor sin esos traficantes.

Olavieta llena la copa con un líquido rojo, se la toma. Se ve viejo, la cara afilada, la piel peleando con los huesos, la barba matorral, la papada que le cuelga como el buche de un gallo. Desde su puesto junto al aparador discursea con los brazos cruzados:

—Hubo un tiempo en que el periodismo era una ocupación para gente de bien, gente de honor que se gastaba lo que tenía o no tenía para publicar unas hojas que les permitieran difundir sus ideas, sus soluciones para la república. Ahora es un negocio de unos cuantos cerdos, pelafustanes a los que la república les importa tanto como a mí la poesía boliviana, con perdón, tamaños papagallos. Lo único que quieren es darle más y más sangre a la bestia sedienta para sacarle sus escasos dineros: venderle bosta al populacho, y de paso llevarlo de las narices hacia ninguna parte. Yo siempre lo digo: para solucionar los problemas argentinos alcanzaría con llevar a los dueños de tres o cuatro diarios a la Plaza de Mayo y ahorcarlos como hacían nuestros abuelos… O ponerlos a ordeñar, para que sirvan para algo.

El discurso lo va tranquilizando; lo escuchamos con nuestra mejor cara de cera. Olavieta nos sonríe, conforme:

—Bueno, entonces, mis amigos, veamos cómo podemos ayudarnos.

Dice, y vuelve a sentarse en su sillón marrón. Yo toso para aclararme, engolo: mi voz, ahora, es un remedo pasable del supuesto acento Jockey Club de mi supuesto tío:

—Si nos permite, doctor, le querríamos hacer dos o tres preguntas.

—Si es necesario.

—Si no, no lo molestaríamos, faltaba más.

—Bueno, denle.

Dice Olavieta. Tiene la mirada perdida, enfocada en la pared de enfrente: como si mirara el cuadro que alguna vez estuvo ahí, como si hablara con alguien ya perdido.

—Antes que nada, y disculpe una vez más el tema: ¿por qué su primera impresión fue que Mercedes se había suicidado?

Dice Raquel, de pronto, y Olavieta la mira como si hubiera olvidado su presencia. Yo también la miro sorprendido: es la mejor pregunta que no se me ocurrió.

—Bueno, en realidad…

Carlos María de Olavieta se frota la barba como si le picara, piensa un momento, dice que no sabe.

—No sé, fue lo primero que pensé. Ustedes saben, en esas situaciones de tragedia uno cree que lo que ha pasado es lo peor que podría pasar.

—¿Y lo peor era el suicidio?

Dice Raquel, demasiado rápida, demasiado decidida a saltar sobre la oportunidad. Olavieta la mira con sorpresa otra vez:

—¿Y a vos qué te parece? ¿Te podés imaginar algo peor que una chica joven, sana, de buena familia, una chica creyente que de pronto decide terminar con su vida, perderse, condenarse para siempre? ¿Podés imaginarte un dolor mayor que el de esa chica?

—Lo que yo nunca habría podido imaginarme, doctor, y le pido disculpas, es que Mecha quisiera matarse. ¿Cómo iba a querer matarse si lo tenía todo? Como usted dice, era joven, sana; como usted no dice, era linda, inteligente, llena de proyectos. Yo no la conocía tanto como usted, por supuesto, pero todo lo que sabía de ella nunca me habría llevado a imaginar que quisiera matarse. Pero a veces las apariencias engañan, y usted es el padre y seguro que sabe tantas cosas que nosotros no podemos saber, por eso le pregunto qué le hizo pensar en esa posibilidad.

Dice y se calla, esperando la respuesta de Olavieta. Que no llega: el dueño de casa sigue frotándose la barba, mirando hacia ninguna parte, la cara de echarnos otra vez. Al fin dice no sé:

—No sé. La verdad que no sé. Tendría que pensarlo, no lo sé. Quién sabe lo que puede haber en la cabeza de una mujer, ¿no?

Yo no le creo una palabra.

El silencio se hace incómodo. Olavieta nos mira —primero a mí, después a ella, después un punto entre los dos—; al cabo de un momento empieza a pararse:

—Bueno, lo siento si no he sido capaz de…

—Disculpe, doctor. Unos minutos más. ¿Usted sabía que ella conocía a este muchacho Bernabé Ferreyra?

—Yo cómo iba a saber, che, yo no sabía nada. No es fácil criar a dos chicas, saben. Su madre se murió hace muchos años, me dejó a mí solo con las dos, y no fue nada fácil. Hice lo mejor que pude, pero mire. Una se la entregué al convento, la otra al camposanto.

Dice Olavieta y se queda callado, la cabeza gacha. Después, muy bajo:

—Yo ya sabía que mi apellido se perdía. Ahora sé que mi sangre…

Dice, para nadie: como si lo estuviera descubriendo, y se calla otra vez. No me atrevo a romper el silencio; Raquel sí:

—Me imagino que a usted no le gustaba que anduviera con él…

—¿Qué me querés decir, nena? Un poco de respeto. Claro que no me gustaba, como no les gustaría a tus padres si lo hicieras vos. Pero ni siquiera creo que sea cierto. Yo la conocía, ella no andaba con tipos como ese, terneros guachos sin pedigree, sin raza. Y no veo qué sentido tiene seguir con toda esta comedia. Mechita está muerta y está muy claro quiénes la mataron. Si la serpiente oriental que dirige ese diario canalla no quiere aceptarlo, ya le mandaré mis abogados o mis padrinos.

Estoy a punto de preguntarle si tiene abogados, si tiene padrinos, pero me contengo a tiempo; en cambio, trato de devolver la charla a un carril más tranquilo:

—Lo escuchamos en la Recoleta, don Carlos. Su discurso fue muy sentido, muy convincente. ¿Así que usted está convencido de que fue un anarquista el que…?

—Claro que estoy convencido. Si no, no lo diría, che. ¿Cómo no voy a estar convencido?

—No, claro, pero ¿por qué lo harían? ¿Por qué un anarquista se metería acá en su casa a matar a una pobre chica que nunca le hizo mal a nadie?

Interviene Raquel: en su pregunta hay ecos del rencor, del odio que el personaje le despierta.

—¿Por qué? ¿De verdad me estás preguntando por qué? ¿Han venido a mi casa a preguntarme por qué?

—Le pido mil disculpas.

Le digo: que los dos le pedimos mil disculpas y que seguro que hay tantas cosas que no sabemos y que por favor nos diga y que nos disculpe otra vez si hemos dicho algo que no debíamos, que fue de puras ganas de ayudar. Raquel me mira con rabia apenas contenida; Olavieta levanta la mano derecha como un patriarca comprensivo:

—No se preocupe, amigo. Usted no tenía por qué saberlo, es cierto. Pero la respuesta es evidente: porque yo represento lo poco que queda

de bueno y decente en este país invadido por esa horda de extranjeros. Esto se ha llenado de sapos de otros pozos, y nos van a hundir. Ustedes ya nos vieron: somos la punta de lanza de esa gente de bien que construyó esta patria con su esfuerzo, que la regó con su sangre para hacerla grande y que ahora se sigue resistiendo a entregarla a esta masa atea y disolvente que se la quiere apoderar. Sapos, todos sapos.

Olavieta está en su salsa; las palabras le salen sin interrupción, como si las leyera de un libro invisible: que cuando todas las instituciones de la Nación se habían entregado al populacho forastero nosotros fuimos los únicos que seguimos peleando por nuestras tradiciones occidentales y cristianas, y que si ahora algunos militares argentinos se han despertado y han tomado el camino correcto fue porque supieron escuchar el clarín con que nosotros decidimos despertarlos, pero no por eso, dice, nuestra tarea se detiene: debemos permanecer atentos y vigilantes para impedir que vuelvan a caer en la molicie y el engaño y por eso los verdaderos enemigos de la Argentina, la subversión socialista y anarquista, esos materialistas impíos que pretenden quedarse con lo nuestro, saben que no tienen peor enemigo que nosotros, dice, y cualquiera pensaría que el nosotros es puro mayestático, plural que incluye sólo a él:

—Así que imagínese: ¿qué mejor ataque, qué venganza más cruenta que entrar en mi propia casa con nocturnidad y alevosía y despojarme de lo más preciado, la vida de mi hija? Ellos lo saben: perder a una hija es lo peor que le puede pasar a una persona. Pero yo soy católico y creo en el Señor y creo que si Él lo decidió por algo es. Y me tranquiliza recordar lo que dijo aquel legado del Papa de Roma.

Pongo cara de ignorancia para alentarlo. Olavieta esboza una sonrisa, como si hubiera debido suponerlo:

—¿De verdad no saben lo que dijo? Amaury, el enviado del papa Inocencio para acabar con la herejía de los cátaros. Cuando el hombre ordenó que entraran en una ciudad y mataran a todos los herejes, su capitán le preguntó cómo sabrían distinguirlos, y entonces él le dijo «mátelos a todos, que Dios reconocerá a los suyos». Le hicieron caso, mataron a más de veinte mil. Si Mercedes debía morir en este baño de sangre que ya empieza a anegar nuestra patria, yo sé que el Señor sabrá reconocerla y acogerla en su seno.

Remata, como un actor malo que destruye un clásico, con la vieja pose del mentón levantado y la mano derecha hecha puño en el aire. Su discurso lleno de cruces y estandartes no termina de pegar con el batín de seda con su cinto prestado:

—¿O sea, don Carlos, que podríamos obligar a la gente de *Crítica* a desmentir rotundamente cualquier implicación de Ferreyra?

—Pero por supuesto, mi amigo, cualquiera. Ese pelagatos ni la debe

haber conocido a la pobre Mechita. La verdad, que publiquen esos rumores infectos sólo desvía la atención de donde debe estar: les hace el juego a los enemigos de la patria.

No sé qué más decir: no veo salida. Raquel me sorprende otra vez con la pregunta justa:

—¿Y usted sabe, doctor, cómo podría haberse metido el anarquista acá en su casa?

—Para empezar, no sé por qué dice el anarquista. Pueden haber sido dos o tres, vaya a saber; ellos tienen sus métodos. Para seguir, no lo sé, pero tampoco es mi trabajo averiguarlo. Para eso tenemos una de las mejores policías del mundo. Y al comisario Lugones, que se encarga de estas cosas como nadie.

—Pero usted debe tener alguna idea…

—Ninguna, señorita. Ni es mi trabajo tenerlas.

—Vista de afuera, su casa parece bastante impenetrable.

—La ignorancia es atrevida, como siempre.

Dice Olavieta, a punto de estallar. Trato de contemporizar pero no termina de salirme. Y, además, ya está bien que sea Raquel quien tenga que soportar todo el peso del ataque:

—Yo estuve con el comisario Lugones, don Carlos, y me consta que tiene tanto interés en solucionar el crimen de su hija como usted en aprender swahili. Lo que va a hacer es colgárselo al primer inmigrante analfabeto que encuentre, si es posible uno que ni hable castellano, así no puede decir nada.

—El comisario Lugones es un hombre de bien, lo mismo que su padre, y va a hacer las cosas como se debe. Y de todas formas, lo que importa no es el culpable material, sino los que ordenaron la sevicia. Al canalla que violó la santidad de mi hogar y se llevó lo más preciado ya lo mataron sus propios compañeros, así no puede hablar.

—¿De verdad cree eso, doctor?

—No lo creo, lo sé. Es lo que hace esa gente. Esa gente tiene sus métodos, que ustedes ni siquiera se podrían imaginar.

—¿Quién es esa gente?

—Esa gente, caramba. Los anarquistas, los rusos, los socialistas, los tirabombas, los judíos. Esa gente. ¿O usted en qué mundo vive? Esto es el siglo veinte, hombre, el tiempo del desastre.

—Tienen que disculparlo, el doctor está muy alterado. Imagínense, la muerte de la niña… Él no es así, discúlpenlo.

Nos despide Venancia, ya en la puerta, secándose la transpiración de la frente con un pañuelo de colores muy lavados.

—Han sido días muy difíciles. Bueno, en verdad, llevamos años muy difíciles…

Dice, y suspira y mira para abajo. Después, como quien se asusta o se arrepiente, cierra la puerta brusca, con un golpe. Raquel me agarra del brazo y caminamos unos metros Ayacucho abajo. El sol todavía es una piedra.

—¿Qué carajo estamos haciendo, Andrés?

—Nada, ¿qué vamos a estar haciendo? Vinimos a preguntar, queríamos saber un poco más. ¿Vos no querías saber un poco más?

—Claro que quiero, pero no entiendo lo que vos querés. ¿Qué pretendés demostrar? Yo te acompañé, hago lo que puedo, pero no entiendo qué querés.

—Nada, tratar de saber y de entender. Un amigo está envuelto en el asunto, quiero ayudar a que no le caiga todo esto en la cabeza.

No puedo decirle que lo hago por ella, para salvarla del Buda arrancaojos: seguramente se me reiría en la cara.

—Bernabé no tiene nada que ver, Rusita, no podemos…

—Claro que Bernabé no tiene nada que ver. Pero eso lo saben hasta los chinos. Acá el problema es otro: todo lo que nos contó este hombre es un disparate. ¿Cómo va a entrar un tirabombas en medio de la noche acá en esta casa sin que nadie se dé cuenta? No hay manera. ¿Qué querés que haga, que se trepe cinco metros hasta el balcón del primer piso, en plena calle Ayacucho y con el botón parado ahí en la esquina? El tío abuelo de la patria éste nos está tomando por otarios.

—Tranquila, Raquel. Por supuesto que el tipo no puede saber si el que entró fue un anarquista de Malatesta o un socialista del padrecito Stalin o un ladrón de gallinas extraviado, pero lo cierto es que hubo alguien que entró y le cortó el gañote a tu amiga Mercedes.

—¿Ah, sí? ¿Eso es lo cierto? ¿Que alguien entró y degolló a Mercedes?

—Sí, claro. ¿O qué pensás, que el cadáver es falso y ella se fue a vivir a la Costa Azul?

—No, che, no seas idiota. Ella está muerta y enterrada. Pero que alguien entró…

—Alguien entró, Rusita, claro. Ya sabemos que no pudo ser suicidio.

Raquel suspira hondo, me suelta el brazo, amaga decir algo, calla. Después dice que ahora tiene que hacer, abre la cartera, me da un papel doblado en cuatro:

—Mi número, por si acaso. Espero que lo uses para el bien.

Me dice y me sonríe, y la sonrisa se me clava en el medio del plexo.

—Vos sabés mucho más que lo que me contaste. Y me parece que querrías saber mucho menos.

—No te pongás misteriosa, Rusa, que te queda pifiado.

—Vos no te pongás canchero, Andrés, que no sabés ni cómo

deletrearlo.

Dice, me acaricia muy leve una mejilla, se va con revoleo de pelos rojos y música de suelas.

18

Pocas cosas más raras que estos remansos de supuesta calma. Hay momentos en que todo puede ponerse vertiginoso, pero ayer después de dejar a Raquel pasé por el diario sin dar con González Galuzzi, me fui hasta Los 36 Billares sin encontrar a nadie, caminé unas cuantas cuadras sin rumbo ni interés, estuve a punto de tomarme el tranvía hasta Barracas para cenar en lo de mamá, me arrepentí a tiempo y terminé acostándome a las 11 de la noche por puro aburrimiento. No me podía dormir así que abrí la libretita a ver si podía retomar «Cobarde». El principio me seguía gustando: «Marioneta con hilos cambiados,/ soldadito bailando al compás,/ una queja que gritás callado,/ un rezongo que no sale más.// Cobarde,/ sos un cobarde y te engrupís de guapo,/ sos un gilún y la posás de rana,/ sos lo que sos porque no sos ni nada,/ príncipe azul que se quedó en el sapo…» El problema es que es puro retrato, no pasa nada; tendría que armarle alguna acción. Lo intenté: «Tu pobre vieja vive sola y triste/ y vos te hacés el gil, el gran señor…» No, seguía en las mismas, y encima la métrica se me había ido al carajo. Diez sílabas, había empezado con diez sílabas y tenía que mantenerlo: «Y tu vieja sigue sola y triste,/ mientras vos las vas de gran señor…» Ahí las sílabas estaban bien, pero seguía sin ir a ningún lado.

No salía, me resigné, volví a apagar la luz. Ese tiempo que perdí anoche podría resultarme tan necesario ahora o más tarde o mañana, pero cuando lo tenía no tenía cómo usarlo. Todo está repartido de una forma perfectamente injusta: incluso el tiempo.

—Don Andrés, telegrama para usted.

Un telegrama es un momento raro: un minuto de zozobra, de amenaza. Nadie manda un telegrama si no tiene algo más o menos temible o decisivo que decir: pienso en mi madre, la salud de mi madre, la vida de mi madre, y salgo hasta el salón a recogerlo. Cuando veo que está firmado Manuel Cuitiño me tranquilizo; debería ser al revés. Lo abro; en el papel muy tosco hay tiritas pegadas con las palabras del mensaje: «Mujeres de dos ojos las mejores Stop Felicitaciones siga así Stop Cuidado en reino ciegos tuerto sigue siendo tuerto Stop Lo veo». Creo que lo entiendo y decido bajar a tomar un café. El Gallego García está como loco:

—Rivarola, no me digas que le conoces.

—¿Qué si conozco qué, Gallego?

—¿Qué va a ser, hombre? A Bernabé, no me digas que le conoces…

—No, no lo conozco. Nos sentamos en la misma mesa porque todas las demás estaban vacías y nos daba pavura.

García me mira sin entender si debe ofenderse o hacerse cómplice del chiste. Mientras lo piensa se da vuelta para preparar el café; yo aprovecho para mirar los diarios amontonados sobre el mostrador. *La Nación* y *La Prensa* ignoran con deliberación la historia vulgar del deportista y la señorita asesinada; *El Mundo* y *Últimas Noticias*, en cambio, lo retoman, sin agregar nada a lo que ya dijo *Crítica*, que se les adelanta una vez más: «¿Zarpazo mortal de La Fiera?», se pregunta en su primera página y, más adentro, la nota de González Galuzzi llena el fuego de nafta: «A raíz de nuestras revelaciones de ayer, consultamos a un investigador de reconocida trayectoria en las filas de la Federal, que nos aseguró que la resolución del caso es inminente. También afirmó que, si bien la hipótesis principal sigue siendo el accionar de un grupo de anarquistas, "ninguna otra puede ser descartada". Cuando le preguntamos si Bernabé Ferreyra estaba entre los sospechosos, respondió, palabra por palabra, que "si el sujeto de marras estaba enrededado con la chica, y si encima se había peleado con ella, cualquier policía bien nacido debería sospechar"».

—Qué hijo de puta.

Vuelvo a murmurar, y de nuevo no me queda claro a quién se lo dedico. Mejor no pensarlo, pienso, y suenan tres o cuatro bocinazos imperiosos. Otra vez algún idiota impaciente se quedó atrancado detrás del carro del lechero. Junto al artículo principal hay un suelto titulado «¿En el lugar del crimen?», que dice que hay rumores de que Bernabé está de vuelta en Buenos Aires. «Quizá para ocuparse de su situación judicial —dice—, aunque no hemos podido confirmarlo».

—Qué hijo de puta.

Los bocinazos se repiten y miro a la calle: allí mismo, pegado a la vereda, el Packard negro enorme, todo curvas y cromos, cubrecubiertas blancas y estatuitas doradas y, en la ventana trasera, la masa oscura de don Manuel Cuitiño que me hace señas con un brazo y grita algo que no puedo oír.

—No sabe cómo extraño mi juventud, Rivarola, cuando me agarraba todas las enfermedades que había por ahí. Usted no puede entender porque es muy joven. Un hombre se da cuenta de que es viejo cuando estornuda y le da miedo. ¿No será un cáncer? ¿No será el corazón? ¿No se me va a romper todo por adentro? No sabe cómo extraño aquello de que una enfermedad fuera solamente una enfermedad, no el mensajero de la parca.

El Packard se mueve lento, imperioso: como quien sabe que es el

amo. Cuitiño ocupa dos tercios del asiento; a mí me queda un tercio chico. La parte trasera es una especie de saloncito separado por vidrios del conductor y sus miserias; si no hubiera vidrios tampoco importaría: la distancia entre el chofer y los señores le impediría escuchar nada. En el saloncito hay un pequeño bar de madera pulida y dos asientos extras plegados contra el asiento delantero, una alfombra lanosa y un perro negro que parece el cadaver de un perro. Las ventanas están cerradas; pese a los ventiladores a cada lado del techo, Cuitiño suda a chorros.

—¿Y, Rivarola, le gusta el paseo? No me diga que la ciudad no se ve diferente desde estos salones movedizos. ¿No es como si fuera de mentira, como si la única verdad fuera esto de acá adentro? Quizá no sea una ilusión, mi amigo, quién le dice.

Afuera, en la mentira, hay barcos, grúas, trabajadores engrasados que descargan paquetes enormes: el Puerto Nuevo está en plena maniobra.

—Se preguntará por qué lo traje por acá y la verdad, che, no tengo ni idea. Yo no le digo al Capitán por dónde quiero ir: él agarra, yo me dejo llevar, me dejo sorprender. Parece que hoy se puso marinero, vaya a saber qué piensa. ¿Y usted, mi amigo, usted qué piensa?

—¿Qué quiere que piense, don Manuel? Me parece que ya hice lo que me pedía, así que espero que lo tome en cuenta y…

—¿Y qué? ¿Que lo deje tranquilo? O más bien que se lo recompense, claro. No se preocupe, Rivarola, la recompensa va a llegar, y la niña de sus ojos va a seguir teniendo dos ojitos. Lo que pasa es que todavía le falta una para dejar el trabajo terminado. Ahora el idiota está a punto de caerse al agua. Mire el agua, mire la mugre que tiene: ahí el que se cae no sale vivo. Bueno, nuestro amigo está a punto de caerse, así que es el momento justo para que usted se lo haga entender. Primero tiene que explicarle, porque el muchacho es corto. Entonces usted va y le dice que ahora lo que se está jugando ya no es la carrera de futbolista sino la libertad: que si se sigue haciendo el vivo no va a jugar nunca más ni al truco gallo. Pero que no se preocupe, que nosotros somos caritativos y buenos y cristianos y todas esas cosas: que nos firme el contrato y en tres días le encontramos un culpable y a él lo dejamos más limpio que el culito de un bebé.

Me pierdo: no puedo evitar pensar en la limpieza del culito de bebé, en que no soy el único en usar esa metáfora, en que se ve que tenía razón; Cuitiño me llama al orden:

—¿En qué anda, che? ¿Se nos fue a la luna de Valencia? Usted me gusta, Rivarola: usted sabe escuchar. No es como esos pelandrunes que hablan y hablan, y se creen que tienen algo que decir. Hay tanta gente que habla… Tendría que haber una carrera: para poder hablar hay que conseguir una habilitación municipal, aprobar los exámenes. Los

que no tienen, que se queden callados o, a lo sumo, que contesten cuando la gente con título les dirige la palabra. Pero eso no quiere decir que se me quede en babia, m'hijo. Atento, que acá todos nos jugamos mucho. Pero claro, algunos más que otros.

—Sí, don Manuel, disculpe. Ahora, disculpe que se lo diga así, pero a usted la muerte de la chica le vino de perillas, ¿no?

—¿No estará insinuando que yo puedo haber tenido que ver con ella, me imagino?

Me dice el Buda, pero su voz suena más divertida que enojada.

—No, cómo se le ocurre.

—¿Ah, no?

Cuitiño me sacude una palmada en el muslo complementada con risa franca, un poco aguda, como si no correspondiera a su volumen. Me envalentono:

—¿Y usted está seguro de que van a encontrarlo tan pronto al culpable?

—Ay, muchacho, usté a veces parece inteligente. Encontrarlo lo encuentra cualquiera. Nosotros le vamos a conseguir uno nuevito, a estrenar: un culpable perfecto. Usted no se preocupe de eso; usted vaya, hableló y me lo trae para que firme. Del culpable ya me encargo yo.

Pienso en decirle que no es necesario, que Lugones está en eso y que ya lo tiene cocinado, pero prefiero callarme: por una vez tengo una información que pudiera servirme, aunque todavía no sepa para qué. Pero empujo un poquito:

—¿Y qué va a ser, un anarquista, como dice Olavieta?

—Los anarquistas son más complicados; niegan todo, se resisten, tienen el berretín de morir por la causa. Más fácil va a ser un pobre diablo: por mil pesos para la familia le hacemos cantar la Biblia en verso.

—Olavieta no va a estar contento.

—Con el debido respeto, mi estimado: el señor Olavieta me la renfanfinfla.

—Disculpe, don Manuel, ya que estamos en eso: ¿Olavieta tiene mucha plata?

—¿Mucha? Ni una rupia. Si hasta el campo de su esposa lo perdió. El tipo tenía más deudas que Alemania, tuvo que entregar todo. Así que ahora se quedó más pato que ese que me zampé el otro día. Pero hay gente de pro, muy de pro, que lo mantiene para que pueda seguir llevando el movimiento. Para mí es un error, ya se los dije. No les sirve que el jefe sea un cajetilla, un viejo de la vieja. Hay que conseguirse uno más popular. Esos tipos atrasan: se creen que los líderes tienen que ser gente educada. No entienden que la única forma de manejar al populacho es con gente tan bruta como ellos. O por lo

menos que sepan pasar por brutos, que hablen su idioma, que se parezcan a ellos. Es una lástima, quién sabe lo que nos va a costar, pero es la única manera. Lo que no podemos hacer, mi estimado, es dejarle este país a la chusma. Nosotros lo hemos llevado adonde está, y no podemos abandonarlo. Si lo abandonamos quién sabe lo que puede pasarle, ¿no, mi amigo?

Dice el Buda y mira por la ventana, pura pesadumbre; amaga decir algo pero calla. Más allá, en la mentira, obreros cargan cosas, sudan, hacen ruidos, gritan. Lo que no entiendo, y me molesta, es por qué Cuitiño me sigue usando como intermediario. La pregunta me sale tan respetuosa que apenas es una pregunta:

—¿Y por qué no va usted a verlo a Bernabé, don Manuel?

—Yo sé que usted no me lo pide, pero yo igual le voy a dar un consejo. Algunos dicen que sólo hay que darlos cuando te los piden; yo digo que los únicos consejos que sirven son los que nadie pidió. Así que escuche: nunca pregunte lo que no quiere saber. Acá usted no quiere saber por qué, así que no pregunte. Para mostrárselo, se lo voy a contestar. ¿Usted me ve a mí viajando hasta Junín por ese patasucia mandaparte?

Me resulta difícil contenerme: tengo muchas ganas de decirle al Buda más soberbio que no tiene ni idea, que no sabe que Bernabé está en Buenos Aires y en cambio yo sí, que se deje de jugar a los oráculos, pero elijo callarme. La mole no se enteró de nada:

—Hasta Junín, imagínese. Y aunque estuviera acá a la vuelta. Yo no estoy para esas cosas, Rivarola. Si lo encaro yo, el pibe se va a hacer ilusiones. Se va a confundir, me entiende, va a creerse que puede hablar conmigo, y después quién carajo lo para. Si habla con usted se queda en su lugar, todo sigue clarito. Usted es la forma de decirle quién es, de ponerlo a su altura. Pero bueno, basta de hablar, que no tenemos tanto tiempo. Hoy es jueves; lo quiero tener acá a más tardar el sábado, con su contrato firmado y el rabo entre las patas.

Cuitiño golpea el vidrio con su bastón de empuñadura de plata, calavera con ojos de rubíes: Capitán, pará acá. El coche para, el cadáver de perro se despierta y ladra, Cuitiño me dice que hasta más ver, que ha sido un gusto. Me bajo, oigo la batahola de mugidos: vacas y más vacas que suben, quejosas, a un gran barco. Me pregunto por qué subirán vivas: hay lugares a los que ciertos cuerpos sólo llegan muertos. Un policía se acerca y me pregunta qué carajo me creo que estoy haciendo ahí; le digo que no sé, que de verdad no sé pero que no se preocupe, que me voy ahora mismo.

He caminado muchas cuadras entre los vericuetos del puerto —muelles, galpones, un puente levadizo, calles de tierra que chocan con

el agua, cuadrillas de operarios, jirones de desocupados que buscan un conchabo, mujeres muy gastadas— hasta encontrar un almacén muy atorrante. En la puerta hay tres mesas debajo de una parra; pido un especial de mortadela y un sifón de soda y si por casualidad no podrían prestarme el teléfono, que tengo una emergencia. Una mujer muy gorda, su acento de algún lugar confuso, me dice que qué me creo que es esto, el Plaza Hotel, y que ellos no tienen teléfono ni aviones ni cloacas ni cigarrillos rubios. Me como el sándwich, sigo caminando: ya saliendo al Bajo, en otro bar —el Anchor's, asamblea de marineros de todos los países, mujeres en sus mesas— consigo un aparato:

—Sí. ¿Hablo con la oficina de Gleizer? Sí, gracias, querría hablar con Raquel, si es que se encuentra. ¿Ah, todavía no, más tarde? Bueno, gracias, gracias.

Vuelvo a la calle, sigo caminando. Estoy cansado, estoy harto, no puedo creer que lleve tantos días metido en esta historia de fantasmas. Trato de ser optimista, me convenzo de que seguramente ya se acaba. Me gustaría saber qué beneficio voy a sacar y no lo sé, ninguno, siempre igual, tremendo gil a cuerda. Quizá tiene razón Cuitiño: si algo aprendí en estos días fue a callarme; me gusta y no me gusta. No me gusta.

19

El humo es una nube, el ruido una tormenta, los movimientos puro desparramo; esta tarde la redacción de *Crítica* no me parece mágica. La veo como una fábrica de engaños y zonceras, un taller donde esforzados operarios buscan el modo de contar mentiras que parezcan verdad y viceversa —y no sé de dónde me sale tanto juicio moral, tantas certezas. Unas palmadas en la espalda me sacan de mi calesita: Señorans me pregunta cómo estoy y me lleva a un pasillo donde no hay nadie; está pálido, los ojos hinchados. Le pregunto qué le pasó, pero el catalán no me contesta; golpea sin amagues:

—Así que el viejo Guiller te empaquetó para regalo y te vendió por dos con veinte.

—¿Qué estás diciendo, che?

—La tapa de hoy, Bernabé casi culpable, casi condenado, casi linchado en la plaza pública. Una obra de arte del casi, una joyita: al pobre chaval le va a costar la piel salir de esta. Cuitiño debe estar contento. Y más contento que Cuitiño está don Guillermito: ayer le prometieron que en mayo por fin lo ponen de jefe de sección. No sabes cómo saltaba. Hasta acá, por lo menos.

Dice Señorans y pone la mano a la altura de su bajo vientre. Me da un ataque de quinceañera abandonada: el muy canalla ni siquiera me llamó para decírmelo. Después me río de mi reacción y vuelvo a la de siempre:

—Qué hijo de puta.

Pero esta vez sí sé de quién hablo. Señorans me ofrece un cigarrillo y me dice que no me caliente, que hay que aceptar que es así, que con una muerte como esta ganan todos:

—O casi todos, para seguir con el estilo de la casa. La muerta no gana nada, pobrecilla, pero después hay cola para sacarle el jugo. El que la mató, claro, porque por algo la mató: ese es el más evidente y el más difícil de ver. El comisario Holster ni te digo: más de uno le está poniendo toda la mosca que sea necesaria para mantener el tema controlado. Mi sacrosanto diario, que en nombre de la información audaz y decidida se vende como pan caliente y así Botana se sigue pagando los Rolls y los habanos y los frescos, y su señora anarquista sigue agitando en sus salones. Los que quieren coparle la parada a Bernabé, por supuesto, que mejor ni hablemos. Y el padre de la chica, que pretende volverse un Duce de las pampas y tenía una hija un poco

descocada que tonteaba con izquierdistas y judíos y empleados ferroviarios, y ahora en cambio tiene una mártir de la causa. Y hasta vos, vaya a saber cómo. Me lo imagino, claro, pero prefiero no saberlo.

—Y todo por tu culpa, Señorans. Si vos no hubieras hablado aquella noche…

—¿Qué, qué habría pasado? Es fácil echarle la culpa a los amigos.

—A los amigos no es tan fácil. Disculpame, que estoy llegando tarde.

Le digo, y vuelvo a la redacción, la cruzo sin mirar a nadie, me meto en la escalera. Abajo la recepción está vacía; la señora del cuello, aburrida, me ve pasar y me pregunta si ya terminé el día, tan temprano. Paso sin mirarla, salgo a la calle, sudo, me meto en la Unión Telefónica. En la oficina de Gleizer una mujer que suena fumadora me dice que Raquel le dejó dicho que la busque a las seis en la Richmond, que me espera sola.

—Eso dijo: que lo espera sola.

—Sí, claro, es una broma que tenemos.

Le explico, sin saber por qué.

Esta tarde a las seis la Richmond se parece mucho a la Richmond la otra tarde a las seis, cualquier tarde a las seis: hay lugares que son lo que son porque lo son casi siempre. Entro, miro el reloj de péndulo con bronces pretenciosos, veo que son las seis y dos, veo a Raquel que levanta un brazo en una mesa cerca de la ventana, voy. Raquel cierra el libro —un Sherlock Holmes publicado por Tor, edición más o menos pirata— y se para a saludarme con un beso en la mejilla.

—No sabía si el mensaje te iba a llegar o no.

—¿Qué mensaje? Yo solamente pasaba por acá.

—Seguro, Andrés. Es tu boliche preferido, ¿no?

Nos reímos, nos sentamos. Raquel me dice que tiene algo muy impresionante que decirme:

—Tengo algo muy impresionante que decirte. Acabo de hablar de nuevo con la hermana. No sabés.

—No, claro que no sé. Me podrías haber avisado antes, ¿no? ¿Te parece bien ir a verla sola, sin…?

—Pará, che, pará, no te pongás así. Antes de crucificarme, ¿no querés escucharme dos minutos?

Resoplo, le digo que sí claro. Raquel empieza a hablar; alguien se acerca a la mesa y nos interrumpe:

—Disculpen, no quería molestarlos.

—No molestás, Georgie, qué ilusión. Al contrario, un placer verte.

Dice Raquel, y yo asiento sin ningún entusiasmo. Borges nos da la

mano, floja, como deshuesada; a su lado hay una chica joven, veinte o veintiuno: la presenta, un poco tartamudo:

—Elsa Astete, una a-a-amiga.

Dice, y la chica —castaña, no muy alta, ojos oscuros, la nariz afilada en la cara redonda— intenta sonreír e inclina la cabeza. Borges nos pregunta si supimos algo más de la pobre Mercedes: alguien me dijo que salió en el diario, dice, que ahora dicen que la mató un football player desesperado o borracho o celoso. La chica da un paso atrás, para empezar a irse, pero Borges no le hace el menor caso:

—¿Sabés que el otro día estaba pensando en el padre, Rachel?

Dice, y pronuncia Rachel a la inglesa, Reichel, su acento rebuscado: que pensaba en él y se acordaba de esa historia que justo publicó en *Crítica* sobre ese inglés que decidió hacerse pasar por un rico heredero y lo logró porque no se parecía en absolutamente nada al tipo que quiso suplantar, una historia que encontró en una enciclopedia, dice, y que tituló El impostor inverosímil Tom Castro. Intento frenarlo: qué tiene que venir ese cajetilla a hablarnos de sus cuentitos para señoras gordas. Borges no me hace caso:

—Bueno, se ve que Olavieta no leyó esa historia.

Dice, y que su padre conocía al padre del otro, que era un buen profesor de matemáticas en el Colegio Nacional, un tipo de buena familia —«de buena familia», dice— pero sin ninguna fortuna, y que Olavieta se ha pasado la vida queriendo parecer un patricio argentino y que para eso, en lugar de hacer cosas raras, distintas, de hacerlo «à la façon Tom Castro», se empeñó en hacer todo lo que hacen los patricios. Que al principio le fue bien porque se casó con una mujer rica y que la mujer se murió muy pronto de vaya a saber qué y le dejó el caserón ese donde vive y ahora dice que es hombre de campo y que lo perdió por culpa de estos inmigrantes, pero que si alguna vez tuvo vacas fue en sus sueños.

—Y ustedes deben saber por qué una de las mellizas se hizo monja. Fue para escaparse de su papá, no sé por qué, de qué, pero sé que quería huir de él. Vaya a saber qué pasaba ahí, ni idea, pero eso sí lo sé porque mi prima Elvirita las conoce de siempre: el señor Olavieta nunca aceptó que sus hijas lo desobedecieran. A veces se le ocurrían órdenes muy extrañas para darles.

—¿Como qué?

Le pregunta Raquel, fascinada, y Borges le contesta que no quiere decirnos algo de lo que no puede estar seguro. Y que a esta altura ya nadie va a saberlo de verdad: la pobre Mecha muerta, Socorro en esa casa de clausura.

—Su confesor, tal vez. Pero dicen que eran raras las órdenes, desórdenes, el caos.

Dice Borges, y nos pide disculpas por la interrupción, agarra el

brazo de la señorita, se la lleva a una mesa apartada. Camina como un pato paspado pero orondo; tiene los pies más chiquitos que he visto en mi vida.

—¿Y a este por qué se le ocurre venir ahora a decirnos todo esto?

—No sé, Andrés. Porque sí. ¿Tiene que tener un motivo?

—La gente en general tiene motivos para hacer las cosas. ¿Porque quería impresionarte?

—Si es eso, lo consiguió. Pero no como vos estás pensando. Me impresiona que no nos hayamos dado cuenta de nada. Nosotros estuvimos ahí.

—Sí, estuvimos ahí pero ¿qué vimos? Un salón decadente, una mucama, un tipo en bata con el cinturón equivocado… Pará, no cambiemos de tema. ¿Vos me dijiste que fuiste a ver a la monja, o lo soñé?

—La fui a ver, claro. Y no fue un sueño, fue una pesadilla.

—¿Me la pensás contar?

—Para eso fui, tarado. Pero vos no me dejás.

—¿Para eso fuiste? ¿Fuiste sola, me dejaste afuera y ahora vas a decir que lo hiciste por mí? Ay, las mujeres…

—Ay tu abuela, Pibe. ¿A vos te llaman Pibe, no?

—Algunos, sí. Mis amigos, digamos, si tuviera.

—¿Y me querés decir por qué?

—¿Por qué no tengo?

—Basta, Andrés. ¿No era que lo que más querías en el mundo era saber quién es el asesino?

—Ya eso no depende de lo que quiera o no quiera.

—Ah, el destino: te alcanzó tu destino.

—No jodas, Rusa.

—No jodas vos, Pibe. Fui sola porque ella me llamó y me dijo que la única forma de hablar sin la madre delante era que vos no fueras: que con mujeres sí la dejaban hablar sola. Así que cerrá un poco el pico, por favor, y escuchá. Capaz que aprendés algo.

El mozo trae la Quilmes Cristal, las papas fritas, los maníes, las aceitunas con anchoa, y los reparte en la mesa con un arte certero. Raquel lo deja hacer callada, intentando mirar la mesa, veinte metros más allá, donde Borges se acerca mucho a la chica, le habla casi al oído. Yo resoplo; el mozo se retira, Raquel me dice que fue todo muy raro: que la hermana le dijo que la llamaba porque Venancia le contó que fuimos a ver a su papá, y le preguntó si nos había hecho la filípica —«la filípica», dijo— de la nación y la patria y la república. Y que lo

decía con violencia, como con rencor, y que le pidió que fuera a verla sola para hablar tranquilas, y que cuando llegó vio que tenía los ojos rojos, como si hubiera llorado mucho, y que de golpe le preguntó si a ella, a Raquel, no le parecía raro que ella, Socorro, hubiera querido hacerse monja a los veintitrés años, que, siendo una mujer moderna en una ciudad moderna, con una vida moderna por delante, se hubiera convertido en un cadáver ambulante.

—¿Cadáver ambulante? ¿Eso dijo, cadáver ambulante?

—Sí, y dijo moderna muchas veces, me llamó la atención. Moderna, en ese bastión de la edad media. Y entonces me dijo que había sido la única forma de escaparse que encontró. Le pregunté de qué: escaparse de qué. Bueno, quizá no era la única, me dijo, me podría haber ido a otro lado, a otro país, me dijo, que se podría haber ido pero que le faltaron… esos, que al fin y al cabo soy una mujer, me dijo. Casi le doy un bife.

Raquel se calla, toma un sorbo de cerveza, levanta una aceituna y la vuelve a dejar en el platito de latón. Y que entonces la monja le contó una historia que no entendió muy bien: que tenía que escaparse, que su padre la quería casar con un fulano bastante desagradable que tiene mucha plata, un buen campo, un caserón en la avenida Alvear, que los iba a salvar a todos o eso por lo menos pensaba el padre pero que ella ni muerta se iba a casar con ese tipo, que era asqueroso, un baboso, un viejo repugnante, que a ella le gustaba un chico pero que el padre no quería ni escuchar hablar de ninguna otra cosa y que cuando quiere algo lo consigue y que ni nos imaginamos las cosas que puede hacer y que la amenazó con contar la historia de la madre si ella no le hacía caso.

—¿Que la amenazó con qué?

—Con eso, me dijo, con contar la historia de la madre. Pero de eso no habló más y yo, la verdad, con todo lo que decía me olvidé de preguntarle.

Le tiembla la mano encima del mantel; se la agarro, la aprieto:

—Bueno, tranquila, contame cómo sigue.

Raquel la deja, sigue su relato:

—Nada, eso, lo mismo que nos dijo Georgie: que la única forma que encontró de escapar al destino que le había armado su papá fue meterse a monja. Que por primera vez tuvo la sensación de que le había ganado, que había hecho algo que él no podía deshacer, que se le había ido de las manos. Eso dijo: ido de las manos; me llamó la atención, porque tiraba el cuerpo para atrás, como si se escapara todavía.

La escucho fascinado: con ella, con la historia, con mi propia

situación. El placer raro de pasar del otro lado de las apariencias, de averiguar algo que estaba perfectamente oculto, de romper el cerco. Siento como un brote de satisfacción, respiro hondo, ensancho el pecho; después me siento tonto. Raquel no para:

—Me dijo que fue el error de su vida, que ahora sabe que ir a enterrarse a ese convento fue el error de su vida y que no tiene solución, pero que también fue su mayor triunfo. «Será el error de mi vida», me dijo, «pero ahora es mi vida». Una frase demasiado redonda, se ve que la pensó miles de veces. ¿Quién fue que escribió eso de que lo dijo con prosa tan perfecta que parecía que detrás ya no quedaban recuerdos?

—Bueno, ahí adentro tiempo para pensar debe tener.

—No seas hijo de puta, Andrés. ¿Vos te imaginás la vida de esa pobre chica?

—Prefiero ni pensarlo.

Le digo, pero no puedo evitar preguntarme si será virgen: si habrá tenido alguna chance antes de entrar, si habrá quedado así ya para siempre.

—¿Y te dijo por qué te estaba contando todo eso?

—Me dijo, sí, y tenía sentido. Me dijo que durante todo este tiempo nunca dijo nada porque no quería perjudicar a la pobre Mechita, pero ahora… Fue curioso: me dijo «ahora que estamos las dos en manos del Señor, ahora que ya no somos de este mundo, ya no importa».

Dice Raquel y se echa un trago largo: acaba la cerveza. Levanto la mano para pedir otra, calculo si tendré plata suficiente, decido que no importa, que ya veré después, pienso que quizá deba pedirle a ella, prefiero no pensarlo. Raquel me dice que entonces le preguntó si lo iba a contar en público y que la monja le preguntó qué quería decir en público, y que le dijo que en los diarios, esas cosas, y ella le dijo que no, que el único que puede juzgar estas cosas es el Señor y que ella ya lo perdonó.

—¿Que ya perdonó a quién? ¿Qué es lo que perdonó?

—No sé, Andrés. Eso es lo más raro. No fue clara, me dijo que está segura pero no lo sabe, que tiene convicciones pero no certezas, cosas como esas.

—¿Pero de qué, de qué carajo están hablando?

—Que toda la historia le parecía un disparate. Que no podía ser que a alguien tan así —dijo «tan así», eso es lo que dijo— como Mercedes le gustara un footballeur del interior, un bruto semianalfabeto. Que eso no lo entendía, no podía entenderlo, dijo. A menos que fuera otra historia de papá, dijo.

—¿Cómo otra historia de papá?

—Lo mismo le pregunté yo: ¿cómo que otra historia de papá? Nada, estoy diciendo tonterías, me dijo, y lo repitió dos o tres veces, y

no hubo forma de sacarla de ahí.

Dice Raquel, y levanta la cabeza para marcar que llegó al final de su historia. Le acaricio la mano con los dedos; la retira.

—Lo único que me dijo fue que la que puede saber es Venancia, que hay que preguntarle a ella. Yo le dije que no se la veía con muchas ganas de hablar, y me contestó que si ella le pedía seguro que sí nos hablaba.

—¿Te parece?

—No sé, Andrés, no tengo ni idea. ¿No te parece muy raro todo, lo que me contó, lo que no me debe haber contado?

—Me parece. Pero no parece muy inteligente quedarse así diciendo lo raro que es todo, ¿no?

—¿Y cuándo fuimos muy inteligentes? Yo ya no sé qué hacer.

Dice, toca el libro de Sherlock, se sonríe:

—Si fuéramos detectives como en las novelas querríamos reunir muchos datos y después encontrar una explicación que los ordenara a todos. Al fin y al cabo lo que quieren esos detectives es poner orden, por eso se meten con el mayor desorden, los asesinatos. Pero nosotros sólo queremos averiguar una o dos cosas porque nos molesta no saberlas, ¿no?

—Yo te diría, más bien, para no sentirnos tan canallas.

—Hablá por vos, Andrés.

—Hablo por mí, Rusita. ¿Nos vamos? Si tenés ganas podemos…

—Sí, dale, ya estoy llegando tarde. Mañana nos vemos.

20

Me había ilusionado: la mano de ella dócil bajo la mía, ese brillo en los ojos al contarme su encuentro con la monja, las ganas compartidas de deshacer las sombras. Pero Raquel se fue quién sabe dónde y yo camino por Florida sin saber dónde ir, aunque sé qué tengo que hacer: debo encontrar a Bernabé Ferreyra, ofrecerle mi ayuda —si es que se puede llamar ayuda a la mano que te tiende el que te tiró al agua. Manos: por todas partes me aparecen manos.

Paso por la pensión: no llamó nadie, y doña Norma amenaza con contarme por decimonovena —¿o será la vigésima?— vez la historia de la agonía de su pobre marido, que en paz descanse. Intento una excusa que no precisa ser creída; doña Norma, ofendida, me recuerda que todavía le debo enero, por no hablar de este mes; le digo que sí, que lo tengo presente y me tiro en la cama. Lo raro es que empiezo a tararear lo que podría ser el principio de un tanguito y el chorro no se para: «Pobre muchachito rico,/ pobre pibe cajetilla:/ que quisiste ser un langa/ y no te daba el pinet».

Parece que el rencor funciona una vez más; agarro la libreta, anoto: las palabras fluyen. No digo que salga todo de golpe, pero al cabo de una hora de excitación, casi de placer, tengo algo que se parece a un tango entero:

Pobre muchachito rico,
pobre pibe cajetilla:
que quisiste ser un langa
y no te daba el pinet.
Esos hombros escurridos,
ese pelo que se pianta,
las gambas que no te aguantan
ni un tanguito del revés.
Planchabas, perdías,
las grelas ni te junaban
o peor, se carcajeaban
antes que las encarés.
Así que te inventaste
que sos poeta
y las corrés con esas
rimas berretas

y cuando se te ríen
no te das cuenta…
Gil, te creés un gran señor y sos un gil,
Gil, te creés un trovador y sos un gil,
Gil, qué no dieras por poder bailarte
un tanguito con cortes y quebradas
y apretar a una morocha brava
hasta dejarla
sin respiración.

Pobre muchachito rico,
pobre pibe cajetilla,
que quisiste ser un guapo
y no te daba el valor.
Qué susto andar por la vida
tan lejos de las polleras
de tu mamá o tu niñera,
tan cerca de tu pavor.
Y lo pior, que se te nota,
y los taitas se aprovechan
y te gozan o te echan
de los puestos del varón.
Así que te inventaste
que sos poeta
y los mirás con esa
cara berreta
del que se cree que sabe
y es puro esparo…
Gil, te creés un gran señor y sos un gil,
Gil, te creés un trovador y sos un gil,
Gil, qué no dieras por poder trenzarte
en una esquina rea con un guapo
y dejarle la facha como un trapo
hasta que el ñato
te pida perdón.

No le sé escribir la música; sólo lo tarareo pero, al tararearlo, me da la impresión de que podría funcionar —si es que a alguien le importara la historia de un gordito como Georgie. Rencor, mi viejo rencor, dice el último tango de Carlitos: la madre de todo o casi todo. Por un momento vuelvo a pensar en ella: no creo que me atreva a mostrárselo a Raquel; me imagino que no lo entendería. Pero sigo feliz y tengo que contárselo a alguien; me pongo mi único traje oscuro y

me voy a Los 36 Billares: el Gorrión no está, ni ningún otro conocido. Entonces vuelve Bernabé: lo había olvidado durante un rato largo y muy feliz; de pronto reaparece. Se me ocurre que mi mejor opción para encontrarlo es darme una vuelta por los cabarutes, pero todavía es muy temprano. Me armo un partido de billar contra mí mismo: pierdo, o creo que pierdo. A las diez y media, aburrido, muy malhumorado, supongo que ya es hora.

Es jueves: Corrientes está lleno de gente, coches, buscas, agobio de una noche de verano. En el Chantecler un portero con ambiciones de ropero, galera y levitón verde, me dice que a quién quiero engañar con eso de que busco a Bernabé Ferreyra, que me las tome antes de que me rompa la cabeza. En el Marabú el portero ropero de galera y levitón marrón me pide que le deje un documento para dejarme entrar a dar una vuelta por el salón donde toca una orquesta de jazz, ver bataclanas con menos ropa que un atún recién pescado, aturdirme, desear, putear, salir sin encontrarlo. En el Casanova el portero ropero de galera y levitón rojo me dice que si Bernabé estuviera ahí él lo sabría y cuando le pregunto si me lo diría el tipo se ríe y me dice que no —y que mejor me raje mientras le dura la paciencia. Desanimado, harto, estoy por saltearme el Tabarís cuando me acuerdo de que el gavilán que les maneja las relaciones públicas es Arnaldo, el primo de un amigo del barrio, y llego hasta la puerta y pido que lo llamen. El Tabarís es el menos probable —demasiado lleno de famosos y de buscas, el lugar donde más podrían reconocerlo— pero igual la noche está perdida. Y así, por lo menos, voy a echarles una ojeada —una ojeada, qué berreta— a las mujeres más caras del país.

—¿Qué decís, Pibe, qué andás haciendo por acá?

—Nada, Tarugo, laburando.

Arnaldo, el Tarugo, se ríe al oír su nombre de esos tiempos: ahora tiene un smoking que lo hace esbelto y una sonrisa con exceso de dientes y tanta gomina en la cabeza que me pregunto cómo consigue sostenerla.

—¿Laburando de qué, si se puede saber?

—Se puede, claro que se puede. Pero creí que sabías, che. Estoy en *Crítica*.

—¿En *Crítica*, Pibe, de verdad? Esa es mundial. ¿Puedo ayudarte en algo? Siempre que no jodas, eh. Vos sabés que acá la primera regla es ser muy discretos con la prensa. Imaginate si no, nuestros clientes…

—Ya lo sé, viejo, ya lo sé. Pero vengo por un tema importante. De verdad importante. Necesito hablar con Bernabé, y me dijeron que está acá.

—¿Quién te dijo eso?

—Paulino, el hermano, quién va a ser.

—Bueno, si te manda el hermano… Aguantá que te llevo.

Cuando entramos el golpe de frío me sorprende. Arnaldo Relaciones me mira y se sonríe:

—No habías estado nunca, ¿no?

—¿Tanto se me nota?

—Por el frío. Lo llaman aire acondicionado, es nuevo, en todo el país no lo tiene nadie más. Estos yanquis ya no saben qué inventar…

El interior del Tabarís es una cruza de Versalles y Harlem versión película de Hollywood, sólo que en colores —pocos. Predomina la sombra, las luces oscuras de las arañas claras, el terciopelo rojo, los negros de los trajes de noche, el blanco de las pieles. En la pista de baile tres parejas de mujeres más altas que sus hombres intentan un tango: sufren, sobreviven. Detrás de la pista de baile la gran orquesta de Francisco Canaro se luce con uno de sus mayores éxitos, «Caminito», y el maestro la rompe en el violín: nadie le hace caso. Alrededor de la pista de baile, en las mesas redondas de manteles radiantes, sus baldes con champán francés, las parejas de señor mayor gordo o pelado o gordo y pelado con francesa deslumbrante hambrienta de champán beben champán y derraman sonrisas; algunas son más caras que otras. Se me cruza ese tango que acaba de grabar otro habitué, Carlos Gardel: «Un viejo verde que gasta su dinero/ emborrachando a Lulú con su champán/ hoy le negó el aumento a un pobre obrero/ que le pidió un pedazo más de pan» —y que hay algunos que sí escriben lo que deben, y que qué mierda que el tango haya encallado en lugares como este y que lo único que me falta es ponerme socialista en la corte de Versalles. Al fondo, en la barra cargada de bronces, hombres beben.

—¿Está allá?

—No, Pibe. Lo pusimos arriba, en un reservado. No sabés cómo venía, me pareció mejor guardarlo ahí.

Subimos una escalera ancha y oscura, cada peldaño con su luz para evitar muertes inútiles. El salón de arriba está rodeado de compartimentos cerrados por cortinas de terciopelo; sólo se ven los mozos que cruzan con sus bandejas y baldes y botellas. Ex Tarugo se dirige hacia una de las cortinas, la corre apenas, mira, corre más:

—Acá lo tenés, en todo su esplendor.

Adentro hay un sillón de terciopelo rojo donde diez personas quizá se rozarían, un espejo casi tan grande como el sillón, una alfombra confusa, dos señoras muy cubiertas de carne y algún jirón de tela y, entre ellas, reclinado, recostado, despatarrado en el sillón, La Fiera de Rufino, el Artillero de la Banda Roja, el Jugador del Pueblo, el glorioso Bernabé Ferreyra. Está vestido: un traje de noche negro con el moñito deshecho y la camisa entreabierta; tiene varias manos en los muslos de las dos señoras y ahora grita:

—¡A vos te quería ver, hermano! ¡A vos, hijo de puta!

Me gustaría saber si la recepción es hostil o cariñosa pero no tengo tiempo para seguir analizando. La voz de Ferreyra es imperiosa y patina sobre hielo:

—Vení acá, turrito, vení, que estamos entre amigos. ¿No que somos amigos, chicas, todos amigos? Vení que acá no viene nadie, hermano, me dejaron de araca. Carlos me dijo que iba a venir, que lo esperara, pero no sé, no vino. Me parece que nadie quiere verme. Ahora nadie quiere verme. ¿Y el puto de Canaro, que me dijo que iba a tocar un tango para mí? Qué mierda, para mí. Ya va a ver la próxima vez que quiera venir a tocar el himno de River, atorrante. Y mirá el hijo de puta de Carlos que me decía que yo era… ¿cómo era que decía que era yo?

Estoy parado junto a la cortina; Ferreyra sigue patinando.

—No sé, a quién mierda le importa lo que decía ese maniquí. No le importa a nadie, ¿no que no le importa a nadie? Y yo tampoco, nadie quiere verme, viejo, tengo la peste, yo, soy peor que vaca con lepra. ¿Vos viste alguna vez una vaca con lepra, hermanito? Jajajá, una vaca con lepra. ¿Por qué te creés que son blancas y negras esas putas? Las vacas, digo, la lepra, blancas y negras…

Me acerco y lo agarro por los hombros; las señoras se apartan, lo meneo. Ferreyra agita la cabeza de un lado a otro, como un perro que se sacude el agua; después respira hondo, mete las manos en el balde de champán, se lava la cara con el agua helada, otra vez sacude la cabeza.

—Ya está, hermano, perdoname. Bueno, perdoname o no me perdonés, qué carajo me importa. ¿Vos viste lo que dice hoy el diario? Se acabó, viejito, se acabó. Mañana temprano me rajo a Junín. Ojalá no me traigan de vuelta esposado.

—¿Desde cuándo estás tomando, Bernabé?

—No sé, cuando leí el diario. Quién sabe, ayer, anteayer, hace cien años.

Las señoras se han cubierto algunas carnes con los jirones disponibles, nos miran azoradas. Les digo que se vayan, que ya las vamos a arreglar, que muchas gracias. Las señoras no esperan que lo diga otra vez: como rata por tirante, decían en mi barrio. Me siento en el sillón de terciopelo rojo al lado de Ferreyra, que intenta sostenerse. La batalla es difícil.

—Tenemos que hablar en serio, Bernabé. ¿Podés hablar en serio?

—Tirame el agua del balde en la cabeza.

—En serio te lo digo.

—Yo te lo digo en serio.

Cumplo órdenes: el resultado es un charco en el suelo, un lamparón en el sillón, un enchastre en la cabeza de Ferreyra. Que respira hondo y se aplasta las cejas y me dice ya está, decime lo que sea.

—Te vamos a salvar, Bernabé, no te preocupes.

—¿Vos y cuántos más?

—Estamos hablando en serio, che. En serio de verdad, y es por tu bien, no jodás. Estás cocinado, viejo, si no hacemos algo ya te comieron y ya te cagaron. Así que escuchá con atención.

—Sí mami. Gracias mami.

Me enderezo, me callo un momento; tengo que elegir muy bien las palabras. Nunca fui muy bueno para eso —y ahora mi público es un borracho que quizá mañana no se acuerde de ninguna— pero tengo que intentarlo:

—Hay un tipo que me pidió que te dijera que él te puede solucionar todo el balurdo.

—Cuitiño.

Dice Ferreyra, de pronto atento y casi sobrio. Le digo que sí, que es Cuitiño, pero que no prejuzgue: que el tipo de verdad quiere ayudarlo, y que él no está en posición de hacerse desear mucho.

—El hijo de recontramil batallones de putas apestadas polacas sifilíticas de Cuitiño.

Confirma Ferreyra.

—Veo que vas entendiendo. Pero vas a tener que hacerle caso. Ahora la cuestión ya no es dónde vas a jugar, Bernabé, o si te querés ir a Italia o a Junín. Ahora estamos hablando de que no te cuelguen una muerte.

—¿Y cómo es, mierda? ¿Yo qué tengo que hacer?

—Vos, nada. Vos firmás el contrato que ellos quieren, te hacés el boludo y en dos días está todo arreglado. Eso es lo que me dicen.

—¿Arreglado cómo?

—Yo qué sé, arreglado. Me imagino que harán un esfuerzo especial para encontrar al que la mató.

—¿Y cómo lo van a encontrar?

—A mí qué me preguntás, Bernabé. Capaz que lo encuentran debute, capaz que encuentran a uno que se haga cargo…

A lo lejos, la orquesta de Canaro toca «Madreselvas». Ferreyra tiene otra vez la boca abierta, alguna baba, la mirada perdida. Pero de pronto vuelve y grita qué:

—¿Qué? Yo no puedo aceptar que un pobre tipo vaya preso por mí.

—¿Cómo por vos?

—Sí, por mí, en lugar mío.

—No me contestes si no querés, pero ¿eso quiere decir que la mataste?

—¿Qué carajo estás diciendo?

—Vos, qué estás diciendo. Si decís que el tipo va a ir preso en tu lugar quiere decir que…

—No, hijo de puta, no jugués al botón, no quiere decir nada. Es una

forma de decir, nomás, no quiere decir nada. Hijo de puta.

De pronto lo miro de otro modo: ¿por qué nunca quise pensar en esa posibilidad? Ferreyra podría haberlo hecho: pudo tener sus razones, no era tan difícil imaginar que Mercedes lo ayudaría a llegar hasta su pieza. Si es así, ahora estoy ayudando a un asesino: debo encontrar la forma de dejar de pensarlo. Se me cruza una idea:

—¿A vos te parece que la puede haber matado el padre?

—Vos estás borracho, Rivarola. Eso ni aunque fuera cierto va a ser cierto. Decile a Cuitiño que ganó, que mañana le firmo. Y que algún día se va a arrepentir mucho de todo esto. Y gracias, hermano, muchas gracias. Sos casi tan hijo de puta como él, sólo que mucho más barato.

21

Ella me pasa a buscar por la pensión poco después de las nueve. Tiene el pelo mojado y la misma pollera a cuadros escoceses, la misma camisa blanca que el día anterior, una sonrisa ancha. Me gustaría no imaginar de dónde viene.

—Andrés, hoy es el día.

No le pregunto el día de qué: supongo que no va a ser el mío pero decido mantener la esperanza aunque sea unos minutos. No me dura ni uno:

—Hoy vamos a saber qué pasó con Mercedes. Yo creo que si vamos a ver a Olavieta y le decimos lo que ya sabemos va a tener que decirnos algo.

—¿Qué es lo que ya sabemos, Rusa?

—No sé, que él se opuso al romance de Mercedes con Bernabé, que quería usarla para recuperar su economía, que no soportaba que le rompiera la imagen de cruzado occidental y cristiano, todas esas cosas…

—Nada demasiado sólido, ¿no? Si tenemos suerte se nos va a reír en la cara.

—No podés ser siempre tan pesimista. Por una vez tené confianza en tus posibilidades, en tus fuerzas. Mirame a mí: yo creo que vamos a poder.

—¿Qué pastillas te dieron, corazón, qué te tragaste? Vamos, si querés vamos, pero no creo que consigamos nada. ¿Cómo es que dice el tango ese? ¿Tantos años de engaños y de sueños/ que ya no sabe vivir sin la ilusión?

—Ese nunca lo oí.

—Ya lo vas a escuchar, Rusita, ya lo vas a escuchar.

No son las diez cuando tocamos el timbre de la puerta de madera oscura, sólida, labrada; Venancia tarda en aparecer. Para matar el tiempo, Raquel me pregunta cómo sigue aquel tango y siento la sangre mareándome la cara, toso, frunzo el ceño como para acordarme, le digo que cantado no me sale. Ella me dice que no importa, que la letra.

—Tantos años de engaños y de sueños/ que ya no sabe vivir sin la ilusión/. El vaso está vacío, el corazón/ también se le ha vaciado y se

pregunta/ si más vale cuidar esas quimeras/ o romperlas como pompas de jabón.

—Es bueno. Qué raro que nunca lo escuché.

—Sí, qué raro. Creo que es muy nuevo.

La mirilla hace un click, la puerta se abre apenas, Venancia suena muy cortante:

—Buenos días. El doctor ha salido.

—¿Igual que el otro día?

Venancia abre un poquito más, asoma la cabeza:

—No, de verdad no está. Se fue temprano, creo que iba a Palermo.

—Ayer estuve con Socorro.

—Sí, ya sé. Ella me dijo. Me dijo que iban a venir a verme.

—Bueno, acá vinimos.

—No, acá vinieron para ver al doctor.

Venancia no tiene su toca en la cabeza: el pelo suelto, canoso y lacio, que parece decir que realmente Olavieta no está. Y su acento de campo parece más liviano, y sus rasgos tienen una hermosura cansada que no le habíamos visto el otro día: una mujer que fue bella y lo supo. Raquel le acerca la cabeza, le susurra:

—¿No podemos hablar un momento, usted y yo? Socorro me dijo que podríamos.

—Sí, a mí también me dijo. Me pidió que hablara con ustedes. Pero yo no tengo nada que decir.

—A mí me dijo que sí. Me dijo que la única que puede salvarlas a las dos es usted.

—¿Cómo salvarlas? Ya no hay quién las salve.

—Ella me dijo eso: que usted era la única que podía salvarlas.

—Yo ya no pude, señorita. Yo traté y no pude. No sabe cuánto traté, pero no pude.

Dice Venancia, y una lágrima le corre por la mejilla agrietada, y sigue repitiendo no sabe cuánto traté, cuánto traté mientras abre la puerta y nos dice que entremos, que mejor que hablemos adentro, que en la calle capaz que pueden vernos. Mientras entramos se persigna y murmura una oración.

—Usted no sabe todo lo que hice. Usted no puede saber, señorita, porque no sabe las cosas que él les hacía a las mellizas.

Raquel tiene vergüenza de preguntar pero pregunta: qué, Venancia.

—No, usted no sabe. Cosas, horribles cosas. Es un monstruo, ese hombre. A veces es como un ángel, pero también un monstruo.

—¿Por eso se fue Socorro?

—No, no sé. Si ella no les contó yo no le voy a contar. Ustedes la conocen, pregúntenle. Yo no voy a hablar por ella. Pero Mechita, pobre, ella sí que ya no puede hablar. Alguien tiene que hablar por ella, ¿no?

—Bueno, señora Venancia, eso es lo que estamos tratando de hacer: recuperar su voz.

Digo, y la mía suena a radioteatro de mi vieja: el melodrama nunca fue mi fuerte. Venancia se retrae. Para remontar, Raquel se le acerca y le pasa un brazo por los hombros. Venancia le acaricia la mano y se separa; nos mira, se recoge el pelo:

—Dios me perdone, pero no puedo cargar más con esto. Yo escucho los gritos, todas las noches escucho los gritos. No sabe cómo gritaban, esa noche. Yo los escuchaba pero qué iba a hacer, me daba miedo. Me he arrepentido tanto, me sigo arrepintiendo, pero yo qué podía hacer, soy una vieja, no podía hacer nada.

Venancia se calla. Estoy por pedirle que siga, pero una mano de Raquel me para. El silencio se hace largo; después Venancia se restriega la cara y vuelve a hablar:

—No sabe cómo se gritaban. Él le decía que lo estaba arruinando, que ella era la única joya que le quedaba a esta familia y que la estaba malgastando con cualquier mequetrefe y ella le gritaba que lo que él estaba era celoso, que se creía que la iba a tener toda para él y que se había equivocado como un perro y se le reía a carcajadas, no sabe las carcajadas que se oían, y entonces más él le gritaba…

—¿Y cómo terminó?

Pregunto, el tono urgente, y Raquel me mira con reproche.

—No sé, no terminó, no sé. Yo no soportaba más, y tampoco es que fuera tan raro, a menudo se gritaban… No sé, esa noche puede ser que más, pero no sé. Yo metí la cabeza debajo de la almohada y al final me dormí, no sé cómo acabó. Lo único que sé es que a la mañana cuando le fui a llevar el desayuno…

Dice Venancia, y no puede seguir. Llora, llora con hipos y sollozos, la cara entre las manos. Raquel vuelve a abrazarla. Tras un momento le pregunta, despacio, muy suavito:

—¿De verdad no sabe lo que pasó esa noche? Yo creo que usted…

Venancia da un paso atrás, la mira como si no la hubiera visto nunca, se santigua, grita:

—¿Pero usted qué miércoles se ha creído? ¿Qué han venido a hacer a esta casa, a arruinarnos la vida? ¡Afuera, afuera de una vez, cruz diablo!

Allá abajo la multitud mantiene ese silencio tenso que sólo existe cuando está a punto de quebrarse. En el hipódromo de Palermo se va a largar la quinta carrera de la tarde y decenas de miles la esperan como se espera lo que puede no ser. Desde aquí arriba la multitud es un mar de sombreros, nubes de paja clara, manchas de fieltro oscuro, manos ansiosas apretando boletos, cuerpos apretujados para caber en

la perrera. Aquí arriba, en el restaurante de socios del Jockey Club, las mesas espléndidas junto a las ventanas permiten dominar el panorama mirándolo desde otro mundo: como si fuera la fantasía de un pintor con hambre.

—¿Y ahora qué? ¿Ya no se puede ni comer tranquilo?

Aquí arriba, en su mesa junto a la ventana, Carlos María de Olavieta come solo, *La Prensa* desplegada, un tournedos Rossini ya empezado sobre el plato de porcelana inglesa, los cubiertos de plata. Aquí arriba conseguimos entrar diciendo que el doctor nos espera, nos acercamos a su mesa, le deseamos buen día y buen provecho, soportamos su grito contenido.

—No queremos molestarlo, doctor, pero si nos puede dar un segundito…

—Su diario la está embarrando cada vez más, Rivarola.

Olavieta se limpia los labios con la gran servilleta que le cuelga del cuello; tiene los pelos llenos de gomina y la barba prolija.

—No es mi diario, doctor, ya se lo dije. Al contrario, yo soy el que puede hacer que dejen de pifiarla. ¿Vino a jugarse unos boletos? ¿A quién, ahora en la Quinta?

Olavieta resopla pero prefiere mantener la calma. Al fin y al cabo un escándalo en pleno club no le conviene: con una mano pródiga nos señala las dos sillas de enfrente. Nos sentamos: los cubiertos están puestos, como si alguien fuera a usarlos todavía. Olavieta se dirige a mí; a ella la ignora.

—Yo juego poco, juego cuando vale la pena. Y juego a ganador, Rivarola. Unos boletos al Pulpo en el clásico, más tarde. Pero no vengo para jugar; vengo para disfrutar de la patria en movimiento. Miren esto, tantos hombres reunidos alrededor de esas nobles bestias, los animales que hicieron la nación: si alguna vez el football llega a reunir toda esta gente, todo este entusiasmo, será que la Argentina dejó de ser lo que era y se rindió a…

Olavieta se inflama. Si ha vuelto a discursear debe ser que ya se está sintiendo seguro otra vez; mejor cortarlo:

—¿Y no prefiere tirarse un lance? Me dijo un amigo que hay un muchacho nuevo, un tal Artigas, que lleva una yegua que no puede perder y va a pagar diez o doce pesos.

—Les dejo esos misterios a los jóvenes entusiastas como usted. Yo prefiero caminar con la gente como yo, con lo seguro. Pero, hablando de seguro: estoy seguro que no vinieron a pedirme una fija.

Dice, y se lleva a la boca otro trozo de tournedos. Se limpia los labios limpios con la servilleta impecable, dice que parece mentira que todavía tengamos que traer el foie gras desde Francia, que no aprendamos a fabricarlo, che, qué cosa. Al final va a resultar que somos unos inútiles.

—Usted nunca usó barba, doctor, ¿no es así?

—Sí, nunca, hasta ahora.

Dice Olavieta, y se la frota con la mano izquierda y me pregunta por qué. Yo miro por la ventana, como si nada me importara menos:

—No, así nomás. ¿Usted se afeitaba solo?

—Sí, eso de ir al barbero nunca me gustó. Demasiada cháchara.

—¿Así que usaba su navaja, claro?

Olavieta se arranca la servilleta del cuello, pone las manos a los lados del plato de porcelana inglesa, inspira. Allá abajo miles gritan largaron y rompen en gritos indistinguibles, un rumor de alaridos. El ruido de las patas de los caballos sobre la arena es el tam tam de una tribu lejana. Olavieta no se distrae: habla en voz baja como si gritara:

—No sé qué está queriendo insinuar, Rivarola, pero no me gusta.

—Nada, doctor, faltaba más. Sólo me preguntaba si su navaja la tiene la policía. Mire si se les ocurre…

—¡Retírese ya mismo! O espere un momento, escúcheme un momento: soy un hombre de honor. Quizás usted no entiende lo que quiere decir eso; haga un esfuerzo. Entiendo que están tratando de hundirme porque yo soy la esperanza de la gente de bien de este país, de los que vamos a defenderlo de la chusma que ustedes representan. Nosotros somos los que estamos dispuestos a dar todo por la patria. Me entendió bien: todo por la patria. Y cuando digo todo digo todo.

Dice Olavieta, blandiendo un tenedor de plata. Respira, se calma, baja el tono y el tenedor, retoma en voz más baja, cavernosa. La amenaza suena más potente:

—Así que por favor retírense antes de que llame a la policía y los haga echar por ellos. No quiero escándalos, pero menos voy a soportar que dos pelagatos vengan a destruir la obra de una vida. Y tengan cuidado: cuidadito. Cuando la patria se pone en marcha suele aplastar las cucarachas que encuentra en su camino.

Allá abajo un caballo acaba de ganar. Algunos vivan y revolean sombreros; muchos mastican los boletos y la bronca, la escupen, se la tragan.

Vamos hacia la puerta del restaurant del Jockey. Cuando queremos salir una pareja quiere entrar. Él es bajo pero bien plantado; ella es un despilfarro:

—Por favor, ustedes primero.

Les digo, y veo que el hombre desvía la mirada. Tardo unos segundos en reconocerlo: este mediodía el comisario Holster no se parece en nada al funcionario desastrado que me recibió días atrás en el Departamento. Ahora lleva un panamá flamante, un traje de lino

impecable y, colgada del brazo, esa morocha tan pecable, la medalla del verdadero policía.

—Señor comisario, qué milagro.

—Sí, milagro.

—¿Anda trabajando?

—No, qué ilusión, vengo a ver a un amigo. Mucho gusto de encontrarlo. Salúdeme a González Galuzzi, por favor.

Dice Holster y trata de seguir. Yo aprovecho que estoy en su camino:

—¿Y, ya lo encontraron?

—No, pero no va a tardar. Ya les dije que no puede tardar.

—¿Y está seguro de que es Lugones el que lo tiene que buscar?

Holster, por primera vez, me mira fijo: nada muy visible, una mirada en serio:

—¿Rivarola, no? Pensé que me había olvidado de su nombre.

—Sí, Rivarola.

—¿Y entonces, qué me quería decir?

—Nada, comisario.

—¿Vos creés que él la mató?

En la vereda de la avenida Alvear, salida del Hipódromo, casi todos son hombres y casi todos caminan con la cabeza baja sobre una alfombra de boletos rotos, esperanzas rotas, plata rota. Hombres y más hombres que llegaron hace un rato con la ilusión de que sabían algo que los haría más grandes, más ricos, más potentes, ahora caminan derrotados. Nosotros caminamos entre ellos; ella me agarra del brazo, vamos lentos. Me distraigo, pienso en Bernabé, que se cree tanto y es una minucia al lado del Pulpo Leguisamo: acá cada uno se juega y se pierde. No como en el fútbol, donde todo es pura delegación, puro cuento, cosas que, al fin y al cabo, les pasan a otros. Raquel insiste:

—Dale, Pibe, en serio: ¿vos creés que la mató?

—Yo qué sé, Rusita. Yo creo que sí, pero no creo que lo sepamos nunca.

—Tenemos que saberlo, Andrés, y tenemos que contarlo. No podemos dejar que esto se quede así.

—¿No podemos? ¿Vos y cuántos más?

—No seas cobarde, che.

Pienso muchas respuestas y me las callo todas: que vos hacés lo mismo, que no te escudés en que sos una mujer, que vos también escuchaste la amenaza clarísima de Olavieta y la amenaza más velada del comisario Holster, que aunque supiéramos nunca podríamos probar nada, que por qué ese sería nuestro asunto, que hay tantas

cosas de las que deberíamos ocuparnos antes que eso, que quizá lo estamos haciendo para no ocuparnos, que a quién mierda le importa, que quizás vos te creas omnipotente pero yo no, que por qué no te vas a lavar las tetas, que si necesitás que yo sea un prócer para hacerme caso tu caso ya no me interesa, que por qué no podés quererme por lo que soy, que si te parece tan horrible lo que soy, que si es tan horrible lo que soy, que cómo puede ser que te acostés conmigo y después hagas como si nada, que si hacés lo mismo con muchos, que no podés ser tan cruel, que no podés ser tan puta, que al fin y al cabo Mercedes Olavieta nos importa un carajo, que en una república hay instituciones que se ocupan de estas cosas, que te agarro bien agarrada y te doy cuatro vueltas y nos olvidamos de esta tontería. Son tantas y las callo todas: quizá mi cobardía sea esa. O puede que sea puro amor: el amor, se sabe, es el sentimiento más cobarde. Y amor es, también, una palabra demasiado usada. Pero algo tengo que decir:

—No es cobardía, Raquel, por favor. En realidad no importa nada saber quién lo hizo: Holster y Lugones van a tirarnos un culpable y al carajo. ¿Entonces, para qué? ¿Para saber? Supongamos que sí, que fue Olavieta: ¿para qué sirve que lo agarren? ¿Para qué se agarra a los criminales? ¿Para que no sigan delinquiendo? Este no va a seguir. No es un tipo que mató a cualquiera: mató a su hija y ya no tiene más, la otra está con dios. ¿Entonces, para qué sirve? ¿Para que no se condene a un inocente? Van a hacerlo. ¿Para darle su retribución, su castigo, para que los delitos no salgan gratarola? ¿Por venganza? ¿Para que el muerto se quede mejor muerto? ¿Por su alma que nunca existió?

Estamos parados en la esquina de Dorrego, bajo el puente del ferrocarril Pacific, que nos protege del solazo. Es casi gracioso que esta sea la línea que va a Junín. Un tren pasa, estrépito y temblores; Raquel murmura algo. Un castaño rebosa de esas flores amarillas hechas de pelitos; los pelitos caen, despacio, desde arriba, hasta el pasto. Hago un intento de cambiar de humor:

—Esto es una vida.

Dice, y Raquel me mira como si algo la molestara:

—¿Qué te pasa, Pibe?

—Eso, Rusa: que esto es una vida. El pelito cae haciendo firuletes, volteretas, girando sobre su eje, demorando, hasta que llega al suelo. Es una vida.

Raquel me dice que no está la cosa para lírica barata y que se tiene que ir. Yo la agarro del brazo:

—¿Vamos a tomar una cerveza, a comer algo?

—¿Y qué, seguimos llorando porque no podemos hacer nada? No, Andrés, yo me voy. Ya nos veremos.

—¿Y no me querés dar ni una muestra casi gratis, como la cocacola?

—¿Qué es eso de la cocacola?

—Nada, esa bebida que están tratando de traer unos americanos. ¿No viste que pusieron esos carritos para vender a la salida de los talleres, que si les comprás un sándwich de paleta y queso por diez guitas te regalan una botellita de su cosa?

—¿Yo, por diez guitas, Pibe?

22

Ya estoy llegando a mi casa cuando lo vuelvo a ver. Pero hoy no, de verdad; hoy ya no soy capaz de soportarlo. Ni siquiera es que me dé miedo; es que no lo soporto. El Packard está ahí, en la puerta del edificio de la pensión de doña Norma; no llego a pensarlo con mucha claridad pero doy media vuelta y me rajo para el lado de Corrientes. En la vereda hay mucha gente: la calle Paraná, viernes, cinco de la tarde. Así que no me decido a correr y media cuadra más allá siento la garra del Capitán que me perfora el hombro.

—No se escape, muchacho, que no vale la pena.

Yo creo que sí hubiera valido.

Pero no lo conseguí: caminamos —él con la mano que ocupa todo mi hombro, yo casi resignado— hasta la nave negra. Me abre la puerta de atrás, ceremonioso, pero en lugar de meterse adelante, en su lugar, entra conmigo.

—No tengas miedo, compañero, no te vamos a hacer nada.

Me dice, me sonríe —o lo que él debe considerar una sonrisa. El Capitán es un gorila de un par de metros, flaco, las manos como mundos, el mentón una quilla, algunos dientes menos. Yo le pregunto quiénes son ellos, de qué estamos hablando.

—Mirá, es difícil de explicar. Lo que te digo de entrada es que esto no tiene nada que ver con el lechón.

—¿Con quién?

—Cuitiño, quién va a ser.

El Capitán me habla con timidez, mirando al piso. Sus maneras no pegan con su estampa, ni con la idea que me había hecho de él. Despacio, como pidiéndome disculpas, me dice que vino a buscarme porque piensa que puedo entenderlos y que tienen que pedirme un favor importante.

—¿Ustedes quiénes son, de qué estamos hablando?

El hombrón respira hondo, abre las manos, se las mira.

—Sí, tenés razón, te lo tengo que decir. Me estoy poniendo en tus manos, compañero. Espero que sepas apreciarlo. Te estuve junando y me parece que podés entendernos. Y por lo que anduve averiguando sos un tipo derecho. Eso dijeron, capaz que me equivoco. Pero necesitamos a alguien, y lo necesitamos ya. Espero no haberla errado

fiero.

El misterio me tiene entre asustado y harto; le pido que me explique —por última vez, maestro, le pido que me explique— de qué cuernos está hablando.

—A ver cómo te digo, compañero. Yo formo parte de un grupo de sindicalistas. Revolucionarios, sindicalistas revolucionarios. Y necesito llevarte a ver a alguien. Te aseguro que te va a interesar. Por favor, teneme esa confianza.

El hombrón es un chico pidiendo un caramelo.

—Vos sabés que te puedo denunciar. Lo llamo a Cuitiño y estás listo.

—Ya sé, claro que sé. Me la estoy jugando, pero nada al lado de lo que se juega el compañero que te quiero presentar. Igual, quiero creer que vos no sos de esos. Lo creo, si no no estaríamos hablando.

Yo querría creer que le digo que sí por amable, por mi bondad extrema; debe ser más la llamada del misterio o la duda de lo que puede hacer la bestia si me niego. Le digo que vayamos; me dice que me siente con él, adelante, que estamos muy cerca.

El Packard ruge por la calle Uruguay hacia el sur. Mientras anda, me imagino a este hombre simulando una imposible pleitesía, espiando a su jefe y sus amigos, averiguando cosas que quién sabe le sirven para quién sabe qué: viviendo toda su vida en esa doble vida. Cuando cruzamos Rivadavia se aclara la garganta:

—Te estoy llevando a ver al tipo que van a detener por el crimen de la chica.

Yo no sé qué decirle; él se da cuenta.

—No te la esperabas. No, qué la ibas a esperar. Es un muchacho jovencito, un compañero de esos de fierro. Él te va a contar la historia y vos la vas a anotar toda. Ahora no nos va a servir para nada, pero necesitamos que haya un testigo, alguien que alguna vez pueda dar testimonio. ¿Te animás?

Yo, de pronto, entiendo por qué dicen que el que calla otorga. No tengo nada que decir, no sé decirle nada. El Packard entra en las calles angostas de San Telmo, frena en una transversal: Humberto Primo, Garay, una de esas.

—Vamos a parar acá, compañero. Estamos a unas cuadras, pero imaginate la que se arma si aparecemos con esta carabela.

—¿Viste? Es como una tumba: limpita por afuera, podrida por adentro.

Entramos sin llamar en una casa vieja —setenta, ochenta años— pero coqueta: la pared encalada, los firuletes de la reja de la puerta, las molduras. Adentro, el primer patio rebosa de chiquitos que corren,

mujeres que lavan en bateas de lata, ropa colgada, mugre por todas partes, gritos en idiomas, las baldosas rotas. Y el olor a viejo y a basura y a comidas pasadas y a personas sin baños. Dos o tres mujeres nos miran curiosas; la mayoría mira con fuerza el suelo o sus palanganas o sus manos cuarteadas. Un hombre flaco camina hacia la puerta de calle pegado a la pared, furtivo; le pregunto al Capitán si será un chorro que se creyó que somos policías.

—Puede que sí, puede que no. Con que no tenga los papeles en orden alcanza.

El hombre nos mira una vez más, con disimulo pobre, consigue salir. Me imagino su alivio, me alegra, me sonrío. El Capitán me mira raro:

—Vida dura, la del llotivenco. Bueno, para qué te voy a contar. Vos lo sabés tan bien como yo, con estos propietarios que nos chupan la sangre.

Es cierto que lo sé; es cierto que alguna vez pasé unos meses en alguno. Pero me había olvidado y me impresiona, y más cuando pasamos al segundo patio: trastos abandonados, vidrios rotos, porquería. Al fondo hay una casilla de chapas que parece cerrada; el Capitán me lleva para allá y golpea las manos: dos veces, un silencio, tres. De nuevo: dos veces, un silencio, tres.

—¡Ya va!

Grita alguien desde adentro, y la puerta de chapa se abre y aparece un cuerpo flaco, una cabeza rubia, los pelos revueltos y la cara muy blanca, los ojos claros, nariz y labios afilados.

—Te presento al compañero Rado.

Me dice el Capitán y el muchacho me estira la mano y me dice bienvenido. Adentro de la casilla se ve poco; hay un catre, al fondo, bajo el único agujero por el que entra la luz, y dos banquitos de madera. El muchacho se sienta en el catre, el Capitán y yo en los bancos. El Capitán se abre el saco; del bolsillo interior saca unas hojas de papel y un lápiz negro. Me los da, me dice que labure. El muchacho agarra un mate y lo llena de yerba que saca de un tachito de lata apoyado en el suelo; en un primus apoyado en el suelo tiene una pava que ya está echando vapor. Se sirve el primer mate, mucha azúcar. Yo saco cigarrillos, les ofrezco:

—No, gracias, compañero. Preferimos evitar esos vicios burgueses, si podemos.

El muchacho me cuenta su historia: que tiene casi veinte años, que ya lleva seis en la Argentina, que llegó buscando un destino mejor porque en Bratislava, su ciudad natal, al final de la guerra la crisis se hizo

dura. Y que acá se consiguió un empleo en un taller de cueros, al principio mezclando los líquidos para curtir, después curtiendo, y que ahí conoció a los primeros compañeros anarquistas, que le empezaron a explicar cómo era todo. Y que ya llevaba varios años con ellos y que su historia no es importante pero quiere dejar el testimonio de que se llama Radomir Malinoski y que está dispuesto a sacrificarse por la causa, porque su vida no es importante al lado de la causa de la revolución mundial o sólo es importante si puede usarla para la causa de la revolución mundial. Y que algunos compañeros se han sacrificado poniendo una bomba, un suponer, pero no es porque les guste la violencia, a nadie le gusta la violencia, lo que pasa es que a veces no queda más remedio, cuando hay un burgués explotador o un militar asesino a veces el compañero tiene que sacrificarse ejerciendo una violencia que no le gusta nada, pero que a él por suerte no le ha tocado eso: que su sacrificio es tanto menor, que lo que él va a tener que hacer no está en contra de sus convicciones ni mucho menos, al contrario, es una forma de mantenerlas y llevarlas adelante.

El muchacho habla como si se hubiera aprendido la lección pero, al mismo tiempo, algo en su voz y en sus maneras suaves, muy tranquilas, me convence de que está convencido: que lo cree —y me da ganas de creerle. Anoto todo lo que me dice; cuando se calla, le pregunto qué va a hacer.

—Nada, entregarme a la policía. En unas horas voy a entregarme y voy a confesar que soy el asesino de Mercedes Olavieta. Les voy a decir lo que quieren escuchar, que la maté para vengarme de los ataques de la banda de su papá, todas esas cosas.

Dice, y se queda callado, mira el techo de lata. Yo le digo que no entiendo por qué; él me mira con una sonrisa entre triste y amable, casi condescendiente. Pero contesta el Capitán:

—Nosotros sabemos cosas, hay gente que nos cuenta. Sabemos que el balurdo este se lo quieren cargar a un compañero que ahora no podemos perder. Es un hombre importante, no te voy a decir para qué, pero es un hombre que está preparando algo importante. Así que el compañero Rado se ofreció para salvarlo.

Tardo un momento en entenderlo, y cuando lo entiendo no lo entiendo: el muchacho checo se va a pasar la vida preso para salvar a un compañero que tiene una misión que les importa. Más que sorpresa o extrañeza me da envidia. Después trato de pensar que no, que son unos lunáticos, fanáticos, marcianos. Pero la envidia sigue ahí, molesta.

—Me dicen los compañeros que si hay suerte me caerán 20 o 30 años. Así que voy a tener tiempo, allá en el Sur. Estudiaré, me haré más útil a la causa. Y cuando salga no voy a ser un viejo todavía. Eso si la revolución no me saca antes, uno nunca sabe.

El muchacho tiene un acento leve, un resto de la vida que no tuvo. Ceba más mate, nos convida. El Capitán me mira a los ojos:

—Espero que hayas anotado todo. No te pedimos que hagas nada ahora, al contrario: ahora callate la boca, por favor, es importante, no vayas a arruinarnos el plan. Pero necesitamos que se sepa; quizás alguna vez te pidamos que nos salgas de testigo. O quizás alguna vez lo puedas escribir, quién sabe. Pero ya sabés: por ahora nada, ni una palabra a nadie.

No sé cómo decirlo. O sí: estoy emocionado. Sospecho que en unas horas se me va a pasar, que conseguiré olvidar la emoción y la envidia pero ahora, aquí, en este rincón hecho de chapas, todo el resto parece muy berreta. Entonces el Capitán me atraca de nuevo: necesitan que los ayude en otra cosa.

—Vos conocés la causa, hermano. Necesitamos todos los detalles que nos puedan ayudar. Cuando el compañero se entregue y confiese se van a quedar sin juego. Pero, por si después quieren reaccionar, mejor que su declaración sea impecable, que no tenga errores que les puedan servir.

Quizá todo el tema del testimonio fue una cobertura para hacerme esta pregunta. O una forma de darme algo para que, cuando me pidieran lo que precisaban, pareciera un intercambio justo. O quizá realmente quieren que haya un testigo ajeno. En cualquier caso creo que tengo que ayudarlos: no sé por qué, creo que tengo que ayudarlos. Les hablo de las dificultades para entrar, del balcón que tendría la puerta abierta y el edificio al lado, de la navaja que tendrá que decir que tenía, de la herida en el cuello.

Rado me escucha con la boca medio abierta, bebiéndose cada detalle. Cuando termino me levanto del banquito, le apoyo una mano en el hombro.

—¿Hay algo más que pueda hacer por vos?

—No, compañero, muchas gracias. Quizás alguna vez te pida un libro desde Ushuaia…

El Capitán nos interrumpe: que no, que no tiene que haber constancia de que nos conocemos. El muchacho asiente en silencio y me mira de nuevo:

—No te preocupes, voy contento. Lo único que me da un poco de pena es no haber vivido un poco más las cosas de la vida. Conocer el amor de una mujer, esas cuestiones.

Dice, sonrisa púdica, ojos bajos. Se me ocurre que quizá le pudiéramos pedir a la Rusa: que mi sacrificio sería pedirle a ella que pasara una noche con él. Suena ridículo pero empiezo a decírselo:

—Todavía te quedan unas horas. ¿Y si llamamos a una amiga que…?

El muchacho me corta:

—El amor te dije, compañero.

23

—Te he venido observando, Rivarola: un festival. Lo que me queda claro es que no servís para nada bueno, así que podrías hacerte periodista.

Guillermo González Galuzzi está exultante. Me convida un cigarrillo, abre el tercer cajón de su escritorio, saca la botella de ginebra Bols y dos vasos de vidrio, los sirve bien servidos. Alrededor la redacción se agita: cierran la primera edición del día siguiente. Yo trato de seguirle el tren:

—¿Qué te pasa, González? ¿Ganaste la quiniela, te la limpiaron bien limpita?

—Quieto, muchacho, que en este país todavía existen las clases, y acá más. No, acaba de llamarme Holster, ya me tiró toda la información.

—¿Qué información?

—La información, che, ¿de qué estamos hablando? Ya detuvieron al asesino de la piba. Un tal Mali… no sé, un ruso de esos, después te lo digo bien.

Miro el reloj de la pared: las ocho menos diez, no hace siete horas que los crucé en el Hipódromo, no hace dos que me fui del conventillo. La máquina funcionó a todo vapor, rápida, precisa.

—¿Qué, se te hace tarde?

—No jodas, González. No me digas que vas a publicar esas patrañas.

—¿Que si las voy a publicar? Otra tapa, muchacho, más champán para papá.

—¿Y sabés de dónde te llamó?

—Yo qué sé, desde su oficina, me imagino. ¿Adónde estás apuntando?

—Hoy al mediodía estaba en Palermo, a punto de comer en el restorán del Jockey. Creo que con Olavieta.

—¿Y a mí qué me importa con quién come o deja de comer? Mientras coma y se la coman…

Los vasos están vacíos. González se sienta en su silla, los vuelve a llenar, saca una hoja pautada del segundo cajón, la mete en su máquina de escribir. Sus bracitos parecen palillos al lado del fierro negro poderoso.

—¿Te olvidaste el escarbadientes, Gonzalito?

—No, vos sabés que ayer decidí que en una de esas…

Me dice el peso mosca y camina hacia mí. Sin pensarlo doy dos pasos atrás. González suelta la carcajada:

—¡Te asustaste, pendejo, te cagaste todo! Está bien, quiere decir que sos un hombrecito, o algo por el estilo. Te hubieras visto la cara de terror. En fin, ahora, si me disculpás…

—¿Qué vas a escribir, que el asesino fue el que te dijo Holster?

—Y claro, qué querés que escriba. ¿La batalla de San Lorenzo?

—¿La verdad?

—No te me hagas el cruzado, pichón, que la armadura te queda grande. ¿La verdad? No hay mina más atorranta. ¿De qué verdad me estás hablando?

Me tomo medio vaso de un trago, respiro hondo, me paso la mano por el pelo, pienso en Malinoski, me digo que no tengo derecho de interferir sus decisiones, interfiero:

—Yo creo que la mató Olavieta.

—¿Qué carajo te pasa, Rivarola?

González pone cara de fiero: le sale más o menos. Me siento en una esquina del escritorio, le acerco la cabeza, le hablo en un susurro:

—No lo puedo probar, por supuesto, todavía no lo puedo probar, pero estoy bastante convencido. La mucama tiene ganas de decirlo pero no se anima, y no sabés cómo se puso el tipo cuando le pregunté por su navaja. La policía tiene la navaja del crimen. Sería facílisimo averiguar si es la suya.

—¿Y eso qué probaría, pichón? ¿Que el tipo que se metió en la casa degolló a la pobre pendeja con la navaja que encontró en el baño? ¿Que era un improvisado?

—No sabés cómo se puso, González.

—¿Y vos cómo te pondrías si estás lastrando como un duque y viene un energúmeno a acusarte de que te carneaste a tu propia hija? No alcanza, che, no alcanza con sospechas y deducciones de detective de librito. Acá estamos en el mundo real. Peor: en la Argentina, estamos. Quedate piola, te lo digo yo. Para la cana el caso está cerrado. Aunque haya sido, no podés probar un carajo, y lo que sí podés es ir preso por injurias. Años adentro, pichón. ¿Y quién carajo te va a defender? Sos vos, Perico de los Palotes, contra uno de los pilares de la nueva república. O de la vieja, o de las dos al mismo tiempo.

—¿Así que vas a comprar todo el paquete? ¿Vas a escribir que fue el rusito este? ¿De dónde lo sacaron, se lo ganaron en una kermesse?

Digo, y me doy cuenta de que me estoy pasando. Tengo que controlarme.

—El tipo tiene un prontuario flor, no te calentés. Y lo tienen agarrado de las cuatro, parece un chancho en el fogón.

Trago saliva: es gracioso cómo una expresión común se me vuelve

realidad de pronto. Trago saliva, pienso qué otras situaciones podrían hacerme tragar saliva, y no me gusta lo que pienso. Tampoco me gusta que saber no sirva para nada, que la verdad no sirva para nada. González Galuzzi está impaciente: taconea con los elevantor en el suelo. Le digo que no lo jodo más, que sólo quiero saber por qué el comisario le entrega toda esta información a él antes que a nadie.

—Porque me tiene confianza y sabe que no lo voy a vender, y sabe que lo voy a tratar como a una reina. Y porque sabe todo lo que yo sé sobre él, así que le conviene tenerme contento. ¿Vos no me ves contento, Rivarola?

González empieza a tipear algo en su máquina, como quien cierra el tema. Le paro el carro de la máquina con la mano y lo miro un momento que se hace demasiado largo. González resopla, saca otro cigarrillo, lo enciende, no me ofrece. Al final hablo: qué pasaría sí.

—¿Y qué pasaría si me voy a otro lado, si voy a hablar con alguien de *El Mundo*, digamos, y les cuento la verdadera historia?

—¿La verdadera historia? No me hagás reír, nene. Pasa que te van a decir lo mismo que yo, y encima te perdés la oportunidad de tu vida. Trabajaste lindo en todo esto, y yo te debo una. Si querés venir el lunes, hablamos con Regazzoni y te conseguimos algo acá en el diario. Es una gran oferta, Rivarola. No la cagués por un caprichito de nene malcriado.

Lo imagino en su celda, su primera noche en la celda, su encuentro con esa vida que va a ser la suya. Me pregunto cómo soportará la diferencia entre la idea y la realidad, si estará arrepentido, si alguna vez va a arrepentirse. Me pregunto, como un tonto, qué le diría San Martín, lo felicitaría, le tendría pena, desprecio por idiota, pensaría en el sargento Cabral que le salvó la vida. Me pregunto cómo dormirá, si dormirá, si alguna vez una mañana va a despertarse y preguntarse de pronto quién era aquel que decidió esas cosas, por qué, para qué, y el desespero de saber que lo que hizo ese hombre que ahora se le escapa lo tendrá encerrado tantos años. Puede que sea un truco: imaginarlo arrepentido me resulta más fácil que pensar que va a seguir creyendo, que va a seguir pensando lo que pensaba ayer cada día de sus décadas de cárcel. Imaginarlo arrepentido me alivia, me modera la envidia. Imaginarlo arrepentido me sirve para no arrepentirme mucho de arrepentirme tanto.

Y lo sigo pensando y trato de sacarle algo, unos versos para un tanguito, pero su historia se me hace tan ajena que no sé contarla. Fuera de que no sé si debo: me he comprometido al silencio —por suerte: si no, me sería tan difícil justificarlo. Lo intento: sentado en el Suárez, en la misma mesa donde hace sólo unos días tomamos ese

primer café, borroneo unos papeles con versos que lo intentan. Me quedan, al final, unos pocos que quizá me sirvan: «Quién sabe cómo se da,/ quién sabe cómo se tiene,/ quién sabe de dónde viene,/ quién sabe hacia dónde va./ Un hombre quiso saber/ y por correr el albur/ se fue a blanquear en el Sur/ donde se puede aprender/ lo que no enseñan los libros/ y lo que enseñan también…» Sí, quizá los primeros pudieran ser un estribillo: «Quién sabe cómo se da,/ quién sabe cómo se tiene,/ quién sabe de dónde viene,/ quién sabe hacia dónde va».

Son las ocho de la tarde: empieza a anochecer y el calor cede. La Avenida de Mayo está llena de hombres y mujeres que pasean, coches y carros, policías que intentan ordenarlos; a lo lejos se oyen los gritos y redobles de una murga: el Carnaval se acerca. Camino por caminar, sin rumbo, sin destino, con un par de ginebras en el cuerpo. No voy a ir al Tortoni; no quiero ver a Señorans —que tiene, de algún modo, la culpa de todo. Lo más lógico sería terminar en Los 36 Billares, pero no quiero encontrarme con el Gorrión Ayala —que me entregó a los muchachos de Cuitiño. Pero también es cierto que le mentí, que no hice el menor esfuerzo por ayudarlo a cobrar la plata que le debía Bernabé; si le saco alguna guita a Cuitiño se la voy a llevar al Gorrión, a ver si se puede hacer borrón y cuenta nueva. Quizás él no me la acepte; ya voy a encontrar una forma de hacérsela llegar sin que lo sepa porque pese a todo es mi amigo de siempre y no puedo dejarlo en la estacada. Me siento, por fin, un buen tipo, un tipo leal, amigo de mis amigos. Es barato, me digo, y sigo caminando: quiero esperar la edición de mañana para ver qué cuenta González, pero no sé dónde. Tengo cuatro, cinco horas por delante, y no sé qué hacer.

Quería olvidarme de todo lo posible, así que terminé por meterme en el cine Broadway a ver un estreno yanqui del que se está hablando mucho: *King-Kong*, al fin, me pareció una estupidez tamaño baño, casi tan grande como el otario de ese mono tamaño familiar. Y otra vez la sensación de haber perdido el tiempo —como casi siempre— y el odio de saberlo, y el malhumor de haber perdido mucho más que el tiempo y el alivio de que ya hubiera pasado medianoche. Así que a la una menos diez minutos, cuando Bartolo —que no se llama Bartolo— entra al café del hotel Castelar voceando los primeros diarios de la mañana, lo llamo de un grito:

—¡Bartolo, acá!

El canilla se acerca, su gorra ladeada, sus pantalones a media pantorrilla, su acento tan tano:

—¿Qué sta facendo usté acá, nesta cueva di gallego, quefe?

—Nada, Bartolo, aprendiendo el idioma.

—¿Cuánta vece le devo dire que non me chiamo Bartolo, quefe?

—Uy, no sabés cómo me gusta escucharte hablar así en este reducto de gallegos, Bartolo. Ya me tienen harto con todas esas zetas.

Bartolo —que no se llama Bartolo— mira alrededor, se ríe, me pregunta si quiero la *Crítica*.

—¿Vio cómo sto aprendendo, quefe?

Le doy unas monedas de propina. En la tapa —pero abajo, no es la principal— veo el título: «Venganza roja». El artículo empieza diciendo que «En otra de sus brillantes investigaciones, el implacable comisario Américo Holster, con la inestimable colaboración del jefe de la sección Orden Político, el intrépido comisario inspector Leopoldo Lugones, han resuelto el misterio que tenía en vilo a la buena sociedad porteña. En una investigación sin tachas, los comisarios no tardaron ni una semana en apresar al asesino de la joven María de las Mercedes Olavieta. Se trata, como habíamos anticipado, de un militante anarquista judío nacido en Bratislava que responde al nombre —tal vez falso— de Radomir Malinoski».

Quizá ciertos lectores se preguntarán por qué el diario *Crítica*, que ha publicado sobre el comisario Lugones las peores invectivas —«el monstruo», «el torturador», «un perverso que goza con los actos delictivos que comete»—, ahora lo trata con esa amabilidad: es un pequeño guiño, el chiste privado que se ha permitido Guillermito. Fuera de eso, el artículo se explaya sobre la excelencia de la investigación policial y explica que, si bien la culpabilidad del anarquista no deja lugar a dudas, todavía faltan detalles sobre su modus operandi. En cambio, se ha podido saber —dice— que llevó a cabo «su horrendo propósito motivado por el afán de vengar el ataque de las legiones patrióticas que responden a Olavieta contra un comité semiclandestino de la Federación Obrera de la República Argentina, sucedido en julio del año pasado». Y dice, incluso, que «al ser detenido, el asesino no se resistió y, señaló el comisario, "parecía impaciente por confesar su crimen". Quizá su conciencia —si es que la tiene— le remordía de algún modo confuso». El asesinato, concluye el artículo, demuestra que «los elementos puestos fuera de la ley por el actual gobierno no cejan en su empeño de usar la bomba y el revólver para sembrar el caos en nuestra sociedad». Al brulote no le falta nada. Pido la última ginebra, me la tomo de un trago, me levanto. Voy a ver si me puedo dormir.

24

Es tempranísimo, y doña Norma golpea la puerta como si no hubiera mañana. Debe querer su plata. O quizá no sea doña Norma, alcanzo a pensar mientras me tapo la cabeza con la almohada. ¿Qué chances de que no sea? ¿Veinte a uno, cincuenta a uno? No vale la pena levantarse por eso.

—¡Don Andrés, don Andrés, lo llaman por teléfono!

—Ya voy, doña Norma, dígale que me llamen en cinco minutos.

Me levanto de un salto, me pongo el pijama que había dejado a los pies de la cama, me lavo la cara en la palangana del rincón. No estoy tan arruinado: al fin y al cabo sólo fueron cuatro ginebras y la sensación tan potente de haber participado en una estafa. Y ahora Raquel debe estar furiosa, querrá saber por qué el diario publicó lo que publicó: voy a tener que pensar algo, decirle algo, enfrentarla. Es el precio.

—¿Rivarola? ¿A usted no le enseñaron aquello de que al que madruga Dios lo ayuda?

—¿Quién habla?

—¿Cómo que quién habla? ¿Ya no conoce a los amigos?

—¿Don Manuel?

—¿Y quién quiere que sea, Greta Garbo?

—Disculpe, don, no me había levantado.

—Ya veo, y eso que es sábado. Pero no quiero molestarlo, mi amigo. Quería agradecerle, nomás. Ayer me vino a ver el idiota, me dijo que usted lo había convencido.

Escucho, no sé qué contestar, murmuro algo.

—No sabe lo mansito que venía, pobre ángel. Ya firmamos todo; no le incluí que me tenía que barrer la oficina con la lengua porque la quiero tener limpia. Y me dio pena, la verdad. Al fin y al cabo yo también tengo un corazón, che. En fin, no quiero molestarlo. Ya le voy a hacer llegar lo suyo, Rivarola.

Yo miro el tubo como si fuera un animal a punto de atacarme. Después recuerdo que debería decir algo:

—No se preocupe, don Manuel. Ha sido un gusto.

—Mire, ahora que lo pienso: ¿por qué no se viene usted también a la práctica? Vamos a anunciar el arreglo, así que estoy por salir para allá. Y ahí nos vemos y conversamos, y arreglamos. ¿Le parece?

—Lo que usted diga, don Manuel.

—¿En un par de horas en la cancha de Tagle?

—Lo que usted diga.

—Ahí nos vemos. Y cualquier cosa que necesite me lo dice, ¿eh? Acá tiene un amigo.

El teléfono quema. Lo dejo en su horquilla, me miro la mano como si me doliera.

Los palos borrachos de la avenida Alvear rebosan de flores rosas y el sol del mediodía lanza dardos amarillos. Estoy por entrar en el predio del Club Atlético River Plate cuando me cruzo con cuatro hombres —dos jóvenes, uno gordo maduro, un viejo— que salen apurados.

—Era cierto, che, lo trajeron de vuelta. ¿Qué le habrán dado? Fortunas, seguro que fortunas.

Comenta el gordo, y resopla.

—Dale, Fiora, que no llegás para la sexta.

Le dice uno de los jóvenes.

—Llego, Marini, no te preocupes. Vos igual aunque llegues no sabrías cómo escribirlo.

Había estado dos o tres veces en la cancha de Alvear y Tagle —sólo partidos de la selección o algún equipo extranjero de visita— y nunca me imaginé que debajo de las tribunas hubiera todo un mundo: vestuarios, un restorán, el salón de fiestas, la sala de primeros auxilios, las oficinas y hasta esa peluquería donde don Manuel Cuitiño se está haciendo afeitar:

—Venga, Rivarola, siéntese acá conmigo.

El ayudante del peluquero, un chico de doce o trece años, me acerca un banquito de madera. Cuitiño está despatarrado en el sillón de manijas y pedales, dos metros cuadrados de paño blanco sobre el cuerpo, dos kilos de espuma blanca sobre las mejillas. Me habla sin mirarme: se dirige a mi imagen en el gran espejo. Yo prefiero no mirarla.

—Ya lo arreglamos, Rivarola. Ese muchacho estaba colifato. Imagínese, pagamos 25.000 pesos al año para alquilar todo este terreno y este hijo de puta quería para él solito 30.000: más caro que la cancha quería salir el muy idiota. Pero gracias a usted ya lo solucionamos. Le debemos mucho, Rivarola.

El peluquero afila su navaja en una cincha de cuero atornillada al sillón y pone cara de yo no me entero. Yo me quedaría más tranquilo sin testigos.

—Pero no se crea, mi estimado, nosotros sabemos reconocer nuestras deudas.

Dice Cuitiño y emprende un movimiento complicado para meter la

mano derecha debajo de la bata blanca y sacar un sobre blanco:

—Tome, espero que le parezca bien.

—No era necesario, don Manuel.

—Siempre es necesario, m'hijo, siempre es necesario. Hasta la próxima.

A la izquierda de la peluquería está el bufet del club. Miro desde la puerta: las paredes están cubiertas de fotos de muchachos jóvenes vestidos con ropas de deporte, camisas blancas con su raya roja, camisas a rayitas blancas rojas y negras; alrededor de una mesa, media docena de muchachos jóvenes como salidos de las fotos —sus pantalones cortos largos hasta la rodilla, sus camisetas blancas— toman granadina. Uno de ellos es Bernabé Ferreyra. Lo saludo con la mano y sigo; me ataja con un grito:

—¡Rivarola! ¡Aguantame un momento, Rivarola!

Ferreyra sale a buscarme, dice que quiere hablar conmigo.

—Vení, en el vestuario no hay nadie y no hace tanto calor.

El vestuario es un cuarto sombrío lleno de bancos largos y armarios de madera; el aire huele a sudor, a pata, a linimentos. Ferreyra se sienta a horcajadas en uno de los bancos, yo lo imito: quedamos frente a frente.

—Veo que ya se solucionó el problema, Bernabé. Me alegra mucho.

—Sí, ya se arregló. En unos días empieza el campeonato. Estarás contento.

—¿Yo? Claro que estoy contento. A mí que vos juegues o no juegues no me cambia nada, imaginate. No es por mí, es por vos. Lo que yo saco en limpio es la amistad de un tipo íntegro, uno de los de antes. Fue un gusto conocerte, Bernabé.

—Sí, Rivarola, para mí también. Te agradezco todo lo que hiciste, sé que lo hiciste por mi bien. Y, ya que estamos, voy a aprovechar también para decirte que te vayas a la reputísima madre que te remil parió. Sos un ortiba, Rivarola. Una basura.

Ferreyra habla bajito, con un odio que se le escapa de la voz. Yo lo miro a los ojos y por un momento tengo miedo.

—¿Qué pasa, Bernabé, por qué te ponés así? No entiendo nada.

Ferreyra respira hondo y prefiere callarse. Ya se está levantando pero vuelve a sentarse:

—Yo nunca salí con ella, Rivarola.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando, che?

—No te hagás el gil. Sabés de qué te hablo. Yo nunca pude salir con ella. La vi unas cuantas veces y quería, claro que quería, cómo no iba a querer, estaba loco por ella, pero la pobre nunca me dio bola. Demasiado buena para mí.

—Pero vos me dijiste…

—Claro, yo te dije. Yo estaba en pedo y ella no me contestaba los llamados y me sentía una mierda y te dije que era mi novia porque era lo que más quería en el mundo, y además no había perdido la esperanza, pero era puro verso. Después no pude echarme atrás: ¿qué te iba a decir, que era un mentiroso? Y vos como un otario te lo creíste y lo empezaste a contar por ahí y armaste todo este bardo, las noticias del diario, las denuncias, las sospechas. No puede haber sido ningún otro, Rivarola: vos sos el único al que le dije esa gilada. Fuiste vos, buchón, ortiba.

De golpe entiendo. Abro los ojos como nunca pensé que podía abrirlos, y me falla la respiración. Quiero decir algo pero no me sale.

—Pero vos, Bernabé…

Ferreyra se levanta, camina unos pasos, patea la punta del banco con todo el odio y sale del vestuario.

25

Ella me dice que no me vaya a creer que esto significa nada y yo le digo que cómo que no significa nada, entonces ella me dice que bueno, que claro que significa, que todo significa, pero que no significa más que lo que significa, que nos gustamos y nos buscamos y ahora estamos así y vaya a saber cómo estaremos mañana, me dice, y me besa los ojos lenta, golosa, como para confundirme un poco más, y me busca la pija con la mano y la nota impaciente y me dice que si sus paisanos supieran que las que no están cortadas se ponen así sería el fin del judaísmo y se ríe y yo no tanto porque ella me sigue trabajando con la mano y yo querría pedirle que la cambiara por la boca pero no me atrevo porque las chicas decentes no hacen eso y la aprieto, la toco, la beso, y nos pegamos, apretamos, tocamos, besamos, mojamos, ensartamos, enarcamos, ensamblamos, gritamos calladitos. Después dormimos pero poco.

Horas antes, el domingo se presentaba horrible: no tenía nada que hacer ni ganas de hacer nada. El encuentro con Ferreyra me había golpeado y la perspectiva de pasarme el día recordándolo me irritaba. Tanto, que decidí tomarme el tranvía hasta Barracas y presentarme en casa de mamá. Me bajé dos o tres paradas antes, caminé: ir al barrio era volver al mundo del que trataba con tanto esfuerzo de salir. También en eso Buenos Aires es una farsa: la cantamos y la contamos como si fuera esos arrabales de calles chatas, arbolitos, familias tristes, animales varios, pero lo hacemos en el Centro, donde nos vamos para romper con eso que cantamos. Debería recordarlo cuando intentara algo.

Así que toqué el timbre más abatido todavía, y no conseguí animarme ni cuando olí su tuco celebrado, ni cuando mi sobrino menor se me colgó del cuello, ni cuando mi hermano me dijo que estaba a punto de quebrar porque la crisis no perdona a nadie —y, para colmo, la ausencia de Estelita: había ido, en realidad, con la esperanza de que mi vieja hubiera conseguido traerla pero nada. Y lo peor: llevaba días sin acordarme de ella, en medio de toda la agitación casi no me había acordado de ella.

Una tarde de mierda: sólo me consoló la alegría en los ojos de mi madre cuando le conté que era probable que consiguiera un buen

trabajo, un trabajo en un diario, que mañana me tenía que presentar y que a ver si había suerte y ella dijo que por fin, que ella sabía, que desde el principio cuando escribía esas cosas tan lindas en la escuela ella sabía, que sabía que al final alguien iba a entender que su hijo era de los buenos. Pero no soportaba ni un gramo más de amor familiar y decidí volver temprano a la pensión y ver si podía terminar ese tanguito y dormirme temprano y olvidarme de todo, cuando ella me llamó y quedamos en encontrarnos en El Foro y ella en lugar de pedirme explicaciones parecía del mejor humor y entonces le dije que la invitaba a cenar a La Emiliana, que tenía un poco de plata extra y quería invitarla a cenar y le mostré los seis billetes de cincuenta que me había dado Cuitiño en el sobre y le dije que pensaba darle cien al Gorrión, que estaba en un problema, pero que el resto era para gastar y que había que gastárselo rápido porque no quería tener encima esa plata tan mugrienta y que por qué no nos íbamos, le dije, con un susurro que quiso ser sensual, a pasar la noche a un hotel de verdad, uno con buenas camas y buenas sábanas de hilo y almohadas de duvet y un baño para nosotros y ella me sonrió con todos los dientes y me agarró la mano y me dijo que sí, que íbamos a pasar la noche juntos pero que no tenía sentido que nos gastáramos esa plata en un hotel, que mi cama de la pensión era tan buena como cualquier otra para nosotros, para lo que nosotros la queríamos y que me guardara esa plata para algo mejor, que ya lo pensaría, dijo, y pensé que ojalá hubiera dicho que ya lo pensaríamos pero no, que yo ya lo pensaría y entonces pedí champán y ella me miró con una mezcla de reproche y gratitud y algo más que no quise precisar —por miedo, no quise precisar— y tomamos el champán y pagamos casi cuarenta mangos por una cena y nos fuimos abrazados por la calle Paraná camino de la cama.

Y ahora nos levantamos porque tenemos que salir temprano, antes que los demás de la pensión, y bajamos a tomar el café a lo del Gallego y ella me dice, otra vez, ya demasiado repetido, que no me vaya a creer que eso significa nada y yo le digo que ya sé, que no es necesario que me lo diga cada media hora y que si no será que no está tan convencida y ella se sonroja pero me dice airada que qué mierda me creo: qué mierda te creés, Andrés, no seas tarado.

—¿Y tus viejos no se calientan si no dormís en casa?

—Mis viejos no sólo son judíos; también son comunistas, lo que muchos burgueses llamarían unos amorales. Mis viejos creen en la libertad, en que yo ya soy grandecita como para elegir qué hago, cómo, con quién. Y si no lo creen, creen que deberían creerlo, así que hacen como si, pobres. A veces me parece que les cuesta tanto… Pero

no tanto como a vos.

Dice, y se ríe, y yo estoy muy decidido a no hacerle reproches pero tampoco me termina de gustar, así que me levanto a buscar los diarios que el Gallego deja en el mostrador y lo veo cuando estoy volviendo a nuestra mesa y llego pálido, la boca a medio abrir:

—Se mató.

—¿Qué, quién?

—Él, el viejo. Se mató.

Digo, bajito, como para que alguien no me oiga, y le muestro el título que dice que el líder nacional-católico Carlos María de Olavieta fue encontrado muerto el domingo por la tarde en su residencia de la calle Ayacucho por su fiel empleada y que su cuerpo no mostraba signos de violencia y que todo apunta a un suicidio por envenenamiento y que, aunque era una persona de honda raigambre religiosa, se sospecha que nunca pudo recuperarse del brutal asesinato de su hija más querida y que tal y que cual.

—Lo matamos.

—Que yo sepa, él se mató solo. Quizá no ahora, quizá cuando decidió matar a su hija. Quizá cuando decidió tomarla como…

—Lo matamos.

Digo otra vez, y no estoy seguro de que sólo sienta pena o arrepentimiento.

—Lo matamos.

Digo una vez más. Raquel me agarra la mano, me dice que no me haga mala sangre, me dice que tengo el plural más veloz del Oeste, me dice que no…

—Lo matamos.

Vuelvo a decir, y le sonrío.

(continuará…)